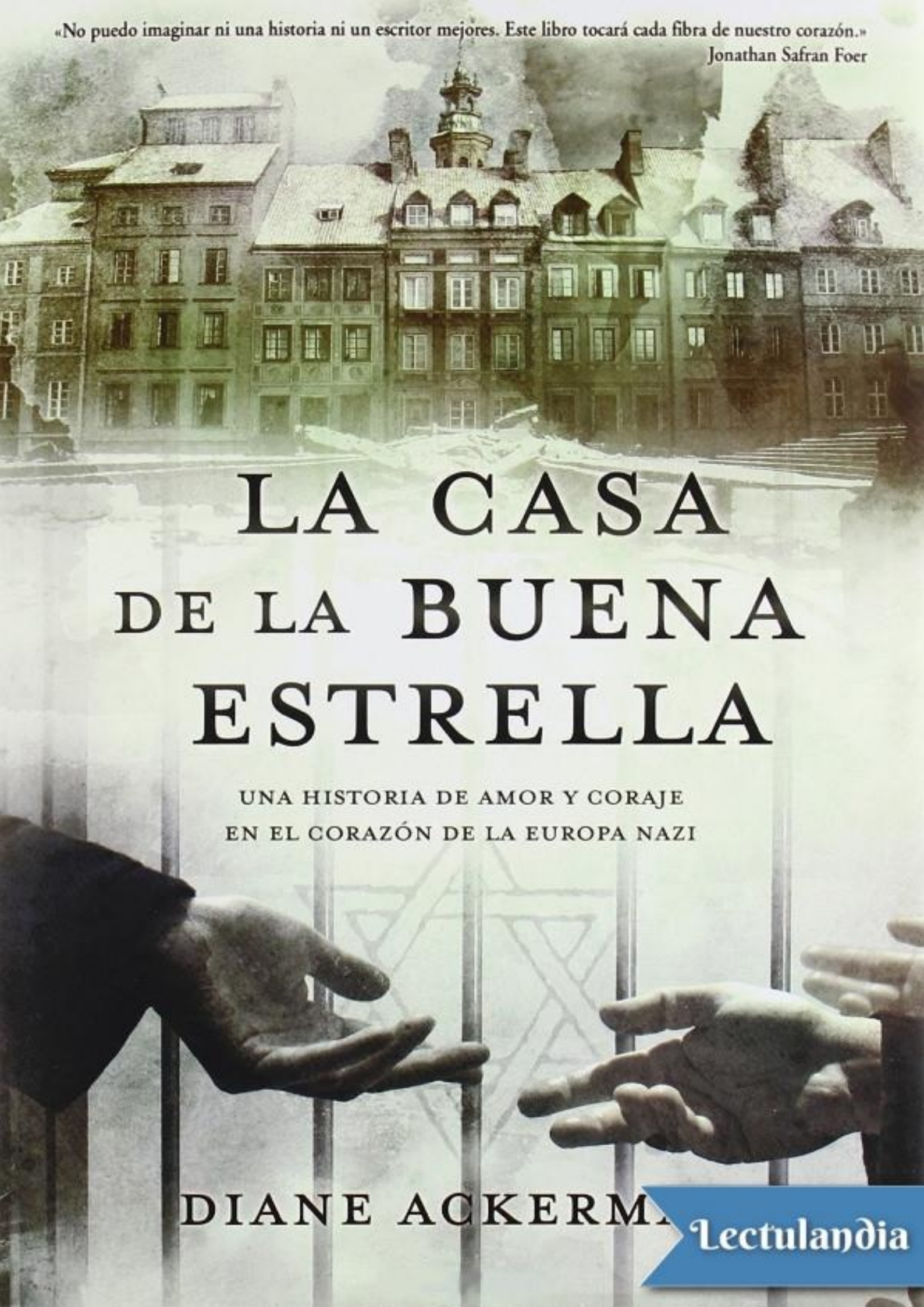


«No puedo imaginar ni una historia ni un escritor mejores. Este libro tocará cada fibra de nuestro corazón.»

Jonathan Safran Foer



LA CASA DE LA BUENA ESTRELLA

UNA HISTORIA DE AMOR Y CORAJE
EN EL CORAZÓN DE LA EUROPA NAZI

DIANE ACKERMAN

Lectulandia

Cuando Alemania invadió Polonia, los bombarderos Stuka arrasaron Varsovia. Jan y Antonina Żabinski, guardianes del zoo, horrorizados ante el racismo nazi, consiguieron ayudar a más de trescientas personas — miembros de la Resistencia y refugiados judíos— a huir del gueto de Varsovia. Sin embargo, el relato de su hazaña se perdió en la vorágine de la historia.

Irónicamente, las jaulas vacías del zoo sirvieron para ocultar docenas de personas condenadas a una muerte segura. Otras se agazaparon en los escondrijos de la casa. Jan dirigió una célula de saboteadores y su hijo menor arriesgó la vida buscando comida para los «invitados», así como para una serie de excéntricas criaturas que también vivieron en la casa, incluidos un tejón, varios lince y unos cuantos cachorros de hiena. Por este motivo el zoo pasó a conocerse como «la Casa de la Buena Estrella». Pero la historia que nos cuenta Diane Ackerman va más allá de unos cuantos personajes pintorescos.

Lectulandia

Diane Ackerman

La casa de la buena estrella

ePub r1.0

Thalassa 31.12.15

Título original: The Zookeeper's Wife, a War Story
Diane Ackerman, 2007
Traducción: Gloria Fortún Menor
Retoque de cubierta: Thalassa

Editor digital: Thalassa
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Prefacio

Jan y Antonina Żabiński fueron guardas cristianos de un zoológico que, horrorizados por el racismo, sacaron provecho de la obsesión de los nazis por los animales exóticos con el fin de salvar a trescientas personas que habían sido condenadas por ellos. Su historia ha caído en el olvido, como a veces sucede con los actos de inmensa bondad. Pero en la Polonia de la guerra, cuando incluso tender un vaso de agua a un judío sediento se castigaba con la muerte, su heroicidad resulta asombrosa cuando menos.

Para contar su historia me he basado en las numerosas fuentes detalladas en la bibliografía pero, sobre todo, en las memorias («basadas en mi diario y en notas sueltas») de «la mujer del guarda», Antonina Żabinska, impregnadas del sensual hechizo del zoo; sus libros infantiles autobiográficos, tales como *La vida en el zoo*; los libros y recuerdos de Jan Żabiński; y las entrevistas que Antonina y Jan concedieron a los periódicos polacos, hebreos y yiddish. Siempre que digo que Antonina y Jan pensaban, se preguntaban, sentían, significa que estoy citando de sus escritos o entrevistas. También he dependido de las fotografías familiares (gracias a ellas sé que Jan llevaba el reloj en su peluda muñeca izquierda y que a Antonina le gustaban los vestidos de lunares), de las conversaciones con su hijo Ryszard, de varias personas del Zoo de Varsovia y de las mujeres varsovianas contemporáneas a Antonina que también sirvieron a la Resistencia; de los escritos de Lutz Heck, de los artefactos contemplados en museos como el espectacular Museo del Levantamiento de Varsovia y el elocuente Museo del Holocausto de Washington, D. C.; de los archivos del Museo Zoológico del Estado; de las memorias y las cartas recopiladas por un grupo secreto de archiveros de la guerra que escondían (en cajas y en lecheras) documentos que se encuentran ahora en el Instituto de Historia Judía de Varsovia; de los testimonios proporcionados al singular programa *Justos entre las Naciones* y al soberbio *Proyecto Shoah*; así como de cartas, diarios, sermones, memorias, artículos y otros escritos de los ciudadanos del Gueto de Varsovia. He estudiado el objetivo nazi de, no sólo dominar las naciones y las ideologías, sino alterar los ecosistemas mundiales mediante la extinción de algunas especies de plantas y animales (incluyendo seres humanos) originarios de ciertos países, al mismo tiempo que ponían todos sus esfuerzos en proteger otros animales y hábitats en peligro de extinción, e incluso en resucitar especies ya desaparecidas como la vaca salvaje y el bisonte europeo. Me he sumergido en manuales de flora y fauna polacas (la exploración del mundo natural de Polonia fue una continua fuente de pequeñas sorpresas); en tratados de tradiciones, cocina y folclore polacos; y en libros sobre drogas, científicos, armas y otros elementos nazis. Me deleité aprendiendo acerca del hasidismo, la cábala y el misticismo pagano de principios del siglo xx, en las raíces que el nazismo tiene en lo oculto y asuntos prácticos tales como la historia social y

política polaca y las pantallas balcánicas para lámparas de la época.

Estoy también en deuda con la sabiduría de mi inestimable asesora polaca, Magda Day, quien pasó los veintiséis primeros años de su vida en Varsovia, y con su hija, Agata M. Okulicz-Kozaryn. Durante un viaje a Polonia, recogí mis impresiones en el bosque de Bialowieża y en el mismo Zoo de Varsovia, por el cual vagué y merodeé alrededor de la vieja casa y volví sobre los pasos de Antonina por las calles circundantes. Estoy especialmente agradecida al doctor Maciej Rembiszewski, actual director del Zoo de Varsovia, y a su mujer, Ewa Żabonikowska, por su generosidad en materia de tiempo y disposición, así como al personal del zoo por sus conocimientos, recursos y bienvenida. Quiero también dar las gracias a Elizabeth Butler por su incansable y siempre optimista ayuda, además de al profesor Robert Jan van Pelt por su minuciosa crítica.

Me topé con esta historia, como ha ocurrido con todos mis libros, a través de un camino muy personal: mis dos abuelos maternos eran de Polonia. He sido íntimamente influida por los relatos de la vida cotidiana polaca de mi abuelo, quien creció en Letnia, un barrio de Przemysl, de donde se marchó antes de que comenzase la Segunda Guerra Mundial, y por mi madre, algunos de cuyos parientes y amigos vivieron en la clandestinidad o en los campos de concentración. Mi abuelo, que vivió en una pequeña granja, conocía cuentos populares transmitidos de una generación a otra.

Uno de ellos cuenta la historia de un pueblo donde había un pequeño circo cuyo león había muerto repentinamente. El director del circo le preguntó a un pobre anciano judío si podría hacerse pasar por león, y el hombre aceptó, puesto que necesitaba el dinero. El director le dijo:

—Lo único que tienes que hacer es llevar puesta la piel del león y sentarte en la jaula, así la gente creerá que tú eres el león.

Y eso hizo el hombre, diciendo para sí mismo:

—Qué trabajos tan raros he hecho a lo largo de mi vida.

Un ruido interrumpió sus pensamientos. Se volvió justo a tiempo para ver cómo otro león entraba en su jaula y le miraba fijamente con ojos hambrientos. Temblando, encogiéndose, sin saber cómo salvarse, el hombre hizo lo único que le vino a la cabeza: entonar a gritos una oración hebrea. Nada más terminar las primeras y desesperadas palabras, *Shema Ysroel* (Escucha, oh, Israel)... el otro león se unió a él con *adonai elohenu* (el Señor nuestro Dios), y los dos leones falsos terminaron juntos la oración. Nunca me hubiera imaginado lo extrañamente relevante que sería este cuento popular para esta narración histórica.

Para Antonina y su familia,
tanto humana como animal

Capítulo 1

Verano, 1935

Amanecía en un barrio de la periferia varsovia. El sol pululaba entre los troncos de los tilos en flor y reptaba por las blancas paredes de una casa de estuco y cristal de los años treinta en cuyo interior el director del zoo y su esposa dormían sobre una cama confeccionada con haya blanca, una madera de color claro que se emplea en la fabricación de canoas, depresores de lengua y sillas Windsor. A la izquierda, dos grandes ventanas coronaban un alféizar lo suficientemente ancho como para sentarse, bajo el cual había un pequeño radiador. Las alfombras orientales calentaban el suelo de *parquet*, hecho de tiras de madera que se solapaban como si fueran plumas. En una esquina de la habitación había una butaca de abedul.

Cuando la brisa alzó la cortina de gasa lo suficiente para que una luz mortecina penetrase sin proyectar sombras, los objetos apenas visibles comenzaron a devolver a Antonina al mundo real. Los gibones pronto empezaban a proferir alaridos, y después de ese escándalo nadie, ya se tratase de un estudiante con los ojos como platos o de un recién nacido, podría continuar durmiendo. Desde luego no la mujer del guarda. Las tareas rutinarias aguardaban cada día, y ella era hábil en la cocina, con un pincel o con una aguja. Además, tenía problemas zoológicos propios que resolver, en ocasiones problemas extraños (como tranquilizar a un cachorro de hiena, por ejemplo) que desafiaban sus conocimientos y sus dotes innatas.

Su marido, Jan Żabiński, solía levantarse antes, ponerse unos pantalones y una camisa de manga larga y deslizar un enorme reloj en su peluda muñeca izquierda antes de bajar las escaleras. Alto y esbelto, con una nariz poderosa, ojos oscuros y los musculosos hombros de un obrero, en cierto modo se parecía al padre de su esposa, Antoni Erdman, un ingeniero ferroviario polaco que vivía en San Petersburgo y recorría toda Rusia por motivos laborales. Como Jan, el padre de Antonina estaba dotado de gran cantidad de masa muscular mental, la suficiente como para conseguir que su madre, Maria, y él fueran fusilados por pertenecer a la Inteligencia durante los primeros días de la Revolución Rusa de 1917, cuando Antonina tan sólo tenía nueve años. Y como su padre, Jan era un tipo de ingeniero, aunque las conexiones que él fomentaba eran entre las personas y los animales, así como entre las personas y su naturaleza animal.

Como estaba quedándose calvo y tan sólo le quedaba una corona de pelo de color castaño oscuro, Jan necesitaba un gorro para evitar quemarse en verano y coger frío en invierno, lo cual explica que en las fotografías tomadas en el exterior suela llevar un sombrero tirolés que le da cierto aire formal. Algunas fotografías interiores le muestran en su pupitre o en su estudio radiofónico, apretando la mandíbula de tan concentrado que está, con el aspecto de mi hombre al que puede enojarse fácilmente. Incluso recién afeitado en su rostro parecía verse una sombra de barba, sobre todo en

el surco que hay entre la nariz y la boca. Su único rasgo femenino era un labio superior grueso que mostraba los montes perfectos que crean las mujeres con el pintalabios, una boca con forma de «arco de Cupido».

Tras la muerte de los padres de Antonina, su abuela le hizo estudiar a tiempo completo. Por una parte aprendió piano en el conservatorio de la ciudad y por otra asistió a la escuela en Tashkent, Uzbekistán, graduándose con quince años. Antes de que concluyese el año, se mudaron a Varsovia, donde Antonina tomó clases de lenguas extranjeras, dibujo y pintura. Ejerció de maestra un tiempo, aprobó el examen de archivera y trabajó en la Universidad Agrícola de Varsovia, donde conoció ajan, un zoólogo once años mayor que ella que había estudiado dibujo y pintura en la Academia de Bellas Artes y con quien compartía la pasión por los animales y el arte que los representaba. Cuando se ofertó una plaza como director del zoológico en 1929 (el director y fundador había muerto a los dos años de abrir el zoo), Jan y Antonina dieron saltos de alegría ante la posibilidad de dar forma a un nuevo zoo y pasar sus vidas entre animales. En 1931 se casaron y se mudaron a Praga, un duro barrio industrial al otro lado del río que tenía su propia jerga callejera, una zona que no era muy buena pero que estaba a quince minutos del centro en tranvía.

En el pasado, los zoológicos eran privados y conferían prestigio. Cualquiera podía montar una galería de curiosidades, pero era necesario tener medios y estar un poco loco para conseguir el cocodrilo más grande, la tortuga más anciana, el rinoceronte más pesado o el águila más inusual. En el siglo XVII, el rey Jan III Sobieski contaba con multitud de animales exóticos en la corte y los acaudalados nobles a veces poseían reservas privadas de animales salvajes en sus fincas en señal de su riqueza.

Durante años, los científicos polacos soñaron con un gran zoo en la capital que rivalizase con cualquiera de Europa, especialmente aquellos de Alemania, majestuosos zoológicos famosos en todo el mundo. Los niños polacos también pedían un zoo a gritos. Europa disfrutaba de una herencia de cuentos de hadas repletos de animales parlantes —algunos casi reales, otros deliciosamente falsos— que despertaban la imaginación de los niños y transportaban a los adultos a sus lugares favoritos de la infancia. A Antonina le gustaba que su zoo ofreciese una gama de criaturas de fábula, que fuese un lugar donde las páginas cobrasen vida y la gente pudiese charlar con animales feroces. Poca gente vería alguna vez pingüinos salvajes deslizándose cuesta abajo para caer en el mar sobre sus panzas, o tres puercoespines sobre las Montañas Rocosas canadienses, convertidos en una bola como si se tratase de piñas gigantes. Ella creía que reunirlos a todos en el zoo ampliaba la visión de la naturaleza del visitante, la personalizaba, la dotaba de hábitos y nombres. Aquí vivía el Salvaje, el monstruo fiero y hermoso que estaba enjaulado y con el que uno podía entablar amistad.

Cada mañana, al alba, un estornino gorjeaba una mezcla de canciones robadas, las ratonas componían unos cuantos arpegios en la distancia, y los cucos piaban monótonamente como relojes atascados a la hora en punto. De pronto, los gibones

comenzaron a proferir alaridos tan altos que los lobos y los perros cazadores empezaron a aullar, las hienas a chillar, los leones a rugir, los cuervos a graznar, los pavos reales a gritar, el rinoceronte a resoplar, los zorros a gañir y los hipopótamos a rebuznar. Posteriormente, los gibones procedieron a formar dúos en los que los machos intercalaban suaves chillidos entre alarido y alarido y las hembras bramaban largas notas en su «gran llamada». El zoo alojaba varias parejas, y las de gibones cantaban verdaderas canciones completas con su obertura, sus codas, interludios, dúos y solos.

Antonina y Jan habían aprendido a vivir de acuerdo con las estaciones en lugar de cronológicamente. Como la mayoría de los seres humanos, se regían por los relojes, pero su rutina nunca era del todo una rutina, ya que estaba compuesta de realidades compatibles, una en consonancia con los animales, la otra con las personas. Cuando los horarios entraban en conflicto, Jan regresaba tarde a casa y Antonina se despertaba en plena noche para hacer de comadrona de algún animal, como por ejemplo una jirafa (cosa de lo más complicada, pues la madre da a luz de pie, lo primero que asoma la cría es la cabeza y, además, la parturienta se niega a colaborar). Ello evitaba la monotonía de la cotidianeidad y, a pesar de los acuciantes problemas, dotaba a su vida de momentos sorprendentes que resultaban bienvenidos.

La puerta de cristal que se encontraba en la habitación de Antonina daba a una amplia terraza en la parte trasera del segundo piso, a la cual se podía acceder desde cada una de las tres habitaciones, así como a un estrecho almacén al que llamaban el ático. Si salía a la terraza, podía observar las agujas de las coníferas y las lilas que habían plantado cerca de las seis grandes ventanas de la sala de estar para poder sentir desde su interior bocanadas de la brisa del río. En los cálidos días primaverales, los conos púrpuras de las lilas se columpiaban como si fueran incensarios y un dulce ámbar narcótico fluía en intervalos, permitiendo que el olfato descansase un momento entre fragancias.

Sentado en esa terraza, aspirando el aire inundado de ginkgo y picea, uno se siente como una criatura de las alturas. Al alba, mil húmedos prismas adornan el enebro al mismo tiempo que uno mira las cargadas ramas de un roble que se encuentra pasada la Casa de los Faisanes, a unos cuarenta y cinco metros de la entrada principal del zoo, en la calle Ratuszowa. Cruza y entrarás en el parque Praski, como hacían muchos varsovianos en los días de calor, cuando las borlas de color amarillo cremoso de los tilos drogaban el aire con un aroma a miel y un baile de abejas que llegaba a adormecer.

Tradicionalmente, los tilos captan la esencia del verano: lipa quiere decir tilo, y Lipiec significa julio. La diosa del amor los consideraba sagrados, fueron el refugio de María cuando llegó la cristiandad y en santuarios junto a la carretera, bajo los tilos, los viajeros todavía le dedican plegarias para tener buena suerte. En Varsovia, los tilos animan los parques y rodean los cementerios y los mercados; hileras de tilos altos y cubiertos de hojas flanquean los bulevares. Reverenciadas como si fuesen las

criadas de Dios, las abejas que atraen proporcionan aguamiel y miel para las mesas y velas de cera de abejas para las misas, motivo por el cual muchas iglesias solían plantar tilos en sus patios. El vínculo entre las abejas y la iglesia se hizo tan fuerte que una vez, a finales del siglo xv, los habitantes de Mazowsze aprobaron una ley que condenaba a muerte a los ladrones de miel así como a quienes destrozasen colmenas.

En la época de Antonina, los polacos no eran tan radicales, aunque seguían sintiendo fervor por las abejas, y Jan mantenía unas cuantas colmenas en un extremo del zoo, agrupadas como si fuesen las chozas de una tribu. Las amas de casa empleaban la miel para endulzar el café helado, para hacer krupnik, que era un vodka caliente con miel, y para el piernik, un pastel especiado con miel, o el pierniczki, galletas especiadas con miel. Bebían tila para aliviar los resfriados o calmar los nervios. En esta estación, siempre que Antonina cruzaba el parque de camino a la parada del tranvía, la iglesia o el mercado, pasaba por pasillos inundados del aroma de las flores de tilo y de las medias verdades, ya que en la jerga local lipa también significa «mentiras piadosas».

Al otro lado del río, el perfil del Casco Antiguo se alzaba entre la niebla de la madrugada como si fuese una frase escrita con tinta invisible —al principio sólo se podían ver los tejados, cuyas onduladas tejas de terracota se solapaban como las plumas de una paloma— y más tarde una historia de casas adosadas de color verdemar, rosa, amarillo, rojo, cobre y beige alineadas en calles de adoquines que desembocaban en la Plaza del Mercado. En los años treinta, también abastecía el barrio de Praga un mercado al aire libre que estaba junto a la fábrica de vodka de la calle Żąbkowska (Diente), la cual estaba diseñada para parecer un castillo achaparrado. Sin embargo, este mercado no era tan alegre como el del Casco Antiguo, donde docenas de vendedores ofrecían sus productos, su artesanía y su comida bajo unas marquesinas de color amarillo y canela, los escaparates exponían el ámbar del Báltico y donde por unos pocos groschen un loro adiestrado podía extraer tu fortuna de un cuenco lleno de papelitos enrollados.

Nada más pasar el Casco Antiguo se encontraba el gran Barrio Judío, repleto de calles laberínticas, mujeres con peluca y hombres con tirabuzones a modo de patillas, danzas religiosas, una mezcla de dialectos y aromas, tiendas minúsculas, sedas teñidas, edificios con tejados planos donde los balcones de hierro, pintados de negro o de verde musgo, se alzaban uno sobre otro, como palcos de la ópera en los que no había espectadores sino tiestos con tomateras y flores. Allí uno también podía encontrar una clase especial de pierogi, el kreplach grande y tierno: buñuelos del tamaño de un puño que se rellenan de carne estofada y sazonada y de cebolla antes de hervirlos, cocerlos y freírlos, para glasearlos y endurecerlos como si fueran bagels.

El Barrio era el corazón de la cultura judía de Europa del Este, y ofrecía teatro y cine judíos, periódicos y revistas, artistas y editoriales, movimientos políticos, deportes y sociedades literarias. Durante siglos, Polonia había dado asilo a los judíos

que huían de la persecución en Inglaterra, Francia, Alemania y España. Algunas monedas polacas del siglo XII incluso llevan inscripciones hebreas, y dice una leyenda que los judíos se sintieron atraídos por Polonia debido a que el nombre del país suena como el imperativo hebreo *po lin* («descansa aquí»). A pesar de esto, el antisemitismo todavía estaba presente en la Varsovia del siglo XX, una ciudad de 1,3 millones de personas, un tercio de las cuales eran judías. La mayoría se asentaron en el Barrio, pero también vivían en vecindarios más acaudalados por toda la ciudad, aunque en general conservaban su vestimenta característica, así como su lengua y su cultura. Los había que ni siquiera hablaban polaco.

Una mañana de verano como otra cualquiera, Antonina estaba apoyada sobre la ancha y plana cornisa de la pared de la terraza, donde los azulejos color albaricoque lo suficientemente fríos para conservar el rocío humedecieron las mangas de su bata roja. No todos los bramidos, llantos, rebuznos y estruendos se originaban en el exterior: algunos salían de las entrañas de la casa, otros del porche, de la terraza o del ático. Los Żabiński compartían su hogar con animales recién nacidos que se habían quedado huérfanos y otros que estaban enfermos además de con mascotas, y la alimentación y educación de los huéspedes recaía sobre Antonina, cuyos pupilos animales reclamaban ruidosamente su comida.

Ni siquiera la sala de estar de la casa estaba restringida a los animales. Con sus seis amplios ventanales que podían confundirse fácilmente con pinturas paisajísticas, el largo y estrecho salón difuminaba los límites entre el interior y el exterior. Una gran credenza de madera cruzaba la habitación de un extremo a otro exhibiendo en sus múltiples estantes libros, revistas, nidos, plumas, pequeños cráneos, huevos, cuernos y otros artefactos. Sobre una alfombra oriental, junto a unas butacas cuadradas con cojines de forro rojo, había un piano. En la esquina más cálida, al fondo de la habitación, la chimenea y el hogar estaban adornados con azulejos de color marrón oscuro, y el cráneo desgastado por el sol de un bisonte descansaba sobre la repisa. Había butacas junto a las ventanas, por las que se filtraba la luz de la tarde.

Un periodista que visitó la casa para entrevistar a Jan se sorprendió al ver a dos gatos entrar en la sala de estar, uno con una garra vendada y el otro con el rabo de la misma manera, a los cuales les seguía un loro que llevaba un cono de metal en el cuello, y detrás un cuervo cojo con un ala rota. La casa estaba repleta de animales, cosa que Jan explicaba con sencillez:

—Estudiarles en la distancia no es suficiente. Es viviendo con animales cuando aprendes cosas acerca de su comportamiento y de su psicología.

En las rondas diarias que hacía Jan en su bicicleta, era seguido por un alce enorme llamado Adam, compañero inseparable.

Tenía algo de alquímico eso de convivir tan íntimamente con seres como un cachorro de león o de lobo, un mono que está aprendiendo a andar, un pollito de águila, así como con los olores animales, el sonido de uno de ellos rascándose, y los gritos, todo esto entremezclado con la charla y las risas humanas, a modo de

variopinta familia en su guarida. Al principio, los nuevos miembros de la familia dormían y comían según su antiguo horario, pero se sincronizaban gradualmente a medida que sus ritmos se adecuaban a los del resto. Sin embargo, no sucedía lo mismo con sus respiraciones, y por la noche el tempo adormilado y los resoplidos componían una cantata zoológica difícil de igualar.

Antonina se identificaba con los animales, fascinada por la forma en que sus sentidos experimentaban el mundo. Jan y ella pronto aprendieron a caminar despacio cuando se encontraban en presencia de depredadores tales como los gatos salvajes, ya que sus ojos tan juntos hacen que posean una percepción profunda muy precisa, y tienden a ponerse nerviosos con los movimientos rápidos cercanos. Los animales de presa como los caballos o los ciervos disfrutaban de una visión envolvente (para ver a los depredadores que se les acercan sigilosamente), pero se asustan fácilmente. El águila moteada que estaba coja, atada en el sótano, era simplemente un par de binoculares con alas. Los cachorros de hiena hubieran podido descubrir a Antonina acercándose en completa oscuridad. Otros animales podían notar cuándo se aproximaba, saborear su olor, oír el roce más imperceptible de su bata, sentir el peso de sus pisadas haciendo vibrar tan sólo un ápice las tablas del suelo, e incluso detectar las motas de polvo que removía a su paso.

A Antonina le encantaba salir de su piel humana por un rato para espiar el mundo a través de los ojos de cada animal, y escribía con frecuencia desde esa perspectiva, a través de la cual intuía sus preocupaciones y conocimientos, e incluso lo que podrían estar viendo, sintiendo, temiendo, notando, recordando. Cuando penetraba en su mundo, tenía lugar una transmigración de sensibilidades, y tal y como hizo con los cachorros de lince que ella misma crió, podía inmiscuirse en un mundo de ruidosos seres:

... con patas cortas o largas, caminando sobre blandas zapatillas o resistentes zapatos, silenciosa o alborotadora, con el suave olor de los tejidos o el fuerte olor del betún. Las zapatillas de suave tela se movían en silencio y con cuidado, no golpeaban los muebles y no era peligroso estar cerca de ellas... haciendo «Ki-chi, ki-chi», [hasta que] una cabeza con cabellos rubios y esponjosos aparecía y un par de ojos tras unas enormes gafas se inclinaban... No se tardaba mucho en adivinar que las zapatillas de suave tela, la cabeza con cabellos rubios y esponjosos y la voz aguda eran el mismo objeto.

Este desdoblamiento de su personalidad, el hecho de identificarse con los sentimientos de los animales, el ocuparse de ellos con una curiosidad cariñosa, algo en toda esa empatía les relajaba. Su rara habilidad para calmar a los animales indisciplinados ganó el respeto de los cuidadores y de su marido, quien, a pesar de opinar que la ciencia podía explicar este fenómeno, encontraba su don extraño y misterioso. Jan, científico devoto, atribuía a Antonina «olas metafísicas» de empatía casi chamanística cuando se trataba de animales: «Posee tal sensibilidad que es casi

capaz de leer sus mentes... Se convierte en ellos... Tiene un don preciso y muy especial, un modo de observar y de comprender a los animales que es poco frecuente, un sexto sentido... Ha sido así desde que era pequeña». Cada mañana, en la cocina, se servía una taza de té negro y comenzaba a esterilizar biberones de cristal y tetinas de goma para los más pequeños de la casa. Como enfermera del zoo, tuvo la suerte de adoptar a dos crías de lince de Bialowieża, el único bosque virgen que quedaba en toda Europa, un ecosistema al que los polacos denominaban puszcza, una palabra que evoca los antiguos bosques no profanados por manos humanas.

A ambos lados de lo que ahora es la frontera entre Bielorrusia y Polonia, Bialowieża une ambos países gracias a los cuernos de ciervo y a los mitos. Tradicionalmente lo frecuentaban reyes y zares de ambos países, quienes mantenían allí un vistoso refugio, a modo de famosa reserva de caza, pero, en la época de Antonina, cayó en las manos de científicos, políticos y cazadores furtivos. Los animales terrestres más grandes de Europa, los bisontes europeos, luchaban en sus bosques, y su extinción contribuyó a iniciar el movimiento conservacionista polaco. Como polaca bilingüe nacida en Rusia y que había regresado a Polonia, ella se sentía como en casa en aquel istmo verde que vinculaba regímenes diferentes, caminando a la sombra de árboles que tenían medio milenio, allí donde el bosque se vuelve más denso, íntimo como una garrapata, un organismo frágil y completo sin fronteras visibles. Prístinos acres de bosque virgen, declarados intocables, crean un reino que sobrevuelan los aviones a mucha distancia para no asustar a los animales o contaminar el follaje. Si mira entre las copas de los árboles, similares a paracaídas abiertos, puede que el visitante aviste un avión lejano planeando como si se tratase de un pequeño y silencioso pájaro.

A pesar de estar prohibida por la ley, la caza todavía existía, dejando huérfanos a pequeños animales, de los cuales los más llamativos llegaban al zoo en una caja que rezaba «animal vivo». El zoológico hacía de bote salvavidas y durante abril, mayo y junio, la época de partos, Antonina esperaba crías necesitadas, cada una con su propia dieta y sus costumbres. El cachorro de un mes de lobo normalmente hubiera sido cuidado por su madre y los miembros de su familia hasta que tuviera dos años. La limpia y social cría de tejón reaccionaba bien a las largas caminatas y cenaba insectos y hierbas. Los pequeños jabalíes a rayas acababan con todas las sobras. A un cervatillo rojo se le daba el biberón hasta el solsticio de invierno y patinaba, despatarrado, por los suelos de madera.

Sus favoritos eran Tofi y Tufa, los cachorros de lince de tres semanas, a los que había que darles el biberón durante seis meses y que no eran en realidad autosuficientes hasta que tenían más o menos un año (incluso entonces, les gustaba caminar por la calle más animada de Praga con una correa ante los boquiabiertos transeúntes). Puesto que quedaban tan pocos lince salvajes en Europa, Jan fue a Bialowieża por su cuenta para buscar a los cachorros, y Antonina se ofreció a criarlos dentro de casa. Cuando el taxi de Jan llegó a la entrada principal una tarde de verano,

un guarda se apresuró a ayudarlo a descargar una pequeña caja de madera y juntos la llevaron a la casa, donde Antonina esperaba ansiosa con biberones y tetinas esterilizadas, además de leche caliente. Cuando levantaron la tapa, dos pequeñas bolas de pelo moteadas miraron enfadadas a los rostros humanos, sisearon y comenzaron a morder y a arañar cualquier mano que intentaba tocarles.

—Las manos humanas con tantos dedos moviéndose les asustan —sugirió con suavidad Antonina—. Y también nuestras voces altas, y la luz cegadora de la lámpara.

Las crías temblaron «muertas de miedo», como escribió en su diario. Con cuidado, agarró el pescuezo blando y cálido de uno de ellos y, mientras lo sacaba de la caja, indefenso y silencioso, cogió al otro.

—Les gusta. Su piel recuerda cómo su madre les cogía con la boca para llevarles de un lugar a otro.

Cuando les depositó en el suelo del comedor correataron por todas partes explorando el nuevo y resbaladizo paisaje durante unos minutos, para esconderse después debajo de un armario como si se tratase de una roca colgante, escondiéndose en los huecos más oscuros que encontraban.

En 1932, ateniéndose a la tradición católica polaca, Antonina escogió para su propio hijo recién nacido un nombre de santo, Ryszard, Ryś para acortar, que era la palabra polaca para lince. A pesar de no formar parte de la brigada zoológica «de cuatro patas, seres afelpados o alados», su hijo se unió a la familia como un cachorro juguetero más que balbuceaba y se agarraba como un mono, gateaba por todas partes a cuatro patas como un oso y palidecía en invierno y se oscurecía en verano como hacían los lobos. Uno de los libros infantiles de Antonina describe a tres pequeños que aprenden a caminar al mismo tiempo: su hijo, un león y un chimpancé. Puesto que encontraba adorables a todos los mamíferos, desde el rinoceronte a la zarigüeya, reinaba como madre mamífera y protectora de muchos otros. Esta imagen no resultaba tan extraña en una ciudad cuyo antiquísimo símbolo era mitad mujer, mitad animal: una sirena blandiendo una espada. Como Antonina dijo, el zoo rápidamente se convirtió en su «reino verde de animales a la orilla derecha del río Vístula», un ruidoso Edén flanqueado por el paisaje urbano y el parque.

Capítulo 2

—Hay que detener a Adolf —insistió uno de los guardas. Jan sabía que no se refería a Hitler sino a «Adolf el Secuestrador», un apodo con el que habían bautizado al cabecilla de los macacos Rhesus, que había estado peleándose con la hembra más vieja, Marta, a la cual le había robado a su hijo Adolf para dárselo a su compañera favorita, Nelly, que ya tenía su propia cría—. No está bien. Cada madre debería alimentar a su propio bebé, ¿y por qué dejar a Marta sin su hijo para que Nelly tenga dos?

Otros guardas proporcionaban informes acerca de la salud de los animales más conocidos del zoológico, como la jirafa Rose, la perra de caza africana Mary, o Sahib, el potro de la granja escuela, que había estado colándose en el pasto con los asustadizos caballos Przywalski. A los elefantes a veces les salían herpes en sus trompas y, en cautividad, un retrovirus aviar o una enfermedad como la tuberculosis se transmite fácilmente de los humanos a los lobos, guepardos y otros animales, para volver a los humanos, especialmente en la época anterior a los antibióticos dejan, cuando una infección sería podía resultar devastadora para la población animal o humana. Ello significaba llamar al veterinario del zoológico, el doctor Lopatynski, que siempre llegaba en su motocicleta renqueante vestido con una cazadora de cuero y un enorme gorro con grandes orejeras, las mejillas enrojecidas por el viento y unos quevedos sobre su nariz.

¿De qué más se hablaría en las reuniones diarias? En una vieja fotografía del zoológico, Jan está de pie junto a un recinto para hipopótamos a medio excavar apuntalado en parte con pesadas cuadernas de madera del tipo que pueden encontrarse en el casco de un barco. La vegetación del fondo indica que es verano, y toda excavación había de terminarse antes de que el suelo se endureciera, cosa que puede suceder incluso en octubre en Polonia, por lo que es probable que exigiera informes del progreso y apremiase al capataz. Los robos suponían otro problema, y puesto que el comercio de animales exóticos estaba en boga, había guardas armados patrullando día y noche.^[1] El gran sueño del zoo de Jan se refleja en sus múltiples libros y emisiones; deseaba que un día su zoo pudiera conseguir la ilusión de tener habitantes nativos, convertirse en un lugar donde los enemigos compartiesen el recinto sin que hubiese conflictos. Para alcanzar esa tregua vital, uno necesita conseguir acres de tierra, excavar fosos conectados entre sí e instalar las cañerías de forma creativa. Jan planeaba un zoo innovador de importancia mundial en el corazón de la vida varsoviana social y cultural, y en un momento dado incluso pensó en añadirle un parque de atracciones.

Las preocupaciones principales de los zoológicos, no importa que sean antiguos o modernos, incluyen mantener a los animales saludables, cuerdos y sobre todo calmados. Los zoos siempre han albergado ingeniosos maestros de la huida, rayos de

largas patas como los saltarocas, que pueden brincar por encima de la cabeza de un hombre y aterrizar sobre un trozo de roca del tamaño de una moneda. Poderosos y achaparrados seres de lomo arqueado, estos pequeños y nerviosos antílopes sólo pesan dieciocho kilos, pero son ágiles y saltan sobre las puntas de sus pezuñas verticales como bailarinas de *ballet* dando vueltas sobre las puntas de sus pies. Si se les asusta darán brincos por todo el recinto, probablemente saltarán la valla y, como todos los antílopes, conseguirán cruzarla. La leyenda dice que, en 1919, un hombre birmano inventó el equivalente humano de esta habilidad, un bastón para que su hija Pogo cruzase los charcos de camino a la escuela.^[2] Tras un intento de escapada del jaguar en el actual zoo de Varsovia, el doctor Rembiszewski colocó una valla eléctrica del tipo que emplean los granjeros para alejar a los ciervos de sus cosechas, aunque hecha a medida y mucho más alta. Las vallas eléctricas estaban disponibles para Jan, que probablemente se plantease poner una y debatiese su viabilidad dada la distribución del recinto del gran felino.

Cada día, después de desayunar, Antonina se dirigía al edificio donde estaba la oficina del zoo y aguardaba a los visitantes importantes, pues además de llevar la casa y cuidar de los animales enfermos, ella era la encargada de dar la bienvenida a los invitados distinguidos de Polonia y del extranjero, así como a la prensa o a los delegados del gobierno. Al mostrarles las instalaciones, Antonina les divertía con anécdotas y curiosidades que extraía de los libros, las charlas con Jan o sus observaciones de primera mano. Mientras paseaban por el zoo, vislumbraban recreaciones de pantanos, desiertos, bosques, prados y estepas. En algunas zonas había sombra, otras estaban bañadas por la luz del sol, y los árboles, arbustos y rocas ofrecían cobijo de los fuertes vientos que podían desgarrar el tejado de un granero.

Comenzaba en la entrada principal de la calle Ratuszowa, frente a un bulevar largo y recto flanqueado por los recintos, en donde lo primero que captaba la atención del visitante era un estanque rosado y tembloroso: se trataba de los flamencos de color claro que caminaban con las rodillas rojas dobladas hacia atrás y esas bocas que se asemejaban a negros monederos.^[3] No son tan despiertos como los flamencos salvajes, y su color es rosa coral debido a que se alimentan de crustáceos, pero eran lo suficientemente llamativos para ser los recepcionistas del zoo, con sus gruñidos estridentes y demás ruidos diversos. Nada más pasarlos, uno se encontraba jaulas de pájaros de todas las partes del mundo: aves exóticas cantarinas de colorido plumaje tales como minas, guacamayos, marabúes y grullas coronadas; así como pájaros nativos como el diminuto búho pigmeo o el grandioso búho real, capaz de volar con un conejo en sus garras.

Los pavos reales y los ciervos pequeños vagaban por el zoo a su antojo y se alejaban trotando cuando alguien se les acercaba, como si una ola invisible les empujase. Sobre un pequeño montículo de hierba, una hembra de guepardo tomaba el sol mientras sus cachorros moteados saltaban y jugaban cerca de ella, distrayéndose en ocasiones por los ciervos y los pavos reales que caminaban con total libertad. Las

presas sueltas debían de resultar tentadoras para los leones, hienas, lobos y otros depredadores que estaban enjaulados, pero también mantenía despiertos sus sentidos y añadía un toque carnal a su día a día. Los cisnes negros, los pelícanos y otras aves de pantano y acuáticas flotaban en un estanque con forma de dragón. A la izquierda, los recintos abiertos dejaban ver a los bisontes europeos que estaban pastando, lo mismo que los antílopes, cebras, avestruces, camellos y rinocerontes. A la derecha, los visitantes podían observar a los tigres, leones e hipopótamos. Más adelante, siguiendo un camino de gravilla, se circulaba por delante de jirafas, reptiles, elefantes, monos, focas y osos. La casa se hallaba casi oculta entre los árboles, muy cerca de las pajareras, antes de llegar a los chimpancés, al este de los pingüinos.

Los hábitats de praderas incluían perros salvajes africanos, excitables canes de largas patas que siempre estaban corriendo, balanceando sus anchas cabezas y olisqueando recelosamente mientras movían sus grandes y rígidas orejas. Su nombre científico, *Canispictus* (perro pintado) evoca la belleza de su pelaje, manchado al azar de amarillo, negro y rojo. Eran feroces y poseían una notable capacidad de resistencia: podían arrastrar una cebra desbocada o perseguir a un antílope durante kilómetros. El zoo se jactaba de ser el primero de Europa en tener uno, un verdadero privilegio a pesar de que los granjeros africanos les considerasen una feroz plaga. En Varsovia eran un espectáculo pintoresco, puesto que no había dos iguales, y siempre se formaba una multitud delante de ellos. El zoo también criaba las primeras cebras Grewyi, procedentes de Abisinia, las cuales resultan al principio familiares hasta que uno se da cuenta de que, a diferencia de las cebras que salen en los libros de texto, son más altas y están más rayadas, con barras estrechas que convergen verticalmente por todo el cuerpo y horizontalmente por las patas, hasta llegar a las pezuñas.

Luego estaba Tuzinka, todavía cubierta de pelusa de bebé, uno de los únicos doce elefantes nacidos en cautividad. Su nombre venía de tuçin, la palabra polaca para docena. Antonina había ayudado a Kasia en el nacimiento de su hija Tuzinka, a las 3.30 de una fría madrugada de abril. En su diario describía a Tuzinka como un bulto gigante, la cría animal más grande que había visto jamás, pues pesó 110 kilogramos y midió alrededor de un metro. Sus ojos eran azules, tenía una mata de pelusa negra, grandes orejas en forma de pensamientos y un rabo que parecía demasiado largo para su cuerpo: era una cría que llegaba al bazar sensorial de la vida. Sus ojos azules parpadeaban con la misma sorpresa que Antonina contemplaba en los ojos de otros animales recién nacidos: embobados, fascinados, desconcertados por todo el brillo y el ruido.

Para mamar, Tuzinka se colocaba detrás de su madre, con las rodillas traseras dobladas, acercando su suave boca. La mirada que tenían sus ojos mostraba que nada existía salvo el flujo de leche caliente y el latido tranquilizador del corazón de su madre. Así la captaron los fotógrafos en 1937 para una postal en blanco y negro que resultó ser un souvenir muy popular, lo mismo que la cría de elefante de peluche. Existen viejas fotografías que muestran a los encantados visitantes alargando la mano

a Tuzinka y a su madre, la cual intenta alcanzarles con su trompa desde su pequeño foso rodeado de pinchos de metal. Puesto que los elefantes no saltan, una zanja de dos metros de profundidad y dos metros de ancho por arriba, estrechándose por abajo, les mantendrá atrapados, siempre y cuando los elefantes no llenen de barro la zanja y salgan vadeando, como se sabe que han hecho algunos.

Los olores de los animales componían el panorama olfativo del zoológico, que para algunos resultaba sutil y para otros repugnante hasta que se acostumbraban. Las peores eran las señales olfativas de las hienas, que dan la vuelta a su bolsa abdominal rezumando una pasta hedionda a la que se denomina en la jerga del oficio «mantequilla de hiena». Cada una de estas fétidas llamadas dura un mes aproximadamente, y un macho maduro emite alrededor de ciento cincuenta al año. Tenemos también el despliegue de poder del hipopótamo, que defeca al mismo tiempo que mueve su pequeño rabo, arrojando boñigas por todas partes. Los bueyes almizcleros macho suelen rociarse a sí mismos con su propia orina, y debido a que los leones marinos retienen comida, la cual se va pudriendo entre sus dientes, su aliento apesta a kilómetros. El kakapo, un loro de plumaje negro que es incapaz de volar y que tiene un chocante ojo blanco y el pico naranja, huele como el viejo estuche de un clarinete. Durante la época de celo, los elefantes macho exudan una poderosa baba que proviene de una pequeña glándula cercana a cada ojo. Las plumas de la alcuela crestada huelen a clementina, especialmente durante la época de reproducción, cuando las alcuelas que se están cortejando se clavan los picos en sus respectivas gorgueras, de sabor amargo. Todos los animales emiten códigos olfativos a modo de llamadas características, y con el tiempo Antonina se acostumbró al denso aroma cotidiano, a estas amenazas, llamadas e informes de noticias de procedencia biológica.

Antonina estaba convencida de que las personas debían conectar más con su naturaleza animal, pero también de que los animales «añoran la compañía humana, buscan la atención de los humanos» con un anhelo que de alguna manera es recíproco. Sus tránsitos imaginarios al Umwelt de los animales desterraban el mundo humano a cambio de un encantamiento, de un reino de sables y tiendas donde los padres de pronto se desvanecían. A medida que la frontera entre domesticado y salvaje se difuminaba, el hecho de jugar a perseguirse y revolcarse con las crías de lince, darles de comer con su propia mano, dejarse llevar por los lametones arenosos de sus lenguas cálidas entre sus dedos, y esas insistentes pezuñas, le ayudaban a forjar un vínculo con el zoológico que describió como «eterno».

El zoo también brindaba a Antonina un púlpito para predicar el conservacionismo, algo así como un sacerdocio ambulante, un evangelio de dioses menores junto al Vístula, y ofrecía a los visitantes un puente único hacia la naturaleza. Pero primero debían cruzar el puente en forma de jaula que cruzaba el río y penetraba en la parte más salvaje de la ciudad. Cuando les contaba fascinantes relatos acerca de los lince y otros animales, la difusa imagen verde de la tierra

tomaba la forma precisa de un ser con nombre. Jan y ella también animaban a los directores a poner películas, organizar conciertos y obras de teatro en el zoo, y prestaban animales para que actuaran en espectáculos cuando se lo pedían, siendo los cachorros de león los más populares. «Nuestro zoo estaba lleno de vida —escribió—. Teníamos muchísimos visitantes: jóvenes, amantes de los animales y simples visitantes. Teníamos muchos socios: universidades polacas y del extranjero, el Departamento de la Salud de Polonia, e incluso la Academia de Bellas Artes». Los artistas locales crearon los elegantes carteles *Art Déco* del zoo, y los Żabiński invitaban a artistas de todo tipo a desenjaular su imaginación.

Capítulo 3

Un día en que hacía su ronda habitual en bicicleta, Jan dejó al alce Adam pastando en el césped y en las matas y entró en la cálida caseta de los pájaros, que rezumaba olor a heno húmedo y a tilo. Allí había una mujer menuda junto a una jaula, moviendo sus codos a modo de imitación de los pájaros que se arreglaban las plumas y se posaban en los barrotes. Su cabello oscuro y ondulado, su cuerpo compacto y las delgadas piernas que dejaba entrever por el dobladillo de su guardapolvo casi la cualificaban como una nueva habitante de la caseta. Colgándose con el pico de un trapecio, un loro de ojos saltones gritaba: «¿Cómo te llamas? ¿Cómo te llamas?». En una voz melodiosa, la mujer respondía lo mismo: «¿Cómo te llamas? ¿Cómo te llamas?». El loro ladeaba la cabeza y la miraba fijamente. Después se daba la vuelta y la miraba con el otro ojo.

—Buenos días —saludó Jan. *Dzień dobry*. Es la forma en que los polacos comenzaban la mayoría de los intercambios verbales corteses. Ella dijo que se llamaba Magdalena Gross, nombre que Jan conocía bien, ya que tanto los polacos acaudalados como los admiradores internacionales encargaban sus esculturas. Él desconocía que ella esculpiera animales, pero es que ella misma no decidió hacerlo hasta aquel día. Más adelante le contaría a Antonina que cuando visitó el zoo por primera vez se sintió tan cautivada que sus manos comenzaron a moldear el aire, por lo que decidió llevar consigo sus herramientas y emprender un safari, hasta que el destino le llevó a ese recinto lleno de pájaros tan aerodinámicos como trenes futuristas. Jan besó su mano suavemente, según dicta la tradición polaca, y le dijo que sería un honor para él si ella considerase el zoo como su estudio al aire libre y a los animales como sus inquietos modelos.

En todos los aspectos, la alta, esbelta y rubia Antonina parecía una valquiria descansando, y la pequeña, morena y judía Magdalena vibraba de energía. Antonina consideraba a Magdalena como un cúmulo de contradicciones ambulante: categórica pero vulnerable, atrevida pero modesta, estrafalaria pero muy disciplinada, alguien que amaba la vida, lo cual puede que fuera lo que más atraía a Antonina, y que no era estoica o solemne como Jan. Las dos mujeres compartían la pasión por el arte y la música, así como un sentido del humor muy parecido. Además, eran de edad similar y tenían amigos en común, por lo que emprendieron lo que sería una amistad muy importante. ¿Qué habría servido Antonina cuando invitaba a Magdalena a tomar el té? La mayoría de los varsovianos ofrecen té negro y dulces a sus invitados, y Antonina cultivaba rosas y hacía muchas confituras, por lo que en algún momento probablemente habría preparado un tradicional bollo polaco hecho de rosquillas blandas rellenas con una capa de mermelada de pétalos de rosa y cubiertas de glaseado de naranja con olor a fuego.

Magdalena le confió que se había estado sintiendo hastiada y sin inspiración, con su ático de la creatividad vacío, cuando un día pasó por casualidad por el zoo y vio

una impresionante bandada de flamencos paseando por allí. Después de esto, observó un despliegue onírico de animales más extraños aún: poseían figuras fabulosas, y sus colores eran más delicados que los que ningún pintor podría obtener jamás. Sintió tal espectáculo como si se tratase de una revelación, la cual le inspiró una serie de esculturas de animales que le granjearían el reconocimiento internacional.

El zoo tenía un aspecto magnífico en el verano de 1939, y Antonina comenzó a planear los acontecimientos de la siguiente primavera, cuando Jan y ella tendrían el honor de ser los anfitriones en Varsovia de la reunión anual de la Asociación Internacional de Directores de Zoológicos. No obstante, ello significaba ser conscientes de los miedos sísmicos imperantes del estilo de: «si nuestro mundo sigue intacto». Casi un año antes, en septiembre de 1938, cuando Hitler había tomado el control de los Sudetes, una parte de Checoslovaquia que hacía frontera con Alemania y cuya población era en su mayoría alemana, Francia y Gran Bretaña lo habían consentido, pero los polacos se preocupaban por sus propias fronteras. El territorio alemán cedido a Polonia entre 1918 y 1922 incluía la Silesia oriental y la región anteriormente conocida como el Pasillo de Pomerania, que separaba con eficacia la Prusia Oriental del resto de Alemania. Gdansk, el importante puerto alemán en el mar Báltico, había sido declarado «Ciudad Libre», abierta tanto a alemanes como a polacos.

Un mes después de invadir Checoslovaquia, Hitler exigió la devolución de Gdansk y el derecho a construir una carretera extraterritorial que atravesase el Pasillo. Las disputas diplomáticas que tuvieron lugar a principios de 1939, llevaron a la enemistad en marzo, cuando Hitler ordenó secretamente a sus generales que se «ocupasen del problema polaco». Las relaciones entre Polonia y Alemania se fueron desintegrando y los polacos se despertaron un buen día con presagios de guerra, un pensamiento aterrador que sin embargo no resultaba una novedad. Alemania había ocupado Polonia con tanta frecuencia desde la Edad Media, siendo la última ocasión entre 1915 y 1918, que las luchas entre eslavos y teutones habían alcanzado el grado de tradición patriótica. Maldita por su posición estratégica en Europa del Este, Polonia había sido invadida, saqueada y dividida muchas veces, siendo sus fronteras un flujo y reflujo; algunos niños de los pueblos aprendían cinco idiomas simplemente para poder hablar con sus vecinos. La guerra no era algo en lo que Antonina quisiese pensar, sobre todo teniendo en cuenta que había perdido a sus padres en la experiencia bélica anterior, por lo que se convenció a sí misma, como hicieron muchos polacos, de que tenían una sólida alianza con Francia, la cual tenía un poderoso ejército, y de que Gran Bretaña les había jurado protección. Como era optimista por naturaleza, se concentró en su afortunada vida. Después de todo, no muchas mujeres polacas gozaban de un matrimonio agradable, un hijo sano, una vida laboral satisfactoria, y menos aún de un montón de animales a los que considerar hijastros. Sintiéndose bendecida y animada, Antonina se llevó a principios de agosto a Ryś, a su anciana niñera y a Zoska, el San Bernardo, a Rejentówka, un pequeño

pueblo muy popular en vacaciones, mientras que Jan se quedaba en Varsovia para supervisar el zoo. Decidió también incluir a Koko, una vieja cacatúa rosa propensa a sufrir mareos que se caía con frecuencia de su percha. Puesto que Koko tenía la nerviosa costumbre de arrancarse las plumas del pecho, Antonina le puso un collar de metal que hacía las veces de megáfono de sus graznidos, y esperó que el «fresco aire del bosque y la posibilidad de comer raíces salvajes y ramillas» pudiese curar sus enfermedades y devolverle el colorido plumaje. Los lince, que por aquel entonces ya habían crecido, se quedaron atrás, pero llevó consigo a un recién llegado, una cría de tejón llamada Borsunio (Pequeño Tejón), demasiado pequeño para dejar desatendido. Sobre todo, deseaba alejar a Ryś de Varsovia, donde sólo se hablaba de la guerra, para que ambos pasasen un último verano de juegos inocentes en el campo.

La casa de campo de los Żabiński se encontraba en una hondonada del bosque, a seis kilómetros y medio del río Bug y a tan sólo minutos de su pequeño afluente, el Huczwa.^[1] Antonina y Ryś llegaron un caluroso día de verano, cuando el aire olía a la resina de los pinos y les llegaban oleadas del aroma de las acacias y de las petunias en flor. Los últimos rayos de sol iluminaban las copas de los viejos árboles y la oscuridad ya había cubierto las partes más lejanas del bosque, donde el agudo canto abdominal de las cigarras se mezclaba con las llamadas de los cucos y los silbidos de las hambrientas hembras de mosquito.

Poco después, en una de las pequeñas verandas, se podía sumergir en la sombra de una perfumada parra «que olía a sus pálidas y apenas perceptibles flores, aroma no obstante más agradable que el de una rosa, una lila y un jazmín, mejor que el olor más dulce: el del altramuz dorado de los campos», mientras «tan sólo a unos pasos de la crecida hierba estaba [...] el muro del bosque, compuesto de robles que le brindaban el color verdoso y de abedules que lo pincelaban de blanco aquí y allá...». Ryś y ella se adentraban en el silencio verde que parecía estar a años luz de Varsovia, una distancia que no se medía tan sólo en kilómetros, sino que era interna y personal. Sin ni siquiera una radio en la casa, la naturaleza proporcionaba las lecciones, las noticias y los juegos. Un pasatiempo local muy popular consistía en ir al bosque a contar los álamos.

Cada verano la casa les aguardaba con platos, ollas, una cubeta para lavar la ropa, sábanas y una buena provisión de alimentos secos, y ellos ponían el conjunto de personajes humanos y animales que transformaban la casa de vacaciones en todo un espectáculo. Una vez había colocado la enorme jaula en la veranda y dado de comer trocitos de naranja a la cacatúa, Ryś ataba al tejón con un dogal y trataba de convencerle de que caminase con la correa, cosa que hacía, sólo que al contrario, tirando de Ryś a mucha velocidad. Como los otros animales que le rodeaban, el tejón adoraba a Antonina, quien le consideraba su «hijo adoptivo» y le enseñó a acudir cuando le llamaban por su nombre, a chapotear con ellos en el río y a subir a su cama para que ella le diese el biberón. El tejón aprendió a arañar la puerta de la calle para que le permitiesen salir a hacer sus necesidades, y se bañaba sentado en una cubeta, al

estilo de los humanos mientras con los dos brazos se echaba agua con jabón sobre el pecho. En su diario, Antonina plasmó la combinación de los instintos del tejón con las costumbres humanas y su personalidad singular. Como era escrupuloso a la hora de hacer sus necesidades, por ejemplo, excavó un agujero a modo de retrete en cada extremo de la casa y daba largas caminatas para utilizarlos cuando se encontraba lejos de la casa. Pero un día, cuando no podía encontrar al tejón, buscó en todos los lugares donde solía echarse la siesta —un cajón del armario ropero, entre la sábana y el edredón de su cama, en la maleta de la niñera de Ryś— sin tener éxito. En la habitación de Ryś, se agachó para mirar debajo de la cama y descubrió al tejón empujando el orinal del niño hasta que lo sacó de ahí, se subió al cuenco de esmalte blanco y lo utilizó como era debido.

Cuando las vacaciones de verano estaban a punto de terminar, los amigos de Ryś, Marek y Zbyszek (hijos de un médico que vivía al otro lado del parque Praski), pararon para visitarles a su regreso de la península Hel en el mar Báltico, con muchas cosas que contar acerca de la cantidad de barcos amarrados en el puerto de Gdynia, del pescado ahumado y de los viajes en velero, así como de todos los cambios en los muelles. Sentada bajo la luz tenue de la sala de estar mientras que la noche envolvía la casa, Antonina escuchó la charla de los chicos, quienes se hallaban en las escaleras del porche narrando sus aventuras estivales, y se dio cuenta de que para Ryś el mar Báltico que había visitado hacía tres años probablemente era sólo un vago recuerdo que incluía las olas rompiendo sobre la orilla y la arena cristalina y caliente del mediodía.

—¡Ni te imaginas de qué forma han excavado la playa! El año que viene no quedará allí ni un solo civil —dijo Marek.

—¿Y eso por qué? —quiso saber Ryś.

—¡Para levantar fortificaciones, para la guerra!

Su hermano mayor le miró con severidad y Marek pasó un brazo por los hombros de Ryś y le dijo con desdén:

—Pero a quién le importa la playa. Háblanos mejor del tejón.

Y así fue como Ryś comenzó, tartamudeando un poco al principio para luego animarse y coger velocidad, a hablar sobre los piratas del bosque y las travesuras del tejón, que tuvieron su punto fuerte la noche en que éste se coló en la habitación de una vecina que dormía y derramó sobre ella un cubo de agua fría. Los chicos cayeron al suelo de la risa.

Me gusta escuchar sus risas —pensaba Antonina—, pero siempre tengo una espina clavada con Ryś, la guerra, que para él aún es una idea lejana. Tan sólo asocia palabras como «torpedo» y «fortificaciones» con los juguetes y con los hermosos barcos que hace flotar en las bahías que rodean los fuertes de arena que construye en la orilla del Rządza. También está ese encantador juego de indios y vaqueros en el que lanza pifias con un arco y una flecha... pero la otra posibilidad, la de una guerra real, ésa todavía no la entiende, gracias a Dios. Los dos chicos mayores creían, como

Antonina, que la guerra pertenecía al mundo de los adultos, no al de los niños. Ella notaba que Ryś ardía en deseos de someterles a un interrogatorio, pero no quería parecer tonto o, peor aún, un niño pequeño, por lo que se mantuvo en silencio con respecto a la granada de mano invisible que tenía a sus pies y que todo el mundo temía que explotara.

«Menudo tema para que lo aborden los labios inocentes de los niños», reflexionaba Antonina, observando los rostros bronceados de los tres chicos, los cuales brillaban a la luz de una gran lámpara de aceite. «Llena de preocupación» por su seguridad, se preguntaba una vez más: «¿Qué será de ellos si empieza la guerra?». Era la pregunta de la que había estado renegando, dejándola a un lado, formulándola con otras palabras durante meses. «Nuestra república animal admitió para sí misma finalmente, existe en la ciudad polaca más concurrida y ruidosa, como si se tratase de un pequeño estado autónomo defendido por la capital. Al vivir tras sus verjas, como si estuviésemos en una isla separada del resto del mundo, parece imposible que las oleadas de maldad que cubren Europa puedan inundar también nuestra pequeña isla». A medida que la oscuridad comenzaba a filtrarse por todas partes borrando las esquinas, le invadió la ansiedad, pues estaba deseosa de solucionar los problemas de la vida de su hijo, pero tan sólo podía aguardar a que se desenmarañasen solos.

Pretendía que los últimos días de verano se aprovecharan bien, por lo que a la mañana siguiente organizó una brigada para buscar setas, con premios y honores para quien embolsase más niscalos, boletus y champiñones botón que pensaba poner en conserva. Si realmente estallaba la guerra, untar adobo de setas en el pan en invierno les inundaría a todos de recuerdos de la casa de campo, de los chapuzones en el río, de las travesuras del tejón y de los buenos tiempos. Caminaron seis kilómetros y medio hasta el río Bug, con Ryś a caballito de vez en cuando, Zoska trotando al lado y el tejón en una mochila. Se detuvieron en los prados del camino para hacer un *picnic* y jugar al fútbol, con el tejón y Zoska haciendo de porteros, aunque el primero luchaba con fiereza para que no le arrebatasen el balón de cuero una vez se agarraba a él con los dientes y las garras.

La mayoría de los fines de semana de verano, Antonina dejaba a Ryś con su niñera en el campo y regresaba a Varsovia para pasar unos días a solas con Jan. El jueves 24 de agosto de 1939, el mismo día en que Gran Bretaña renovó su compromiso de ayudar a Polonia si Alemania la invadía, Antonina realizó su habitual visita a Varsovia, donde, para su sorpresa, se encontró con asentamientos antiaéreos rodeando la ciudad, civiles cavando trincheras y erigiendo barricadas y, lo más preocupante de todo, carteles que anunciaban un reclutamiento inminente. Tan sólo el día anterior, los ministros de Asuntos Exteriores Von Ribbentrop y Molotov habían dejado atónito al mundo al revelar que Alemania y la Unión Soviética habían firmado un pacto de no agresión.

«Lo único que separa a Berlín de Moscú es Polonia», pensó.

Ni Jan ni ella conocían las cláusulas secretas del pacto, que ya estaban dividiendo

a Polonia tras una invasión en dos fases y la repartición de sus deseadas tierras de labranza.

«Los diplomáticos son reservados. Puede que esto sólo sea un farol», se dijo.

Jan tenía la certeza de que Polonia carecía de los aviones, armas o equipamiento de guerra para competir con Alemania, por lo que comenzaron a barajar seriamente la idea de enviar a Ryś a un lugar más seguro, a una ciudad sin interés militar, si es que existía tal lugar.

Antonina se sentía como si estuviese «despertándose de un largo sueño, o entrando en una pesadilla», de cualquier manera se trataba de un terremoto físico. Al pasar las vacaciones lejos del clamor político de Varsovia, protegida por «la calma y el orden de la vida del granjero, la armonía de las dunas de arena blanca y de los sauces llorones», con los días animados por animales excéntricos y las aventuras de un niño pequeño, casi había resultado posible ignorar los acontecimientos mundiales o, al menos, seguir siendo optimista con respecto a ellos, incluso testarudamente inocente

Capítulo 4

Varsovia, 1 de septiembre, 1939

Justo antes del amanecer, Antonina se despertó con el sonido distante de grava vertiéndose por una rampa de metal, lo cual su cerebro pronto identificó como motores de avión. «Que sean aviones polacos de maniobras», rezó mientras salía a la terraza y observaba el extraño cielo sin sol, cubierto como nunca antes lo había visto, no de nubes sino de un brillo blanco y dorado que pendía como si fuera una cortina. No se trataba de humo, ni de niebla, y se extendía a lo largo del horizonte de un extremo a otro. Jan era veterano de la Primera Guerra Mundial además de un oficial en la reserva, y había pasado la noche de servicio, pero ella desconocía dónde, sólo sabía que estaba en «algún lugar fuera del zoo», en los cañones de metal que se encuentran más allá del foso mental del Vístula.

Escuchó «el zumbido de los aviones, decenas, tal vez incluso cientos», que sonaban como «una ola lejana, no con el mar en calma, sino como cuando, durante una tormenta, las olas chocan sobre la arena de la playa». Escuchando más detenidamente, detectó el revelador zumbido desigual de los bombarderos alemanes que los londinenses, avanzada la guerra, juraban que escuchaban decir: «¿Dónde estáis? ¿Dónde estáis?». Jan volvió a casa alrededor de las ocho de la mañana, nervioso y con información imprecisa.

—Aquello no eran las prácticas de maniobras de las que nos hablaron —dijo—. Habrá bombarderos, escuadrones de la Luftwaffe que escoltan al ejército alemán, el cual se acerca cada vez más. Tenemos que marcharnos inmediatamente.

Puesto que Ryś y su niñera estaban seguros en Rejentówka, decidieron dirigirse al cercano pueblo de Zalesie, donde vivían los primos de Jan, pero aguardaron a que diesen un nuevo parte por la radio.

Este era el primer día de colegio para los niños polacos, un día en que las aceras deberían haber estado plagadas de uniformes escolares y mochilas. Desde la terraza pudieron observar a los soldados polacos corriendo en todas direcciones —por las calles, el césped, incluso dentro del zoo— erigiendo globos de barrera, alineando las armas antiaéreas y apilando enormes bolas de cañón negras con mechas en el extremo que se asemejaban a los excrementos de los animales.

Los animales del zoo no parecían ser conscientes del peligro. Las fogatas no les asustaban —durante años habían confiado al ver las hogueras que se hacían allí—, pero comenzaron a ponerse nerviosos por el flujo repentino de soldados, ya que las únicas personas que veían por la mañana eran aproximadamente una docena de guardas de uniforme azul que normalmente les llevaban la comida. Los lince empezaron a emitir un sonido que estaba entre el rugido y el maullido, los leopardos resoplaron por lo bajo, los chimpancés aullaron, los osos rebuznaron como si fueran burros y el jaguar sonaba como si se hubiese atragantado.

A las nueve de la mañana se enteraron de que, para justificar la invasión, Hitler había preparado un ataque falso en la ciudad fronteriza alemana de Gleiwitz, donde tropas de las SS disfrazadas con el uniforme polaco requisaron una emisora de radio local y emitieron una falsa llamada a las armas contra Alemania. Aunque a los periodistas extranjeros que estaban allí como testigos se les mostraron cadáveres de prisioneros (vestidos con el uniforme polaco) como prueba de la hostilidad, nadie cayó en la trampa. No obstante, ni siquiera esa broma de mal gusto podía quedarse sin respuesta, y a las cuatro de la madrugada el barco de guerra alemán Schleswig-Holstein bombardeó un almacén de munición cercano a Gdansk, y el Ejército Rojo ruso se preparó para invadir por el este.

Antonina y Jan hicieron rápidamente las maletas y emprendieron su camino a pie, cruzando el puente con la esperanza de abrirse camino hasta Zalesie, pasado el río Vístula y tan sólo a menos de veinte kilómetros por el sureste. A medida que se acercaban a la plaza Zbawiciel, el sonido de los motores se hacía más alto y los aviones volaban por encima de sus cabezas, dejándose ver por entre los tejados como si fuesen proyecciones de una linterna mágica. Las bombas silbaban y caían a tan sólo unas pocas calles de donde ellos estaban, dejando un humo negro seguido del crujido de las tejas de estuco hechas pedazos y del sonido del tejado que se desmoronaba.

Cada bomba crea un olor diferente, dependiendo de dónde caiga, lo que se entremezcla con el aerosol y lo que detecta la nariz a medida que las moléculas se unen al aire y flotan en libertad. Es entonces cuando la nariz puede recoger hasta diez mil perfumes distintos, desde el de un pepino hasta el de la resina de un violín. Cuando una panadería fue bombardeada, la sucia nube que se alzaba olía a levadura amarga, huevos, melaza y centeno. Los olores entremezclados de clavo, vinagre y carne quemada significaban que había sido el turno del carnicero. Los de carne carbonizada y pino querían decir que una bomba incendiaria había hecho estallar las casas con un fuego ardiente y rápido, y que la gente que se encontraba en su interior había muerto rápidamente.

—Tenemos que volver —dijo Jan, y corrieron por delante de los muros del Casco Antiguo para cruzar el puente silbante de metal. Una vez hubieron regresado al zoo, Antonina apuntó: Estaba tan deprimida que no era capaz de hacer nada. Sólo podía oír la voz de Jan dando órdenes al personal: «Coged un carro de caballos, cargadlo de comida y carbón, empaquetad ropa de abrigo y marchaos inmediatamente...».

Para Jan, el rompecabezas de buscar una ciudad sin interés militar planteaba un dilema lleno de situaciones inciertas para las que no estaba preparado, ya que ni Antonina ni él habían pensado que los alemanes invadirían Polonia. Se habían preocupado, pero habían llegado a la conclusión de que «era el miedo el que hablaba»: un asedio privado, sin signos de guerra inminente. Antonina se preguntaba cómo habían podido equivocarse de esa manera, y Jan se concentraba en buscar un escondite seguro para su familia mientras permanecía en el zoo para cuidar de los

animales hasta que le fuera posible, aguardando órdenes.

—Pronto cerrarán Varsovia —razonó—, y el ejército alemán está avanzando por el este, así que creo que lo mejor es que volváis a la casa de Rejentówka.

Antonina barajó la posibilidad y decidió, a pesar del recelo, que «sí, al menos es un lugar que conocemos, uno que Ryś asocia con los buenos tiempos». La verdad es que no tenía ni idea, pero siguió haciendo las maletas, confiando en la corazonada dejan, se subió en un carro cargado para lo que podría ser una larga ausencia y emprendió el camino antes de que las carreteras comenzasen a llenarse.

El pueblo vacacional de Rejentówka estaba tan sólo a cuarenta kilómetros, pero Antonina y el cochero pasaron siete horas de viaje, compartiendo la suciedad de la carretera con miles de personas, la mayoría a pie, puesto que los coches, camiones y la mayoría de los caballos habían sido confiscados por el ejército. Mujeres, niños y ancianos caminaban apresurados en un trance preocupado, huyendo de la ciudad con lo que podían acarrear, algunos empujando un cochecito de bebé, una carretilla o un carrito, otros tirando de maletas y de niños pequeños, y la mayoría llevando puestas varias capas de ropa, con mochilas, bolsas y zapatos que pendían de sus cuerpos o se columpiaban de sus cuellos.

Flanqueando la carretera, grandes álamos, pinos y piceas lanzaban bolas marrones de muérdago desde sus ramas, y cigüeñas blancas y negras anidaban en los postes de teléfono, todavía recuperándose de su penoso viaje a África. Los cultivos pronto cubrieron ambos lados de la carretera, brillando el cereal y señalando al cielo las borlas. Antonina escribió acerca del sudor que manaba en riachuelos y de la falta de aliento, lleno como estaba de polvo el aire.

El ruido distante de una tormenta se convirtió en una nube de mosquitos en el horizonte que posteriormente crecieron hasta convertirse en amenazantes aviones alemanes que masticaban el cielo, volando bajo sobre sus cabezas, asustando a la gente y a los caballos. Todo el mundo corrió como una bala a través de nubes de suciedad. Los desafortunados tropezaron, y los relativamente afortunados consiguieron escapar del fuego. Cigüeñas, zorzales alirrojos y grajos muertos estaban esparcidos por la carretera junto con ramas de los árboles y carteras perdidas. Era cuestión de suerte que una bala te alcanzase, y tras siete horas Antonina consiguió salir airosa, pero con las escenas de los muertos y de los moribundos grabadas en la memoria.^[1] Al menos su hijo, allá en Rejentówka, se había librado de esas imágenes tan difíciles de borrar, especialmente para un niño pequeño cuyo cerebro, ocupado en la experimentación del mundo, estaba aprendiendo qué debía esperar y fijando esas verdades en su cabeza. «Prepárate para vivir en este mundo el resto de tu vida —se dice a sí mismo un cerebro infantil—, un mundo de caos e incertidumbre». «Lo que no te mata te hace más fuerte», escribió Nietzsche en *El crepúsculo de los dioses*^[2], como si el deseo pudiera recocerse como la espada de un samurái que se calienta y se golpea, se dobla y se forja de nuevo, hasta que se vuelve indestructible. Pero el metal de un niño pequeño, ¿qué siente cuando le golpean? La preocupación de Antonina

por su hijo se mezclaba con la indignación moral de que los alemanes «en esta guerra moderna, tan distinta a las otras guerras que conocimos, permitieron la matanza de mujeres, niños y civiles».

Cuando la polvareda se disipó, volvió a lucir un cielo azul por el cual sobrevolaban los campos dos aviones de caza polacos que atacaban a un poderoso bombardero alemán. A distancia, la escena resultaba familiar, como si se tratase de unas feroces ratonas ahuyentando a un halcón. La gente vitoreaba cada vez que los aviones de caza alcanzaban al bombardero con sus crestas de humo. Unas fuerzas aéreas tan diestras podrían sin duda ahuyentar a la Luftwaffe. Hilos brillantes destellaban bajo la pálida luz del sol. De repente, el bombardero vomitó una catarata de llamas rojas como la sangre y, dibujando una curva perfecta, cayó al suelo. Después, una medusa blanca flotó sobre las copas de los pinos: era un piloto alemán que descendía lentamente en paracaídas, surcando el cielo azul como una flor de aciano.

Como les sucedió a muchos polacos, Antonina no se daba cuenta de la magnitud del peligro. Confiaba en unas fuerzas aéreas polacas que presumían de contar con pilotos perfectamente cualificados y que eran conocidos por su valentía (especialmente aquellos que formaban parte de la Brigada de Caza que defendía Varsovia), cuyos numerosos y obsoletos aviones de caza PZL P. 11 no podían compararse a los veloces y ágiles Junkers JU-87 Stukas. Los Karas, bombarderos polacos, descendían sobre los tanques alemanes a tan poca velocidad que solían ser una presa fácil del fuego antiaéreo. Antonina desconocía que Alemania estaba probando una nueva clase de guerra con armas combinadas que se acabaría conociendo como *Blitzkrieg* (guerra relámpago), en la que se utilizaba absolutamente todo el equipamiento que se poseía —tanques, aviones, caballería, artillería, infantería— para sorprender y aterrorizar al enemigo.

Cuando por fin llegó a Rejentówka, se encontró con un pueblo fantasma cuyos veraneantes se habían marchado y cuyas tiendas, incluso la oficina de correos, se hallaban cerradas. Exhausta, nerviosa y sucia, condujo su carro hasta la casa rodeada de altos árboles y silencio luminoso, en un lugar que transmitía familiaridad y seguridad, lleno de aromas entremezclados de marga, hierbas de prado y salvajes, madera en descomposición y esencia de pino. No cuesta mucho imaginársela abrazando fuertemente a Ryś y saludando a su niñera, cenando alforfón, patatas y sopa; deshaciendo las maletas y dándose un baño, ansiosa por recuperar la cotidianidad del verano pero incapaz de calmar sus nervios o de quitarse de la cabeza sus nefastos presentimientos.

Durante los siguientes días, solían sentarse en el porche observando las oleadas de aviones alemanes de camino a Varsovia, ennegreciendo el cielo en filas tan ordenadas como si se trataran de los setos de un jardín. Su regularidad dejaba confundida a Antonina: cada día pasaban por allí alrededor de las cinco de la mañana, y de nuevo tras ponerse el sol, sin que ella supiera a quién habían bombardeado exactamente.

Del mismo modo, el paisaje local daba una impresión extraña, pues Rejentówka no era un destino que soliesen visitar en otoño, sin los veraneantes ni sus mascotas. Los altos tilos habían comenzado a tornarse del color del bronce y los robles estaban adquiriendo un tono granate semejante al de la sangre seca, mientras que los arces aún conservaban retazos verdes de los que los picogordos vespertinos de pecho amarillo robaban semillas aladas para alimentarse. Por las carreteras arenosas, arbustos de zumaque que se asemejaban a corales mostraban ramillas de cuernos aterciopelados y racimos cónicos de frutas rojizas y peludas. Achicoria azul, totoras marrones, jaramagos blancos, cardos rosados, vellosillas y solidagos ponían los prados a punto para el otoño en un retablo que cambiaba cada vez que la brisa doblaba los tallos como una mano deslizándose por una moqueta.

Jan llegó en tren el 5 de septiembre, con el rostro sombrío. Encontró a Antonina «muy deprimida y confundida».

—He oído rumores de que una facción del ejército alemán, que viene invadiendo desde Prusia Oriental, pronto alcanzará Rejentówka —le contó—. Pero el frente todavía no ha llegado a Varsovia, y la gente poco a poco va acostumbrándose a los ataques aéreos. A nuestro ejército se le ha ordenado proteger la capital cueste lo que cueste, así que supongo que podemos volver a casa.

Aunque no sonaba convincente del todo, Antonina estuvo de acuerdo, en parte porque Jan era un buen estratega cuyas corazonadas solían ser acertadas, pero también porque imaginó que la vida sería más fácil si todos estuviesen juntos, compartiendo el consuelo, la preocupación y el miedo. En cuanto a regresar por la carretera principal, eso estaba fuera de toda cuestión.

Tomaron un lento tren nocturno con las ventanas oscurecidas y llegaron cuando amanecía, con la claridad reinante antes de que el sol se derramase por el horizonte, el momento de tregua entre los ataques nocturnos y los de la mañana. Según Antonina, les aguardaban caballos en la estación, y se dirigieron a casa hechizados por la cotidianidad —la calma sin viento, el aire húmedo, los setos de aster, las coloridas hojas de los árboles, los chirriantes ejes de las ruedas, el sonido de los cascos sobre los adoquines— y, durante un breve instante, se sumergieron en la prístina calma del pasado preindustrial, cuando la guerra resultaba lejana e irreal, tan sólo un destello remoto como el de la luna.

En la puerta principal de Praga, el peaje devolvió de nuevo a Antonina a la realidad mientras se bajaba del caballo. Las bombas habían destrozado el asfalto, los obuses habían arrancado pedazos de los edificios de madera, las ruedas de cañón habían dejado surcos en el césped y las ramas pendían, a punto de desprenderse del todo, de los viejos sauces y tilos. Antonina apretó a Ryś con fuerza, como si la desolación que tenía delante fuera contagiosa. Desafortunadamente, el zoológico bordeaba un río con puentes muy transitados, que llevaban siendo durante varios días objetivos alemanes primordiales, y además se había estacionado allí un batallón polaco. Se abrieron camino entre los escombros hasta llegar a su casa, en cuyo jardín

había un cráter causado por una bomba. Los ojos de Antonina se dirigieron a los parterres machacados por las pezuñas de los caballos, y se quedaron fijos en los pequeños y delicados cálices de las flores, pisoteados contra el suelo «como si fueran lágrimas de colores».

Nada más amanecer, el día y la batalla comenzaron a entrar en calor. Se encontraban en el porche cuando fueron sorprendidos por los estruendosos cañonazos y el chasquido de las vigas de hierro. De pronto, la tierra tembló y se movió bajo sus pies. Corrieron adentro, pero allí se encontraron con sacudidas de las vigas del techo, del suelo y de las paredes. De la casa de los felinos llegaban los gemidos de los leones y los aullidos de los tigres. Antonina sabía que las madres estaban «alocadas por el miedo, agarrando a sus crías por el pescuezo y paseando de un lado a otro de sus jaulas, buscando desesperadamente un lugar donde esconderlas». Los elefantes barritaban salvajemente, las hienas sollozaban con una risita asustada que sus propios hipidos entrecortaban, los perros de caza africanos ululaban y los macacos Rhesus, al borde de la locura, se peleaban unos con otros mientras que sus chillidos histéricos desgarraban el aire. A pesar del tumulto, los trabajadores continuaban llevando agua y comida a los animales y revisando las barras y las cerraduras de sus jaulas.

En este ataque de la Luftwaffe, una bomba de media tonelada destruyó la montaña de los osos polares, haciendo pedazos las paredes, los fosos y las barreras y dejando libres a los aterrorizados animales. Cuando una sección de soldados polacos encontró a los agitados osos circulando alrededor de su vieja guarida con jirones de sangre, los dispararon rápidamente. Después, por temor a que los leones, tigres y demás animales peligrosos pudiesen escapar también, los soldados decidieron matar a los más agresivos, incluyendo a Jas, el elefante macho, padre de Tuzinka.

Desde el porche delantero, Antonina tenía una buena visión del terreno donde los soldados polacos se reunían junto a un pozo con varios trabajadores del zoo que se apelotonaban a su alrededor, uno de ellos llorando y los otros, sombríos y silenciosos.

«¿Cuántos animales habrán matado ya?», se preguntó a sí misma.

Los acontecimientos se desarrollaban sin que hubiese tiempo para protestar o lamentarse. Los animales que habían sobrevivido necesitaban ayuda, por lo que Jan y ella se unieron a los guardas para alimentar, curar y calmar a los animales lo mejor que podían.

«Al menos los seres humanos pueden empaquetar lo imprescindible y seguir su camino, seguir improvisando —pensó Antonina—. Si Alemania ocupa Polonia, ¿qué ocurrirá con la delicada forma de vida del zoológico?... Los animales del zoo están en una situación mucho peor que la nuestra —se lamentó—, porque dependen de nosotros por completo. Trasladar el zoo a una ubicación distinta es impensable; se trata de un organismo muy complejo». Incluso si la guerra estallase y terminase rápidamente, las secuelas serían costosas, se dijo. ¿Dónde encontrarían comida y dinero para mantener el zoológico a flote? No obstante, Jan y ella intentaron no ponerse en lo peor, y compraron repuestos de heno, cebada, frutos secos, harina, pan

seco, carbón y madera.

El 7 de septiembre, un oficial polaco llamó a la puerta principal y ordenó formalmente que todos los hombres capacitados se alistasen al ejército, que luchaba en el frente noroeste —esto incluía a Jan, que tenía cuarenta y dos años— y que todos los civiles abandonasen inmediatamente el zoológico. Antonina hizo las maletas con rapidez y cruzó el río junto a Ryś para quedarse esta vez en casa de su cuñada, quien vivía en la parte occidental de la ciudad, en el apartamento del cuarto piso del número 3 de la calle Kapucynska.

Capítulo 5

Por la noche, en el pequeño piso de la calle Kapucynska, Antonina conoció un nuevo sonido: el de los golpes de yunque de la artillería alemana. En algún otro lugar, las mujeres de su edad se escabullían a las discotecas y bailaban melodías vitales como «String of Pearls» y «Little Brown Jug» de Glenn Miller. Otras bailaban en antros de carretera al son de la recientemente inventada gramola^[1]. Las parejas contrataban niñeras para ir al cine a ver los estrenos de 1939: Greta Garbo en *Ninotchka*, *La regla del juego* de Jean Renoir y Judy Garland en *El mago de Oz*. Las familias conducían por el campo para ver las hojas otoñales y comer pastel de manzana y buñuelos de maíz en los festivales de la cosecha. Para muchos polacos, la vida se había convertido en un residuo, en lo que queda cuando la evaporación ha absorbido todo el zumo de una fruta. Durante la ocupación, todo el mundo perdió los múltiples aderezos de la vida diaria, atrapados en una realidad en la que sólo importaba lo básico, que era en lo que se empleaba la mayor parte de la energía, el tiempo, el dinero y los pensamientos.

Como les pasaba a otras madres animales, Antonina buscó desesperadamente un lugar seguro para esconder a su pequeño, «pero a diferencia de ellas —escribió en su diario—, no puedo llevar a Ryś del pescuezo hasta un lugar a salvo». Tampoco podía permanecer en el apartamento del cuarto piso de su cuñada. «¿Qué pasaría si el edificio se hundiese y no pudiésemos escapar?». Decidió que tal vez sería mejor instalarse abajo, donde una pequeña tienda vendía pantallas para lámparas, esto es, si fuese capaz de persuadir a los dueños de que les alojasen.

Cogió a Ryś en brazos, bajó los cuatro tramos de oscuras escaleras y llamó a una puerta que se abrió dejando ver a dos ancianas, las señoras Cadarska y Stokowska.

—Pase, pase. —Miraron a un lado y otro del pasillo y cerraron la puerta rápidamente tras Antonina y su hijo.

Ante ellos se desplegó un nuevo y extraño continente, en parte arrecife de coral y en parte planetario. Habían entrado en una atestada tienda que olía a tela, pegamento, pintura, sudor y papilla de avena. Un bazar de pantallas para lámparas que colgaban del techo, anidadas en zigurates o agrupadas como exóticas cometas. Los estantes de madera contenían, como si fuesen tartas en el escaparate de una pastelería, rollos de tela, marcos de latón, herramientas, tornillos, remaches y brillantes bandejas de remates separados según el material del que estaban hechos: vidrio, plástico, madera o metal. En esas tiendas de la época, las mujeres cosían a mano las telas de las pantallas nuevas, reparaban las que estaban viejas y vendían algunas hechas por otras personas.

Cuando los ojos de Antonina recorrieron la habitación, probablemente vio enseres populares durante los años treinta, una época en la que la decoración báltica iba desde el estilo Victoriano hasta el *Art Déco* y el modernista, y que incluía pantallas

confeccionadas, por ejemplo, así: seda rosa con la forma de un tulipán adornado con brocados de crisantemo; gasa verde con paneles de encaje de satén blanco intercalados; pliegues geométricos de marfil; paneles de brillante amarillo con la forma del sombrero de Napoleón; metal perforado de ocho caras con incrustaciones de bisutería en el pie; globo de escayola coronado con mica de un ámbar oscuro y con grabados estilo *Art Nouveau* de arqueros persiguiendo a un ciervo; una cúpula de cristal naranja rojizo llena de bultos como si se tratase de una piel de gallina, bordeada de colgantes de cristal bajo los cuales pendía una góndola de latón con un grabado de hierba. Aquel cristal rojizo tan de moda, conocido como *gorge-de-pigeon* y utilizado frecuentemente en la época de Antonina para las copas de vino, era de color rojo guinda cuando la lámpara estaba apagada, y cuando se encendía emitía un brillo del color de las sanguinas recién peladas. Estaba teñido de sangre de paloma, un elixir que también se empleaba para clasificar los rubíes de alta calidad (las mejores piedras tenían el color de la sangre más fresca).

Ryś le señaló el fondo de la habitación donde, para su sorpresa, se encontraban apiñados mujeres y niños desaliñados del vecindario.

—*Dzieú dobry, dzieú dobry, dzieú dobry* —saludó Antonina a cada una de las mujeres.

La tienda de pantallas para lámparas tenía una atmósfera acogedora que atraía a los desplazados y a la gente muerta de frío. La llevaban unas damas con aspecto de abuelas de cuento que compartían gustosas su despensa, su carbón y sus camas. Como escribió Antonina:

La tienda y taller de pantallas para lámparas era un imán para mucha gente. Gracias a estas dos encantadoras ancianitas, quienes eran extremadamente afectuosas y estaban llenas de cariño y bondad, sobrevivimos a esta época tan terrible. Eran como la cálida luz durante la noche estival. La gente de los pisos de arriba, los sin techo de otros lugares, de los edificios destrozados o incluso de otras calles, se reunían alrededor de estas dos damas como polillas atraídas por el calor.

Antonina se maravillaba cuando sus arrugadas manos distribuían comida (sobre todo papilla de avena), caramelos, un álbum de postales y pequeños juegos. Todas las noches, cuando la gente elegía el hueco donde iba a dormir, se echaba en un colchón bajo el robusto marco de una puerta y cobijaba a Ryś con su cuerpo, sumiéndose en el sueño como si cayese a un pozo a medida que su pasado se tornaba cada vez más idílico y se alejaba flotando. Había hecho tantos planes para el año siguiente; ahora se preguntaba si Ryś y ella sobrevivirían a la noche, si iba a vivir para volver a encontrarse con Jan, si su hijo celebraría otro cumpleaños. «Cada día de nuestra vida estaba repleto de pensamientos acerca del horrible presente, e incluso de nuestra propia muerte», escribió en sus memorias, añadiendo:

Nuestros aliados no estaban aquí, no nos ayudaban. Los polacos estábamos solos [cuando] un simple ataque de los ingleses podría haber detenido el bombardeo

constante sobre Varsovia... Recibíamos noticias muy deprimentes acerca del gobierno polaco: el mariscal Smigly y otros miembros del gobierno habían escapado a Rumania y habían sido capturados y arrestados. Nos sentíamos traicionados, conmocionados y afligidos.

Cuando Gran Bretaña y Francia declararon la guerra a Alemania, los polacos se regocijaron y las emisoras de radio hicieron sonar sin parar el himno nacional francés y el británico durante días, pero mediaba septiembre y no habían tenido un solo respiro en cuanto a los implacables bombardeos ni a la artillería pesada. «Vivo en una ciudad asediada», escribió una descreída Antonina en sus memorias, una ciudad inundada por el silbido de las bombas, las sacudidas de las explosiones, el atronador sonido de un edificio que se hunde y las personas hambrientas. Las comodidades más básicas, como el agua y el gas, desaparecieron, seguidas de la radio y los periódicos. Los que se atrevían a salir a la calle lo hacían corriendo, y la gente arriesgaba su vida haciendo cola para conseguir un poco de carne de caballo o de pan. Durante tres semanas, Antonina escuchó los obuses pasando por encima de los tejados durante el día y a las bombas atravesando las paredes de la oscuridad por la noche. Unos silbidos escalofriantes precedían a las bombas más horribles. Se descubría a sí misma escuchando esos silbidos hasta que terminaban y exhalando después un suspiro al comprobar que era la vida de otra persona la que había explotado. Inconscientemente, calibraba la distancia y se sentía aliviada al no ser el objetivo de la bomba, hasta que casi de inmediato llegaba el siguiente silbido sucedido de una nueva explosión.

En las contadas ocasiones en que se atrevía a salir, Antonina penetraba en una guerra como la de las películas, con humo amarillo, pirámides de escombros, acantilados de piedra dentada donde antes se levantaban edificios y caballos muertos con las patas extrañamente torcidas. Pero nada era tan irreal como lo siguiente: sobre las cabezas planeaba lo que en un principio parecía nieve, sólo que no se movía como los copos, algo que subía y bajaba con delicadeza sin llegar a posarse. Mucho más espeluznante que una ventisca, una extraña y suave nube de plumas que procedían de las almohadas y edredones de la ciudad se movía en espiral sobre los edificios. Hace mucho tiempo, un rey polaco ahuyentó a los invasores turcos atando aros emplumados a las espaldas de cada uno de sus soldados. Cuando éstos galopaban en pos de la batalla, el viento batió las falsas alas con la vibración de un tornado, lo cual asustó a los caballos de los enemigos, que enterraron sus pezuñas y se negaron a avanzar. Para muchos varsovianos, esta tormenta de plumas habría evocado el asesinato de aquellos caballeros, los ángeles de la guarda de la ciudad.

Un día, después de que un proyectil penetrase en su edificio y se atascase en el techo del cuarto piso, Antonina aguardó una explosión que nunca llegó. Aquella noche, mientras las bombas pulverizaban el cielo con cuerdas de humo, trasladó a Ryś al sótano de una iglesia cercana. Entonces, «en el asfixiante silencio de la mañana», volvió a trasladar a Ryś a la tienda de pantallas para lámparas. «Soy como nuestra leona —le dijo a las otras—, trasladando temerosa a mi cachorro de una jaula

a otra». No llegaron noticias dejen, y la preocupación no le dejaba dormir, pero se dijo a sí misma que le fallaría si no salvaba a los animales que quedaban en el zoo. Se preguntó si siquiera seguirían vivos y si habrían cuidado de ellos los adolescentes que había dejado a cargo. No parecía haber elección: aunque estaba mareada por el miedo, dejó a Ryś con su cuñada y se obligó a sí misma a cruzar el río entre el fuego de la artillería y los obuses. «Así es como se siente un animal cazado —pensó, cautiva del tumulto—, no me siento como una heroína, sino que estoy impulsada por el deseo de llegar a casa a salvo cueste lo que cueste». Recordó la muerte de Jas y de los enormes felinos, disparados a bocajarro por los soldados polacos. Los recuerdos de sus últimos momentos le torturaban, y quizá también un temor aún más difícil de disipar: ¿y si esos animales hubieran resultado ser los más afortunados?

Capítulo 6

Los bombarderos nazis atacaron Varsovia en 1150 misiones, devastando así el zoológico, que estaba cerca de la artillería antiaérea. Aquel claro día, el cielo se abrió y un fuego silbante se precipitó hacia abajo. Las jaulas explotaron, los fosos estallaron, las barras de hierro chirriaron al desgarrarse. Los edificios de madera se hundieron, aspirados por el calor. Los fragmentos de vidrio y de metal mutilaban indiscriminadamente las pieles, plumas, pezuñas y escamas; mientras que las cebras heridas corrían dejando por el camino hilos de sangre, los aterrorizados monos aulladores y los orangutanes se abalanzaban gimiendo a los árboles y arbustos, las serpientes se deslizaban por doquier y los cocodrilos salían del agua y trotaban con rapidez. Las balas desgarraban las redes aviarias y los loros volaban en espiral como si fuesen dioses aztecas para después caer en picado; otras aves tropicales se escondían en los arbustos y árboles o intentaban volar con sus alas chamuscadas. Algunos animales, escondidos en sus jaulas y cubículos, fueron engullidos por oleadas de llamas. Había dos jirafas muertas tendidas en el suelo, con las patas cruzadas. Dolía respirar el aire cuajado que hedía a madera, paja y carne quemada. Los monos y los pájaros, lanzando infernales alaridos, componían un coro extraterrestre que acompañaba el crepitar de las explosiones causadas por las balas y las bombas. Resonaba por todo el zoo, el tumulto seguro que parecía el de mil Furias subiendo del infierno para destruir el mundo.

Antonina y unos cuantos guardas corrían por todas partes intentando rescatar a algunos animales y liberar a otros, ignorando sus propias heridas. Mientras se dirigía de una jaula a otra, también se preocupaba por su marido, quien luchaba en el frente, «un hombre valiente, un hombre con conciencia; si ni siquiera los inocentes animales están seguros, ¿qué esperanzas hay de que él salga bien parado?». Y cuando regresase, ¿con qué se encontraría? Entonces, otro pensamiento le vino a la cabeza: ¿dónde estaba Kasia, la elefanta madre, uno de sus animales favoritos? Finalmente, llegó al recinto de Kasia, y se lo encontró abierto y vacío (Antonina se enteraría más tarde de que un obús la había matado), pero podía oír cómo barritaba en la distancia Tuzinka, la cría de dos años. Muchos monos habían muerto en un incendio en el pabellón, o les habían disparado, y otros proferían alaridos salvajes mientras correteaban por entre los arbustos y árboles.

Milagrosamente, algunos animales sobrevivieron en el zoológico y muchos otros escaparon por el puente, llegando al Casco Antiguo mientras que la capital se quemaba. Las personas suficientemente valientes como para mirar por la ventana, o suficientemente desafortunadas como para salir, observaban la alucinación bíblica del zoo vaciándose en las calles de Varsovia. Las focas, con su patoso caminar, se colocaban en la ribera del Vístula, los camellos y las llamas vagaban por los callejones, sus pezuñas resbalando con los adoquines, los avestruces y los antílopes trotaban junto a los zorros y a los lobos, los osos hormigueros hacían hatchi, hatchi

mientras se escabullían por entre los ladrillos. Los vecinos vieron bolas de pelo pasando a la velocidad del rayo por las fábricas y los edificios de apartamentos, corriendo hacia los campos de avena, alforfón y lino de la periferia, chapoteando en los riachuelos, escondiéndose en los huecos de las escaleras y en los cobertizos. Regodeándose en sus propios lamentos, los hipopótamos, las nutrias y los castores sobrevivieron. De alguna forma los osos, visones, caballos Przywalski, camellos, cebras, linceos, pavos reales y otros pájaros, monos y reptiles también sobrevivieron.

Antonina redactó el momento en que detuvo a un joven soldado cerca de su casa y le preguntó:

—¿Ha visto un tejón muy grande?

El respondió:

—Un tejón estuvo golpeando y arañando la puerta de la casa durante mucho tiempo, pero como no le dejamos entrar desapareció por entre los matorrales.

—Pobre tejón —se lamentó Antonina—. Ojalá haya conseguido escapar.

Su mente se nubló durante un momento, pero después sintió de nuevo el calor y el humo, sus piernas volvieron a obedecer y corrió a ver qué tal estaban los caballos de crin dura de Mongolia. Los demás caballos y burros —incluyendo a Figlarz (Bromista), el poni de su hijo— yacían muertos en las calles, pero de algún modo, los peculiares caballos Przywalski continuaban pastando temblorosos.

Finalmente, Antonina dejó el zoológico y cruzó el parque Praski, entre hileras de tolos con aureolas de fuego, y se dirigió a la tienda de pantallas para lámparas del centro de la ciudad donde su hijo y ella se cobijaban. Confundida y agotada, intentó describir las columnas de humo, los árboles y la hierba que habían arrancado, los edificios salpicados de sangre y los animales muertos. Luego, cuando se hubo calmado, se abrió camino hasta un edificio de piedra del número 1 de la calle Miodowa y descendió hasta una oficina repleta de gente nerviosa y enormes pilas de documentos. Se trataba de una de las guaridas secretas de la Resistencia, donde se encontró con un viejo amigo, Adam Englert.

—¿Alguna novedad?

—Al parecer, a nuestro ejército se le han acabado la munición y las reservas, y hablan de rendirse oficialmente —respondió desolado.

En sus memorias, Antonina escribió que le oía hablar, pero sus palabras se alejaban de ella flotando; era como si su cerebro, saturado ya por los horrores del día, hubiera expedido un *non serviam* y se negase a absorber nada más.

Se sentó pesadamente en un sofá, y sintió como si se hubiese quedado pegada a aquél lugar. Hasta aquel momento, no había querido creer que el país pudiera realmente perder su independencia. Otra vez. Aunque la ocupación no era nueva, tampoco lo era el expulsar a los enemigos, pero habían transcurrido veintiún años desde la última guerra con Alemania, la mayor parte de la vida de Antonina, y la perspectiva le dejó aturdida. Durante diez años, el zoo había parecido un principado en sí mismo, protegido por el foso del Vístula, con una vida diaria que parecía un

rompecabezas, algo que se adecuaba a la perfección con su voraz sensibilidad.

De vuelta en la tienda de pantallas para lámparas, le contó a todo el mundo las lamentables noticias de las que se había enterado por Englert, las cuales no coincidían con las optimistas que el alcalde polaco Starzynski transmitía por la radio. Estas denunciaban a los nazis, ofrecían esperanza y animaban a la gente a defender la capital costase lo que costase.

«Mientras os hablo —dijo en una ocasión—, la veo a través de la ventana en toda su grandeza y gloria, envuelta en humo, roja por las llamas: ¡la gloriosa, invencible y luchadora Varsovia!»^[1] Perplejas, se preguntaban a quién debían creer: al alcalde y lo que decía en su discurso público o a los miembros de la Resistencia. Seguramente a los segundos. En otra emisión, Starzynski había empleado el pasado en cierto momento: «Yo deseaba que Varsovia fuera una gran ciudad. Creía que lo iba a ser. Mis socios y yo trazamos planes e hicimos esbozos de la gran Varsovia del futuro». El tiempo verbal que había utilizado Starzynski (¿había sido un desliz?) hizo que las noticias de Antonina pareciesen más verdaderas y los ánimos de todas decayeron mientras las anfitrionas iban de mesa en mesa encendiendo pequeñas lámparas.

Varios días más tarde, tras la rendición de Varsovia, Antonina estaba sentada a una mesa con las otras, hambrienta pero demasiado deprimida para comerse la escasa comida que tenía delante, cuando escuchó que alguien llamaba a la puerta con fuerza. Ya no había visitas, nadie compraba lámparas ni arreglaba las pantallas. Nerviosas, las dueñas entreabrieron la puerta y, para sorpresa de Antonina, allí estaba Jan con aspecto de estar al mismo tiempo exhausto y aliviado. Se abrazaron y besaron. Luego, se sentó a la mesa y les contó a todas su historia.

Cuando Jan y sus amigos abandonaron Varsovia hacía unas semanas, la tarde del 7 de septiembre, siguieron el curso del río y caminaron hacia Brzes'c o Bug componiendo un ejército fantasma en busca de una unidad en la que integrarse. Al no hallarla, acabaron dividiéndose, y el 25 de septiembre, Jan pasó la noche en Mienie, en una granja a cuyos dueños conocía de los veranos en la casa de Rejentówka. A la mañana siguiente, el ama de llaves le despertó para pedirle que tradujese a un oficial alemán que había llegado durante la noche. Cualquier encuentro con un nazi era peligroso, por lo que mientras Jan se vestía intentó prepararse para cualquier problema y barajar las situaciones en las que podía verse envuelto. Bajando las escaleras con la fingida confianza de un invitado legítimo, se fijó en el oficial de la Wehrmacht que aguardaba en la sala de estar, hablando de víveres con los dueños. Cuando el nazi se volvió para mirarle, Jan no se pudo creer lo que estaban viendo sus ojos, y se preguntó si eran imaginaciones producto de los nervios. Pero en aquel mismo instante el rostro del oficial se encendió con sorpresa y sonrió. Allí estaba el doctor Müller, miembro de la Asociación Internacional de Directores de Zoológicos, que dirigía el zoo de Królewiec (en la Prusia Oriental, conocido como Königsberg antes de la guerra).

Riendo, Müller dijo:

—Sólo conozco bien a un polaco, a ti, amigo mío, ¡y te encuentro aquí! ¿Cómo puede ser?

Como oficial encargado del abastecimiento, Müller había acudido a la granja en busca de comida para sus tropas. Cuando le relató a Jan la catástrofe de Varsovia y del zoo, Jan quiso regresar allí inmediatamente, y Müller le ofreció su ayuda, pero le advirtió que los hombres polacos de la edad de Jan no estaban seguros en la carretera. El mejor plan, sugirió, sería conducirlo a Varsovia como prisionero. A pesar de la cordialidad del pasado, a Jan le preocupaba que Müller no fuera de fiar. Pero, leal a su palabra, Müller regresó cuando Varsovia se hubo rendido y adentró a Jan todo lo que pudo en la ciudad. Se despidieron con deseos de reencontrarse en días más felices, y Jan se deslizó por las ruinas preguntándose si alcanzaría alguna vez la calle Kapucynska, si volvería a ver a Antonina y a Ryś, si estaban vivos siquiera. Por fin encontró el edificio de cuatro pisos, y cuando sus primeros golpes en la puerta no obtuvieron respuesta, «casi se desmaya del susto».

Durante los días siguientes, la intensa calma en la que se sumió Varsovia se hizo cada vez más desconcertante, por lo que Jan y Antonina decidieron escabullirse por el puente hacia el zoo, esta vez sin el acoso de los obuses ni de los francotiradores. Varios de los antiguos guardas también habían regresado, y habían asumido sus tareas habituales como si fuesen una brigada fantasma trabajando en un pueblo medio destruido, en el que la casa del guarda y las casetas eran colinas carbonizadas y los talleres, la zona de los elefantes y todos los hábitats y recintos se habían incendiado o venido abajo. Lo que resultaba más extraño era la forma en que muchos barrotes de las jaulas se habían derretido componiendo formas grotescas que parecían producto de soldados vanguardistas. Jan y Antonina se dirigieron a la casa, conmocionados por ese escenario que resultaba más surrealista incluso que antes. Aunque su casa había sobrevivido, sus grandes ventanas estaban hechas añicos debido a las explosiones de las bombas, y por todas partes podían verse pequeños pedazos de cristal que se asemejaban a la arena, mezclados como estaban con la paja de los soldados polacos que se habían refugiado allí durante los ataques aéreos. Todo necesitaba reparaciones, especialmente las ventanas. Como el vidrio era un bien escaso, decidieron emplear contrachapado durante un tiempo, aunque ello significase encerrarse a sí mismos aún más.

Pero primero emprendieron la búsqueda de los animales heridos, peinando todos los recintos, examinando incluso los escondites más improbables; cuando alguien encontraba uno atrapado entre los escombros, confundido y hambriento pero aún vivo, todos vitoreaban. Según Antonina, muchos de los caballos muertos del ejército yacían con la panza hinchada, mostrando los dientes y con los ojos completamente abiertos y llenos de pavor. Todos los cadáveres necesitaban enterrarse o cortarse (la carne de antílope, ciervo y caballo se distribuiría a los necesitados de la ciudad), algo a lo que Jan y Antonina no podían enfrentarse, por lo que lo dejaron en manos de los guardas. Cuando cayó la noche, como la casa estaba inhabitable, regresaron a la calle

Kapucynska sintiéndose exhaustos y deprimidos.

Al día siguiente el general Rommel habló por la radio instando a que los soldados y los ciudadanos de Varsovia aceptasen la rendición con dignidad y mantuviesen la calma mientras el ejército alemán se adentraba en su ciudad. Su emisión terminó así: «Cuento con la población de Varsovia, que la ha defendido con valentía y ha mostrado su profundo patriotismo, para que acepte la entrada de las fuerzas alemanas silenciosa, honrada y calmadamente.»^[2] «Quizás esto sean buenas noticias —se dijo Antonina a sí misma—, quizá por fin llega la paz y la oportunidad de reconstruirlo todo». Tras una mañana lluviosa, los espesos bancos de nubes se desplazaron y la cálida luz del sol de octubre comenzó a brillar mientras los soldados alemanes patrullaban cada barrio, inundando las calles con el sonido de los pasos de sus pesadas botas y de una lengua extranjera. Los distintos sonidos se adentraron en la tienda de pantallas para lámparas, los de una multitud de voces de hombres y mujeres polacos de forma más sibilante y transparente. Antonina vio «un gran organismo que se movía lentamente» hacia el centro de la ciudad y a gente que salía de los edificios para unirse a él.

—¿Adónde irán?

La radio les anunció adónde iba Hitler a pasar revista a sus tropas, y Jan y ella sintieron una presión osmótica que les arrastraba hacia fuera. Cualquier lugar hacia el que Antonina mirase estaba destruido. En sus anotaciones describió «edificios guillotizados por la guerra: sin tejados, los cuales habían caído, deformados, sobre los patios traseros. Otros edificios parecían estar tristes, desgarrados de arriba abajo por las bombas». Le recordaban a «la gente avergonzada por sus heridas, buscando una forma de cubrirse las cicatrices de su abdomen».

A continuación, Antonina y Jan pasaron por edificios empapados por la lluvia a los que les faltaba el yeso, los ladrillos rojos como la sangre expuestos a la luz del sol. Todavía había fuegos, las tripas de las casas aún ardían llenando el aire de humo que provocaba lágrimas en los ojos y escozor en la garganta. Hipnotizado, el grupo en aumento se desplazaba al centro de la ciudad. En las películas de archivo se les puede ver alineados en las calles principales por las que los conquistadores alemanes desfilaban en un torrente de uniformes color bronce, sus pasos resonando como unas cuerdas golpeando madera.

Jan se volvió hacia Antonina, que estaba pálida.

—No puedo respirar —dijo ella—. Siento como si me estuviese ahogando en un océano gris, como si estuvieran inundando toda la ciudad, lavando nuestro pasado y nuestra gente, borrándolo todo de la faz de la tierra.

Atrapados en la multitud, observaron el paso de los tanques y de los cañones relucientes, así como de los soldados rubicundos, algunos con miradas que Jan encontró tan provocativas que tuvo que darse la vuelta. El teatro de marionetas, un arte popular en Polonia, no estaba dirigido solamente al público infantil, pues frecuentemente trataba temas satíricos y políticos, como hacían los antiguos romanos.

Las viejas películas muestran lo que habrían encontrado irónico los polacos: una orquesta ruidosa anunciando la brillante caballería y los altivos batallones. Y Hitler reinando desde una plataforma al final de la avenida, pasando revista a las tropas con una mano alzada como si fuera un titiritero moviendo unas cuerdas invisibles.

Los delegados de los principales partidos políticos polacos ya se encontraban reunidos en la cámara acorazada de una caja de ahorros para hablar sobre la Resistencia, que empezó con un éxito relativo: los explosivos depositados bajo la plataforma de Hitler se suponía que debían volarle en pedazos, pero en el último minuto un oficial alemán movió al encargado de hacerla estallar, por lo que no pudo encender la mecha.

La ciudad pasó rápidamente a manos alemanas, los bancos cerraron y los sueldos se congelaron. Antonina y Jan regresaron a su casa, pero sin dinero ni provisiones, hurgaron en las basuras en busca de comida que hubiesen dejado los soldados polacos que se habían alojado allí. La nueva colonia alemana estaba gobernada por el abogado particular de Hitler, Hans Frank, un miembro veterano del Partido Nazi, destacado jurista que se ocupaba de reescribir las leyes alemanas de acuerdo con la filosofía nazi, especialmente en materia de leyes racistas y aquéllas dirigidas a la Resistencia. Durante su primer mes en el despacho, el gobernador y general Frank declaró que «cualquier judío que deje el barrio en el que ha sido confinado» sería ejecutado, así como «la gente que deliberadamente ofrezca un lugar donde esconderse a estos judíos [...] Los instigadores y los que les ayuden están sujetos al mismo castigo que los perpetradores; cualquier intento sin éxito se castigará de la misma forma que uno que se haya conseguido llevar a cabo».

Poco tiempo después, publicó el «Decreto para combatir los actos violentos», que castigaba con la muerte a cualquiera que desobedeciese a la autoridad alemana de las siguientes formas: sabotajes, incendios, posesión de pistolas y otras armas, ataque a personas alemanas, violación del toque de queda, posesión de una radio, comercio en el mercado negro, posesión de folletos de la Resistencia en casa o no dar parte de la violación de estas leyes por parte de otros. Incumplir las leyes o no denunciar a quien lo hacía eran ofensas que se castigaban por igual. Siendo como es la naturaleza humana, mucha gente no quiso verse involucrada, por lo que hubo pocas denuncias, y aún menos denuncias por no haber denunciado... en lo que podía haberse convertido en una cadena absurda de desgana y pasividad. En algún punto entre hacer y no hacer, todas las conciencias encuentran su propio nivel; la mayoría de los polacos no arriesgaron sus vidas por los fugitivos, pero tampoco les denunciaron.

Hitler autorizó a Frank a «explotar sin piedad la región como zona de guerra y país botín, y reducir a un montón de escombros su estructura económica, social, cultural y política».^[3] Una de las tareas fundamentales de Frank era la de ejecutar a todas las personas que tuviesen influencia, como los profesores, sacerdotes, terratenientes, políticos, abogados y artistas. Posteriormente, comenzó a reestructurar a un gran número de la población: durante un periodo de cinco años, 860 000 polacos

fueron desarraigados e instalados en otro lugar; 75 000 alemanes tomarían sus tierras; 1 300 000 polacos serían enviados a Alemania para realizar trabajos forzados y 330 000 serían asesinados, sencillamente.^[4] Con valentía e ingenuidad, la Resistencia polaca sabotaría el equipamiento alemán, descarrilaría trenes, volaría puentes, publicaría alrededor de 1100 periódicos, emitiría por la radio, enseñaría en escuelas y universidades clandestinas (a las que acudieron 100 000 estudiantes), ayudarían a los judíos a esconderse, proporcionarían armas, confeccionarían bombas, asesinarían a agentes de la Gestapo, rescatarían a prisioneros, representarían obras de teatro secretas, publicarían libros, llevarían a cabo proezas de resistencia civil, celebrarían sus propios juicios y enviarían mensajeros al gobierno en el exilio con base en Londres. Su brazo militar, la Guardia Popular, incluía alrededor de 380 000 soldados, entre los cuales se contaba Jan Žabiński, quien más tarde le contaría a los entrevistadores que «desde el principio estuve en contacto con la Guardia Popular en la zona del zoológico».^[5] Aunque la vida debió de ser muy difícil durante la ocupación, el Estado polaco clandestino, unido por una lengua más que por un territorio, lucharía sin descanso durante seis años.

Para que la Resistencia se mantuviese fuerte, era fundamental su política de no contacto y el constante empleo de seudónimos y códigos secretos. Si nadie conocía a su superior, una captura no pondría en peligro el núcleo; y si nadie sabía el nombre verdadero de nadie, los saboteadores lo tendrían difícil. Los cuarteles generales de la Resistencia se trasladaban de un lado a otro de la ciudad, y las escuelas se mudaban de una iglesia o apartamento a otro, al mismo tiempo que un grupo de mensajeros y de imprentas ilegales mantenían a todo el mundo informado. El Movimiento de Resistencia Campesina adoptó el lema «Tan poco, tan tarde y tan mal como se pueda», y sabotaron los envíos alemanes, desviando los víveres a la gente de las ciudades, pidiendo una y otra vez el envío de los mismos cereales y del mismo ganado, aumentando las cifras de los recibos y perdiendo, destruyendo o escondiendo las provisiones a propósito. Los trabajadores forzados del programa espacial secreto alemán en Peenemünde orinaban en la maquinaria para oxidarla, estropeando así los cohetes. La Resistencia abarcaba tantas células que cualquiera podía encontrar un hueco, fuera cual fuera su edad, formación o carácter. Jan sentía cierta afición por el riesgo, y posteriormente le contaría a un reportero que lo encontraba excitante, añadiendo que la osadía con la que se jugaba el tipo era similar a «un juego de ajedrez: o gano o pierdo».

Capítulo 7

En otoño, el frío comenzó a filtrarse bajo las puertas y a penetrar por entre las pequeñas grietas. De noche, los vientos roncros atravesaban a ráfagas el tejado plano de la casa, las contraventanas que se habían combado y la terraza cubierta. A pesar de sus edificios derruidos y de su césped descuidado, el zoo continuaba albergando durante el invierno a los pocos animales que quedaban, pero nada tenía el aspecto de antes de la guerra, y menos aún el retablo estacional de vida zoológica. El ritmo de los días solía cambiar drásticamente a medida que el zoo iba entrando en su propio período de hibernación: los bulevares, en días normales repletos con hasta diez mil personas durante las vacaciones de verano, quedaban casi vacíos; algunas personas iban a visitar la Casa de los Monos, los elefantes, las islas de los depredadores o la piscina de las focas. Pero las interminables filas de escolares esperando para montar en las llamas, los ponis, los camellos o los coches de pedales se evaporaban. Los animales delicados, como los flamencos o los pelícanos, se aventuraban a dar un breve paseo cada día, desfilando con precaución en fila india por la tierra helada. A medida que los días se hacían más cortos y las ramas de los árboles se iban quedando desnudas, la mayor parte de los animales permanecía en el interior, y el zoo pasaba del escándalo al susurro. Era lo que en el oficio se conoce como la «época muerta», un tiempo de descanso animal y reconstitución humana.

Incluso en su estado reducido durante la guerra, el zoo continuaba siendo una compleja maquinaria de vida en la que un tornillo suelto o una rueda mal colocada podían desencadenar una catástrofe. El director del zoo no se podía permitir pasar por alto un cerrojo oxidado o el constipado de un mono, ni mucho menos olvidarse de echar el cerrojo, ajustar la temperatura de un edificio o no percatarse de lo enmarañada que estaba la barba de un visón. Todo esto era el doble de serio durante un ciclón, una tormenta o una helada.

Ya no estaba ninguna de las mujeres que solían rastrillar las hojas caídas, los hombres que aislaban los techos y las paredes del establo con paja ni los jardineros que cubrían las rosas y los arbustos decorativos para protegerlos de la escarcha. Otros ayudantes uniformados de azul deberían estar almacenando en el sótano las remolachas, cebollas y zanahorias y cubriendo los silos con forraje para que los animales que invernaban tomaran muchas «vitaminas» (palabra acuñada en 1912 por el bioquímico polaco Casimir Funk). Los graneros deberían estar desbordantes de heno, los almacenes y despensas repletos de avena, harina, alforfón, pipas de girasol, calabazas, huevos y otros productos básicos. Los camiones deberían estar descargando carbón y coque. El herrero debería estar arreglando las herramientas estropeadas, reparando las vallas de alambre y engrasando los candados. En la carpintería, los hombres deberían estar reparando cercas, mesas, bancos y estanterías y fabricando puertas y ventanas para los nuevos edificios que se abrirían cuando la tierra se ablandase en primavera.

Normalmente, Antonina y Jan estarían preparando el presupuesto para el año siguiente, esperando la llegada de nuevos animales y leyendo informes en sus oficinas con vistas al río y a los tejados del Casco Antiguo. El departamento de prensa habría estado organizando charlas y conciertos y los investigadores del laboratorio habrían estado preparando diapositivas y haciendo análisis.

Aunque nunca fue una época del año fácil, la época muerta ofrecía un refugio vallado en un mundo privado y protegido que contaba con una despensa bien abastecida, una recepción permanente de alimentos y una firme confianza en uno mismo. La guerra acabó con las tres cosas.

—La ciudad herida intenta dar de comer a sus animales —aseguró Antonina a Jan una mañana, cuando escuchó el sonido de cascos de caballo y vio dos carretas acercándose a la puerta principal con restos de fruta y pieles de verduras procedentes de cocinas, restaurantes y casas—. Al menos no estamos solos.

—Es cierto. Los varsovianos saben que es importante proteger su identidad —respondió Jan—. Afortunadamente, eso incluye el zoológico.

Aun así, Antonina escribió que sintió que el suelo desaparecía bajo sus pies cuando el gobierno de la ocupación decidió trasladar la capital a Cracovia pues, si se convertía en una ciudad de provincias, Varsovia ya no necesitaría un zoológico. Todo lo que podía hacer era esperar la «liquidación», palabra odiosa que implicaba la desaparición de criaturas que su familia consideraba individuos, no una masa de pelo, alas y pezuñas.

Sólo Antonina, Jan y Ryś permanecían en la casa, con poco que llevarse a la boca, aún menos dinero y nada de trabajo. Antonina cocía pan todos los días, y dependía de las verduras del jardín de verano y de las conservas hechas de grajos, cuervos, champiñones y bayas. Los amigos y parientes de las aldeas periféricas enviaban comida de vez en cuando, a veces incluso beicon y mantequilla, lujos que rara vez se encontraban en la ciudad devastada. Además, el hombre que distribuía la carne de caballo al zoo antes de la guerra ahora les conseguía un poco de carne a ellos.

Un día de finales de septiembre, un rostro familiar vestido con un uniforme alemán apareció en la puerta principal: era un antiguo vigilante del Zoo de Berlín.

—Me envía personalmente el director Lutz Heck para saludarles de su parte y darles un mensaje —dijo ceremoniosamente—. Desea ofrecerles ayuda. Está esperando mi llamada.

Antonina y Jan se miraron sorprendidos, sin saber qué pensar. Conocían a Lutz Heck de los encuentros anuales celebrados por la Asociación Internacional de Directores de Zoológicos, una pequeña camarilla de altruistas, pragmáticos, evangelistas y sinvergüenzas. A principios del siglo xx, existían dos escuelas principales de pensamiento acerca de cómo mantener a los animales exóticos. Una creía en la recreación de hábitats naturales, del paisaje y del clima que los animales tenían en su tierra natal. Los entusiastas partidarios de este punto de vista eran el profesor Ludwig Heck del Zoo de Berlín y su hijo mayor, Lutz Heck. Quienes se

oponían pensaban que si se les dejaba por su cuenta, los animales exóticos se adaptarían al nuevo entorno, donde quiera que estuviese situado el zoológico. El líder de este grupo opositor era el hijo más joven del profesor Lutz, Heinz, director del Zoo de Munich.^[1] Influido por los Heck, el Zoo de Varsovia estaba diseñado para ayudar a los animales a aclimatarse, por lo que les proporcionaba atractivos hábitats. Era el primer zoológico polaco que no embutía a los animales en pequeñas jaulas, sino que Jan intentaba adaptar cada recinto a sus correspondientes animales y reproducir lo mejor que podía el modo en que vivirían en libertad. El zoo también disponía de una excelente fuente de agua natural (pozos artesianos), de elaborados sistemas de alcantarillado y de un personal formado y dedicado.

En los encuentros anuales, las ideologías en ocasiones degeneraban en disputas, pero todas las familias de guardas se vanagloriaban de sus zoológicos y se las veían con las mismas preocupaciones y pasiones, por lo que solían prevalecer la amistad, la sabiduría compartida y las buenas intenciones, y todo esto a pesar de la barrera del idioma. Otros directores no hablaban polaco, Jan no hablaba un alemán fluido y Antonina hablaba polaco y un poco de ruso, francés y alemán. Pero surgió una especie de esperanto (invención polaca)^[2] basado sobre todo en el alemán y el inglés y ayudado de fotografías, ilustraciones a mano alzada, ruidos de animales y mímica. Los encuentros anuales eran como reuniones familiares. Siendo la esposa más joven, Antonina cautivaba a todos con su aspecto elegante y esbelto. A Jan le consideraban un director lleno de energía y determinación con un zoológico próspero en donde nacían las crías más infrecuentes.

Heck siempre había sido cordial, especialmente con Antonina. Pero en su trabajo en el zoo y ahora en sus ideas políticas, le obsesionaba la consanguinidad, incluida la aria, y por lo que habían oído, se había convertido en un fervoroso nazi lleno de poder que contaba entre sus invitados habituales y compañeros de caza con el lugarteniente Hermann Göring y el ministro de propaganda Joseph Goebbels.

—Agradecemos la oferta del profesor Heck —respondió Antonina educadamente—. Por favor, dele las gracias de nuestra parte y dígame que no necesitamos ayuda, pues el zoo va a ser liquidado.

Estaba segura de que, como zoólogo principal del gobierno de Hitler, Heck bien podría ser el hombre encargado de la liquidación.

Para sorpresa de ambos, el vigilante regresó al día siguiente y dijo que Heck tenía pensado ir a visitarles pronto. Cuando se marchó, se preguntaron qué deberían hacer. No se fiaban de Heck pero, por otra parte, había tratado bien a Antonina y, en teoría, al dirigir también un zoológico, sería comprensivo con ellos. En un país ocupado donde la supervivencia dependía de tener amigos en puestos de importancia, hacer buenas migas con Heck tenía sentido. Antonina pensó que a Heck le gustaba la idea de ser su mecenas, de convertirse en una especie de caballero medieval al estilo de Parsifal, un ideal romántico para ganar su corazón y demostrar su nobleza. Se preguntó si su propuesta les ayudaría o les perjudicaría, y su cabeza se llenó de

imágenes felinas: «Por lo poco que sabemos, puede estar jugando con nosotros. Los gatos grandes necesitan ratoncitos para divertirse». Jan le explicó por qué las intenciones de Heck podrían ser buenas: al ser él mismo guarda de un zoológico, Heck amaba a los animales y había dedicado su vida a protegerlos. Sin duda, sentiría las pérdidas de sus compañeros de oficio. De ese modo, a medio camino entre la esperanza y el miedo, pasaron la noche anterior a la primera visita de Lutz Heck.

Después del toque de queda, los polacos ya no podían pasear bajo un manto de estrellas. Aún podían mirar las Perseidas de agosto, seguidas de la lluvia de meteoritos del otoño —las Dracónidas, Oriónidas y Leónidas— desde sus ventanas y balcones, pero gracias a los bombardeos y el polvo, la mayoría de los días se nublaban con puestas de sol caóticas y lloviznas antes del amanecer. Irónicamente, la guerra infinita que provocaba campos de batalla grotescos y lo contaminaba todo, inspiraba también efectos grandiosos en el cielo. Ahora los veloces meteoros nocturnos, cuyas colas les hacían parecer cometas de juguete, evocaban el fuego de la artillería y las bombas. Hubo un tiempo en que los meteoros formaban parte de un imaginario completamente alejado de la tecnología, como si fueran caminantes de esferas lejanas en las que las estrellas centelleaban como un alambre de espino cubierto de escarcha. Hace mucho ya, la Iglesia católica bautizó las Perseidas con el nombre de «lágrimas de San Lorenzo», porque su actividad tiene lugar alrededor de esa festividad. No obstante, la imagen más científica de bolas de nieve sucias impulsadas por olas invisibles desde la frontera del Sistema Solar hasta la Tierra, da a entender de forma más clara su santidad mágica.

Capítulo 8

Lutz Heck relevó a su distinguido padre al mando del Zoo de Berlín en 1931, y casi de inmediato comenzó a remodelar su ecología e ideología. Coincidiendo con las Olimpiadas de 1936, celebradas en Berlín, abrió un «zoológico alemán», una exhibición que homenajeara la fauna y la flora del país y que completaba una roca central en forma de lobo ^[1] rodeada de recintos para los osos, linceos, nutrias y demás especies autóctonas. Esta osada muestra patriótica que subrayaba la importancia de los animales nativos y el hecho de que no era necesario desplazarse hasta los confines del mundo para encontrar especies exóticas, transmitía un importante mensaje. Si hubiera desplegado su exposición actualmente no se cuestionarían sus motivos. Pero dada la época, sus creencias y el ultranacionalismo de su familia, estaba claro que deseaba agradar a sus amigos nazis con una contribución al ideal de las razas superiores alemanas. Una fotografía de 1936 muestra a Heck y a Göring en una

Apasionado cazador, Heck pasó los momentos cumbre de su vida buscando el riesgo y la aventura. Varias veces al año, organizaba viajes con el fin de capturar animales para su zoológico y ya de paso conseguir si podía un par de cabezas de muflón para su pared o bien vérselas cara a cara con una enorme y fiera osa grizzly. Disfrutaba de los safaris salvajes y arriesgados, especialmente en África. Le solía relatar en minuciosas cartas escritas bajo la luz de un farol, sentado en un taburete plegable junto a un buen fuego, mientras los leones gruñían ocultos en la oscuridad y sus compañeros dormían. «La hoguera parpadea delante de mí —escribió en una ocasión—, y detrás de mí, proveniente de la oscura infinitud, escucho los ruidos de un animal salvaje invisible y misterioso.» Solo, pero embrujado por los depredadores que le rodeaban, ponía sobre papel las hazañas del día, a veces para conservarlas y otras para compartirlas con amigos cuando regresase a su otra realidad, la Europa que en ese momento le parecía que estaba en otra galaxia. Frecuentemente acompañaba sus cartas con fotografías que le mostraban capturando a una jirafa con el lazo, paseando a una cría de rinoceronte, cazando un cerdo hormiguero o huyendo de un elefante al ataque.

A Heck le encantaba coleccionar trofeos, como si fueran recordatorios de la parte salvaje de su ser que surgía en la lejana selva: animales vivos que exhibir en su zoo, animales muertos que disecar, fotografías que compartir y enmarcar. En el apogeo de sus viajes parecía coleccionar la vida misma, pues mantenía voluminosos diarios, tomaba cientos de fotografías y escribía libros populares (tales como Mis aventuras con los animales) que describían su pasión por la selva y en los que detallaba proezas de extraordinario valor, estoicismo y habilidad. Heck conocía sus puntos fuertes, admiraba el héroe que había en él y en otras personas y podía relatar historias apasionantes a la hora de las copas en los encuentros anuales. A pesar de que en ocasiones mostraba una completa falta de modestia, su personalidad encajaba con una

profesión que siempre ha atraído a personas con ganas de explorar, de huir de la cotidianidad y de vivir situaciones muy arriesgadas. Sin gente como él, los mapas aún mostrarían una tierra plana y no se sabría dónde nace el Nilo. A veces Heck asesinaba dragones —más bien, a sus equivalentes en la vida real—, pero sobre todo los capturaba, fotografiaba y exhibía con entusiasmo. Apasionado y resuelto, cuando ponía los ojos en un animal, bien en la selva o bien en posesión de alguien, lo codiciaba, intentaba cualquier estratagema o truco que se le ocurría y persistía hasta que agotaba al animal o vencía la resistencia de su dueño.

Durante décadas, los hermanos Heck habían perseguido un objetivo fantástico, una misión que interesó a Heinz pero que obsesionó por completo a Lutz. Se trataba de la resurrección de tres especies extintas de pura sangre: los caballos neolíticos conocidos como caballos salvajes, los uros (toros salvajes de los cuales desciende el ganado europeo) y el bisonte europeo. En vísperas de la guerra los Heck habían conseguido crear animales similares a los uros y a los caballos salvajes, pero las variedades polacas eran las verdaderas descendientes y poseían más características en común.

Lutz sólo deseaba recrear criaturas prehistóricas, pues eran las únicas no contaminadas por la mezcla de razas, y aunque deseaba alcanzar influencia y fama durante el proceso, sus motivos eran más bien personales. Buscaba la emoción de devolver la vida a animales extintos y casi mágicos, gobernando así su destino, cazando algunos por pura diversión. La ingeniería genética no surgiría hasta los años setenta, pero él decidió emplear la eugenesia, un método tradicional para engendrar animales con características específicas. Heck lo explicaba de la siguiente forma: un animal hereda el 50% de sus genes de cada padre, e incluso los genes de un animal extinto permanecen en el acervo genético, por lo que si se concentrasen los genes mediante el cruce de los animales que más se pareciesen a aquel en extinción, con el tiempo se conseguiría el antepasado de pura sangre.

Daba la casualidad de que todos los animales que escogía crecían en Polonia. Su paisaje histórico era Bialowieża y la aprobación de un zoológico polaco respetado legitimaría sus esfuerzos. Cuando Alemania invadió Polonia, Heck removió las granjas en busca de yeguas que conservasen el mayor número de rasgos en común con los caballos salvajes para cruzarlas con otras variedades que incluían caballos shetland, árabes y Przywalski, con el deseo de recuperar el animal ideal, el caballo fiero y casi imposible de montar pintado en ocre sobre las cuevas de Cro-Magnon. Heck pensaba que no llevaría muchas generaciones recrearlos —unas seis u ocho— porque habían estado vagando por los bosques del noreste de Polonia hasta el siglo XVIII.

En la Edad de Hielo, cuando los glaciares cubrían el norte de Europa y una tundra desgarrada por el hielo se extendía por los campos del Mediterráneo, los espesos bosques y los fértiles prados refugiaban grandes manadas de caballos salvajes que trotaban por las tierras bajas de Europa Central, recorrían las estepas de Europa del

Este y cruzaban a galope Asia y las Américas. En el siglo v a. C., Herodoto describió lo mucho que disfrutaba contemplando las manadas de caballos salvajes pastando en las ciénagas y pantanos de lo que ahora es Polonia. Durante siglos, los caballos salvajes de pura sangre burlaron a los cazadores y sobrevivieron de algún modo en Europa, pero para el siglo XVIII no quedaban muchos, en parte porque los restaurantes apreciaban su carne —era dulce y más atractiva y original— y en parte porque la mayoría de los caballos salvajes se habían cruzado con caballos de granja para tener descendencia fértil. En 1880, la última yegua salvaje, perseguida por humanos, cayó en una grieta en Ucrania y murió. Siete años después, en el Zoo de Múnich, murió el último caballo salvaje en cautividad. En aquel momento, la especie estuvo oficialmente extinta, cerrando así un capítulo más de los anales de la vida en la tierra.

Los seres humanos domesticaron a los caballos salvajes hace aproximadamente seis mil años, e inmediatamente empezaron a refinarlos: mataban a los más bravos para comérselos mientras que criaban a los más mansos para producir caballos que se sometiesen con más docilidad a la silla y el arado. En el proceso se alteró la naturaleza del caballo, forzándole a despojarse de su naturaleza vigorosa, ingobernable y evasiva. Los distantes caballos Przywalski, que pastaban en libertad, conservaban esa furia, y Heck planeaba aprovechar su espíritu combativo para la nueva mezcla genética del caballo salvaje. La historia atribuye al coronel Nikolai Przywalski, un explorador ruso de ascendencia polaca, el «descubrimiento» en 1879 de este caballo salvaje asiático, de ahí su nombre. Obviamente, el caballo ya era muy conocido por los mongoles, que le habían bautizado con anterioridad como tahki. Con su fórmula, Heck consiguió recrear la resistencia, el temperamento y el aspecto de los tahki, pero ansiaba criaturas más antiguas: los caballos que dominaban el mundo prehistórico.

Qué ideal tan poderoso aquel del caballo *sexy* y excitable, piafando desafiante y hablando a través de sus pezuñas. Tras la guerra, Heinz Heck escribió que su hermano y él habían emprendido el proyecto de la recuperación de especies por pura curiosidad^[2], pero también «al pensar que si no se puede detener al hombre en su irreflexiva destrucción de sí mismo y de otras criaturas, al menos sería un consuelo si algunos de esos animales que ya habían sido exterminados pudiesen ser devueltos a la vida». Pero ¿para qué cabalgar sobre caballos salvajes si no hay nada que merezca la pena cazar?

Lutz Heck pronto comenzó a trabajar con unos cuantos bisontes europeos que incluían aquellos que había robado del Zoo de Varsovia, con la esperanza de que pudiesen prosperar en una arboleda inspirada en Bialowieża, como aquella en la que habían vivido sus antepasados. Heck se imaginaba a los bisontes europeos galopando una vez más por los caminos mientras la luz del sol bañaba las ramas de los altos robles en un bosque repleto de lobos, lince, jabalíes y otros animales a los que pronto se les unirían, esperaba, manadas de caballos salvajes.

Heck también buscaba un toro legendario, el uro, antaño el animal más grande de

Europa, del que desciende todo el ganado moderno, lo cual no significa que estos animales fueran fáciles de domesticar hace ocho mil años. Al haberse extinguido en el siglo XVII, tiempo que se considera reciente en términos evolutivos, Heck estaba seguro de poder recuperarlos y al hacerlo, de salvarlos de la «degeneración racial». Soñaba que, junto con la esvástica, el toro se convirtiera en sinónimo del nazismo. Algunas ilustraciones de la época mostraban un uro y una esvástica unidos en un emblema de ideología al mismo tiempo delicada y feroz.

Muchas culturas antiguas adoraban a los uros, especialmente en Egipto, Chipre, Cerdeña y Creta (cuyo soberano de especie mixta descendía de un toro sagrado). Zeus solía adoptar la forma de un toro en el mito griego con el fin de destruir a los fascinantes mortales y tener descendencia con dones mágicos; cuando secuestra a Europa, está disfrazado de uro, un gran toro negro con una barba corta y una cornamenta enorme y afilada (como aquella del ganado cuernilargo, o la que hay en los cascos de los héroes de Los nibelungos). ¿Qué mejor animal totémico que ése, entonces, para el Tercer Reich? La pasión que sentía Heck por el proyecto fue compartida por importantes oficiales nazis, por lo que está claro que su trabajo no tenía que ver sólo con la recreación de especies extintas. Tras la llegada de Hitler al poder, los objetivos biológicos del movimiento nazi engendraron muchos proyectos para establecer la pureza racial que justificaban actos de esterilización, eutanasia y asesinatos masivos.^[3] Eugene Fischer, uno de los científicos más prominentes del Tercer Reich, colega y buen amigo de Heck, fundó el Instituto de Antropología, Genética y Eugenesia, partidario de Josef Mengele y otros doctores de las SS igualmente sádicos que utilizaban a los reclusos de los campos de concentración como conejillos de Indias.^[4] Fascinado por la violencia y el espíritu viril —valiente por naturaleza, osado, fiero, robusto, saludable, potente y tenaz—, Eugene Fischer creía que las mutaciones en los seres humanos eran tan destructivas como aquellas en los animales domésticos, y que el mestizaje era perjudicial para la raza humana del mismo modo que ya había desnaturalizado a ciertos animales salvajes «hermosos, buenos y heroicos» que habían perdido su potencia original y su distribución genética. Las raíces del nazismo se alimentaban de un ocultismo que surgía de la Sociedad Thüle, la Germanenorden, el movimiento Völkisch, el pangermanismo y otros cultos nacionalistas que creían en una raza de semidioses arios y en que urgía exterminar a todos los seres inferiores. Exaltaban a los superhombres antepasados, cuya antigua regla gnostica había proporcionado la sabiduría aria, el poder y la prosperidad en la época prehistórica hasta que fueron suplantados por una cultura extranjera y hostil (es decir, los judíos, católicos y francmasones); se suponía que estos antepasados habían codificado la sabiduría que traería la salvación en formas enigmáticas (como por ejemplo las runas, los mitos y las tradiciones) que sólo podrían ser descifradas por sus herederos espirituales.

El ideal de pureza racial floreció verdaderamente con Konrad Lorenz, un científico Nobel muy respetado en los círculos nazis, que compartía la creencia de

Oswald Spengler popularizada en *La decadencia de Occidente* (1920) de que las culturas decaen inevitablemente, pero no su pesimismo. Por el contrario, puso como ejemplo la domesticación de animales como ejemplo de cómo las culturas pueden decaer debido a la reproducción caótica del robusto ganado. Abogó por una solución biológica: la higiene racial, una «política de raza premeditada y con fundamento científico»^[5] mediante la cual se previene el desastre eliminando los tipos «degenerados». Lorenz empleó los términos «especie», «raza» y «Volk» de forma intercambiable y advirtió que «un cuerpo saludable con frecuencia no se “da cuenta” de la forma en que está siendo impregnado por elementos decadentes».^[6] Describió esa decadencia como el cáncer de la gente físicamente fea y argumentó que el objetivo de cada animal es la supervivencia de su especie. Apeló a un mandamiento ético que aseguraba que la Biblia apoyaba: «Amarás el futuro de tu gente sobre todas las cosas». Reclamó que se dividiera a la gente en «valiosa» y «de valor inferior» (lo cual incluía razas enteras y cualquiera que hubiese nacido con discapacidad mental o física) y que se eliminase a los débiles, tanto humanos como animales.

Heck estaba de acuerdo, y aspiraba nada más y nada menos que a reestructurar el mundo natural de Alemania limpiándolo, puliéndolo, perfeccionándolo. Fervoroso desde los comienzos del nazismo, Heck se congració con las SS, bebió de las creencias de Fischer y Lorenz acerca de la pureza racial y se convirtió en un favorito de Hitler y en especial de Hermann Göring, su mecenas ideal.^[7] En su utopía higiénica el trabajo de Heck consistía fundamentalmente en reinventar la naturaleza, y halló en Göring a un mecenas generoso con mucho dinero. A cambio, Heck deseaba poder ofrecerle a Göring el dominio sobre el mayor tesoro natural de Polonia, la fabulosa y legendaria reserva de la frontera entre Polonia y Bielorrusia, Bialowieża. Tal y como lo veía Heck, no había regalo mejor para un hombre que sellaba con su escudo de armas la mayor parte de sus posesiones y que gustaba vestir «en un estiloseudomedieval, con largos chalecos de piel, botas altas y voluminosas camisas de seda, para luego desfilarse por toda su casa y su finca portando una lanza». Numerosos aristócratas ostentaban cargos de poder en el Partido Nazi y la mayoría de los altos cargos poseían cabañas de cazadores o fincas, por lo que un aspecto importante del trabajo de Heck consistía en conseguir las mejores reservas de caza y abastecerlas de forma novedosa. Salpicada de castillos medievales y heredera del único bosque virgen de Europa, Polonia disponía de algunos de los mejores lugares para cazar del continente. Las fotografías anteriores a la guerra sitúan a Göring en su suntuosa cabaña de cazador al noreste de Berlín, emplazada en una finca con vistas al mar Báltico que tenía 65 kilómetros cuadrados de reserva privada en la que habitaban alces, ciervos, jabalíes, antílopes y otros animales de caza.

En general, a los nazis les encantaban los animales y eran ecologistas que promovían la calistenia y la vida sana, realizando habitualmente excursiones al campo e imponiendo políticas de defensa de los derechos de los animales a medida que iban alcanzando más poder. Göring se enorgullecía de patrocinar santuarios de

fauna y flora («pulmones verdes») que servían como zonas de recreo y de conservación, así como de construir grandes autopistas flanqueadas por vistas panorámicas. Ello atrajo a Lutz Heck del mismo modo que lo hizo con otros científicos internacionales, tales como el físico Werner Heisenberg, el biólogo Karl Von Frisch y el ingeniero aeroespacial Wernher Von Braun. Bajo el Tercer Reich, los animales se convirtieron en seres nobles, míticos, casi angelicales. Esto incluía a los humanos, por supuesto, con la excepción de eslavos, gitanos, católicos o judíos. Aunque los sujetos de Mengele eran operados sin ningún tipo de anestesia, un ejemplo destacable de la zoofilia nazi es el de un importante biólogo que en una ocasión fue castigado por no poner a los gusanos suficiente anestesia durante un experimento.

Capítulo 9

Desde que los apagones tenían lugar y los animales se habían marchado, la mañana ya no se anunciaba a sí misma derramando luz sobre el dormitorio y desatando el ultramundano coro del zoológico. El despertar acontecía entre la oscuridad y el silencio. Las ventanas de la habitación habían sido selladas con contrachapado y la mayoría de los ruidos de animales habían desaparecido o se habían apagado. En un silencio tan denso los sonidos corporales se tornan audibles y se puede escuchar la sangre que circula y los pulmones que respiran. En una oscuridad tan profunda, las luciérnagas bailan a través de unos ojos que miran hacia dentro. Aunque Jan hubiese estado vistiéndose junto a la puerta de la terraza, Antonina no le habría visto. Si acercaba su mano al otro lado de la cama, daba palmadas por la almohada y la encontraba vacía, sentía la tentación de recrearse en las memorias de la vida en el zoo antes de la guerra, de perderse en la lucidez soñadora de sus libros infantiles. Pero aquel día Antonina debía ponerse en marcha con sus tareas diarias, ya que quedaban algunos animales por dar de comer, había que preparar a Ryś para el colegio y la casa tenía que estar lista para la visita de Heck.

Antonina escribió que halló en Heck a «un verdadero romántico alemán», inocente en sus ideas políticas y quizás algo vanidoso, pero cortés e inolvidable. Le halagó su atención, y supo por un amigo en común que ella le recordaba a su primer amor, o eso juraba. Sus caminos rara vez se cruzaban: de vez en cuando Jan y ella visitaban el Zoo de Berlín y Heck les había enviado fotografías que había tomado en sus expediciones, acompañadas de amables cartas en las que alababa su trabajo.

Antonina se puso uno de esos vestidos de lunares que le gustaba lucir en los acontecimientos sociales (algunos tenían encaje o gorguera). En la mayoría de las fotografías aparece cubierta de pequeños lunares, como si fuese un lince, o de lunares grandes de color pastel estampados sobre una tela negra o azul marino que resalta sus cabellos claros.

Desde el porche, Jan y Antonina pudieron ver cómo el coche de Heck atravesaba la verja principal. No cabe duda de que en cuanto el vehículo se detuvo esbozaron su mejor sonrisa.

—¡Hola, amigos! —saludó Heck, apeándose. Era un hombre alto y musculoso que llevaba el cabello peinado hacia atrás y un bigote oscuro y bien recortado. En ese momento vestía el uniforme de oficial nazi y el efecto era, aunque esperado, chocante, pues estaban acostumbrados a verle con ropa de civil o con su equipo de caza.

Jan y él se dieron la mano efusivamente. Heck tomó la de Antonina y la besó. Podemos estar seguros de que lo hizo, puesto que era la costumbre. Lo que no sabemos es cómo fue el beso de este «verdadero romántico alemán». ¿Indiferente o exagerado? ¿Tocarían sus labios la piel o suspirarían sobre ella? Como sucede con un apretón de manos, un beso en una de ellas puede reflejar sentimientos ocultos: un

homenaje a la feminidad, un corazón tembloroso, una sumisión llena de rencor o una muestra fugaz de profunda devoción.

Seguramente Jan y él hablaron de la cría de animales exóticos, sobre todo de aquellos de especial interés para Heck, cuya misión —algunos dirían que obsesión— en esta vida concordaba a la perfección con el deseo nazi de poseer caballos purasangre para montar y animales pura sangre para cazar.

Cuando se trataba de animales exóticos, Jan y Lutz compartían su amor por aquéllos nacidos en Polonia, especialmente por el grande y lanudo bisonte europeo (Bison bison bonasus), el primo barbudo del búfalo norteamericano (Bison bison) y además el animal terrestre más grande de Europa. Como experto reconocido en este ganado bovino, Jan tenía un papel central en la Compañía Internacional de Defensa del Biscote, fundada en Berlín en 1923, la cual tenía como objetivo principal la localización de los bisontes europeos que aún quedaban en los zoos y en colecciones privadas. Se hallaron cincuenta y cuatro, la mayoría demasiado viejos para la reproducción, y en 1932 Heck analizó su linaje en el primer Libro Genealógico de los Bisontes Europeos.^[1] Posteriormente, Antonina escribió que mientras Heck recordaba sus encuentros anteriores a la guerra y lo mucho que los tres tenían en común, se sintió esperanzada. Finalmente, la conversación derivó a lo que consistía el verdadero motivo de la visita de Heck, que según Antonina fue expresado de la siguiente forma:

—Os doy mi palabra —se limitó a decir—. Podéis confiar en mí. Aunque realmente no tengo ninguna influencia sobre los altos mandos alemanes, intentaré no obstante persuadirles para que sean indulgentes con vuestro zoo. Mientras tanto, me voy a llevar vuestros animales más importantes a Alemania, pero prometo que los cuidaré bien. Amigos, os lo ruego, considerad vuestros animales como un préstamo que os devolveré inmediatamente después de la guerra. —Dirigió una sonrisa tranquilizadora a Antonina—. Y me ocuparé personalmente de sus favoritos, los lince, señora Żabinska. Estoy seguro de que les gustará su nuevo hogar en mi zoo de Schorfheide.

Después de esto, comenzaron a hablar de asuntos políticos delicados que incluían el destino de la Varsovia devastada por las bombas.

—Al menos hay algo bueno que celebrar —comentó Heck—, que la pesadilla de septiembre en Varsovia ha terminado y la Wehrmacht no tiene intención de bombardear más la ciudad.

—¿Qué harás con todos tus animales exóticos si llega la guerra?

—Me lo han preguntado muchas veces,^[2] y también que qué voy a hacer con los peligrosos, o que qué pasaría si mis animales se escapasen durante un ataque aéreo, y ese tipo de cosas. Esos son pensamientos terribles. La mera visión de Berlín y de mi zoológico tras un bombardeo inglés es para mí una pesadilla. No quiero ni imaginar lo que sucedería en otros zoos europeos si fuesen bombardeados. Supongo que por eso me apena tanto vuestra pérdida, amigos míos. Es terrible, y haré cuanto esté en

mi mano para ayudarlos.

—Alemania ya se ha vuelto en contra de Rusia...

—Y hace bien —interrumpió Heck—, pero la dominación de Rusia no se puede dar sin la ayuda de Inglaterra, y en la actual situación, con Inglaterra en el otro bando, nuestras posibilidades de vencer son ínfimas.

Había tanto en juego que Antonina se puso a examinar detenidamente a Heck. Cuando se muestran en él emociones efímeras, un rostro puede desvelar el temor o la culpabilidad de una mentira en construcción. La guerra había minado su confianza en la gente, pero estaba claro que la destrucción de Varsovia y de su zoo habían entristecido a Heck. También le sorprendió su falta de entusiasmo ante las decisiones de Hitler. Encontró «tales palabras, procedentes de un funcionario del Tercer Reich, bastante sorprendentes», sobre todo teniendo en cuenta que antes de la guerra el Heck que ella había conocido rara vez compartía sus opiniones políticas o insistía en la «infallibilidad alemana». No obstante, pronto estaría transportando sus lince y otros animales a Alemania, «para cuidarles —había dicho—, a modo de préstamo», había asegurado, y a ella no le quedaba más remedio que acceder, seguir siendo amable y cruzar los dedos.

Capítulo 10

El Lutz Heck que surge en sus escritos y acciones fluctuaba como una veleta: encantador cuando era necesario, despiadado si había que serlo, fiera o entrañable, dependiendo de su propósito. No obstante, resulta sorprendente cuando menos que el Heck zoólogo escogiese ignorar la teoría ampliamente aceptada del vigor híbrido, la cual sostiene que el cruce de razas fortalece una estirpe. Seguro que sabía que los chuchos poseen mejores sistemas inmunitarios y más recursos en su código genético, mientras que en las especies más puras, por muy «perfectas» que sean, se corre el riesgo de que cualquier enfermedad que mate a un animal acabe con el resto, [1] motivo por el cual los zoológicos mantienen cuidadosos libros genealógicos de animales amenazados tales como los guepardos y los bisontes europeos e intentan aparearlos de manera provechosa. En cualquier caso, hace mucho tiempo, antes de que nadie pudiera ser reconocido como ario, nuestros antepasados compartían el mundo con diversas clases de homínidos, por lo que solía darse el cruce entre vecinos que tuvo como resultado una especie más dura y desagradable que prosperó. Todos los seres humanos actuales descienden de esa combinación robusta y charlatana, en particular de esa criba genética que resultó en un centenar de individuos. Un estudio de 2006 del ADN mitocondrial descubrió que los judíos askenazíes (alrededor del 92 por ciento de los judíos del mundo en 1921) descienden de cuatro mujeres que emigraron de Oriente Próximo a Italia en los siglos II y III. [2] Toda la humanidad se puede remontar al acervo genético de una sola persona, hay quien dice que un hombre, otros que una mujer. [3] Es harto difícil imaginar que nuestro destino sea tan dudoso como eso, pero somos prodigios naturales.

Tal vez, después de décadas de observación de los animales salvajes, Heck consideraba la limpieza genética como una medida higiénica e inevitable, como un catalizador del cambio que sustituiría una línea genética por otra más adecuada, reflejando así un drama que se extiende por todo el reino animal. La situación más típica —si tomamos a los leones como ejemplo— es la del agresor que invade una manada vecina, mata al macho que la lidera y asesina a los jóvenes para que no se apareen con las hembras, estableciendo de ese modo su propia línea de descendencia y apoderándose del territorio del macho anterior. Los seres humanos, dotados de la capacidad de excusarnos y negar, aunque moralmente inquietos, disfrazamos tales instintos con palabras como «autodefensa», «necesidad», «lealtad», «bienestar del grupo», etc. Tal fue el caso en 1915, por ejemplo, cuando los turcos masacraron a los armenios durante la Primera Guerra Mundial; a mediados de los noventa, cuando los serbios cristianos de Bosnia comenzaron a exterminar a los musulmanes del país, y en 1994 en Ruanda, cuando cientos de miles de personas fueron asesinadas (y las mujeres también violadas) en una guerra entre hutus y tutsis.

El Holocausto fue diferente, mucho más premeditado, tecnológico, metódico y, al

mismo tiempo, más primitivo, como argumenta el biólogo Lecomte du Noüy en *La dignité humaine* (1944): «El crimen alemán es el más atroz que jamás ha conocido el mundo, porque no está en la escala de la historia: no está en la escala de la evolución.»^[4] Esto no significa que en el pasado los seres humanos no hayan manipulado la evolución, sabemos que hemos llevado a muchos animales a la extinción y probablemente hayamos hecho lo mismo con otras estirpes humanas. Aun así, lo instintivo no es inevitable, a veces ponemos freno a nuestros instintos más ingobernables, y no siempre nos atenemos a las reglas del juego de la naturaleza. No cabe duda de que los dos imperativos de Hitler de purificar la sangre al mismo tiempo que se tomaba posesión de territorios ajenos, les parecían más que acertados a personas como Heck, para quien habría resultado incluso una diabólica necesidad.

Heck era también una persona pragmática. Los alemanes pronto reestructurarían las tierras polacas, y eso incluía los zoológicos. Por tanto, cuando Heck visitó el bombardeado Zoo de Varsovia, tenía un sombrío plan oculto: sus visitas eran meramente una excusa para saquearlo de los mejores animales y llevarlos a los zoológicos y reservas alemanas, junto con valiosos documentos acerca de su reproducción. Con su hermano Heinz, esperaba beneficiar al nuevo imperio alemán y restaurar el encanto perdido del entorno natural, de la misma forma que Hitler deseaba mejorar la raza humana.

Heck juró repetidamente a los Żabiński que él no tenía nada que ver con el cierre de su zoo y que su escasa influencia con los altos mandos no era suficiente para convencer a los generales. No obstante, Antonina sospechaba que mentía, que ejercía una gran influencia sobre los cargos importantes y que incluso podría ser responsable personalmente de lo que les estaba sucediendo. El futuro de su zoo condenado torturaba a los Żabiński, quienes temían que si era derribado, desescombrado y edificado, se desvanecería como una víctima de guerra más. Jan debía permanecer en el zoológico a toda costa, a pesar de lo que ello pudiese implicar, pues éste servía a la Resistencia, cuyo apoyo en el barrio de Praga alcanzó las 90 secciones y contaba con 6000 soldados, la cantera de saboteadores más numerosa de la ciudad.^[5] La Guardia Popular, una rama clandestina de militares polacos que servían al gobierno polaco en el exilio cuya base estaba en Londres, presentaba una sólida jerarquía con una red de células dispersas así como numerosos depósitos de armas, fábricas de granadas, escuelas, casas seguras, mensajeros y laboratorios para fabricar armas, explosivos y receptores de radio. Como teniente de la Guardia Popular, Jan tenía como objetivo disfrazar el zoológico de algo que el Tercer Reich deseara mantener intacto. Los alemanes tenían tropas que alimentar y, además, les encantaba el cerdo, por lo que sugirió a Lutz Heck montar una enorme granja porcina empleando los destartalados edificios del zoo, a sabiendas de que la cría de cerdos en un clima duro aseguraría que los edificios y las tierras tuviesen que ser mantenidos y que el antiguo personal obtuviera unos pocos ingresos. Según el testimonio que ofreció al Instituto Histórico Judío de Varsovia, mediante el truco de alimentar a los cerdos con las sobras esperaba

«llevar notas, beicon, mantequilla y mensajes a los amigos» del gueto. Antonina escribió:

Sabíamos que [Heck] era un mentiroso y comprendimos con gran tristeza que no había esperanzas de salvar nuestro zoo. En esta situación, decidimos hablar con Heck acerca de nuestro nuevo plan. Jan quería montar una enorme granja porcina empleando los edificios de nuestro zoo... Pero tiramos la toalla en lo que respecta a los animales salvajes del zoo; a los alemanes no les interesaba mantenerlos vivos.

Estaba en lo cierto, pues a pesar de que Heck aceptó la granja porcina, el bienestar de los animales que no eran lo suficientemente «importantes» para sus tribulaciones acerca de la reproducción era otra cosa. En primer lugar, durante días se sucedió una gran caravana de camiones que llegaban y se marchaban, transportando a Tuzinka, el elefante huérfano, a Königsberg; enviando a los camellos y a las llamas a Hannover; mandando a los hipopótamos a Núremberg; traspasando los caballos Przywalski a su hermano Heinz en Múnich y reclamando los lince, cebras y bisontes para el Zoo de Berlín. Antonina se preocupaba de que tanta agitación afectase a los animales, los cuales, al final del viaje, se enfrentarían con nuevos recintos, nuevo personal, llamadas y gritos en una nueva lengua, rutinas distintas, microclimas diferentes y otros horarios para comer. Tendrían que familiarizarse con todo, especialmente con sus nuevos compañeros y con sus guardas, así como con la repentina pérdida de miembros de la manada o de la familia. Y todo ese tumulto cuando había transcurrido tan poco tiempo desde que les habían bombardeado y casi incinerado. Escribiendo acerca de ello, Antonina experimentó su tristeza doblemente, como amiga humana y como víctima perpleja.

Una vez Heck se hubo apropiado de todos los animales que necesitaba para su proyecto reproductivo, decidió dar una fiesta de los disparos de Año Nuevo, vieja costumbre del norte de Europa basada en la creencia pagana de que el ruido ahuyenta a los espíritus malignos. La tradición consistía en que los jóvenes fuesen de granja en granja disparando y dando gritos, desterrando a los demonios hasta que les invitaban a tomar algo dentro. A veces los chicos rodeaban los árboles mientras disparaban sus rifles, tocaban las campanas y golpeaban ollas y sartenes, tomando parte en un ritual intemporal diseñado para despertar a la naturaleza de su sueño, llenar los árboles de fruta y la tierra de abundantes cosechas.

Pervirtiendo la tradición, Heck invitó a sus amigos de las SS a un inusual regalo: una partida de caza privada en el territorio del zoo, una juerga que combinaba el privilegio con la barahúnda de animales exóticos que incluso un pistolero inexperto o borracho podría alcanzar. El gran cazador que había en Heck coexistía con el naturalista, y aunque resulte paradójico, era un guarda de zoo a quien no le importaba matar animales en el zoo de otros si eso significaba congraciarse con amigos poderosos. Heck y su cuadrilla de colegas cazadores llegaron en un día soleado, ebrios y felices, eufóricos por las victorias del ejército, riendo a carcajadas mientras

recorrían el terreno y disparaban a los animales acorralados y enjaulados por diversión. Sólo faltaba Göring y su lanza medieval.

«Como un enfermo convaleciente a quien le vuelve la fiebre —escribió Antonina en su diario—, de nuevo vivimos la matanza de animales, a sangre fría y deliberadamente, en este bello día de invierno». Temiéndose lo peor cuando observó la llegada de los amigos de Heck, bebidos, joviales y armados, no dejó que Ryś saliera.

—Por favor, déjame salir a tirarme con el trineo por la pequeña colina que hay en el hábitat de las llamas —rogó. Irritado por llevar todo el día encerrado, lloriqueaba—. Estoy aburrido y no tengo con quién jugar.

—¿Por qué no te sientas en tu habitación y lees Robinson Crusoe? —sugirió ella. A regañadientes, subió las escaleras con ella, se acurrucaron en su cama y le leyó uno de sus libros favoritos bajo la luz de la lámpara. Pero, sintiendo la melancolía de su madre, Ryś se movía inquieto y no podía prestar atención, ni siquiera cuando llegaban las partes más interesantes. De pronto, los disparos rompieron el silencio del invierno, cada uno sucedido por su propio eco cuando el fuego del rifle atravesaba el suelo, tan altos que se escuchaban a través de las ventanas cerradas a cal y canto.

—Mamá, ¿qué está pasando? —preguntó el asustado niño tirándole de la manga—. ¿Quién está disparando?

Antonina miró el libro hasta que sus letras comenzaron a saltar delante de sus ojos. Se vio incapaz de hablar o moverse, se le habían congelado las manos que sujetaban las alas abiertas del libro. De alguna manera había sobrevivido a los vertiginosos y cambiantes meses anteriores, pero ese momento, «que iba más allá de la política o la guerra, que se trataba de una matanza puramente gratuita», le atormentó. Este salvajismo no se debía al hambre ni a la necesidad, no era una táctica política, no estaban terminando con los desgraciados animales porque su número había aumentado demasiado. Las SS no sólo estaban ignorando su valor como criaturas maravillosas con personalidades únicas, sino que los hombres ni siquiera les reconocían el sentimiento del miedo o del dolor. Era un tipo de pornografía en la que el breve escalofrío que proporcionaba el matar pesaba más que la vida de los animales. «¿Cuántos seres humanos morirán de esta forma en los próximos meses?», se preguntó Antonina a sí misma.

Ver y oler la carnicería hubiera sido peor, escribió, pero encontró agónico escuchar los disparos e imaginar a los asustados animales corriendo y cayendo abatidos. Su conmoción, la traición de Heck y su impotencia le aturdían. Estaba paralizada mientras su hijo le tiraba de la manga. Si no podía proteger a los animales que estaban bajo su custodia, ¿cómo podría proteger a su propio hijo? ¿Cómo podía explicarle lo que estaba sucediendo, cuando la verdad le horrorizaría sin remedio? Los disparos esporádicos continuaron hasta avanzada la tarde. Su aleatoriedad causaba estragos en sus nervios, ya que no le permitía prepararse para ellos, tan sólo estremecerse con cada disparo.

«Una luminosa puesta de sol de color amaranto predecía viento para el siguiente día —escribió más tarde—. Los caminos, las avenidas y el jardín helado estaban cubiertos de gruesas capas de nieve, la cual caía en grandes y caóticos copos. En la fría y azul luz vespertina, la puesta de sol tocaba las campanas funerarias para nuestros animales recién enterrados. Podíamos ver a nuestros dos halcones y nuestra águila volando sobre el jardín. Cuando su jaula fue abierta por las balas, habían salido volando, pero no querían abandonar el único hogar que conocían. Planeando, aterrizaron en nuestro porche y esperaron su comida, la carne de caballo. Pronto ellos también se convirtieron en trofeos, parte de la partida de caza de Año Nuevo de los oficiales de la Gestapo».

Capítulo 11

La vida en el zoológico se detuvo por completo durante días, y la pérdida se reflejaba en las jaulas que antaño habían estado llenas de resoplidos y demás ruidos. El cerebro de Antonina se negaba a aceptar la nueva y triste realidad. Reinaba un silencio fúnebre que hacía callar a la tierra. Intentó decirse a sí misma que no se trataba del «sueño de la muerte, sino de la hibernación», la tregua de los murciélagos y de los osos polares, tras la cual se despertarían en la primavera renovados, estirarían sus desaliñados miembros y saldrían en busca de comida y pareja. Simplemente se trataba de una cura de sueño durante los días de invierno en que helaba y el hielo crujía, cuando la comida se ocultaba y era mejor dormir en la madriguera de uno, caliente gracias a la grasa acumulada durante el verano. La época de hibernación no sólo servía para dormir, sino que también era cuando los osos solían dar a luz a sus crías, a las que amamantaban y hocicaban hasta la llegada de la primavera, la etapa de la madurez. Antonina se preguntó si los seres humanos podrían emplear la misma metáfora e imaginar los días de guerra como «una especie de hibernación del espíritu, cuando las ideas, la sabiduría, la ciencia, el entusiasmo por el trabajo, la comprensión y el amor se acumulan en el interior, [de donde] nadie nos los puede arrebatar».

Por supuesto, la Resistencia de la que formaba parte su familia no era ni mucho menos un refugio donde echar un sueño reparador, sino una carrera de obstáculos. Antonina descubrió que la Resistencia intentaba idiotizarse a propósito, para no sentir. La verdad es que no había alternativa. Uno necesitaba hacerlo para enfrentarse al miedo y a la tristeza paralizantes provocados por horrores diarios tales como la gente golpeada y arrestada en plena calle, las deportaciones a Alemania, la tortura en los barracones de la Gestapo o en la prisión de Pawiak y las ejecuciones en masa. Para Antonina, al menos, aquella huida, aquel estoicismo, aquella disociación — como sea que se quiera llamar— nunca disipó del todo el «miedo, la rebelión y la tristeza extrema».

Puesto que los alemanes se apropiaban sistemáticamente de las ciudades y calles polacas, incluso se prohibió hablar polaco en público; en Gdansk se castigaba con la muerte. El objetivo nazi de más «espacio para vivir». (Lebensraum) estaba dirigido a Polonia en concreto, pues allí era donde Hitler había ordenado a sus tropas «matar sin piedad ni misericordia a todos los hombres, mujeres y niños de ascendencia o lengua polaca. Sólo de esta forma podremos obtener el Lebensraum que necesitamos».

[1] Aquellos niños que parecían mostrar marcados rasgos (y por tanto genes) nórdicos eran enviados a Alemania y educados por alemanes. Al igual que los Heck, los biólogos nazis creían en las apariencias, en que cualquiera que guardase un gran parecido con una especie en cuestión podía cruzarse para recuperar al antepasado puro.

La lógica racial funcionaba de la siguiente forma: una raza aria biológicamente

superior se había extendido por todo el mundo. A pesar del hundimiento de diversos imperios, seguían quedando arios entre la nobleza. Sus rasgos podían ser identificados y localizados en sus descendientes de Islandia, el Tíbet, la selva amazónica y otras regiones. Trabajando en pos de esta teoría, en enero de 1939 el Reichsführer Himmler organizó una Expedición Germano-Tibetana para hallar las raíces de la raza aria, la cual dirigió el naturalista, cazador y explorador de veintiséis años Ernst Schäfer.

«Himmler compartía al menos una pasión con Ernst Schäfer —escribe Christopher Hale en *La cruzada de Himmler*—, le fascinaban Oriente y sus religiones», hasta el punto de llevar un cuaderno «en el que anotaba las enseñanzas de la *Bhagavadgita* (“El Canto del Señor”) hindú. Para el insignificante hombrecillo [Himmler] que se sentaba en la tela de araña venenosa que eran las SS, Ernst Schäfer era un emisario proveniente de otro mundo mucho más misterioso y emocionante». Himmler también albergaba un odio intenso hacia el cristianismo, y puesto que la mayor parte de Polonia era devotamente católica, todos los polacos merecían ser castigados.^[2] Antonina escribió que sentía como si su mundo estuviera siendo destripado, como si se colapsara lentamente, y que para ser una *Blitzkrieg*, una guerra rápida, «había tenido muchas fases interminables». Los cupones de comida entraron en sus vidas, así como los carísimos alimentos del mercado negro. Por suerte, Antonina todavía podía cocer pan gracias a los cereales que le había comprado a su cuñada en otoño.

Cuando el invierno tocaba a su fin, Jan y ella comenzaron a recibir los primeros cargamentos de cerdos, y en marzo de 1940 se inició la actividad de la granja porcina, alimentando a los animales principalmente de sobras que donaban los restaurantes y hospitales, así como de la basura que Jan recogía del gueto. Demasiado cualificados para ese trabajo, los antiguos guardas cuidaban a los cerdos y los animales comenzaron a reproducirse. Durante el verano nacieron varios cientos de lechones que les proporcionaron carne e hicieron que Jan cumpliera su objetivo principal de utilizar el zoo como almacén de la Resistencia.

Un día de primavera, Jan llevó a casa a un lechón recién nacido cuya madre acababa de ser sacrificada, pensando que a Ryś le gustaría tener una mascota. Antonina encontró en el animal a un manojito de nervios porcino al cual resultaba difícil dar el biberón, especialmente cuando comenzó a ganar peso. Le llamaron Moryś, y cuando tenía dos semanas y media se parecía a «un cerdito de Winnie-the-Pooh... muy limpio, rosado y suave, tan lindo como un mazapán», escribió. (En Polonia, los niños suelen recibir cerditos rosas de mazapán en Semana Santa).

Moryś vivía en lo que llamaban el ático de la casa, y que verdaderamente era un armario largo y estrecho que se abría a la terraza de las habitaciones del piso de arriba. Todas las mañanas, Antonina le encontraba esperando fuera, junto a la puerta de la habitación de Ryś. Cuando se la abría, «Moryś entraba a su habitación a toda velocidad, gruñendo y tirando de la mano o del pie de Ryś hasta que éste se

despertaba y le rascaba el lomo. Entonces el cerdo se arqueaba como si fuera un gato hasta parecer la letra C, y volvía a gruñir mostrando su satisfacción» y emitiendo un sonido muy suave, una combinación entre un resoplido y una puerta que chirría.

En contadas ocasiones, Morys se arriesgaba a bajar las escaleras para desembocar en una mezcla de olores y voces, un laberinto de extrañas patas de personas y muebles. El tintineo de los cubiertos al poner la mesa le solía ahuyentar. Subía las escaleras y se detenía, «parpadeando sus mantecosos ojos azules de largas pestañas, mirándonos y escuchándonos», escribió Antonina. Si alguien le llamaba, descendía los brillantes escalones de madera cuidadosamente, sus pezuñas resbalando de vez en cuando, y daba vueltas alrededor de la mesa con la esperanza de que alguien le diese algo, aunque la verdad es que había pocas sobras.

Cada noche, después de cenar, Morys y Rys se dirigían al jardín para recoger hierba y hierbajos con el fin de dar de comer a los conejos que vivían en la antigua Casa de los Faisanes, lo cual Morys aprovechaba para hacerse con tubérculos y otros vegetales. Tal escena brillaba en la memoria de Antonina, el icono de su pequeño hijo jugando con su cerdito bajo el crepúsculo color lavanda: «Rys y Morys en una explanada verde, cautivando a todo el mundo. Observándoles, nos podíamos olvidar de los trágicos acontecimientos de la guerra durante un buen rato». Su hijo había perdido tanta infancia, tantas mascotas, incluyendo a un perro, una cría de hiena, un poni, un chimpancé y un tejón, que Antonina celebraba sus incursiones diarias con Morys al Edén de bolsillo que era ese jardín de vegetales.

Un rompecabezas de la vida diaria en la casa era el siguiente: ¿cómo se puede conservar un espíritu afectuoso, además del sentido del humor, en una sociedad enloquecida, homicida e impredecible? Los asesinos se cruzaban con ellos diariamente en el zoológico, la muerte planeaba de igual manera sobre las actividades cotidianas que sobre las de la Resistencia, y también escogía al azar a gente de la calle. La idea de seguridad se había encogido hasta alcanzar el tamaño de una partícula. Todo había cambiado de un momento para otro. Mientras tanto, el cerebro se llenaba de preocupaciones y albergaba representaciones teatrales de tragedias y triunfos porque, desgraciadamente, el miedo a la muerte hace maravillas en cuanto a centrar la mente, inspirar la creatividad y aumentar los sentidos. Confiar en las corazonadas parece un riesgo sólo si uno tiene tiempo para el parece; de lo contrario el cerebro se pone en piloto automático e intercambia el elitista don del análisis por la veloz perspicacia y los trucos instintivos que surgen en los momentos de peligro.

Capítulo 12

«¡iiiiii!Cómo puede estar sucediendo algo tan abominable en pleno siglo xx!!!!!!», se preguntaba Antonina con seis signos de exclamación ni más ni menos. «No hace tanto despreciábamos la brutalidad de las épocas oscuras; sin embargo, éstas han regresado con todo su vigor. Se trata de un sadismo sin leyes que los encantos de la religión y de la civilización no han podido frenar». Sentada en la mesa de la cocina preparaba pequeños paquetes de comida para sus amigos del gueto, agradecida porque nadie hubiese revisado la ropa o los cubos de Jan cuando hacía sus rondas para recoger las sobras para la granja porcina de Weimar. No cabe duda de que le resultaba graciosa la ironía de llevar comida de la granja porcina para el gueto. No le hacía mucha gracia ofrecer cerdo, un alimento tabú, a los judíos, pero hacía tiempo que se había prescindido de las leyes dietéticas y todo el mundo agradecía las proteínas, un bien escaso a ambos lados del muro.

Al principio, ni los judíos ni los polacos comprendían la verdadera magnitud de las leyes racistas ni creían los espeluznantes rumores de redadas y asesinatos de judíos.

«Mientras no fuésemos testigos de esos sucesos o los viviésemos en nuestras propias carnes —recordaba posteriormente Antonina—, podíamos rechazarlos como si estuvieran ocurriendo en otro mundo, como si no fuesen ciertos, tan sólo un rumor cruel o tal vez una broma de mal gusto. Incluso cuando el Departamento de Pureza Racial abrió un censo detallado de la población judía de la ciudad, parecía razonable atribuir tal locura al conocido talento alemán para ser sistemáticos y bien organizados», el súmmum de los burócratas. Sin embargo, los alemanes, los polacos y los judíos guardaban colas diferentes para recibir pan, y el racionamiento diario se calculaba hasta la última caloría: los alemanes recibían 2613, los polacos 669 y los judíos tan sólo 184. Por si alguien aún no lo había comprendido, el gobernador alemán Frank declaró: «Lo único que le pido a los judíos es que desaparezcan». «¡Verboten!» se volvió una nueva orden muy familiar. La gritaban los soldados y aparecía impresa junto a un dedo que se meneaba sobre un signo de exclamación en posters y periódicos antisemitas como el Der Stürmer. El desconocimiento de esas tres sílabas era castigado con la muerte. Al ser casi ladrada, la palabra pasó de ser fricativa a implosiva, de decirse mostrando sutilmente el desagrado a ir acompañada de sapos y culebras.

Día a día iban aumentando las amonestaciones y humillaciones. A los judíos se les prohibió entrar en restaurantes, parques, baños públicos e incluso sentarse en los bancos de la ciudad. Iban marcados con una estrella de David azul estampada sobre un brazalete blanco. No se les permitía utilizar ni los trenes ni los tranvías. Eran estigmatizados públicamente, golpeados, denigrados, vejados sexualmente y asesinados. Los decretos prohibían que los músicos judíos tocasen o cantasen

melodías creadas por compositores que no eran judíos, los abogados judíos fueron expulsados, los funcionarios judíos despedidos sin aviso previo ni pensión, los profesores judíos y los agentes de viaje apartados de sus cargos. Los matrimonios o las relaciones entre judíos y arios eran ilegales, los judíos tenían prohibido crear arte o asistir a cualquier evento cultural, los médicos judíos fueron forzados a abandonar sus prácticas (excepto algunos que trabajaban en el gueto). Se rebautizaron las calles cuyos nombres previos sonaban a hebreo, y los judíos con nombres arios tenían que sustituirlos por «Israel» o «Sara». Las licencias matrimoniales expedidas a los polacos requerían un certificado de «idoneidad para casarse». Los judíos no podían contratar criados arios. Las vacas no podían ser inseminadas por toros pertenecientes a judíos y a los judíos no se les permitía criar palomas migratorias. Multitud de libros infantiles, como por ejemplo La seta venenosa, promovían la ideología nazi mediante caricaturas antisemitas.

Por pura diversión, los soldados introducían a los judíos ortodoxos en barriles y les cortaban sus barbas religiosas, o bien se mofaban de los ancianos y ancianas, a veces ordenándoles que bailasen si no querían ser disparados. Existe material de vídeo de archivo que muestra a dos extraños bailando juntos un vals en la calle, cogiéndose torpemente con una expresión de terror en el rostro mientras los soldados nazis aplauden y se ríen. Cualquier judío que pasase delante de un alemán sin hacer una reverencia y quitarse el sombrero merecía una paliza salvaje. Los nazis se incautaban de todo el dinero en efectivo así como de los ahorros, y robaban muebles, joyas, libros, pianos, juguetes, ropa, medicamentos, radios o cualquier otra cosa de valor. Más de 100 000 personas, arrancadas de sus hogares, soportaron días y más días de trabajo físico no remunerado, y a las mujeres judías, para más humillación, se les obligaba a utilizar su ropa interior como trapo para limpiar suelos y retretes.

Entonces, el 12 de octubre de 1940, los nazis sacaron a todos los judíos de Varsovia de sus casas y los llevaron a un barrio del norte de la ciudad, convenientemente situado entre la principal estación de trenes, Saxon Garden, y la terminal ferroviaria de Gdansk. Los soldados rodeaban un edificio y le daban a la gente media hora para desalojar sus apartamentos, dejando atrás prácticamente todas sus pertenencias salvo unos cuantos efectos personales. Junto con los judíos del campo que también fueron realojados allí, el decreto recluyó a 400 000 personas en un espacio que consistía tan sólo en el 5% de la ciudad, de trescientas a cuatrocientas manzanas, una zona equivalente aproximadamente a Central Park, cuyos sonidos en sí mismos, descritos por uno de los residentes como un «clamor tenso y constante»,^[1] podían hacerte perder el juicio. La aglomeración de 27 000 apartamentos, donde una media de quince personas compartía dos pequeñas habitaciones y media, servía al propósito nazi de desgastar el espíritu, debilitar, humillar y minar la resistencia.

Los guetos judíos habían florecido por toda Europa a lo largo de la historia. Sin importar lo remotos o despreciados que estuviesen, solían ser vitales y porosos, permitiendo a los viajeros y a los comerciantes, así como a la cultura, fluir en ambas

direcciones. El gueto de Varsovia era drásticamente distinto, pues, como recuerda Michael Mazor, un superviviente del mismo: «En Varsovia el gueto sencillamente era una forma organizada de morir, un “pequeño cofre de la muerte”. (Todeskätschen), como lo denominó uno de los centinelas alemanes apostados en la valla [...] una ciudad que los alemanes consideraban un cementerio.»^[2] Sólo las personas astutas y brillantes sobrevivieron, y nadie salía de casa sin comprobar primero el pronóstico de peligro. Los peatones se informaban unos a otros cuando se encontraban por la calle, y «la mera mención de una amenaza, el más mínimo gesto, podía provocar que varios miles de nosotros volviéramos adentro, dejando la calle vacía y desolada».^[3] No obstante, el débil tumulto de la vida seguía floreciendo en el gueto, de la forma y en el lugar en que podía hacerlo. Norman Davies nos brinda la siguiente instantánea de las vibrantes características del gueto primitivo: «Durante dos o tres años, estuvo abarrotado de transeúntes que tiraban de cochecitos o conducían sus propios tranvías adornados con una estrella de David azul. Había cafés y restaurantes, un local de “Sopas para Escritores” y sitios de entretenimiento. El Fotoplastikon del número 27 de la calle Leszno ofrecía una popular perspectiva del mundo exterior mediante fotografías de tierras exóticas como Egipto, China o California. Un payaso de roja nariz situado en la acera engatusaba a la gente para que comprara una entrada por 6 groszy. En el número 2 de la calle Leszno, la Cafetería de las Artes representaba un *cabaret* diario además de multitud de conciertos de cantantes como Vera G. o Marysdha A., el “Rruiseñor del Gueto”, o músicos de la calidad de Ladislav S. y Arthur G. En el número 35 de la calle Leszno, el teatro Femina organizaba ambiciosas producciones con un amplio repertorio polaco que incluía la revista Princesa de las Czardas y una comedia que se titulaba muy apropiadamente El amor busca apartamento. Todo ello era una forma desesperada de escapismo. Como alguien comentó, “el humor es la única manera de defenderse en el gueto”». Muchas de las calles más conocidas del gueto se traducen con términos paradisíacos o aventureros: calle Jardín, calle del Pavo Real, calle del Frescor, calle Salvaje, calle del Nuevo Tilo, calle del Dragón, calle de la Sal, calle del Ganso, calle de la Valentía, calle Cálida, calle de la Cordialidad, calle Placentera.

Al principio, cuando el gueto era poroso, los amigos judíos de los Żabiński lo consideraban una colonia de leprosos temporal, o bien pensaban que el régimen de Hitler se hundiría pronto y prevalecería la justicia, que resistirían las penurias o que la «solución final» pasaría por expulsar a los judíos de Alemania y Polonia, pero nunca por su exterminio.

Escogiendo el futuro desconocido sobre el presente violento, la mayor parte de los judíos acataron las órdenes de mudarse, aunque algunos, yendo a contracorriente, optaron por una vida arriesgada escondiéndose en la parte aria de la ciudad. Según Antonina, un deprimente tema de conversación entre sus amigos de raza mixta, o los que se habían casado y un miembro de la pareja era judío, eran las leyes racistas de Núremberg promulgadas el 15 de septiembre de 1935, las cuales estipulaban cuánta

sangre judía podías tener sin estar contaminado. El famoso explorador de la Ruta de la Seda y apologista nazi Sven Hedin, quien estuvo a la vera de Hitler sobre el podio de las Olimpiadas de 1936, fue exento de tales leyes a pesar de que su bisabuelo había sido rabino, hecho que seguro que el círculo más íntimo de Hitler conocía.

Aunque poca gente anticipó que las leyes racistas serían un asunto de vida o muerte, algunos se convirtieron rápidamente al cristianismo y otros compraron documentos falsos. Adam y Wanda Englert, amigos de Jan y Antonina, organizaron un divorcio falso seguido de un no-suceso conocido como «la desaparición de Wanda» por temor a que se descubriese que ésta tenía sangre judía. Pero antes de que Wanda se evaporase, decidió celebrar una fiesta de despedida para su familia y amigos cercanos en una antigua armería del centro, para lo cual escogió el solsticio de verano.

Para esta sagrada víspera, la armería habría sido decorada con toda probabilidad con ramitas de artemisa, una planta larga de la familia de las compuestas que tiene el tallo purpúreo, hojas de un gris verdoso y florecillas amarillas. Esta hierba medicinal tan antigua se utilizaba para romper hechizos y ahuyentar a los brujos y brujas, especialmente en la víspera del solsticio de verano, día asociado a san Juan (según la leyenda, san Juan fue decapitado y su cabeza cayó sobre un lecho de artemisas). Los supersticiosos granjeros polacos colgaban ramas de la planta debajo de los aleros de los establos para evitar que las brujas ordeñasen a las vacas durante la noche, las muchachas varsovianas llevaban guirnaldas de artemisas en sus cabellos y las amas de casa ataban ramitas a las puertas y los alféizares para echar al diablo. Durante la ocupación por quienes eran considerados verdaderos diablos, una fiesta celebrada en la víspera del solsticio de verano no podía haber sido una casualidad.

El 22 de junio, Jan y Antonina se pusieron en camino hacia la fiesta. Habían decidido cruzar el puente de Kierbedz, un paseo agradable tanto a pie como en tranvía cuando hacía buen tiempo. En viejas fotografías, los apuntalamientos de metal que cerraban el puente se asemejan a una fila de grapas, y su tejido de esterilla esterce la carretera con pequeños recuadros de sol. Ese tipo de puentes tocan una melodía disonante cuando el viento pasa por ellos a diferente velocidad y vibran con el zumbido de las notas graves producidas por los elefantes, que pueden hablar y escuchar aquello que es subsónico, hecho que perciben los guardas de zoológico si están junto a los elefantes cuando estos hablan unos con otros.

Jan y Antonina solían tomar un atajo a través del parque Praski, oasis urbano que antaño llegaba a los 300 000 m² de fortificaciones napoleónicas. En 1927, el nuevo zoo absorbió la mitad del parque, conservando la mayor parte de sus viejos árboles, por lo que la gente que llegaba en tranvía primero pasaba bajo las pérgolas para posteriormente encontrarse con un zoo que se revelaba a sí mismo al auspicio del mismo tipo de acacias de tres púas, arces sicómoros, culantrillos y castaños dulces, los cuales hacían las veces de anticipo de lo que estaba por venir. Pero aquella tarde, al darse cuenta de que no les quedaban cigarrillos, Jan y Antonina tomaron un camino

más largo por la calle Lukasinski, que bordeaba el parque y desembocaba en una tiendecita inundada por el fuerte aroma del tabaco polaco. Justo cuando salían del local encendiéndose un cigarrillo, un estruendo enorme les arrojó contra una cerca y les vino encima una lluvia de piedras que atravesaba una nube arenosa. Al momento, el aire se cuajó y se tornó de color negro. Un segundo después oyeron el motor de un avión y vieron cómo se formaba en el cielo una estrecha línea rosa. Sus labios se movieron sin articular ningún sonido mientras, tambaleándose, se ponían en pie, ensordecidos y confundidos por la explosión. Luego, cuando las sirenas aullaron como si fueran lobos anunciando el fin de la alerta, se dieron cuenta de que el avión no formaba parte de ningún escuadrón, sino que se trataba de un bombardero solitario que intentaba destruir el puente de Kierbedz. Este permanecía intacto, lo mismo que el parque Praski. No obstante, de un tranvía destrozado se alzaban ráfagas de humo negro.

—Podríamos haber estado allí si hubiésemos tomado el atajo —dijo Jan, furioso.

Antonina se llevó otro susto cuando se dio cuenta de la hora que era.

—¡Pero ése es el tranvía que toma Ryś para volver de la escuela!

Corrieron por la calle a toda velocidad, dirigiéndose a un tranvía que echaba chispas, apartado de su vía y tendido delante de una iglesia católica como si fuera un mamut humeante, con el metal completamente destruido y los cables arrancados. Aproximadamente cincuenta cadáveres yacían dentro y fuera del vehículo. «Con lágrimas en los ojos, busqué la cara de Ryś entre los rostros de los muertos», recordaba Antonina. Se abrieron camino entre el humo y los escombros calientes para encontrar a su hijo, pero no dieron con él, por lo que se dirigieron apresuradamente al colegio, donde les dijeron que los niños ya se habían marchado. Lo siguiente que hicieron fue volver corriendo al zoo, pasando de nuevo por el tranvía y la muchedumbre que se había formado en torno a él, por el parque Praski y frente a las jaulas. Subieron las escaleras veloces como un rayo, entraron rápidamente en la cocina e inspeccionaron toda la casa llamando a gritos a Ryś.

—No está aquí —dijo finalmente Jan, cayendo derrotado sobre una silla. Al cabo de un rato, le oyeron entrar por la puerta de atrás.

—Siéntate —le dijo Jan con calmada severidad mientras conducía a Ryś a una silla—. ¿Dónde has estado, niño malo? ¿Te has olvidado de que volver a casa inmediatamente después del colegio es tu mayor responsabilidad?

Ryś les explicó que las clases acababan de terminar cuando estalló la bomba. Un desconocido que se preocupó por ellos, llevó a los niños a su casa hasta que sonó la sirena del fin de la alerta.

Ni que decir tiene que Antonina y Jan se perdieron la fiesta de Wanda, pero no su compañía, porque poco tiempo después, tal y como estaba planeado, «desapareció» dentro del zoo, disfrazada de tutora no judía de Ryś.

Capítulo 13

Jan y Antonina encontraban el racismo nazi inexplicable y diabólico, un hecho que repugnaba su alma. Aunque ya estaban ayudando a sus amigos en el interior del gueto, se comprometieron, a pesar del peligro que ello comportaba, a ayudar a más judíos que habían sido importantes en la infancia de Jan.

«Tenía una deuda moral con los judíos —le comentó Jan a un reportero—. Mi padre era un ateo acérrimo, por lo que, en 1905, me matriculó en la escuela Kretshmort, que en aquella época era el único colegio de Varsovia donde el estudio de la religión cristiana no era un requisito. Mi madre se opuso mucho, porque ella era una católica muy devota. El ochenta por ciento de mis compañeros eran judíos, y allí cultivé la amistad de personas que posteriormente se distinguieron tanto en las ciencias como en las artes... Cuando me gradué del instituto, comencé a ejercer la enseñanza en la escuela Roziker», también de mayoría judía. Debido a esto, intimó con gran cantidad de intelectuales judíos. Muchos de estos compinches vivían detrás de los muros del gueto. Aunque Jan no hablaba mucho de su padre públicamente, le contó a un periodista que había estudiado zoología «para fastidiar a mi padre, a quien no le gustaban los animales ni permitía que estuviesen dentro de casa, salvo las polillas y las moscas, que entraban sin su permiso».

Padre e hijo tenían más en común cuando se trataba de lealtad hacia sus amigos judíos:

Tanto mi padre como yo crecimos en un vecindario judío. Él era abogado, y aunque se casó con una mujer de familia adinerada —la hija de un terrateniente— alcanzó el estatus de burgués por sí mismo. Fue simple casualidad que nos criásemos en este barrio judío pobre de Varsovia. De niño, mi padre solía jugar con los pequeños judíos de su calle, considerándolos sus iguales. Eso influyó en mis propias ideas.

El zoo no era el lugar ideal donde esconder refugiados. La casa estaba al lado de la calle Ratuszowa, tan expuesta como un faro rodeado por jaulas y hábitats en lugar de por mar. A menos de quinientos metros, en mitad del zoológico, se encontraban las casas de los empleados así como los edificios administrativos. La casa estaba circundada por terreno sin edificar, en su mayor parte un parque con pequeñas parcelas ajardinadas; las vías ferroviarias en dirección al sur circulaban paralelas al río Vístula, justo al otro lado de la verja del zoo, y al norte había una zona militar compuesta de pequeños edificios de madera celosamente custodiados por soldados alemanes. Tras la rendición de Varsovia, los alemanes habían construido un almacén para las armas confiscadas al ejército polaco sobre la isla de los leones que se encontraba en medio del zoo. También había soldados alemanes que solían visitar el zoológico para recibir una dosis de naturaleza y silencio. Nadie podía predecir cuántos aparecerían, ni cuándo, ya que no parecían preferir un momento del día a

otro. Pero llegaban con el estado de ánimo de quien está fuera de servicio, no para patrullar, y en cualquier caso, la parte menos bombardeada del parque Praski ofrecía lugares más atractivos por donde pasear.

Sorprendentemente, Antonina nunca cayó en la cuenta de uno de los secretos de Jan: con ayuda de éste, la Guardia Popular mantenía un depósito de munición en el zoo, enterrado junto al foso del recinto de los elefantes. (Tras la guerra se encontró allí una pequeña habitación prefabricada). Jan sabía que se arriesgaba, que estaba siendo incluso temerario al enterrar armamento en medio del zoo, a pocos pasos de un almacén militar alemán, pero ¿para qué iba a decírselo a su mujer? Le preocupaba que, aterrorizada, ella insistiese en que la seguridad de su familia era lo primero. Por fortuna, tal y como Jan pensó, a los alemanes nunca se les pasó por la cabeza que un polaco pudiera ser tan osado, ya que consideraban a los eslavos una raza pusilánime y estúpida, tan sólo apta para el trabajo físico.

«Conociendo la mentalidad alemana —razonó—, nunca se imaginarían que pudiese haber ningún tipo de actividad de la Resistencia en un lugar tan a la vista de todo el mundo». Jan siempre recibió los elogios con modestia y minimizó su valentía, haciendo comentarios como por ejemplo: «No entiendo a qué viene todo este alboroto. Si cualquier criatura está en peligro, la salvas, sea humana o animal». De las entrevistas, de sus propios escritos y de los relatos de Antonina, podemos adivinar a un hombre reservado por naturaleza, y sin embargo sociable, muy disciplinado, estricto consigo mismo y con su familia, el tipo de persona que diríamos que tiene «sangre fría», dotado con la capacidad de esconder sus hazañas y sentimientos, alguien con una enorme *hart ducha* (fuerza de voluntad o de espíritu). En la Resistencia polaca, en la cual diariamente tenían lugar acrobáticas y audaces proezas, Jan había sido bautizado con el nombre en clave de Francisco, en honor a Francisco de Asís, santo patrón de los animales, y era conocido por su valentía, su sangre fría y su forma de arriesgarse. Su elección de esconder las armas y los judíos a la vista, en el corazón de un campamento nazi, demostró ser una estrategia psicológica genial, pero creo que también saboreó un triunfo personal, una burla solitaria. Con todo, si le hubiesen descubierto habría significado la muerte sin piedad y allí mismo de toda su familia y de él mismo, y quién sabe de cuántos más. Al crear un hogar en la mitad del camino, «una parada para aquellos que escapaban del gueto hasta que se decidiesen sus destinos y se trasladasen a nuevos escondites», Jan descubrió que el hecho de ser ateo no le protegía de un inmenso sentido de la fe ni tampoco de su propio destino.

Capítulo 14

En el verano de 1940, una llamada telefónica, una nota o un susurro alertaba a los Żabiński de que llegarían «Invitados» secretos enviados por la Resistencia. Los judíos que se escondían o que iban de paso eran nómadas, no se asentaban allí sino que permanecían sólo por un tiempo para descansar y recobrar las fuerzas antes de proseguir hacia sus destinos sin nombre. Los judíos que hablaban alemán y tenían aspecto ario recibían documentos de identidad falsos y se marchaban prácticamente sin problemas, mientras que aquellos que eran fácilmente reconocibles pasaban años en el zoo, algunos en la casa y alrededor de cincuenta de ellos en jaulas vacías. Muchos Invitados, como Wanda Englert, eran amigos o conocidos de toda la vida, y Antonina les consideraba parte de la familia. Esconderlos suponía un problema, pero ¿quién mejor que unos guardas de zoológico para idear el camuflaje adecuado?

En libertad, los animales heredan inteligentes trucos para confundirse con su entorno. Por ejemplo, los pingüinos son de color negro por el lomo y blanco por la tripa para que los págalos que circulan cerca de donde están ellos crean que son un remolino en el océano y las focas leopardo los confundan con nubes. El mejor camuflaje para las personas es el de otras personas, por lo que los Żabiński invitaron a un montón de visitantes legales —tíos, tías, primos y amigos para diversas estancias— y establecieron una incertidumbre que se volvió cotidiana, una rutina de rostros cambiantes, cuerpos y acentos, con la madre de Jan como invitada habitual.

«Todo el mundo adoraba a la madre de Jan —escribió Antonina en sus memorias—. Era muy inteligente y perspicaz. Poseía una excelente memoria, y era educada y sensible. Su risa era franca y estaba dotada de un gran sentido del humor». No obstante, Antonina se preocupaba por ella, porque «es como una delicada flor de invernadero, y nuestro deber era protegerla de cualquier temor o dolor que pudiera dañar su espíritu o provocar una depresión».

Jan dejaba esos asuntos intangibles a Antonina, quien siempre se encargaba de los «animales difíciles» y para quien la oportunidad de entretener, impresionar y, en última instancia, rescatar a una madre seguro que le atraía de una forma visceral. Jan prefería el papel de general, espía y estratega, especialmente si esto conllevaba engañar o humillar al enemigo.

A diferencia de otros países ocupados donde esconder judíos podía llevarte a la cárcel, en Polonia dar cobijo a un judío se castigaba con la muerte inmediata del rescatador así como de sus familiares y vecinos, en un frenesí de muerte considerado una «responsabilidad colectiva». Aun así, muchos trabajadores de hospitales disfrazaban a las judías adultas como enfermeras, drogaban a los niños para silenciarles antes de introducirles en mochilas y escondían a gente debajo de los cadáveres de un coche funerario. Muchos polacos cristianos ocultaron a amigos judíos durante todo el tiempo que duró la guerra a pesar de que ello significaba comer

raciones más pequeñas y estar vigilando y fingiendo constantemente. Cualquier alimento extra que entraba en una casa, así como las siluetas desconocidas o los susurros provenientes de un sótano o de un armario, podían provocar que un vecino que estuviera de visita lo notificase a la policía o pasase el dato a los chantajistas de la ciudad. Los huidos pasaban años en la oscuridad, apenas capaces de moverse, y cuando por fin salían y desdoblaban sus miembros, sus débiles músculos fallaban y tenían que ser transportados como los muñecos de un ventrílocuo.

El zoo no siempre era la primera parada de los Invitados, especialmente de los que se escapaban del gueto, pues éstos solían pasar una noche o dos en el centro de la ciudad con Ewa Brzuska, una mujer de corta estatura, rubicunda y de rostro anguloso, que tenía más de sesenta años y a quien todo el mundo llamaba «Babcia». (Abuelita). Poseía una pequeña tienda de ultramarinos (cinco metros por un metro) en la calle Sądziowske, la cual sobresalía a la acera en la que Ewa disponía los barriles de chucrut y pepinillos junto a cestas de tomates y verduras. Los vecinos se juntaban allí para comprar y socializar, a pesar de que el taller de reparaciones de coches militares alemanes estaba justo al otro lado de la calle. Cada día llevaban allí a un grupo de hombres judíos provenientes del gueto a trabajar en los coches. Abuelita enviaba sus cartas en secreto o vigilaba mientras hablaban con miembros de su familia. Los jóvenes contrabandistas del gueto se escondían detrás de sus altos sacos de patatas. En 1942, sus habitaciones traseras se convirtieron en la sede de una célula de la Resistencia. Guardaba carnets de identidad, copias de certificados de nacimiento, dinero y cupones para pan bajo los barriles de pepinos y chucrut en vinagre. También apilaba publicaciones subversivas en el almacén y con frecuencia escondía durante una noche a los judíos que huían, muchos de ellos seguro que se dirigían al zoológico.

Antonina no solía saber cuándo iban a llegar Invitados ni de dónde provenían; Jan era el que conspiraba y servía de enlace con la Resistencia. De este modo, nadie que se escondiera en la casa conocía del todo sus actividades en la Resistencia. No sabían, por ejemplo, lo que se escondía dentro de las cajas de Nestlé o de Ovaltine que aparecían de vez en cuando sobre el estante que había encima del radiador de la cocina.

Antonina contó que un día Jan dijo con indiferencia:

—He guardado unos cuantos muelles pequeños para mis instrumentos de investigación en esta caja. Por favor, no los toquéis ni los cambiéis de sitio. Los puedo necesitar en cualquier momento.

Nadie se inmutó. Jan siempre había acumulado pequeños objetos de metal que iba encontrando —tornillos, arandelas y otros cachivaches—, aunque los solía almacenar en su taller. Quienes le conocían encontraban que su afición era pintoresca, el pasatiempo de un adicto a la ferretería. Ni siquiera Antonina se dio cuenta de que estaba recopilando mechas para construir bombas.

Cuando un joven investigador del Instituto Zoológico llegó con un barril enorme

de fertilizante, Jan lo guardó en el hospital de animales que había junto a la casa, y de vez en cuando mencionaba casualmente que esta persona o esta otra podrían venir a recoger un poco de fertilizante para sus jardines. Sólo después de la guerra supo Antonina que el barril realmente contenía C13F, un explosivo soluble en agua, y que Jan era el jefe de una célula de la Resistencia especializada en sabotear trenes alemanes introduciendo explosivos en los rodamientos para que la pólvora se encendiese cuando el tren se pusiera en marcha. (Durante un mes del año 1943, descarrilaron diecisiete trenes y dañaron cien locomotoras). Ella desconocía que durante la guerra su marido también había infectado a algunos de los cerdos con lombrices, los había sacrificado y había dado a su carne la forma de albóndigas para, con la ayuda de un muchacho de dieciocho años que trabajaba en una cantina del ejército alemán, introducirlas en los bocadillos de los soldados.

Jan también ayudó a construir búnkeres, guaridas vitales para la Resistencia. En la Polonia de la guerra, la palabra «bunker» no evocaba una simple trinchera, como sucede hoy, sino un refugio húmedo bajo tierra con conductos de ventilación y respiraderos camuflados, generalmente situados al fondo de un jardín o de un parque público. El búnker de Emanuel Ringelblum en el número 81 de la calle Grójecka, bajo el invernadero de un horticultor, medía nueve metros cuadrados y albergaba a treinta y ocho personas en catorce camas. Una de sus compañeras de búnker, Orna Jagur, quien, a diferencia de Ringelblum, dejó el búnker antes de que fuese descubierto en 1944, recuerda el momento en que inhaló por primera vez la vida del búnker:

Una oleada de aire mal ventilado me golpeó. De allí abajo llegaba un hedor causado por la mezcla de moho, sudor, ropa podrida y restos de comida...

Algunos de los habitantes del refugio estaban tumbados sobre sus camastros, sumergidos en la oscuridad. El resto estaban sentados en las mesas. Debido al calor, los hombres iban medio desnudos, tan sólo llevaban puestos los pantalones de pijama. Sus rostros estaban pálidos, agotados. Sus ojos mostraban miedo e intranquilidad, sus voces eran nerviosas y tensas.

Ese se consideraba un búnker bien construido cuidado por una familia cariñosa que proporcionaba comida decente y un escondite magnífico.

En comparación, la vida en el zoo parecía cómoda y bucólica, y la gente de la Resistencia se refería a ella con el código secreto de «La Casa de la Buena Estrella», más un gabinete de curiosidades que una casa, donde los afortunados lograban pasar desapercibidos entre el batiburrillo de personas excéntricas y animales. A los visitantes urbanos les complacía ese hogar futurista rodeado de un gran parque que ofrecía aproximadamente 160 000 m² de naturaleza donde podían olvidar la guerra y fingir que estaban de vacaciones en el campo. Puesto que el paraíso sólo existe por comparación, los Invitados que llegaban huyendo del gueto consideraban la vida en el zoo un pequeño Edén, completo con un jardín, animales y una panadera (origen

etimológico de la palabra «paraíso») maternal.

Cuando anochecía, los Żabiński cubrían las ventanas con papel negro siguiendo órdenes oficiales, pero durante el día la casa de dos pisos, supuestamente para una sola familia, vibraba como una colmena detrás de los cristales. Todos los residentes legales se encontraban a bordo —el ama de llaves, la niñera, la profesora, la familia política, los amigos, las mascotas—, por lo que las diversas siluetas y los ruidos extraños parecían estar dentro de la normalidad. Sorprendentemente visible, la casa brillaba como una caja cuyo contenido estaba expuesto. Unos cuantos arbustos crecían a su alrededor. También se podían ver unos cuantos árboles ancianos y las grandes ventanas tan características de la construcción. Jan organizaba las cosas de esa manera a propósito, exponiéndose por completo y permitiendo el tráfico humano constante, ateniéndose así al axioma de que «cuanto más público era algo, menos sospechoso se consideraba».

¿Por qué había tantos ventanales? La casa exhibía el Estilo Internacional de arquitectura, una moda que ignoraba la historia, la cultura, la geología o el clima que la rodeaban. En cambio, a modo de reverencia a la era de las máquinas y al Futurismo, buscaba la simplicidad radical, sin adornos, con pulcras construcciones hechas de vidrio, acero y hormigón. Los grandes de la arquitectura —Walter Gropius, Ludwig Mies van der Rohe, Marcel Breuer, Le Corbusier y Philip Johnson— deseaban reflejar la honestidad, la franqueza y la integridad mediante la creación de edificios abiertos sin nada que ocultar. Los lemas del movimiento lo decían todo: «el adorno es un crimen», «la forma sigue a la función», «las máquinas son para la vida». Puesto que contradecía la estética nazi (la cual veneraba la arquitectura clásica), construir y vivir en una casa modernista era en sí una ofensa al nacionalsocialismo. Jan y Antonina aprovecharon por completo todo lo que el estilo implicaba: transparencia, honestidad y simplicidad.

Ese fluir de gente que aparecía y desaparecía, anónima e inesperada, probaba lo difícil que era reconocer a los Invitados, e incluso más difícil aún saber quiénes no estaban allí o cuándo se habían marchado. No obstante, esta inocencia codificada implicaba vivir al límite, descifrando cada ruido y siguiéndole la pista a cada sombra. ¿Encajaba un sonido con la cambiante armonía de la vida en la casa? Era inevitable que reinase allí una paranoia vital como única respuesta cuerda posible al peligro perpetuo, mientras sus habitantes llegaban a dominar el perpetuo arte del sigilo: ponerse de puntillas, quedarse inmóvil, camuflarse, distraer, fingir. Algunos Invitados se escondían mientras otros salían, saliendo sólo cuando todo estaba oscuro para vagar por la casa con libertad.

Tanta gente también significaba más trabajo para Antonina, que ya de por sí tenía una gran familia que cuidar: debía supervisar al ganado, las aves de corral y los conejos; cercar el concurrido jardín donde había tomates y judías verdes; cocer pan diariamente y guardar en tarros las conservas, los encurtidos y las compotas.

Los polacos se estaban acostumbrando a los inesperados temores de la ocupación,

a la calma de un momento concreto sucedida por un sobresalto. La guerra había alterado su metabolismo, especialmente el nivel de atención. Cada mañana se despertaban en la oscuridad sin saber qué destino les depararía el día: quizá sería trágico, tal vez acabarían arrestados. ¿Sería ella una de esas personas, se preguntaba Antonina, que desaparecían porque daba la casualidad de que estaban en un tranvía o dentro de una iglesia que escogieron al azar los alemanes, sellando las salidas y asesinando a todo el mundo que estaba dentro como venganza por cualquier insulto real o imaginario?

Aunque las tareas de la casa fueran rutinarias y repetitivas, brindaban cierta calma que se encarnaba en esos movimientos familiares, inofensivos y automáticos. La vigilancia constante se había vuelto agotadora, los sentidos nunca estaban relajados del todo, los vigilantes del cerebro seguían patrullando las posibilidades, buscando entre las sombras, agudizando el oído ante el peligro, hasta que la mente se convertía en su propia penitente y prisionera. En un país condenado a pena de muerte, con señales estacionales que eran como la luz de la mañana o como las constelaciones que se escondían tras las contraventanas, el tiempo cambiaba su forma y perdía parte de su elasticidad. Antonina escribió que sus días se tornaban aún más efímeros y «frágiles, como burbujas de jabón que se rompen».

Al poco tiempo, Finlandia y Rumania se pusieron del lado de Alemania, y Yugoslavia y Grecia se rindieron. El ataque alemán sobre su antiguo aliado, la Unión Soviética, provocó una serie de rumores y predicciones. Antonina encontró la Batalla de Leningrado especialmente deprimente, ya que había albergado la esperanza de que la guerra estuviese llegando a su fin, no intensificándose de nuevo. En ocasiones escuchaba que Berlín había sido bombardeado, que una brigada de los Cárpatos había aplastado a los alemanes, que el ejército alemán se había rendido, pero la mayor parte del tiempo Jan y ella seguían el conflicto a través de los diarios, semanarios y hojas informativas que se imprimieron a lo largo de toda la guerra para mantener informados a los partidarios. Los editores también enviaban copias a los cuarteles generales de la Gestapo «para facilitar vuestra investigación [y] haceros saber lo que pensamos de vosotros...».^[1] Con frecuencia, los soldados alemanes iban al zoo a disparar a las bandadas de cuervos que cubrían el cielo como la ceniza antes de posarse sobre los árboles. Cuando se marchaban, Antonina salía y recogía los cadáveres, los limpiaba y los cocinaba, haciendo un paté que se suponía que era de faisán, un manjar polaco. En una ocasión, cuando unas mujeres alabaron las deliciosas conservas, Antonina se rió para sí: «¿Por qué voy a estropearles el apetito con tonterías como su identificación zoológica?». El clima emocional de la casa era extremo. Las rachas de relajación iban seguidas de oleadas de ansiedad a medida que iban combinando las amenidades pastorales con las noticias deprimentes. Cuando la vida brillaba gracias a las conversaciones o a la música del piano, Antonina se evadía de la guerra por un rato e incluso disfrutaba, especialmente en las mañanas de niebla en las que el centro de la ciudad se desvanecía y podía imaginarse que se encontraba

en otro país o en otra época. Antonina escribió en su diario que se sentía agradecida por todo eso, ya que la vida en la tienda de pantallas para lámparas de la calle Kapucynska siempre había tenido un manto de tristeza.

Frecuentemente pasaban por allí miembros de la Resistencia, y a veces había chicos y chicas de los Exploradores que rondaban desde los doce hasta los diecisiete años. Importantes antes de la guerra, los grupos juveniles fueron prohibidos durante la ocupación nazi, pero bajo la protección de la Guardia Popular, ayudaban a la Resistencia como soldados, mensajeros, trabajadores sociales, bomberos, conductores de ambulancias y saboteadores. Los exploradores más jóvenes llevaban a cabo sabotajes menores como por ejemplo garabatear en las paredes «¡Polonia vencerá!» o «¡Hitler es un perrero!» (el título de una obra de teatro dedicada al dictador), una ofensa por la que podían ser disparados. También se convirtieron en portadores secretos de cartas, mientras que los más mayores llegaron a asesinar a oficiales nazis y a rescatar a prisioneros de la Gestapo. Todos ayudaban en el zoo partiendo madera, transportando carbón y manteniendo el fuego en la caldera. Algunos llevaban patatas y otros vegetales a los escondites de la Resistencia utilizando carros tirados por bicicletas, un vehículo muy popular durante la ocupación, cuando desaparecieron los taxis y todos los coches pasaron a manos de los alemanes.

Resultaba inevitable que Ryś escuchase a los exploradores susurrando apasionantes secretos. Encontraba frustrante no poder unirse a ellos cuando el resto de la gente tenía tareas emocionantes y misteriosas que hacer. Casi desde que había nacido, le habían educado en un ambiente plagado de peligros que eran reales, no un juego ni una historia. Se le advirtió que no dijese palabra de los Invitados a nadie, nunca, no importaba quién fuera. Sabía que si se le escapaba, tanto él como sus padres y el resto de la gente de la casa serían asesinados. ¡Qué carga tan enorme para un niño pequeño! Tan intrigante y excitante como era su mundo, con un batiburrillo de personas excéntricas y de dramas, no se atrevía a contárselo a nadie. No es de sorprender que cada día que pasaba se volviera más ansioso y preocupado, hecho que Antonina lamentó en sus memorias, pero ¿qué podía hacer ella cuando todos los adultos estaban ansiosos y preocupados también? Resultaba inevitable que Ryś se volviese su propia y peor pesadilla. Si el nombre de un Invitado o un secreto de la Resistencia saliesen a relucir mientras estaba jugando, dispararían a su padre y a su madre, e incluso si él sobrevivía, estaría completamente solo, y sería su culpa. Como no podía fiarse de sí mismo, lo lógico para él fue evitar a los desconocidos, especialmente a los otros niños. Antonina escribió que ni siquiera intentó hacer amigos en el colegio: se apresuraba a volver a casa para jugar con el cerdo Moryś, con quien podía hablar tanto como se le antojase, puesto que nunca le traicionaría.

A Moryś le gustaba jugar a lo que llamaban «el juego de los medicas», en el que fingía asustarse por algún pequeño ruido —Ryś cerrando un libro o moviendo algo que había sobre la mesa— y se marchaba corriendo, sus pezuñas derrapando por el suelo de madera. Unos segundos más tarde, gruñía feliz junto a la silla de Ryś, listo

para volver a fingir que se asustaba y escapar rápidamente.

Aunque a Antonina le habría gustado que Ryś hubiese tenido una infancia normal, los acontecimientos ya habían oxidado esa posibilidad y la vida diaria seguía corroyéndose. Una noche, los soldados alemanes vieron a Ryś y a Moryś jugando en el jardín y se acercaron a investigar; como no tenía miedo de las personas, Moryś trotó hasta ellos para que le acariciasen. Entonces, delante de un horrorizado Ryś, arrastraron a Moryś, que chillaba, para sacrificarlo. Destrozado, Ryś lloró inconsolablemente durante días, y durante meses se negó a entrar en el jardín, ni siquiera para recoger las verduras para los conejos, pollos y pavos. Con el tiempo, se aventuró de nuevo en el mundo del jardín, pero nunca lo volvió a hacer con la misma despreocupación jubilosa.

Capítulo 15

1941

La granja porcina sobrevivió tan sólo hasta el solsticio de invierno, porque incluso en los edificios del zoo con calefacción central que antes albergaban elefantes e hipopótamos los animales necesitaban un lecho caliente. De forma perversa, o al menos ésa es la impresión que dio, el «director de los mataderos», que había fundado el zoo, se reunió amistosamente con Jan y escuchó sus peticiones, pero le negó el dinero para comprar paja.

—No tiene sentido —le dijo a Antonina después—. ¡No puedo creer su imbecilidad!

Antonina estaba sorprendida, porque con la escasez de alimentos, los cerdos eran un tesoro ambulante. Al fin y al cabo, ¿cuánto podía costar la paja?

—Lo intenté todo para hacerle cambiar de opinión —le aseguró Jan—. No lo entiendo. Siempre ha sido amigo nuestro.

—¡Es un estúpido vago y testarudo! —declaró Antonina.

A medida que las noches crujían de frío y la escarcha cubría el cristal de las ventanas, los vientos atravesaban los edificios de madera y se llevaban la vida de los lechones. A esto le siguió una epidemia de disentería que mató a casi todos los cerdos que quedaban, por lo que el director de los mataderos clausuró la granja porcina. Este hecho desesperante les privó de carne y frustró los viajes de Jan al gueto con la excusa de ir a recoger sobras. Pasaron meses antes de que conociese la verdad: el director de los mataderos se había confabulado con otro oficial de bajo rango para alquilar el zoo a una empresa alemana de plantas medicinales.

Un día de marzo, un grupo de obreros llegó al zoo con sierras y hachas y comenzó a talar árboles y a hacer trizas los parterres, los arbustos decorativos y los admirados rosales de la entrada. Los Żabiński les gritaron, rogaron, chantajearon y amenazaron, pero no sirvió de nada. Al parecer, las órdenes nazis exigían arrancar todas las plantas del zoo, ya fueran flores o malas hierbas, puesto que, al fin y al cabo, sólo eran plantas eslavas que servirían mejor como fertilizante para los saludables jardines botánicos alemanes. Es cierto que los inmigrantes intentan recrear aspectos de su país de origen (especialmente la cocina) cuando se establecen en un nuevo lugar, pero Antonina se dio cuenta de que este Lebensraum no se aplicaba tan sólo a las personas, sino también a los animales y plantas. A través de la eugenesia, los nazis pretendían borrar los genes polacos de la faz de la tierra, arrancar sus raíces, machacar sus frutos y tubérculos, reemplazar sus semillas con otras, tal y como había temido un año antes, tras la rendición de Varsovia. Quizá pensaban que los soldados superiores necesitaban alimentos superiores, lo cual la ideología nazi argumentaba que sólo podía conseguirse cultivando semillas «puras». Si el nazismo ansiaba una mitología privada, su propia botánica y biología en la que las plantas y los animales

exhibieran un linaje antiguo no contaminado por la sangre asiática o de Oriente Medio, ello implicaba empezar desde cero, reemplazando a los miles de granjeros polacos y los cultivos y ganados polacos o judíos por sus equivalentes alemanes.

Por casualidad, ese fin de semana el presidente alemán de Varsovia,^[1] Danglu Leist, un devoto de los zoológicos, llegó con su mujer e hija preguntando por el director del zoo para que les hiciese un recorrido por el parque y les ayudase a imaginarse el zoológico antes de la guerra. Mientras Jan paseaba con ellos, comparó los microclimas del Zoo de Varsovia con los de los zos de Berlín, Monheim, Hamburgo, Hagenbeck y otras ciudades, para deleite de Leist. Posteriormente, Jan les guió hacia el jardín de rosas destrozado junto a la entrada principal, donde los grandes y bellos arbustos habían sido desenterrados y yacían en pedazos como si fuesen víctimas de guerra. La mujer y la hija de Leist criticaron el desperdicio de tal belleza, lo cual avivó la furia de Leist.

—¿Qué es esto? —quiso saber.

—No he sido yo —respondió Jan calmadamente, con la mezcla justa de angustia e indignación. Les habló de la granja porcina arruinada y de la empresa de plantas medicinales alemana que estaba alquilando el zoo al director de los mataderos.

—¿Cómo has podido permitir algo así? —le preguntó Leist enfurecido.

—Es una verdadera pena —se lamentó su mujer—. ¡Me gustan tanto las rosas!

—Nadie me preguntó a mí —le dijo Jan a la mujer de Leist a modo de disculpa, sugiriendo que, si no era su culpa, tendría que ser obra de su irresponsable marido.

Ella miró a Leist con enfado, y él protestó:

—¡Yo no sabía nada de esto!

Antes de abandonar el zoológico, le ordenó a Jan que se pasase por su oficina a las diez de la mañana siguiente para reunirse con el vicepresidente polaco de Varsovia, Julian Kulski, quien sería forzado a explicar el escándalo. Cuando los tres hombres se encontraron al día siguiente, estuvo claro desde el primer momento que Kulski no sabía nada del proyecto. El presidente Leist canceló rápidamente el acuerdo de alquiler, prometió castigar a los malhechores y le pidió a Kulski consejo acerca de cómo utilizar mejor el zoológico sin dañarlo. Al contrario que Leist, Jan conocía el vínculo de Kulski con la Resistencia, y cuando éste propuso un jardín público de vegetales con parcelas individuales Jan sonrió, impresionado por un plan que servía al doble propósito de dar de comer a los vecinos por poco dinero y hacer que los nazis parecieran gobernantes compasivos. Las pequeñas parcelas no destruirían el corazón del zoológico, pero aumentarían la influencia de Kulski. Leist aprobó el proyecto y, una vez más, Jan cambió de profesión: había pasado de ser el director de un zoológico al jefe de una granja porcina y ahora era administrador de parcelas. El trabajo vinculó a Jan con el Departamento de Parques y Jardines de Varsovia, lo cual le permitía poder ir de nuevo al gueto, esta vez para inspeccionar su flora y sus jardines. La verdad es que no crecía mucha vegetación en el gueto, tan sólo unos cuantos árboles junto a la iglesia que se encontraba en la calle Leszno, y

desde luego no había ni parques ni jardines, pero él empleaba cualquier excusa para visitar a sus amigos «con el fin de levantarles el ánimo y pasarles a hurtadillas comida y noticias». En los primeros tiempos, Antonina había acompañado a veces a Jan para visitar al doctor Szymon Tenenbaum, famoso entomólogo, a su mujer Lonia, dentista, y a su hija Irena. De niños, Jan y Szymon habían asistido a la misma escuela y se hicieron amigos. A ambos les encantaba gatear por entre las piedras y buscar debajo de ellas, pues ya entonces Szymon era un gran aficionado a los insectos. El escarabajo pelotero se convirtió en su dios del sol, su especialidad y su manía. Ya adulto, viajó por el mundo y recogió insectos en su tiempo libre. Cuando publicó un estudio de cinco volúmenes acerca de los escarabajos de las islas Baleares, comenzó a formar parte de la elite de los entomólogos. Durante el año escolar, era el director de una escuela de secundaria judía, pero durante el verano recogía muchos ejemplares exóticos en Bialowieża, en la época en que había multitud de insectos y los troncos huecos podían ocultar una pequeña Pompeya. A Jan también le gustaban los escarabajos, y una vez llevó a cabo un extenso estudio acerca de las cucarachas.

Incluso recluido en el gueto, Szymon continuó escribiendo artículos y coleccionando insectos, prendiendo a sus presas con alfileres en vitrinas de madera marrón con una parte delantera de cristal. Cuando los judíos fueron forzados a ir al gueto, a Szymon le preocupó no saber cómo iba a proteger su valiosa gran colección y le preguntó a Jan si podría esconderla en su casa. Por fortuna, en 1939, cuando las SS asaltaron el zoológico y robaron alrededor de doscientos libros importantes, la mayor parte de los microscopios y otro equipamiento, de alguna manera pasaron por alto la colección de Tenenbaum de medio millón de ejemplares.

Los Żabiński y los Tenenbaum intimaron más durante la guerra, pues las catástrofes cotidianas les unieron mucho. La guerra no sólo separa a las personas, meditó Antonina en sus memorias, también puede intensificar las amistades y hacer que nazca un romance; cada apretón de manos abría una puerta o alteraba el destino. Por casualidad, debido a esta amistad con Tenenbaum, conocieron a un hombre que, sin saberlo, ayudó a consolidar el vínculo de Jan con el gueto.

Una mañana de domingo durante el verano de 1941, Antonina observó cómo una limusina se detenía junto a su casa y de ella descendía un fornido civil alemán. Antes de que el hombre pudiese llamar al timbre, ella corrió al piano y comenzó a aporrear los agudos acordes de «¡Márchate, márchate, márchate a Creta!» de *La Belle Hélène*, compuesta por Jacques Offenbach, como señal para que los Invitados se introdujesen en sus escondites y se mantuvieran en silencio. La elección de compositor que había hecho Antonina dice mucho de su personalidad y de la atmósfera que reinaba en la casa.

Jacques Hoffmann era un judío franco-alemán, el séptimo hijo del cantor^[2] Isaac Judah Eberst, quien, por algún motivo, había decidido un día adoptar el nombre de su lugar de nacimiento, Offenbach. Isaac tuvo seis hijas y dos hijos. La música formaba parte de la vida de toda la familia. Jacques demostró ser un virtuoso del violonchelo y

un compositor que tocaba en los cafés y en los salones de moda. Amante de la diversión y satírico como era, Jacques no podía resistirse a las bromas, tanto personales como musicales, y desafiar a la autoridad era su pasatiempo favorito. Le multaron tantas veces por vandalismo en el solemne Conservatorio de París que había semanas que no le pagaban. Le encantaba componer bailes populares, incluyendo un vals basado en la melodía de una sinagoga, hecho que escandalizó a su padre. En 1855 inauguró su propio teatro musical «debido a que siempre me resultaba imposible conseguir a alguien que quisiese producir mi trabajo», decía con sarcasmo, añadiendo que «la idea de una música verdaderamente feliz, alegre e ingeniosa —es decir, la idea de una música que tuviese vida— estaba poco a poco siendo olvidada».

Escribió farsas, sátiras y operetas que fueron enormemente populares, cautivaron a la elite y se cantaron por las calles de París. Se trataba de una música fresca y juguetona que se burlaba de las pretensiones, la autoridad y la idealización de lo antiguo. El mismo tenía un aspecto pintoresco con sus quevedos, sus patillas y sus ropas extravagantes. Parte de la razón de que su música enamorase a tantos es que, como observa el crítico musical Milton Cross, llegó durante «un periodo de represión política, censura y violación de las libertades personales».^[3] Mientras que «la policía secreta se entrometía en las vidas privadas de los ciudadanos [...] el teatro abogaba por la felicidad, la frivolidad y la burla irónica».

Rebosante de farsa y bellas melodías, *La Belle Hélène* es una ópera cómica ingeniosa y vivaz que cuenta la historia de la preciosa Helena, cuyo aburrido marido Menelao hace la guerra con los troyanos para vengarse del rapto de su esposa. La obra caricaturiza a los gobernantes, critica la guerra, cuestiona la moralidad y celebra el amor entre Helena y Paris, que desean desesperadamente huir a un mundo mejor. El acto primero termina cuando el Oráculo de la Pitia le dice a Menelao que debe marcharse a Grecia. Seguidamente, el coro, Helena, Paris y la mayor parte del reparto le ahuyentan cantando «¡Márchate, márchate, márchate a Creta!». Su mensaje es subversivo, ya que ridiculiza a los caciques, y la paz y el amor salen vencedores: era la señal perfecta para las Helenas y los Parises del zoo. Mejor aún, el compositor era un judío que tocaba música judía cuando esto iba contra la ley.

Jan abrió la puerta.

—¿Vive aquí el exdirector del zoológico? —preguntó el extraño.

Momentos después, entró en la casa.

—Me llamo Ziegler —se presentó. Le explicó que era el director de la Agencia de Empleo del Gueto de Varsovia, oficina que, en teoría, encontraba trabajo a los desempleados de dentro y fuera del gueto, pero que, en la práctica, organizaba grupos de trabajos forzados y deportaba a los más hábiles para explotarles en las fábricas de armamento como la acería de Krupps en Essen.^[4] Poco hacía para ayudar a las numerosas personas hambrientas, sin trabajos dignos o enfermas que había creado el régimen nazi.

—Desearía ver la extraordinaria colección de insectos, la que fue donada el

doctor Szymon Tenenbaum —anunció Ziegler. Al escuchar a Antonina tocar el piano tan enérgicamente, sonrió ampliamente y añadió—: ¡Qué atmósfera tan alegre!

Jan le guió hasta la sala de estar.

—Sí, nuestro hogar es muy musical —explicó—. Nos gusta muchísimo Offenbach.

A regañadientes, Ziegler admitió:

—Bueno, Offenbach era un compositor bastante superficial. Pero uno tiene que reconocer que, en general, los judíos son personas llenas de talento.

Jan y Antonina intercambiaron miradas ansiosas. ¿Por qué conocía Ziegler la existencia de la colección de insectos? Jan recordó posteriormente que en ese momento pensaba: «Bueno, pues parece ser que ha llegado el día del Juicio Final». Al advertir su confusión, Ziegler les tranquilizó:

—Están sorprendidos. Déjenme que les explique. El doctor Tenenbaum me autorizó a ver su colección de insectos, la cual aparentemente están custodiando en su casa.

Jan y Antonina le escuchaban con recelo. Diagnosticar el peligro se había vuelto un oficio igual que el de desactivar bombas: un temblor en la voz, un error al juzgar a alguien y el mundo explotaría.

¿Qué tramaba Ziegler? Si así lo quería, podía llevarse la colección de insectos, nadie se lo iba a impedir, así que no tenía sentido mentirle acerca de estar guardándosela a Szymon. Sabían que debían responder rápido para evitar levantar sospechas.

—Ah, sí —respondió Jan con lograda naturalidad—. El doctor Tenenbaum dejó aquí su colección antes de mudarse al gueto. Nuestro edificio es seco, ve usted, tenemos calefacción central; su colección podría fácilmente verse dañada en una habitación húmeda y fría.

Ziegler asintió con la cabeza.

—Estoy de acuerdo —dijo. Añadió que también él era entomólogo, aunque simplemente un aficionado que encontraba a los insectos infinitamente fascinantes. Así fue como conoció al doctor Tenenbaum en un primer momento; pero daba la casualidad de que Lonia Tenenbaum también era su dentista—. Veo a Tenenbaum con frecuencia —continuó con una sonrisa—. A veces vamos en mi coche a las afueras de Varsovia, donde encuentra insectos en las alcantarillas y en las zanjas. Es un científico excelente.

Llevaron a Ziegler al sótano del edificio administrativo donde estaban las cajas rectangulares y poco profundas, colocadas en vertical sobre las estanterías como si se tratara de un grupo de libros de la misma colección encuadernados en madera marrón barnizada con juntas de cola de milano, cubiertas de vidrio, pequeños pestillos de metal y un simple número en el lomo en lugar del título.

Ziegler fue extrayendo de las estanterías una caja tras otra y situándolas en la luz, donde dejaban ver los coleópteros: escarabajos verdes irisados que semejaban piedras

preciosas y que habían sido recogidos en Palestina; escarabajos tigre de color azul metálico con largas patas; escarabajos de las flores rojos y verdes procedentes de Uganda que emitían un brillo parecido al de un lazo de satén; escarabajos con manchas de leopardo de Hungría; *Pyrophorus noctiliicus*, un pequeño escarabajo marrón más luminoso que una luciérnaga, el cual brilla tanto que los nativos de Sudamérica encierran a varios en un farol para conseguir luz o bien se atan unos cuantos a los tobillos para iluminar su camino por la noche; ptílicos, los escarabajos más pequeños que se conocen, siendo sus alas simples rabitos rematados con pelos muy cortos; escarabajos Hércules color verde aceituna de veinte centímetros originarios del Amazonas (donde los nativos los llevan en collares), cada uno de ellos ostentando armas de combate tales como un cuerno gigante en forma de espada que se curva hacia delante por encima de la cabeza y un cuerno hendido más pequeño que se curva hacia arriba para juntarse con el otro; hembras de escarabajos Hércules, también gigantes pero sin cuernos, con alas adornadas y forradas de vello rojo; escarabajos peloteros egipcios como los grabados sobre las piedras de las cámaras funerarias; ciervos volantes de gran cornamenta; escarabajos con antenas largas y onduladas que rebotan sobre la cabeza como los cables de un tranvía o los lazos de un vaquero; los escarabajos tortuga con caparazón granuloso y color azul cianuro, los cuales lubrican seis mil cortas cerdas amarillas bajo sus patas para aferrarse de forma increíble a las hojas cerosas; larvas de escarabajo tortuga que llevan puestos sombreros de paja confeccionados con sus propias heces, extrudidos hebra por hebra a partir de una torrecilla anal; escarabajos *Lycidae* de Arizona con alas entre naranjas y marrones decoradas con motas negras, cuyas venas forman encajes y cruces llenas de sangre tóxica que expulsan para repeler a sus atacantes; escarabajos de molinete ovalados que son difíciles de capturar y que caminan a zancadas cerca de las orillas de los riachuelos, rezumando un desagradable líquido blanco; escarabajos *Meloidae* de un marrón brillante, conocidos como «escarabajos burbuja» o «moscas españolas», rebosantes de cantaridina, una toxina que en pequeñas dosis provoca erecciones y en dosis sólo un poco más grandes puede matar (se dice que Lucrecio murió por el veneno de la cantaridina); escarabajos del frijol mexicanos, de color marrón, que rezuman sangre alcaloide por las articulaciones de sus rodillas para disuadir a los enemigos; escarabajos con antenas coronadas por pequeños peines, protuberancias, cepillos, cascos, flequillos o cucharas para la miel; escarabajos con caras que parecen calabazas dentadas de Halloween y escarabajos fosforescentes que parecían de porcelana azul de Delft.

Cada escarabajo de los grandes monopolizaba uno de los alfileres de cabeza redonda, pero los más pequeños flotaban uno sobre otro, y a veces había tres en un mismo alfiler. Una bandera blanca en la base de cada alfiler informaba del linaje, que estaba escrito en tinta azul, con bellas mayúsculas, pequeñas pero legibles efes y des celestiales y, en conjunto, una caligrafía firme y meticulosa. Estaba claro que capturar los insectos era sólo una parte de la pasión de Tenenbaum; también disfrutaba de

horas con su microscopio, su bolígrafo, sus etiquetas, los ejemplares, las pinzas y las vitrinas confeccionadas para los cajones de un museo y las paredes de un salón, como aquellas que creaba su coetáneo, el artista surrealista Joseph Cornell. ¿Cuánto tiempo había dedicado Tenenbaum a la minuciosidad de agacharse sobre el escarabajo para colocar correctamente sus patas, antenas y partes de la boca? Al igual que Lutz Heck, Tenenbaum también participaba en safaris, regresando con escarabajos como quien vuelve con una cabeza de ciervo, pero él podía colgar más trofeos en las paredes de sus vitrinas que cualquiera en su casa de campo o en un museo. El tiempo que se debe emplear para catalogar, preparar y colgar con alfileres es sencillamente impresionante.

En un aeródromo de vidrio se encontraban filas y filas de escarabajos predadores, los cuales pueden destruir a su atacante mediante un chorro de sustancias químicas abrasivas disparadas desde un arma que se encuentra en la punta de su abdomen. Inofensivas cuando se almacenan por separado, las sustancias hipergólicas se combinan en una glándula especial para preparar una poción tan volátil como el gas nervioso. Un maestro de la defensa y del armamento, el predador gira su arma, apunta directamente al enemigo y dispara un chorro irritante y abrasivo a 40 kilómetros por hora. No lo hace de forma continua, sino en pequeños estallidos. Gracias a la mala suerte de Charles Darwin, Tenenbaum sabía que el predador disparaba chorros de líquido abrasivo (Darwin fue lo suficientemente irresponsable como para sujetar uno con su boca mientras recogía otro par de insectos). Pero su laboratorio químico secreto fue descubierto mucho tiempo después de la guerra por Thomas Eisner, hijo de un químico (a quien Hitler había ordenado extraer oro del agua del mar) y de una mujer judía que pintaba lienzos expresionistas. La familia huyó a España, a Uruguay y finalmente a Estados Unidos, donde Thomas se convirtió en entomólogo y descubrió que el surtidor del predador guardaba un extraño parecido con el sistema de propulsión que Wernher Von Braun y Walter Dornberger crearon para las 29 000 bombas voladoras V-1 alemanas en Peenemünde. Los escarabajos predadores disparan sigilosamente, pero los reactores de las V-1, volando a 3000 pies, zumbaban lo suficientemente alto para aterrorizar a los habitantes de la ciudad cuando volaban a casi 600 kilómetros por hora. Sólo cuando el zumbido revelador se detenía sabían que había llegado la muerte, porque en el momento en que un cohete alcanzaba su objetivo, el motor se detenía repentinamente, y tras un silencio lleno de suspense, una cabeza de 850 kilos caía en picado sobre la tierra. Los británicos las apodaron «larvas de escarabajo», volviendo así al armamento del escarabajo predador.

El rostro maravillado de Ziegler cuando examinaba cada una de las vitrinas acabó con cualquier sospecha que Antonina pudiera tener acerca de sus intenciones, porque «cuando vio los bellos escarabajos y las mariposas, se olvidó del mundo».^[5] Tras moverse de hilera en hilera acariciando con la vista a algunos de los ejemplares y examinando armas y armaduras, se detuvo embelesado.

—¡Wunderbar! ¡Wunderbar! —Susurraba para sí—. ¡Vaya colección! ¡Le ha

dedicado mucho trabajo!

Por fin volvió a la realidad, los Żabinski, el verdadero motivo por el que estaba allí. Cuando habló, se había ruborizado y parecía incómodo:

—Bueno... el doctor quiere saber si le visitarán. Probablemente yo les pueda ayudar, pero...

Las palabras de Ziegler desembocaron en un silencio peligroso y tentador. Aunque no se arriesgó a terminar la frase, tanto Antonina como Jan supieron lo que quería decir, algo demasiado delicado para proponerlo. Jan respondió rápidamente que estaría inmensamente agradecido si pudieran ir en el coche de Ziegler al gueto para ver al doctor Tenenbaum.

—Necesito consultar con Tenenbaum lo antes posible la forma de prevenir que las vitrinas de los insectos enmohezcan —explicó en tono profesional.

Para disipar cualquier sospecha, le mostró a Ziegler su pase oficial para el gueto expedido por el Departamento de Parques, insinuando que el favor que estaba pidiendo era simplemente viajar en la limusina de Ziegler, nada ilegal. Todavía encandilado por la exquisita colección que acababa de examinar y con el firme propósito de que sobreviviese para la posteridad, Ziegler estuvo de acuerdo. Se marcharon inmediatamente.

Antonina sabía que Jan quería ir en el coche de Ziegler porque la mayoría de las entradas del gueto estaban custodiadas celosamente por centinelas alemanes en la parte de fuera y policía judía en la de dentro. En ocasiones, la verja se abría para permitir el paso a alguien que entraba en misión oficial, pero los pases eran muy valorados y difíciles de conseguir. Normalmente se necesitaba tener conexiones o sobornar de alguna manera. Por casualidad, el edificio de oficinas en la esquina de las calles Leszno y Zelazna, que albergaba la Agencia de Empleo en la cual trabajaba Ziegler, formaba parte del tristemente célebre muro del gueto.

Coronado con cristales rotos o alambre de espino y construido por mano de obra judía no remunerada, los dieciséis kilómetros de muro se alzaban a seis metros del suelo y avanzaban en zigzag, cerrando algunas calles, dividiendo otras y creando al azar callejones sin salida. «La creación, existencia y destrucción del gueto implicó un urbanismo civil perverso»,^[6] escribe Philip Boehm en Palabras que nos sobrevivirán: testimonios desde el gueto de Varsovia.

Los planes de aniquilación se trazaban en un mundo real de escuelas y patios de recreo, iglesias y sinagogas, hospitales, restaurantes, hoteles, teatros, cafés y paradas de autobús. Estos lugares de vida urbana [...] Calles residenciales que se convertían en espacios para ejecuciones, hospitales que se volvían lugares donde administrar la muerte; cementerios que demostraban ser avenidas de reanimación a la vida... Bajo la ocupación alemana, todo el mundo en Varsovia se hizo topógrafo, especialmente los judíos, pues dentro y fuera del gueto necesitaban saber qué vecinos eran «silenciosos», dónde se estaba llevando a cabo una redada o cómo navegar por el sistema de alcantarillas para llegar al lado ario.

Se podía atisbar el mundo exterior a través de las grietas de los muros, detrás de los cuales los niños jugaban y las amas de casa regresaban a casa cargadas de provisiones. Observar esta próspera vida desde el gueto se convirtió en una tortura. En un arrebatado de inspiración, el Museo del Levantamiento de Varsovia (inaugurado en 2005), incluyó un muro de ladrillo con vistas inversas: agujeros a través de los cuales los visitantes pueden vislumbrar la vida diaria dentro del gueto, gracias a las películas de archivo.

Al principio había veintidós verjas, luego trece y finalmente sólo cuatro. Todas parecían formar parte de un corral y se veían amenazadoras, en cruel contraste con las delicadamente adornadas verjas varsovianas de hierro forjado. Los puentes se colocaban sobre las calles arias en lugar de sobre el agua. Algunos soldados tristemente conocidos patrullaban los límites del gueto cogiendo a los niños que se atrevían a colarse por las grietas de la mampostería para comprar alimentos en la parte aria. Debido a que sólo los niños eran lo suficientemente pequeños como para meterse por esas hendiduras, se convirtieron en una tribu de osados contrabandistas que arriesgaban la vida a diario para ganar el pan de su familia. Jack Klajman, un duro niño del gueto que sobrevivió a la guerra escabulléndose y practicando el contrabando, recuerda a un sargento mayor alemán al que los niños habían apodado Frankenstein. Frankenstein era un hombre menudo, de piernas fornidas y aspecto espeluznante. Le encantaba cazar, pero supongo que se había aburrido de los animales y había decidido que disparar a los niños judíos era un pasatiempo más entretenido. Cuanto más pequeños eran los niños, más disfrutaba disparándoles.

Vigilaba la zona en un *jeep* donde había ensamblado una ametralladora. Cuando los niños saltaban el muro, Frankenstein y un ayudante alemán surgían de la nada montados en su máquina de matar. El otro hombre siempre conducía para que Frankenstein pudiera acceder rápidamente a su ametralladora.

A menudo, si no había ningún desertor a quien disparar, llamaba a los niños del gueto que tuviese a la vista. Éstos se encontraban lejos del muro y no tenían intención de ir a ninguna parte [...] Tu vida había terminado [...] Sacaba su pistola y te disparaba en la cabeza desde atrás.^[7] Los agujeros que los niños escarbaban en el muro se tapaban igual de rápido para abrir otros nuevos. En alguna que otra ocasión, un niño contrabandista se escapaba por una verja escondiéndose entre las piernas de los obreros o de un cura. Los muros del gueto encerraban una iglesia, la de Todos los Santos, cuyo sacerdote, el padre Godlewski, no sólo pasaba a la Resistencia certificados de nacimiento reales de sus feligreses muertos, sino que a veces ocultaba a algún niño bajo sus largas faldas.

Había formas de escapar para los valientes que tenían amigos al otro lado y dinero para alojamiento y sobornos, pero era fundamental contar con un anfitrión o guardián exterior como los Żabiński, porque uno necesitaba un escondite, comida, gran cantidad de documentos falsos y, dependiendo de si uno vivía «en la superficie» o «debajo de la superficie», diferentes tramas inventadas. Si uno vivía en la superficie

y le paraba la policía, incluso con documentos falsos le podían preguntar por los nombres de sus vecinos, familia y amigos, a quienes luego llamaban para interrogarles.

Cinco líneas de tranvía cruzaban el gueto, deteniéndose al otro lado de una de las verjas. Cuando aminoraban la velocidad para coger una curva, la gente podía bajar de un salto o lanzar bolsas a los pasajeros. Había que sobornar al conductor y al policía polaco de a bordo —el precio solía ser de dos zlotys— y después se rezaba para que los pasajeros polacos no dijese nada. En los extremos del cementerio judío que había dentro del gueto, los contrabandistas a veces saltaban la valla y entraban a uno de los dos cementerios cristianos contiguos. Algunas personas se presentaban voluntarias para el grupo de trabajo que iba y venía del gueto cada día para sobornar después al vigilante de modo que se equivocase al contar el número de obreros. Había muchos policías alemanes y polacos vigilando las verjas del gueto que se mostraban cooperativos, deseosos de ser sobornados. Algunos ayudaban sin cobrar nada, por pura decencia.

Más allá del gueto existía literalmente un subsuelo —refugios y pasillos, algunos con cuartos de baño y electricidad— donde la gente creaba rutas que se cruzaban por entre los edificios y debajo de ellos. Estas conducían a otros modos de escapar, como por ejemplo colándose por un agujero cincelado del muro de ladrillo o bien vadeando por alcantarillas cuyos laberintos llevaban finalmente a las tapas del alcantarillado de la parte aria (aunque las alcantarillas no medían ni metro y medio de altura y despedían vapores nocivos). Había quienes escapaban aferrándose a la parte inferior de los carros de la basura tirados por caballos que visitaban el gueto con regularidad. Sus conductores a veces pasaban comida a escondidas o dejaban allí a un viejo caballo. Aquellos que tenían el dinero podían desaparecer en una ambulancia privada o en un coche fúnebre que llevaba a los supuestos conversos a los cementerios cristianos, siempre y cuando los vigilantes fueran sobornados para no examinar los camiones de reparto ni los carros. Cada fugitivo necesitaba al menos seis documentos y cambiaba de casa una media de 7,5 veces, por lo que no es de sorprender que entre 1942 y 1943 la Resistencia falsificase cincuenta mil documentos.

Debido a que el muro serpenteaba, la parte delantera del edificio de Ziegler era accesible desde la zona aria de la ciudad mientras que la puerta trasera, que rara vez se utilizaba, daba directamente al gueto. En el edificio de al lado era donde ponían en cuarentena a la gente que tenía el tifus, y cruzando la calle había un sombrío bloque de tres pisos hecho de ladrillo que había sido una escuela y que ahora hacía las veces de hospital infantil. Al contrario que otras verjas, ésta no estaba custodiada por la Wehrmacht o la Gestapo, ni siquiera por la policía polaca, tan sólo había un portero encargado de abrir la puerta a los empleados; esto le brindaba a Jan la inusual oportunidad de entrar y salir por un camino poco vigilado. Pero éste no era el único edificio con una puerta que daba a la parte aria y otra que daba al gueto. Un cruce de caminos conveniente para que los judíos y los polacos se encontrasen, por ejemplo,

era el edificio del juzgado de distrito de la calle Leszno, cuya puerta trasera se abría a un estrecho pasadizo que llegaba a la calle Mirowski, en la parte aria. La gente se mezclaba y susurraba en sus pasillos, intercambiaba joyas, se encontraba con amigos, se pasaba comida y se transmitía mensajes, fingiendo ostensiblemente estar ahí para asistir a algún procedimiento judicial. Los guardias sobornados y los policías miraban para otro lado cuando algunos judíos escapaban, especialmente si se trataba de niños, hasta que se volvieron a repartir las zonas en agosto de 1942, quedando el juzgado fuera de los límites del gueto.

También había una farmacia en la calle Długa con entradas a ambos lados del muro del gueto, en la cual un solícito «farmacéutico permitía que pasase cualquier persona que tuviera una buena razón», así como varios edificios municipales donde, por unos cuantos zlotys, los guardias a veces permitían a la gente escapar.

Cuando su limusina llegó a Leszno 80, la Agencia de Empleo, el conductor tocó la bocina y un guardia abrió la puerta. El coche aparcó en el patio y ambos se apearon.

Ese aburrido edificio albergaba una oficina que salvaba vidas, puesto que sólo los judíos con un permiso que les dejase trabajar en las fábricas de la Wehrmacht eludían la deportación.

Junto a la puerta delantera, Jan dio las gracias a Ziegler de forma exagerada y en voz alta y, aunque sorprendido por su repentina formalidad, Ziegler aguardó educadamente a que Jan terminase, mientras el portero les observaba con detenimiento. Jan alargó la escena, hablando principalmente en alemán con algunas palabras en polaco, y finalmente preguntándole al ahora impaciente Ziegler si podía utilizar esa entrada en el futuro en caso de que tuviera algún problema con la colección de insectos y necesitase hacer una consulta a ese respecto. Ziegler le dijo al guardia que dejase a Jan entrar siempre que quisiera. Después de eso, ambos hombres entraron y Ziegler condujo a Jan a su oficina del piso de arriba. Mientras le mostraba el edificio, le mostró otra escalera que daba a la puerta del gueto. En lugar de dirigirse directamente al gueto a visitar a Tenenbaum, Jan pensó que era mejor pasar un rato estableciendo contactos en las polvorientas oficinas y en los estrechos pasillos de la Agencia de Empleo, donde se propuso saludar a todas las personas que le fuese posible. Posteriormente, se dirigió al piso de abajo y con voz firme le pidió al guardia que abriese la puerta. Al llamar la atención como si fuera un oficial ruidoso, grandilocuente y engreído, dejaría huella. Quería que el guardia se acordase de él.

Dos días después, Jan regresó al gueto. Con el mismo tono de voz brusco, ordenó al guardia que le abriese la verja, y éste lo hizo con un gesto de bienvenida. Esta vez, Jan fue por la escalera trasera y abandonó el edificio a través de la puerta del gueto. Visitó a varios amigos, entre ellos a Tenenbaum, a quien le explicó los curiosos acontecimientos en los que se había visto envuelto con Ziegler.

Tenenbaum le explicó que Ziegler tenía tremendos problemas dentales, por lo que era un paciente habitual de la doctora Lonia. Ziegler no sólo había encontrado en ella

a una dentista excelente, sino que todo el complejo y costoso tratamiento le salía gratis. (Bien porque ella no tenía otra opción que ésa o bien porque le había ofrecido un tratamiento gratuito para ganarse su buena voluntad). El matrimonio estuvo de acuerdo en explotar al máximo la pasión de Ziegler por la entomología, y hablaron sobre la Resistencia. Tenenbaum era en aquel momento el director de una judía clandestina escuela de secundaria, y aunque Jan se ofreció a sacarle de allí, Tenenbaum se negó pensando que su familia y él tenían más posibilidades de sobrevivir dentro del gueto.

Así fue como Jan se hizo amigo de Ziegler. Le iba a visitar a su oficina y en ocasiones acudían juntos al gueto a ver a Tenenbaum para charlar acerca de los insectos. Al cabo de un tiempo, la gente le conocía como el aliado de Ziegler, alguien que tenía contactos en la Agencia de Empleo, lo cual le allanaba el camino a la hora de atravesar las entradas del gueto y pasar comida a varios de sus amigos a escondidas. De vez en cuando le daba al vigilante pequeñas propinas, tal y como era costumbre, pero no demasiado dinero ni con demasiada frecuencia para no levantar sospechas.

Por fin llegó el día en que a Jan le pareció adecuado utilizar la verja para el propósito que había tenido desde el primer momento. En esta ocasión le acompañaba un hombre vestido de forma elegante y bien entrenado para la ocasión. Como solía hacer, Jan le pidió al guardia que abriese la puerta, y su «colega» y él salieron a la libertad.

Envalentonado por el suceso, Jan ayudó a otras cinco personas a escapar antes de que el guardia sospechase. Según Antonina, éste le preguntó ajan:

—A usted le conozco, pero ¿quién es este otro hombre?

Jan fingió sentirse insultado y «con truenos en los ojos» le gritó:

—¡Ya te he dicho que este hombre está conmigo! El intimidado guardia se las arregló para decir con un hilo de voz:

—Ya sé que usted puede entrar y salir cuando lo desee, pero yo no conozco a esta persona.

El peligro acechaba en cada matiz. Una señal de culpabilidad, una palabra equivocada, demasiado abuso y el guardia podría adivinar que estaba en juego algo más que su ego, cerrando así un valioso canal entre el gueto y la ciudad aria. Buscando rápidamente en su bolsillo, Jan le dijo con naturalidad al vigilante:

—Ah, que quieres este chisme. Este hombre tiene un permiso, por supuesto.

Seguidamente, mostró su propio pase del Departamento de Parques para el gueto, un permiso amarillo que sólo se les daba a los ciudadanos alemanes, a los de etnia germana y a los polacos que no eran judíos. Como no se estaban cuestionando las credenciales dejan, no hacía falta que sacase dos carnets. El sorprendido vigilante guardó silencio, avergonzado. Jan le tendió la mano con simpatía y le dijo solemnemente:

—No te preocupes, yo jamás incumplo las leyes. Desde ese momento, Jan nunca

tuvo problemas a la hora de escoltar a los judíos de aspecto ario hacia la libertad, pero, por desgracia, el guardia no era la única amenaza. Cualquier empleado de la Agencia podría pasar por allí cuando Jan y su presunto colega estuvieran saliendo, y así descubrirles. Colar a los fugitivos tan cerca de las tropas alemanas que se habían apostado en el zoo creaba otro problema, pero los Żabiński concibieron dos estrategias que funcionaron durante toda la guerra: ocultar a los Invitados bien en los huecos de la casa, bien en las antiguas jaulas de animales, en sus establos o en sus recintos.

Confundiéndose con el maderamen blanco y brillante de la cocina, había una puerta que conducía a un gran sótano con habitaciones rudimentarias. Al fondo de una de ellas, Jan construyó una salida de emergencia en 1939. Se trataba de un pasillo de tres metros que llegaba directamente a la Casa de los Faisanes (una pajarera con un pequeño edificio central) y que se convirtió en un acceso para aquellos que se refugiaban en la casa y en una ruta muy práctica para repartir los alimentos. Jan instaló agua corriente y un retrete en el sótano, y las tuberías de la caldera de arriba lo mantenían relativamente caliente. El sonido penetraba con facilidad por las tablas del suelo, por lo que, aunque los Invitados escuchaban ruidos encima de ellos, vivían entre susurros.

Otro túnel, éste de tan poca altura que había que ponerse de cuclillas para pasar por él y que estaba flanqueado por barras de hierro oxidadas, llevaba a la Casa de los Leones. Algunos Invitados se escondían en el cobertizo adjunto, aunque estuviera a poca distancia del almacén de armamento de los alemanes. Con el aspecto de un esqueleto de ballena, el túnel solía proteger a los mozos que transportaban a los grandes felinos dentro y fuera de sus jaulas.

Ziegler visitó el zoológico en varias ocasiones para contemplar el magnífico museo de insectos y socializar con los Żabiński. A veces incluso llevaba a Tenenbaum con él bajo el pretexto de que la colección necesitaba a veces la supervisión directa de su creador. Entonces, Tenenbaum se pasaba horas en su propio paraíso privado, de rodillas en el jardín, capturando más insectos.

Un día, Ziegler apareció en el zoo con la perra salchicha de color dorado de los Tenenbaum, Zarka, bajo uno de sus brazos.

—Pobre perra —comentó—. Tendría una vida mucho mejor aquí, en el zoo.

—Puedes dejarla aquí, por supuesto —ofreció Antonina.

Ziegler metió la mano en el bolsillo y sacó unos cuantos trozos de salchicha para Zarka. Después la depositó en el suelo y se marchó, a pesar de que Zarka corrió tras él y arañó la puerta de su coche. Luego se tumbó cerca del olor del único ser humano que conocía allí.

En los días siguientes, Antonina solía encontrarla allí, aguardando a que su familia reapareciese y la devolviese al torneo de sombras y olores familiares. Esta casa alborotada tenía demasiadas habitaciones para Zarka, decidió Antonina, con sus oscuras esquinas, los escalones, los laberintos y el ajeteo; a pesar de sus pequeñas

patas curvadas, Zarka seguía paseando de un lado a otro, incapaz de calmarse, olisqueando aquel bosque de muebles y desconocidos. Pasada una temporada, se acostumbró a la vida en la casa, pero siempre se asustaba fácilmente. Si los pasos de alguien o unos golpes en la puerta rompían el silencio, la piel brillante de la perra salchicha temblaba nerviosamente por todo su delgado cuerpo, como si deseara abandonarlo.

Cuando llegó el invierno con sus grandes nevadas y menos olores para que los perros los leyesen como si fuesen periódicos, Ziegler les volvió a visitar. Seguía teniendo las mejillas sonrosadas y su aspecto continuaba siendo regordete. Llevaba las mismas viejas gafas. Saludó a Zarka con cariño y ella se acordó de él al momento, saltando sobre su regazo y olisqueando sus bolsillos por si llevaba jamón o salchichas. Esta vez, Ziegler no tenía regalos para Zarka ni quiso jugar con ella, tan sólo la acarició con gestos ausentes.

—Tenenbaum ha muerto —dijo con tristeza—. ¿Podéis creerlo? Hace tan sólo dos días estaba paseando con él. Me contó tantas historias interesantes... Ayer tuvo una hemorragia interna... y eso fue el fin. Una úlcera le destrozó el estómago... ¿Vosotros sabíais que estaba tan enfermo?

No lo sabían. Había poco que decir después de esa noticia tan terrible, tan sólo quedaba compartir la tristeza. Abrumado por la emoción, Ziegler se levantó tan aprisa que Zarka se cayó de su regazo y se marchó bruscamente.

Tras la muerte de Szymon, la casa estuvo mucho tiempo de luto. A Antonina le preocupaba que su mujer no pudiese sobrevivir en el gueto mucho más tiempo. Jan diseñó un plan para que escapase, pero ¿dónde podrían esconderla? Por mucho que desearan que la casa navegase segura por el mar de la guerra con un gran cargamento humano, sólo podían proporcionar refugio temporal para la mayoría de la gente, incluyendo las esposas de los amigos de la infancia.

Capítulo 16

El mundo animal se crece con las tácticas y las contratácticas, desde los camaleones y los peces león que se confunden con su entorno hasta los mamíferos, geniales engañadores. Un macaco Rhesus que decide no hacerles saber a sus compañeros de la manada que acaba de encontrar un melón no necesita de una «teoría mental» para engañarles, tan sólo de una mentira que proporcione los resultados que desea. Si sus compañeros lo descubren, le golpearán, y tal lección puede que cambie sus maneras egoístas. Pero muchos animales no tienen opción a la hora de compartir la comida e instintivamente avisan a los otros. Los grandes simios (incluidos nosotros) llevamos representando perspicaces mentiras y mintiendo adrede —para practicar o divertirnos— durante por lo menos 12 millones de años. Los interrogadores entrenados pueden encontrar pistas en una alteración de la voz, las pupilas dilatadas, un menor contacto visual y un mayor número de quejas, así como descubrir lo que se intenta ocultar.

Como buen zoólogo, Jan había pasado años estudiando el comportamiento animal hasta el más mínimo detalle: los procesos de cortejo, las mentiras, las amenazas, los gestos de apaciguamiento, la exhibición del estatus y los múltiples dialectos del amor, la lealtad y el afecto. Extrapolar el comportamiento animal al humano era algo natural para un zoólogo tan aplicado, especialmente en lo referente a las estrategias para engañar. Podía adoptar diferentes personalidades con rapidez, un don que le resultó muy útil en su vida en la sombra en el ejército de la Resistencia y que además encajaba con su temperamento y su formación.

No sólo los Żabiński, sino también el resto de los Invitados y visitantes, debían cultivar la paranoia y atenerse a las estrictas normas de su pequeño feudo, lo cual significaba que Ryś y cualquier otro niño que había en la casa recibían distintas versiones de la realidad. Junto con los idiomas, absorbían lecciones acerca de la creación de personalidades falsas, la lealtad tribal, el sacrificio, las mentiras persuasivas y los engaños creativos. ¿Cómo te inventas una normalidad aparente? Todo tenía que parecer cotidiano en la casa, incluso si ello significaba inventar rutinas ficticias. «Finge ser normal». ¿Desde qué punto de vista? ¿Le parecerían normales las rutinas anteriores a la guerra de un director de zoo polaco y de su familia a un soldado alemán que patrullara por allí? Los alemanes sabían que los polacos eran gente muy sociable, y que a veces varias generaciones de una misma familia convivían en la misma casa, además de que los familiares y los amigos se visitasen unos a otros. Por ello, cierta cantidad de alboroto podría parecer normal, pero demasiados huéspedes levantarían sospechas.

El actual director del Zoo de Varsovia, Jan Maciej Rembiszewski, fue de niño voluntario del zoológico de Jan (y le dijo que él también pensaba ser un guarda de zoo cuando fuera mayor), y recuerda a Jan como un jefe estricto, un perfeccionista. Antonina le retrata como un padre de familia exigente que no podía tolerar el trabajo

chapucero ni que quedasen cosas pendientes. Por ella conocemos que el lema de Jan era: «Una buena estrategia debería guiar hacia las acciones correctas. Ninguna acción puede ser impulsiva, sino que se ha de analizar junto con todos los resultados posibles. Un buen plan siempre incluye segundas opciones y alternativas». Tras la muerte de Szymon, Jan visitó a su mujer, Lonia, con detalles para un plan de escape y noticias de los amigos de la Resistencia, quienes estaban preparándolo todo para que, tras una breve estancia en el zoo, pudiera desaparecer a un lugar más seguro en el campo o incluso quizá volver a trabajar como dentista.

Cuando Jan y Lonia alcanzaron la verja principal de la Agencia de Empleo, él pretendía hacer uso del truco de siempre y explicar que ella era una colega aria que le había acompañado a visitar a Ziegler, ya que para entonces el guardia ya estaba acostumbrado a sus idas y venidas, sólo o con colegas. Cuando llegaron a la puerta y se disponía a guiar a Lonia, Jan se detuvo consternado al descubrir que el guardia no estaba y había una mujer —su mujer, supo después— ocupando su lugar. Las oficinas que se encontraban encima estaban repletas de alemanes que aparecerían si ella daba un grito. La mujer pareció reconocerle, bien porque solía mirarle desde la ventana de algún piso cercano o bien porque su marido le había descrito a él y a su insolencia, pero la presencia de Lonia le preocupó y se empezó a poner nerviosa. No estaba preparada para las excepciones y se negaba a abrir la verja.

—Hemos estado visitando al señor Ziegler —le explicó Jan con firmeza.

—Bien —respondió ella—, abriré la puerta si el señor Ziegler baja y me autoriza personalmente a dejarles salir.

Su marido había respondido bien a las intimidaciones, pero Jan dudó: ¿cómo funcionaría en esta mujer el abuso verbal? Se imaginó que no muy bien. Continuó representando el papel de bocazas arrogante que su marido conocía, e insistió:

—¿Qué pretendes? Vengo aquí todos los días, tu marido me conoce muy bien. ¡Y ahora me estás ordenando que suba y moleste al señor Ziegler! Te la estás jugando...

Vacilando un poco, aún insegura, vio que Jan enrojecía por la furia mientras gruñía como un hombre capaz de las peores represalias. Por fin, abrió la verja silenciosamente y les dejó pasar. Lo que sucedió después casi acaba con los nervios de Jan y Lonia: al otro lado de la calle había dos policías alemanes que fumaban y charlaban mirando en su dirección.

Según Antonina, más tarde Lonia describió la escena con palabras llenas de «terror y pensamientos atropellados»:

Quería decirle a Jan: «Corramos». Quería huir de ese lugar. ¡Deseaba que no nos detuviesen! Pero Jan no sabía cómo me sentía. En lugar de correr, se detuvo y recogió la colilla de un cigarro que quizás habían tirado a la acera esos dos policías. Lentamente, pasó su mano bajo mi brazo y emprendimos el camino a la calle Wolska. ¡Me pareció que ese momento duraba un siglo!^[1] Aquella noche, cuando pasaba por delante de las habitaciones del piso de arriba, Antonina descubrió a Lonia llorando silenciosamente sobre su almohada, con la nariz húmeda de Zarka apoyada sobre su

mejilla en muestra de su solidaridad. Lonia había visto morir a Szymon; la Gestapo había descubierto y disparado a su hija en Cracovia; el único superviviente de entre toda su familia era la perra salchicha.

Pocas semanas después, la Resistencia le encontró un alojamiento seguro en el campo. Cuando Lonia se estaba despidiendo, Zarka corrió hasta ella con la correa en su boca.

—Debes quedarte aquí; aún no tenemos una casa —le dijo Lonia.

Antonina escribió en sus memorias que esta escena le resultó muy dolorosa, y que Lonia sobrevivió a la guerra, pero no Zarka. Un día la perra salchicha, olisqueando alrededor del almacén alemán, comió veneno para ratas y, tras arrastrarse de vuelta a la casa, murió en el regazo de Antonina.

Tres semanas antes del levantamiento de Varsovia, Jan trasladó la colección de insectos de Szymon al Museo de Historia Natural, donde estaría protegida. Cuando terminó la guerra, Lonia la donó al Museo Zoológico del Estado. En uno de sus edificios satélites se encuentran hoy día 250 000 de los ejemplares originales, en un pueblo del norte de Varsovia, a una hora de distancia de la capital.

Para visitar la colección de Tenenbaum hay que girar por una carretera estrecha y sin asfaltar, pasado un hotel de animales (nuevo concepto que se ha tomado prestado de Estados Unidos) y una granja de abetos de Navidad repleta de elegantes hileras de píceas. Se llega a un callejón sin salida arbolado donde hay dos edificios de una sola planta que pertenecen a la Academia Polaca de la Ciencia. El más pequeño contiene oficinas, y el otro, una miscelánea del Museo Zoológico.

Al entrar en ese enorme edificio con aspecto de ático, lo primero que se ve es un maravillosos revoltijo de millones de ejemplares en el cual llaman la atención un montón de curiosidades, desde jaguares, lince y aves disecadas hasta estanterías repletas de tarros de cristal que contienen serpientes, ranas y reptiles. Grandes armarios de madera y cajones dividen una parte de la habitación en estrechos callejones inundados de tesoros. Los insectos de Tenenbaum ocupan dos casilleros: hay veinte cajas por estantería, colocadas en vertical como si fueran libros, y cinco estanterías por casillero. Ello representa la mitad del total de la colección, que, según Jan le explicó a un periodista, consistía en cuatrocientas cajas, y Antonina recordaba ochocientas. Según los archivos del museo, «tras la guerra la esposa de Szymon Tenenbaum donó [...] 250 000 ejemplares».^[2] Actualmente, las cajas continúan intactas pero el museo pretende extraer los insectos y clasificarlos con muchos otros según orden, suborden, familia, género y especie: todos los escarabajos predadores en un casillero, todos los ptilidos en otro. Se trataría de un triste desmantelamiento. Seguro que así los insectos serían más fáciles de estudiar pero se perdería la perspectiva única y la maestría de los coleccionistas, que pertenecen a un exótico suborden de *Homo sapiens sapiens* (el animal que sabe y sabe que sabe).

Una colección de insectos es un oasis silencioso en este ruidoso mundo, pues aísla los fenómenos para poder examinarlos sin distracción alguna. En ese sentido, lo

que se captura no son los insectos en sí mismos sino la atención del coleccionista. También esto es infrecuente, un tipo de galería que penetra en la mente y cuyo verdadero pilar es la perpetuación del asombro en un huracán de distracciones personales y sociales. «Colección» es una buena palabra para definir lo que sucede, pues uno se recoge por un tiempo, acumulando curiosidad de la misma forma que se recoge el agua de lluvia. Cada vitrina contiene un ejemplo de la consideración única del coleccionista, y en parte eso es lo que explica que la gente encuentre placer en examinarlas, aunque se sepan todas las partes de un insecto de memoria.

Por eso, realmente no importa dónde estén las cajas, pero a Szymon le hubiera gustado este lugar al fondo de un sendero, tan apartado de todo, rodeado de cultivos y con un denso follaje rebosante de insectos y pequeños escarabajos, donde su dorada Zarka podría perseguir a los pájaros y a los topos, privilegio de todo perro salchicha. Sólo en retrospectiva se da uno cuenta de las coincidencias o de los sucesos improbables que cambiaron el destino. ¿Quién iba a imaginarse que la cabalgata de escarabajos prendidos con alfileres de un profesor entusiasta abriría la verja del gueto a tanta gente?

Capítulo 17

El encaprichamiento de Ziegler por los insectos era totalmente diferente al de la doctrina nazi. Obsesionado con el control de las plagas, el Tercer Reich subvencionó muchos proyectos de investigación antes y después de la guerra que se centraban en los pesticidas, los venenos para ratas y las mejores formas de acabar con la carcoma, las polillas, las termitas y otros insectos molestos. Himmler había estudiado agricultura en Munich y favorecía a entomólogos como Karl Friederichs, que buscaba maneras de detener las moscas de sierra y otras plagas de insectos similares al mismo tiempo que justificaba la ideología racista nazi como una forma de ecología, «una doctrina de la sangre y de la tierra.»^[1] Desde esta perspectiva, matar a los habitantes de los países ocupados y sustituirlos por alemanes respondía a propósitos tanto políticos como ecológicos, especialmente si primero se plantaban bosques para cambiar el clima, como sugirió el biólogo nazi Eugene Fischer.

Observado a través de un microscopio de electrones (aparato que se inventó en Alemania en 1939), un piojo parece un diablo regordete con largos cuernos, ojos saltones y seis brazos como tenazas. Arma de guerra en 1812, ese bicho derrotó a la Gran Armada napoleónica de camino a Moscú, leyenda que sólo recientemente ha sido confirmada por los científicos. «Creemos que las enfermedades procedentes de los piojos causaron la mayor parte de las bajas del ejército de Napoleón», informó Didier Raoult, de la Université de la Méditerranée de Marsella, en el número de enero de 2005 de la Revista de Enfermedades Infecciosas. El descubrimiento se basó en el análisis de la pulpa dental de los restos de soldados hallados en 2001 por unos obreros en una fosa común de Vilna, Lituania. Al transmitir los piojos los síntomas de la fiebre recurrente, la fiebre de las trincheras y el tifus epidémico, la Gran Armada napoleónica se redujo de 500 000 hombres a 3000, sobre todo debido al contagio. Las epidemias de las guerras, tratado escrito en 1916 por Friedrich Prinzing,^[2] venía a decir lo mismo, señalando también que en la Guerra Civil de Estados Unidos murieron más hombres por enfermedades transmitidas por los piojos que en el campo de batalla. En 1944, los alemanes tenían medicamentos para reducir la gravedad del tifus, pero no existía una vacuna fiable. Tampoco la tenían las fuerzas armadas estadounidenses, que lo único que podían ofrecer a sus tropas eran continuas inoculaciones de tifus que duraban unos pocos meses.

En los abarrotados edificios de apartamentos del interior del gueto, no tardaron mucho en causar estragos la tuberculosis, la disentería, la hambruna y el tifus, enfermedades que devastaban el gueto con altas fiebres, resfriados, debilidad, dolor, jaquecas y alucinaciones. El tifus, un nombre pegadizo con el que se bautizaron varias enfermedades similares causadas por la bacteria *Rickettsiae*, deriva de la palabra griega *typhös*, «humeante» o «brumoso», palabras que describen la confusión mental del paciente, quien, tras unos cuantos días, desarrolla un sarpullido que le

cubre poco a poco todo el cuerpo. Puesto que los piojos transmiten esta enfermedad, meter a tanta gente en un gueto hacía que la epidemia fuera inevitable. Con el tiempo el tifus se difundió tanto que al caminar por la calle la gente mantenía la distancia por miedo a que los piojos saltaran a su cuerpo. Los escasos doctores que había repartían compasión y cuidados a falta de medicamentos y comida, sabiendo que la recuperación dependía únicamente de la edad y la salud en términos generales de la persona.

Esto llevó de manera natural a la imagen de los judíos ponzoñosos y piojosos. «Ser antisemita significa despiojarse», les dijo Himmler a sus oficiales de las SS el 24 de abril de 1943. «Librarse de los piojos no es una cuestión ideológica, sino de higiene... Pronto estaremos despiojados. Sólo nos quedan 20 000 piojos y habremos terminado con este asunto en toda Alemania.»^[3] En fecha tan temprana como enero de 1941, el gobernador alemán de Varsovia, Ludwig Fischer, informó que había escogido el lema «JUDÍOS — PIOJOS — TIFUS» para grabarlo en 3000 carteles grandes, 7000 pequeños y 500 000 panfletos, añadiendo que «la prensa polaca [bajo el dominio alemán] y la radio distribuirán también esta información. Además, los niños de las escuelas polacas han sido continuamente advertidos de este peligro».

Una vez los judíos, los gitanos y los eslavos fueron categorizados por los nazis como especies no humanas, la imagen de cazadores que tenían éstos de sí mismos se vio reforzada. Se organizaban partidas de caza en casas de campo y balnearios de las montañas que preparaban a la elite nazi, mediante el sangriento deporte, para la caza mayor. Tenían otros modelos que podían escoger, por supuesto, como caballeros y doctores, pero el de cazador ofrecía metáforas viriles referentes a pescar, cazar, colocar cebos, poner trampas, destripar, perseguir y ese tipo de cosas.

El espectro del contagio ponía claramente nerviosos a los nazis. Los posters solían caricaturizar a los judíos con rostros parecidos a los de las ratas (siendo las pulgas de las ratas las principales transmisoras de plagas), y estas imágenes se llegaron a grabar incluso en la psique de los judíos, como le ocurrió a Marek Edelman, líder del levantamiento del gueto, quien recuerda estar dirigiéndose a una reunión de la Resistencia cuando le «sobrevino el deseo de no tener cara»,^[4] por miedo a que alguien se diera cuenta de que era judío y le denunciara. Lo que es más, se vio a sí mismo como un ser con un rostro siniestro y repugnante. El rostro del pòster de «JUDÍOS - PIOJOS - TIFUS». Mientras que el resto del mundo... tenía caras agradables. Eran apuestos, estaban relajados. Podían estar relajados porque eran conscientes de su belleza.^[5]

El frágil sistema social del gueto, donde abundaban los contrastes sociales, albergaba criminales y colaboradores que prosperaban mientras que otros morían de hambre. También surgió un mundo clandestino de sobornos y chantajes. Por otra parte, los soldados alemanes eran a menudo violentos, robaban las pertenencias de los residentes y utilizaban a la gente para explotarla en trabajos agotadores y humillantes

hasta que, como escribió un habitante del gueto, «cuando el invasor convocó a los tres jinetes del Apocalipsis —pestilencia, hambre y frío—, los judíos del gueto de Varsovia no tuvieron ya nada que hacer.^[6] Los caballeros de las SS sólo tenían que terminar el trabajo». Según cifras alemanas, 316 822 personas fueron enviadas desde Varsovia a los campos de concentración desde principios de 1942 hasta enero de 1943. Puesto que muchas personas también fueron asesinadas en el gueto, la cifra de muertos se elevó notablemente.

Auxiliados por amigos de la zona aria, decenas de miles de judíos consiguieron escapar del gueto antes de que la guerra terminase, pero algunos fueron conocidos por resistir allí dentro, como Kalonymus Kaiman Shapira, el rabino hasídico del gueto. Los sermones clandestinos y el diario de Shapira, descubiertos después de la guerra, revelan una lucha felina y llena de fe así como a un hombre dividido entre sus enseñanzas religiosas y la historia. ¿Cómo podía alguien reconciliar la agonía del Holocausto con el hasidismo, una religión musical que enseña el amor, la alegría y la celebración? No obstante, uno de sus deberes como rabino era el de aliviar el sufrimiento de su comunidad (lo cual no era tarea fácil dada la agonía de la gente y la prohibición de todo acto religioso). Algunos eruditos se reunían en una zapatería y debatían los textos sagrados mientras recortaban cuero y martilleaban clavos, y el *Kiddush ha-Shem*, el principal servicio dedicado a Dios, adquirió un nuevo significado en el gueto, cuando se convirtió en «la lucha para conservar la vida en un mundo de destrucción». En alemán surgió una palabra similar —*überleben*— que significaba «seguir en el poder y mantenerse vivos», un verbo desafiante realzado por el hecho de ser intransitivo.

El hasidismo de Shapira incluía la meditación trascendental, el entrenamiento de la imaginación y la canalización de las emociones para alcanzar visiones místicas.

Shapira pensaba que lo ideal era «examinar nuestros propios pensamientos para corregir los hábitos negativos y los rasgos del carácter». Un pensamiento que se analiza comenzará a debilitarse, en especial los pensamientos negativos, en los cuales aconsejaba a sus estudiantes que no se recreasen, sino que los examinasen con frialdad. Si se sentaban en la orilla observando el fluir del arroyo de sus pensamientos sin dejarse llevar por ellos podrían alcanzar un estado meditativo llamado *hashkatah*: el silenciador de la mente consciente. También predicaba la «sensibilización sacra», un proceso de descubrimiento de lo sagrado en uno mismo. La tradición hasídica implicaba cuidar con esmero la vida cotidiana, tal y como enseñó el profesor Alexander Susskind en el siglo XVIII: «Cuando comes y bebes, experimentas el disfrute y el placer de la comida y la bebida. Pregúntate con asombro a cada momento qué significan este disfrute y este placer y qué es esto que estás saboreando»^[7]

El rabino y escritor más elocuente del misticismo hasídico, Abraham Joshua Heschel, dejó Varsovia en 1939 para convertirse en un importante profesor del Seminario Teológico Judío de Nueva York (y en los años sesenta, en un activista a

favor de la integración). En una prosa llena de paradojas del estilo de los koan, de epigramas y analogías («El hombre es un mensajero que olvidó el mensaje», «Los paganos exaltan las cosas sagradas, los profetas ensalzan las hazañas sagradas», «La búsqueda de la razón termina en la orilla de lo conocido», «La piedra está rota, pero las palabras están vivas», «Ser un ser humano es ser un problema, y el problema se expresa a sí mismo en forma de angustia»), se sentía «leal a la presencia de lo extraordinario en lo común», y pensaba que «al hacer lo finito podemos percibir lo infinito». «Tengo un talento —escribió—, y es la capacidad de sorprenderme, sorprenderme con la vida, con las ideas. Para mí éste es el imperativo hasídico supremo: No envejezcas. No enmohezcas.» La mayoría de la gente sabe que del 30 al 40 por ciento de los judíos del mundo murieron en la Segunda Guerra Mundial, pero no que alrededor del 80 o 90 por ciento de la comunidad ortodoxa pereció, entre ellos muchos de los que habían conservado la antigua tradición del misticismo y de la meditación que se remonta al mundo de los profetas del Antiguo Testamento. «En mi juventud, al haberme criado en una comunidad judía —escribió Heschel acerca de su infancia en Varsovia—, sólo había una cosa que no teníamos que buscar, y ésta era la exaltación. Cada momento es genial, nos enseñaban, cada momento es único». La etimología de la palabra hebrea para profeta, navi, combina tres procesos: navach (gritar), nava (brotar o fluir) y navuv (estar hueco por dentro). El objetivo de esta meditación era «abrir el corazón, desatascar el canal que existe entre lo infinito y lo mortal», y elevarnos a un estado de éxtasis conocido como mochín gadlut, «Gran Mente». «Sólo hay un Dios», escribe Avram Davis, profesor de hasidismo;

Con el que denominamos a esa Unidad que subsume todas las categorías. Podemos calificar a esta Unidad como el océano de la realidad y todo lo que nada en él [lo que se rige por] la primera enseñanza de los Diez Mandamientos. Sólo hay una zot, una ésta. «Zot» es el pronombre demostrativo femenino «ésta». La palabra «zot» es en sí misma uno de los nombres de Dios, la ésta que es.

Los débiles, los exhaustos, los hambrientos, los torturados y los locos, todos ellos acudían al rabino Saphira para recibir alimento espiritual, que él combinaba con liderazgo y un comedor de beneficencia. ¿Cómo lograba tales hazañas compasivas al mismo tiempo que se mantenía cuerdo y creativo? Mediante la paz mental y la comunión con la naturaleza:

Uno escucha la voz [de la Enseñanza] del mundo en su totalidad representada en el gorjear de los pájaros, el mugir de las vacas y las voces y el tumulto de los seres humanos. En todo esto uno escucha la voz de Dios...^[8]

Todos nuestros sentidos nutren la mente, y si ésta se alimenta principalmente de crueldad y de sufrimiento, ¿cómo puede seguir estando sana? Si esa dieta se altera a propósito y uno se entrena para reenfocar la mente, entonces el cerebro vuelve a recibir nutrientes. Ese era el mensaje del rabino Saphira, que incluso en el gueto la

gente común podía templar su sufrimiento de esta forma, no únicamente los monjes, ascetas y rabinos. Es especialmente conmovedor que escogiese como práctica meditativa la belleza de la naturaleza, porque ésta era para la mayor parte de la gente del gueto algo que sólo residía en su memoria —en el gueto no existían los parques, los pájaros o las zonas verdes— y cuya pérdida sufrían como el dolor en un miembro fantasma, una amputación que desestabilizaba los ritmos corporales, privaba a los sentidos y hacía que las ideas más básicas acerca del mundo fueran imposibles de entender para los niños. Como escribió un habitante del gueto:^[9]

En el gueto, una madre intenta explicar a su hijo el concepto de distancia. La distancia, dice, «es mayor que nuestra calle Leszno. Es un campo abierto, y un campo es una zona grande donde crecen la hierba y las espigas de maíz. Si te pones en medio del campo, no puedes ver ni su principio ni su fin. La distancia es tan grande y abierta y vacía que allí el cielo y la tierra se encuentran... [La distancia es] un viaje continuo que dura muchas horas, a veces días y noches, en un tren o en un coche y quizá volando en un avión... El tren respira y resopla y traga mucho carbón, como los que salen en las fotos de tu libro, pero es de verdad, y el mar es una enorme bañera donde las olas suben y bajan en un juego sin fin. Y estos bosques tienen árboles, árboles como aquellos de las calles Karmelicka y Nowolipie, tantos árboles que no los puedes contar. Son fuertes y tiesos, con copas repletas de hojas verdes, y el bosque está lleno de árboles así, árboles hasta donde la vista alcanza, rebosantes de hojas y rodeados de arbustos y de las canciones de los pájaros».

Antes del exterminio llega el exilio de la naturaleza. Después tan sólo a través del asombro y de la trascendencia, opinaba el rabino del gueto, puede uno combatir la desintegración física de la vida diaria.

Capítulo 18

A medida que el verano se convertía en otoño, bandadas de camachuelos, piquituertos y alas de cera emprendieron rumbo al sur desde Siberia y el norte de Europa, atravesando caminos celestes más antiguos que la Ruta de la Seda y sobrevolando las tierras mientras formaban un escuadrón en forma de V. Debido a que Polonia se encuentra en la intersección de varias rutas migratorias importantes —al sur de Siberia, al norte de África y al oeste de China—, el otoño llenaba el aire de encajes punteados con pájaros cantores y ruidosos gansos. Los pájaros que se alimentan de insectos vuelan hasta las entrañas de África, como por ejemplo el papamoscas gris, que recorre miles de kilómetros y no para de volar por encima del Sáhara durante alrededor de sesenta horas. Sin necesidad de ir tan lejos, las grandes garzas azules y otras aves zancudas se establecen a la orilla del Mediterráneo, el Atlántico, el Caspio o el Nilo. Los pájaros nómadas no tienen por qué seguir una ruta estricta; durante la guerra, unos se dirigían al este y otros al oeste evitando por completo una Varsovia que olía a pólvora, aunque el resto de Europa era en aquellos tiempos igualmente inhóspito.

En el zoo, los Invitados y los visitantes migraron a finales de otoño a las habitaciones más cálidas o a escondites más duraderos. Los Żabiński se enfrentaban a su tercer verano en guerra con unas reservas de carbón tan escasas que sólo podían calentar el comedor, siempre y cuando hubiesen extraído el agua de los radiadores y sellado la escalera y el segundo piso. Ello dividía la casa en tres climas: humedad subterránea, ecuador en el primer piso y habitaciones polares. Un viejo horno de leña americano que habían tomado prestado de la Casa de los Leones echaba humo de forma exasperante, pero aun así se acurrucaban junto a él, mirando a través de la pequeña puerta de cristal las llamas rojas y azules que lamían los pedazos de carbón cubriéndolos por completo a cada rato. Mientras la chimenea entonaba su himno de calor ellos disfrutaban de la magia sin palabras que suponía estar resguardados de los días heladores. Forrados de lana y franela, Jan y Ryś podían dormir bajo más y más capas de sábanas y edredones nórdicos, saltar después de la cama y mantenerse lo suficientemente calientes como para poder vestirse e ir al trabajo o a la escuela. La cocina parecía una cámara frigorífica: la escarcha adornaba las ventanas por dentro y por fuera y preparar la comida, lavar los platos o, peor aún, hacer la colada —cualquier faena que implicase meter las manos en el agua— torturaba a Antonina, cuya piel se agrietaba hasta sangrar. «Los humanos de piel suave no están adaptados para el frío extremo», meditaba, excepto si agudizan el ingenio, se cubren con la piel de los animales y se calientan junto a humeantes fogatas.

Cada día, cuando Jan y Ryś se habían ido, enganchaba un trineo y empujaba un barril de sobras desde el matadero hasta el cobertizo del pasillo y después daba de comer a los conejos heno y zanahoria del huerto. Mientras Ryś asistía a la escuela de la Resistencia que había a unas manzanas de allí, Jan trabajaba en el centro, en un

pequeño laboratorio que inspeccionaba y desinfectaba edificios, un trabajo menor con el que conseguía algunos beneficios: vales de comida, un almuerzo diario compuesto de carne y sopa, un permiso de trabajo, un pequeño sueldo y algo que no tenía precio en la Resistencia: acceso legal a todas las partes de la ciudad.

Debido a que carecían del combustible suficiente para calentar las jaulas, los cobertizos y los tres pisos de la casa, todos los Invitados desaparecieron como por arte de magia en busca de refugios más cálidos para pasar el invierno, tanto en Varsovia como en la periferia. La Resistencia ocultaba a algunos judíos en casas de campo que, en lugar de haber sido confiscadas, habían quedado en manos de sus dueños para que éstos cultivasen alimentos destinados a las tropas alemanas. Allí, una mujer ilegal asumía el papel de institutriz, criada, niñera, cocinera o costurera y un hombre trabajaba en los campos o en el molino. Otros se escondían con campesinos o bien en escuelas comunitarias. Una de esas casas de campo, cuyo dueño era Maurycy Herling-Grudzinski, estaba sólo a ocho kilómetros al oeste del centro de Varsovia. En un momento dado se llegaron a esconder allí alrededor de quinientos refugiados.

Incluso cuando se habían ido los Invitados y parientes, la invernada casa incluía a dos excéntricos inquilinos. Según Antonina, el primero que llegó, Wicek (Vicente) pertenecía a una familia aristocrática de impecable linaje. «Su madre era miembro de una famosa especie de conejos dorados» conocidos como liebres árticas, una raza cuyas crías nacen de color negro brillante y van haciéndose grises a medida que alcanzan la adolescencia. Los húmedos vendavales del invierno hacían que Wicek temblase terriblemente en la conejera del jardín, por lo que Antonina lo introdujo en la casa al relativo calor del comedor durante el día y bajo las múltiples capas de sábanas de la cama de Ryś durante la noche. Cada mañana, mientras Ryś se vestía para ir al colegio, Wicek salía de entre las sábanas y saltaba por el pasillo hasta el hueco de la escalera. Después descendía cuidadosamente los estrechos escalones y abría con el hocico el divisor de madera para colarse en la cocina, donde se acurrucaba junto a la puerta de cristal de la estufa. Allí aplastaba sus largas orejas contra su espalda para añadir calor y estiraba una de las patas traseras mientras las otras tres las escondía debajo de su cuerpo. Dotado por naturaleza con unos ojos color ámbar perfilados de negro a modo de jeroglíficos egipcios, tres capas de pelo, largas patas que actuaban como raquetas de nieve e incisivos más largos de lo normal para roer musgo y líquen, rápidamente desarrolló costumbres y gustos desconocidos anteriormente en la cultura conejil, así como la personalidad de un águila agrifada.

Al principio, siempre que Ryś se sentaba a cenar, Wicek se colocaba sobre uno de sus pies como si fuera una zapatilla peluda, agachándose instintivamente tal y como hacen las liebres en los vendavales del ártico. Posteriormente, cuando Wicek se hizo grande y musculoso, botaba por la casa como una pelota de goma vulcanizada. A la hora del almuerzo, saltaba directamente desde el suelo hasta el regazo de Ryś, colocaba sus patas frontales sobre la mesa y alcanzaba la comida del niño. Vegetarianas por naturaleza, las liebres árticas pueden recurrir en un momento dado a

la corteza de los árboles y a las piñas que caen de ellos, pero Wicek prefería robar una chuleta de caballo o una tajada de ternera y, dando brincos, alejarse a degustarlo en alguna esquina oscura. Según Antonina, el animal corría hacia la cocina en cuanto escuchaba el ruido sordo de su mazo para ablandar la carne, saltaba sobre un taburete, de allí hasta la mesa y robaba una tajada de carne cruda para escapar después con su trofeo y degustarlo como si fuera una pequeña pantera.

Durante las vacaciones, un amigo envió kielbasa a los Żabiński y Wicek se puso realmente pesado, pidiendo constantemente sobras y asaltando a cualquiera que descubriese comiéndose una salchicha. Con el tiempo, también descubrió los embutidos escondidos encima de un piano que había en la oficina de Jan, junto a la cocina. En teoría, las resbaladizas patas del piano disuadían a los ratones hambrientos, pero resultó que no causaban el mismo efecto en las liebres hambrientas. Con todo este saqueo, Wicek pronto se convirtió en un matón gordo y peludo. Siempre que se iban de casa le encerraban en un armario, puesto que había comenzado a comerse la ropa. Un día mordisqueó el cuello de la chaqueta de Jan, que colgaba de una silla y en otras ocasiones hizo lo mismo con un sombrero de felpa y el abrigo de alguien que estaba visitándoles. Bromeaban diciendo que era un conejo atacante, pero algo más serio Antonina escribió que siempre que observaba el mundo humano o animal se encontraba con comportamientos «chocantes e impredecibles».

Cuando un pollo enfermizo se unió a la familia, Antonina le ayudó a recuperarse y Ryś quiso que fuese otra mascota, llamándola Kuba (Jacobo). En los tiempos anteriores a la guerra, la casa había albergado animales más exóticos, incluyendo una juguetona pareja de crías de nutria, pero los Żabiński continuaron con su tradición de que las personas y los animales coexistieran bajo el mismo techo, invitando una y otra vez a sus vidas y a su ya de por sí tensa familia a los animales abandonados. Siendo guardas de zoo por vocación y no por casualidad, a pesar de la guerra y de la escasez de alimentos necesitaban permanecer siempre entre animales para sentirse bien, y Jan sentía que tenía que continuar con sus investigaciones referentes a la psicología animal. Según él, «La personalidad de los animales se desarrollará según sean criados, entrenados y educados, no se pueden establecer generalizaciones. Como os dirán los amos de perros y gatos, no hay dos que se parezcan. ¿Quién se podía imaginar que un conejo aprendería a besar a un humano, a abrir las puertas o a recordarnos que era la hora de la cena?»^[1] La personalidad de Wicek también intrigaba a Antonina, quien le describió como «insolente», astuto hasta rozar lo antinatural e incluso como un animal que en ocasiones inspiraba temor. Un conejo que besaba, perseguía y era carnívoro se trataba del mejor material para los cuentos de hadas y de un buen tema para uno de sus libros infantiles. Antonina llevaba la cuenta de sus correrías y le observaba agazaparse a la espera, con las orejas tan alerta como radares, siguiéndole la pista a cualquier sonido, esforzándose para descifrarlo.

El zoológico que existía de puertas adentro era un entretenido circo de rituales, olores y ruidos que tenía el añadido del juego y la risa, un tónico para todo el mundo,

especialmente para Ryś. Antonina pensaba que los animales le distraían de la guerra, por tanto, tuvieran plumas o caminasen a cuatro patas, contasen con garras o con pezuñas, apestasen a almizcle de tejón o fuesen tan inodoros como un cervatillo, con el tiempo todos formaron parte del zoo particular del niño en el interior de la reserva de la casa que a su vez estaba dentro del Zoo de Varsovia: una muñeca rusa de zoológicos.

En la casa, algunos miembros del clan de Antonina orinaban sobre las patas de la mesa o de las sillas mientras que otros arañaban y roían o saltaban por los muebles, pero ella lo disfrutaba como se hace con un niño o un alumno al que durante un rato se le deja hacer lo que quiera. Las normas de la casa establecían que Ryś era el encargado de cuidar de las mascotas, como si fuera un miniguarda de zoológico que cuidaba de un pequeño feudo de gnomos aún más necesitados que él. Esto le mantenía ocupado con importantes tareas en las que podía lucirse en una época en la que todo el mundo parecía tener secretos y responsabilidades.

No había manera de que un niño tan pequeño pudiera comprender la red de contactos sociales, sobornos, trueques, altruismo recíproco, mezquinos chantajes, mercado negro, corrupción y puro idealismo de la Varsovia de la guerra. Una casa «bajo una loca estrella» ayudaba a todo el mundo a olvidar el aún más loco mundo durante unos minutos, a veces horas, si se tomaba el momento como una fluida cadena de sensaciones, juegos, tareas y voces. El estado mental de embeleso al vivir de momento en momento surge naturalmente en tiempos de peligro e incertidumbre, pero también se trata de una política del cuidado que Antonina cultivaba para sí misma y para su familia. Una de las virtudes más destacables de Antonina era su determinación para incluir los juegos, los animales, el asombro, la curiosidad, la maravilla y el resplandor de la inocencia en un hogar donde todos esquivaban los peligros ambientales, los horrores y la inseguridad. Para esto se necesita un tipo especial de valor que rara vez se aprecia en tiempos de guerra.

Mientras el rabino Saphira predicaba la meditación de la belleza, lo sagrado y lo natural como vías para trascender el sufrimiento y mantener la cordura, Antonina llenaba la casa de distracciones inocentes en forma de rata almizclera, gallo, liebre, águila, hámster, gatos y crías de zorro que conducían a la gente a un mundo natural atemporal al mismo tiempo que habitual y novedoso. Al centrar su atención en el característico ecosistema y las peculiares rutinas de la casa, podían descansar por un tiempo mientras las necesidades y los ritmos de las diferentes especies se mezclaban. Las vistas del zoo todavía ofrecían árboles, pájaros y un jardín; las dulces flores de los tilos aún colgaban como globos aromáticos y, cuando anochecía, la música del piano coronaba el día.

Esta mezcla sensorial se hizo aún más necesaria a medida que docenas de nuevos Invitados llegaban con relatos horripilantes acerca de la brutalidad nazi. Los Żabiński les acogían, consiguiendo así el apoyo de «grupos y contactos clandestinos, algunos verdaderamente extraños», tal y como los describía Irena Sendler (nombre clave:

Jolanta). Hija de un médico cristiano con muchos amigos judíos, reestructuró su trabajo en el Departamento de Asistencia Social, reclutó a diez personas afines y comenzó a expedir documentos que no eran auténticos y que iban con firmas falsificadas. Consiguió un pase legal para el gueto mediante una «estación sanitaria-epidemiológica» que supuestamente trataba las enfermedades infecciosas. En realidad, los trabajadores sociales «pasaban en secreto comida, medicamentos, ropa y dinero al mismo tiempo que liberaban al mayor número de gente posible, sobre todo a niños». Esto significaba primero convencer a los padres de que entregasen a sus hijos y luego encontrar formas de sacar a los pequeños —en bolsas, cajas, ataúdes, a través del antiguo juzgado o de la iglesia de Todos los Santos— y dejarles con familias católicas o en orfanatos. Un tarro que ocultaba enterrándolo en el jardín contenía los nombres verdaderos de los niños, de modo que después de la guerra pudieran reunirse con su familia. Las monjas escondían frecuentemente a los niños en orfanatos cercanos a Varsovia. Algunas de ellas estaban especializadas en niños con aspecto semita, a quienes vendaban la cabeza o la cara como si estuvieran heridos.

Los Żabiński recibían el mensaje, por teléfono o vía mensajero, de que iba a llegar un Invitado para quedarse por un corto periodo de tiempo, e Irena misma les visitaba frecuentemente con noticias, simplemente para charlar un rato o para esconderse cuando su oficina era vigilada. Más adelante fue capturada por la Gestapo y torturada brutalmente en la prisión de Pawiak, pero escapó con la ayuda de la Resistencia y se convirtió en una de las Invitadas favoritas del zoológico.

El gobierno en el exilio de Polonia, con base en Londres, tenía una estación de radio y organizaba misiones tomando prestados aviones, agentes y recursos británicos. Pasaban a escondidas dinero que llevaban unos paracaidistas abrochado en un cinturón que podía contener hasta 100 000 dólares, así como las direcciones de los destinatarios escritas en clave. Los agentes polacos conocidos como cichociemni (que se pronuncia chico-chimni), «los oscuros y silenciosos», también llevaban armas, kits para fabricar armas y planos. Según el testimonio de un cichociemni, para reducir al mínimo la dispersión su grupo saltó a menos de un kilómetro de distancia y apuntó a «una cruz de flores rojas y blancas tan a la vista que resultaba una insolencia, allí en medio de un gran claro del bosque». Abriéndose camino por entre los pinos, aterrizó sobre sus pies y se encontró con un hombre que llevaba un casco y que rápidamente le dijo la contraseña y le tendió la mano. Los jóvenes que estaban en el campo aparecieron para transportar las cajas y recoger los paracaídas, a partir de los cuales las mujeres podrían confeccionar blusas y ropa interior. Tras entregar un mensaje codificado del comandante en jefe al comandante de la Guardia Popular, se tomó la dosis regular de Excedrin con cafeína para mantenerse alerta y guardó una píldora de cianuro en un bolsillo especial de sus pantalones. Le llevaron a una escuela donde una bella directora le dio beicon y una tortilla de tomate. Al alba siguió su camino. Algunos de los paracaidistas se unieron a las unidades locales y muchos otros lucharon en el levantamiento de Varsovia de 1944. De los 365 mensajeros, 11

murieron; 63 aviones fueron derribados y sólo la mitad de los 858 lanzamientos tuvieron éxito. Pero suministraban refuerzos a una incansable Resistencia descrita tanto por aliados como por enemigos como la mejor organizada de toda Europa. Necesitaba serlo, puesto que el Tercer Reich había señalado a los polacos como merecedores de un castigo especial.

Por aquel entonces, Jan había profundizado en su trabajo con la Resistencia y enseñaba biología general y parasitología en la Facultad de Farmacia y Medicina Dental de la «universidad voladora» de Varsovia. Las clases tenían pocos alumnos y las aulas eran nómadas para evitar ser descubiertos, flotando de un lado de Varsovia a otro, en apartamentos privados, escuelas técnicas, iglesias, negocios y monasterios, dentro y fuera del gueto. Tenían un colegio de primaria, licenciaturas y doctorados en medicina y otras profesiones, a pesar de la falta de bibliotecas, laboratorios y aulas. Una triste ironía (o quizá se tratara de optimismo) movía a los doctores del gueto, quienes tan sólo podían consolar a aquellos pacientes moribundos a los que un poco de comida y medicamentos hubieran curado, y ésta consistía en el hecho de enseñar medicina avanzada a una futura generación de doctores. Cuando estalló la guerra, pensando en decapitar el país, los nazis habían acorralado y disparado a la mayor parte de los intelectuales polacos, luego habían prohibido la educación y la prensa, estrategia que tuvo un efecto retroactivo, pues no sólo hizo que aprender resultase atractivamente subversivo, sino que liberó a los intelectuales supervivientes para que pudiesen centrar todo su poder mental en hazañas de resistencia y sabotaje. Dentro y fuera del gueto circulaban periódicos clandestinos que contaban con un gran número de lectores y que solían almacenarse en los retretes judíos (que los alemanes evitaban escrupulosamente). En esta época de flagrante privación florecieron las bibliotecas, las universidades, el teatro, los conciertos e incluso los campeonatos varsovianos de fútbol.

Cuando llegó la primavera de 1942 volvieron a aparecer una vez más los Invitados, ocultándose en jaulas, cobertizos y armarios donde intentaban establecer rutinas diarias al mismo tiempo que vivían en un estado de pánico contenido. Expertos como eran con respecto a la distribución de la casa, a buen seguro que bromeaban acerca del sonido de los pasos de esta persona o de esta otra. Habría niños corriendo, carreras de pezuñas y garras, portazos, el timbre de un teléfono y algún que otro alarido fantasmal proveniente de unos animales peleándose. Al menos, en la época de la radio, se habían acostumbrado a escuchar las noticias para después añadirles imágenes mentales.

Antonina estaba preocupada por su amiga, la escultora Magdalena Gross, cuya vida y cuyo arte se habían descarrilado con el bombardeo del zoológico, el cual no sólo era su taller al aire libre sino también su brújula en los dos sentidos, como reino de la imaginación para su trabajo y como el camino que deseaba tomar en su vida. Antonina escribió en su diario acerca del éxtasis de Gross, de cómo los animales la absorbían hasta que se perdía en su esencia durante horas, ignorando a los visitantes

del zoo que la observaban en silencio. Jan, de siempre amante de lo que él denominaba «las artes plásticas», también admiraba enormemente su trabajo.

Siendo la pequeña escultura su especialidad, Gross había retratado aproximadamente a dos docenas de animales de forma realista e ingeniosa, a punto de hacer un movimiento familiar o con rasgos característicamente humanos. Un camello con la cabeza hacia atrás sobre una de sus jorobas y las piernas abiertas, como cogido en mitad de un estiramiento. Una joven llama con las orejas tiesas espiando algo comestible. Un cauteloso ganso japonés alzando su afilado pico hacia el cielo mientras mira de reojo al espectador, como «una mujer hermosa pero tonta», había explicado Gross. Un flamenco con un caminar parecido al de Chaplin, su talón derecho alzado. Un faisán macho exhibiéndose delante de su harén. Una gallina exótica agachada y trotando a gran velocidad, «como un comprador que va pensando en hacerse con unos arenques». Un ciervo mirando hacia atrás con el cuello estirado al escuchar un ruido. Una garza de ojos brillantes, largo pico, hombros curvos y barbilla hundida en su enorme pecho lleno de pelusa con la que Magdalena se identificaba a sí misma. Un gran marabú con la cabeza metida entre sus hombros. Un alce olisqueando para captar a su pareja. Un gallo peleón, listo para luchar, poniendo los ojos en blanco.

Gross buscaba las insinuaciones de la carne que eran únicas en cada animal: cómo movían las caderas y los hombros para mantener el equilibrio y la forma en que amenazaban a sus rivales o mostraban sus emociones. Le gustaban las pequeñas flexiones y doblaba sus propios brazos y piernas para comprender el funcionamiento de los músculos y los huesos de sus modelos. Jan, consejero de Magdalena Gross, estaba fascinado por el diseño total de los animales, por su centro de gravedad y por su geometría, por el modo en que, por ejemplo, equilibran su masa corporal sobre dos patas tan finas como ramillas mientras que las más numerosas formas y texturas de los mamíferos necesitan el apoyo de cuatro patas gruesas. Con sus estudios universitarios de ingeniería agrícola, zoología y bellas artes, Jan pudo perfectamente dejarse influir por el encantador clásico de Darcy Wentworth Thompson. *Sobre el crecimiento y la forma* (1917), un estudio de ingeniería biológica que examina temas como la arquitectura de la columna vertebral o de los huesos de la pelvis que evitan el dolor del torso. Magdalena dedicaba meses a la creación de cada escultura. Seleccionar una pose que plasmase la esencia del animal a partir de un gran repertorio requería tiempo y un poco de obsesión, un éxtasis de la imaginación que Gross amaba. Sus esculturas muestran esta alegría.

Antonina solía alabar su maestría y se preguntaba qué lugar ocuparía Magdalena en la larga saga de seres humanos que representaban a los animales en su arte, remontándose esta tendencia al Paleolítico, cuando a la luz de una tea los seres humanos dibujaban búfalos, caballos, renos, antílopes y mamuts sobre las paredes de las cuevas. No estaban exactamente dibujados; a veces los pigmentos se soplaban cuidadosamente sobre la pared (la réplica perfecta a láser de la cueva de Lascaux se

decoró empleando esta técnica). Los fetiches animales tallados con cuernos y piedras se sumaban al relicario, bien para su culto o bien para uso de los cazadores en las ceremonias sagradas de las cuevas. En relieve sobre las paredes de piedra caliza, los animales galopaban a través de ritos de iniciación, alumbrados tan sólo por una luz que parpadeaba en una oscuridad bajo la cual los latidos del corazón y el ruido de las pezuñas podían confundirse fácilmente.

A comienzos del siglo xx y en el periodo de entreguerras que supuso el apogeo del dadaísmo y del surrealismo (ninguno de los cuales era tanto un ismo como una idea acerca del papel del arte en la vida y de la vida como arte), la escultura animal floreció en el arte polaco, auge que se prolongó a lo largo de la Segunda Guerra Mundial y también después. A los ojos de Antonina, la obra de Magdalena formaba parte de la fluida tradición de los animales mágicos que adornaban el arte de la antigua Babilonia, Asiria, Egipto, el Lejano Oriente, México, Perú, la India y Polonia.

Magdalena primero hacía un modelo en arcilla antes de trasladarlo al bronce, y durante esta etapa permisiva solía pedirle a Jan su opinión acerca de los detalles anatómicos de su trabajo, a pesar de que él le contaba a Antonina que la artista rara vez se equivocaba. Cada escultura llevaba muchos meses. Magdalena calculó que hacía una media de una escultura de bronce al año, porque estudiaba cada pedazo y cada fibra de su modelo, y era difícil dar un descanso al maniquí de arcilla. Una vez, cuando alguien le preguntó si le gustaba su obra finalizada, ella respondió: «Contestaré a tu pregunta dentro de tres años». Moldeó sólo dos especies en peligro de extinción —el alce europeo y el bisonte—, dedicando dos años al segundo, un regalo especial para Jan. Por supuesto, los animales del zoo se negaban a posar —con frecuencia echaban a volar, se marchaban dando saltos o se escondían de ella—, y los salvajes sólo miraban a los ojos cuando iban a comer, aparearse o luchar. El observarles constantemente calmaba a Magdalena, lo cual a su vez les calmaba a ellos, y con el tiempo le permitieron examinarles durante más tiempo.

Pese a su fama (su Bisonte y su Comedor de abejas ganaron medallas de oro en la Exhibición Internacional de Arte de París), Antonina consideraba a Gross una mujer sorprendentemente modesta, entrañablemente optimista y simplemente enamorada de los animales y del arte. Antonina recordaba cómo Gross encandilaba a los animales, a sus cuidadores y a sus guardas: «Todo el mundo celebraba la presencia de esta pequeña y optimista “señora Madzia”, con sus ojos oscuros y alegres, siempre moldeando su arcilla con delicadeza y deleite». Cuando los judíos fueron obligados a vivir en el gueto, Gross se negó, lo cual no era fácil bajo ningún concepto, porque aquellos que vivían en la superficie tenían que disfrazarse de arios y fingir constantemente, ensayando el lenguaje polaco de la calle así como su acento. Las cifras varían, pero las más fiables, provenientes de Adolf Berman (quien les ayudó y lo documentó todo exhaustivamente), calculan que todavía había entre 15 000 y 20 000 personas en la clandestinidad incluso en 1944, y Berman suponía que el número era muy superior. En Secret City, un estudio de los judíos que en algún

momento vivieron en la parte aria, Gunnar Paulsson calcula que eran cerca de 28 000.

[2] Como bien dice, con cifras tan altas estamos realmente hablando de una ciudad dentro de otra, compuesta por fugitivos, con su elemento criminal (chantajistas, extorsionistas, ladrones, policías corruptos y codiciosos caseros), trabajadores sociales, vida cultural, publicaciones, cafés y su propia jerga. Los judíos en la clandestinidad eran conocidos como gatos y sus escondites como melinas (del polaco, significa «guarida de ladrones»). Si una melina era descubierta, se decía que estaba quemada. «Si eran unos 28 000 judíos, probablemente de 70 000 a 90 000 personas les estaban ayudando y de 3000 a 4000 eran *szmalcownik*s [chantajistas, proviene de la palabra polaca para designar a la manteca de cerdo] y demás individuos malvados», escribe Paulsson, «[esta] población sumaba más de 100 000, probablemente excediendo el tamaño de la Resistencia polaca de Varsovia, que contaba con 70 000 miembros en 1944».

El más mínimo descuido podía delatar a un gato. Por ejemplo, no saber el precio del billete del tranvía, parecer demasiado distante, no recibir suficientes cartas o visitas o no formar parte de la tradicional vida social de un bloque de viviendas. Sucesos como éste, descrito por Alicja Kaczynska:

Los inquilinos se visitaban los unos a los otros [...] intercambiaban noticias acerca de la situación política, solían jugar al *bridge* [...] Cuando regresaba a casa por la noche [...] me detenía en el pequeño altar a la entrada de nuestro edificio. Toda Varsovia tenía altares de ese estilo en las entradas y toda Varsovia cantaba: «Escucha, Jesús, cómo suplica tu gente / Escucha, escucha e intercede». Los inquilinos de mi edificio se reunían para rezar ante el altar.^[3] Paulsson habla de «la hija de Helena Szereszewska, Marysia, que se consideraba completamente integrada y caminaba con total libertad», y quien «una vez vio varios limones (casi imposibles de conseguir durante la guerra) en un puesto del mercado. Por curiosidad, preguntó el precio, y cuando el tendero le informó de la elevada suma, exclamó “¡Jesús y María!” como hubiera hecho cualquier católico polaco. El tendero le comentó solapadamente: “¡Les conoce desde hace tan poco tiempo, señorita, y ya les está llamando por su nombre!”».

Gross se alojaba con una anciana y se dedicaba a repartir tortas y pastas para varias pastelerías, con lo cual ganaba lo justo para sobrevivir. Solía arriesgarse a dejar el apartamento para encontrarse con amigos en una cafetería frecuentada por gatos. Los judíos en la clandestinidad a veces se encontraban en un café del número 24 de la calle Miodowa, o en otro de la calle Sewerynów, donde podían cenar en «el Centro de la Comunidad Católica de San José, que tenía un restaurante que nos gustaba mucho. El hecho de que estaba en una parte tranquila de la calle y que el servicio de las monjas era tan agradable atraía a muchos judíos al lugar... Casi todos los judíos ocultos en Varsovia lo conocían, y además ofrecía un respiro de una hora de la crueldad que les aguardaba fuera».

Siempre que Gross dejaba el apartamento podía ser reconocida y denunciada, pero en un ambiente de ejecuciones diarias y redadas en las casas, Antonina se preocupó cuando escuchó el rumor de que los nazis habían empezado a peinar las casas del vecindario de Magdalena a distintas horas, removiendo los áticos y los sótanos en busca de judíos escondidos.

Capítulo 19

Antonina se encontraba en la cocina amasando el pan, un ritual diario, cuando escuchó la voz nerviosa de Ryś en la puerta trasera:

—¡Rápido, Estornino! ¡Ven aquí!

Al parecer, su hijo tenía un nuevo amigo animal, y a ella le gustaba su elección de especie. Los estorninos siempre le habían cautivado, con sus «largos y oscuros picos, sus saltitos ligeros y sus alegres cacareos», y disfrutaba viéndoles saltar y desenterrar gusanos, moviendo con destreza tanto la cola como la cabeza. El banquete de los estorninos siempre anunciaba que el final del invierno estaba cerca y que «la tierra está ablandando su tripa para la llegada de la primavera». Las bandadas de estorninos componen formas maravillosas cuando dan vueltas en el cielo, como por ejemplo las riendas de una troika, una alubia o una concha. Se dan la vuelta como si fueran una unidad, durante un segundo desaparecen y de pronto reaparecen como si saliesen de un pimentero. Dando brincos y revoloteando le recordaban a Antonina a unos «bufones cubiertos de plumas», como escribió en sus memorias, y le alegró imaginar a Ryś capturando a uno y haciéndose su amigo. De pie junto al fregadero, con las manos en la masa pegajosa, le dijo a su hijo por encima del hombro que estaba demasiado manchada para saludar a su nuevo tesoro, pero que lo haría más tarde. Justo entonces se abrió la puerta de la cocina y de pronto comprendió el verdadero significado de las palabras de Ryś. Allí estaba Magdalena Gross con un viejo abrigo de verano y un par de zapatos destrozados.

Todos los Invitados y los amigos ocultos tenían nombres de animales, y el de Magdalena era «Estornino» en parte porque a Antonina le gustaba esa especie de ave pero también porque se veía a sí misma «volando de nido en nido» para evitar que le cogieran, a medida que una melina tras otra se convertían en quemadas. Alguien que pasase por allí no se sorprendería al escuchar nombres de animales en el zoológico. Además, seguro que a Jan y a Antonina el hecho de mencionar a estos animales les sentaba bien, como si estuviesen proporcionando un poco de normalidad a sus vidas.

En los bulliciosos callejones de la Polonia ocupada, la fama de la que Magdalena había gozado antes de la guerra ahora le ponía en peligro. ¿Qué pasaría si alguien de su pasado la veía y, con buena o mala intención, informaba de su paradero? Los rumores tienen las orejas grandes, y como dice un viejo dicho gitano, «el miedo tiene los ojos grandes». Con Magdalena en la casa, los otros Invitados debían ser el doble de prudentes, y Magdalena no se atrevía a mostrar su rostro, tan conocido en algunos círculos polacos. «Los ojos normalmente alegres de Madzia ahora están un poco tristes», escribió Antonina en su diario. Antonina y Jan a veces también le llamaban «Madzia», un apodo cariñoso que viene de Magda: cuando la fuerte g se convierte en una suave j suele transmitir afecto. «Echaba de menos la libertad y el apasionante estilo de vida que tenía antes de la guerra» y que incluía a gran cantidad de amigos artistas. En 1934, por ejemplo, Magdalena había ayudado a Bruno Schulz, un pintor

del estilo de Chagall que también escribía prosa fantástica, a encontrar editor para su primer libro, *Sklepy Cynamonowe* (traducida al inglés como *Cinnamon Shops*), una colección de relatos breves acerca de su excéntrica familia. Puso el manuscrito de Schulz en manos de otra amiga, la novelista Zofia Naikowska, quien calificó la obra como innovadora y brillante y le asesoró con respecto a su publicación.

Al estar escondida dentro de la casa durante el día, Magdalena no podía vagar por el zoológico en busca de modelos, por lo que decidió esculpir a Ryś.

—Es un lince —bromeó—. ¡Esta escultura debería salirme muy bien!

Un día, cuando Antonina estaba preparando la masa para hacer pan, Magdalena le dijo:

—Ahora puedo ayudarte yo a ti. He aprendido a hacer cruasanes deliciosos. A lo mejor no puedo esculpir arcilla ahora, ¡pero todavía puedo esculpir la harina!

Y así, introdujo la mano en un gran cuenco lleno de masa, provocando una pequeña nube blanca.

—¡Es una pena que una artista tan dotada como tú tenga que trabajar en la cocina! —lamentó Antonina.

—Sólo se trata de algo temporal —le aseguró Magdalena, empujándola con el codo para que le dejase a ella y poniéndose a amasar con sus poderosas manos—. Hay quien dirá que una mujer tan pequeña como yo no puede ser una buena pastelera. ¡Pues sí! ¡Los escultores desarrollamos una fuerza enorme!

Trabajar en la arcilla le había dado hombros poderosos y sus manos estaban curtidas por el oficio. En su círculo, el cual incluía a Rachel Auerbach y a la poetisa yiddish Deborah Vogel entre otras personas, lo que Bruno Schulz denominaba la «singular consistencia mística» de la materia importaba verdaderamente, lo mismo que las manos que la manejaban. Este era un tema de conversación que solían debatir en largas y profundas cartas literarias creadas en parte como una forma de arte. Pocas han sobrevivido pero, afortunadamente, Schulz recopiló varias de las suyas para sus relatos breves.

En París, antes de la guerra, Magdalena seguramente había estudiado las enérgicas esculturas de Rodin en el Museo Rodin, un pequeño edificio parecido a una caja de música y rodeado de rosales y musculosas esculturas. Estaba orgullosa de la forma en que las fuertes y ágiles manos acunan recién nacidos, construyen ciudades, plantan vegetales, acarician a los seres queridos, enseñan a los ojos la forma de las cosas —cómo aumenta un círculo, cómo suena la arena—, tienden un puente sobre los corazones solitarios, nos conectan al mundo, nos diferencian de los otros, se aferran a la belleza, piden lealtad, separan la comida del grano y muchas más cosas.

Magdalena sazonaba la casa con «un montón de rayos de sol, de energía y de optimismo —escribió Antonina—, rasgos que nunca perdió, ni siquiera en momentos de crisis terribles, y se enfrentó a algunas horrendas a lo largo de su vida. Nadie nunca la conoció deprimida». Antonina a veces se preguntaba cómo demonios habían vivido sin ella hasta entonces, porque se había convertido en una parte fundamental

del clan: compartían la vida, las preocupaciones cotidianas, las privaciones y las inseguridades. Ayudaba con las tareas de la casa y, cuando había demasiados invitados, cedía su cama y dormía sobre un baúl destinado a la harina, o en dos butacas unidas. «Haciendo honor a su apodo, Estornino silbaba ante las privaciones, cuando muchas personas en su situación se hubieran hundido en la miseria», recordaba Antonina en sus memorias. Siempre que se esperaba la visita de un extraño, Magdalena se escondía, y si el visitante parecía peligroso o, peor aún, quería subir al piso de arriba por algún motivo, Antonina la avisaba con su piano o, cuando eso no era adecuado, se ponía a cantar repentinamente. Consideraba a Magdalena «una granuja» y el coro de *Offenbach* de «¡Márchate, márchate, márchate a Creta!» le parecía la melodía de escapada perfecta para alguien tan bromista y animada.

Siempre que Magdalena escuchaba esa música corría a su escondite, el cual, dependiendo de lo que le apetecía en ese momento, podía ser el ático, un cuarto de baño o uno de los profundos armarios. Como le confesó a Antonina, solía ocultarse mientras se reía en silencio ante lo absurdo de la situación.

—Me pregunto —bromeaba a veces— qué me parecerá esta música cuando acabe la guerra. ¿Qué pasará si la ponen en la radio? ¿Saldré corriendo a esconderme? ¿Seré capaz de soportar esta canción de Menelao yendo a Creta?

Antaño, esta enérgica melodía contaba entre sus favoritas, pero la guerra juega a su antojo con las memorias sensoriales. La pura intensidad de cada momento, la irritante adrenalina y el pulso rápido vuelven profundos los recuerdos y graban cada pequeño detalle, haciendo que los acontecimientos sean imposibles de olvidar. Pese a que esto puede fortalecer la amistad o el amor, también puede contaminar tesoros sensoriales como la música. Si asociamos cualquier melodía con el peligro, nunca la volvemos a escuchar sin que palpite la adrenalina mientras la memoria golpea la conciencia y el miedo nos sacude. Magdalena no iba nada mal encaminada con su pregunta. Como ella misma dijo, «es una muy buena manera de arruinar la música genial...»

Capítulo 20

El nevado otoño de 1942 golpeó el zoológico con una furia desconocida. El viento azotaba los edificios de madera hasta que gemían, y removía los bancos de nieve hasta convertirlos en espumosos soufflés. Los bombardeos del principio de la guerra habían destrozado el terreno del zoo. Borrando sus puntos de referencia, la nieve caía con fuerza y ocultaba un grupo de nuevas grietas, cercas derribadas, caminos destrozados y dedos de metal dentados. Bajo el paisaje de nieve de aparente calma había por todas partes basiliscos de metal al acecho que confinaban a la gente en un laberinto de caminos sin nieve y pastos con pisadas.

La autonomía de Antonina disminuyó aún más al quedar coja por lo que parece haber sido una flebitis (no da muchas pistas), una dolorosa infección en las venas de las piernas que hacían que andar fuese una agonía y que conllevaron que guardase cama desde el otoño de 1942 hasta la primavera de 1943. Como mujer de treinta y cuatro años más activa de lo normal que era, odiaba estar recluida en su habitación, vestida con ropa muy gruesa, casi desaparecida bajo capas y más capas de sábanas y edredones («Me siento tan avergonzada e inútil», se quejó en su diario), cuando había una casa tan grande de la que encargarse. Ella era la muñeca rusa más grande, no sólo simbólicamente, sino porque daba la casualidad de que también estaba embarazada. Es difícil saber si realmente se formaron coágulos de sangre en sus piernas debido al embarazo, a que fumaba, a sus venas varicosas o a que los había heredado. Lo que está claro es que no se debieron a la inactividad o a la obesidad. Pero la flebitis puede ser peligrosa; en su forma más grave, la trombosis venosa profunda, un coágulo de sangre viaja al corazón o a los pulmones causando la muerte. Incluso la flebitis superficial o posiblemente la artritis reumatoide (una inflamación de las articulaciones) provoca que las piernas enrojezcan y se hinchen y requiere reposo total, por lo que, no teniendo otra alternativa, Antonina atendió a su corte desde la cama. Tanto su familia como los amigos y el personal del zoo iban a visitarla con frecuencia.

En junio de 1942, la Resistencia polaca recibió una carta escrita en clave que hablaba de un campo de exterminio en Treblinka, una ciudad que no estaba muy lejos de Varsovia. Se muestra aquí parte de la advertencia:

El tío está planeando (Dios nos asista) celebrar la boda de sus hijos en tu casa, también (Dios no lo quiera) [...] Ha alquilado una casa para él cerca de la tuya, muy cerca de la tuya, y probablemente no sepas nada de ello, por eso te escribo y mando a un mensajero especial con esta carta, para que estés informado. Es verdad, debes alquilar nuevas casas fuera de la ciudad para vosotros y para todos nuestros hermanos e hijos de Israel [...] Sabemos con toda seguridad que el tío ya casi tiene la casa lista para ti. Debes saberlo, debes encontrar una manera de escaparte [...] El tío planea celebrar la boda lo antes posible [...] Escóndete [...] Recuerda: somos sacrificios

sagrados, «y si dejas algo para la mañana siguiente...».^[1]

Tanto el historiador Emanuel Ringelblum (que escribió *Las relaciones polaco-judías durante la Segunda Guerra Mundial* escondido en un bunker de Varsovia) como los otros miembros de la Resistencia sabían exactamente lo que significaba esa carta. La críptica frase final se refería a las instrucciones de la Pascua Judía en el Éxodo 12:10: cualquier resto del cordero sacrificado debe ser quemado. Pronto llegaron noticias de Cheimno que hablaban de judíos que eran gaseados en furgonetas, y los refugiados de Wilno relataron las masacres que estaban teniendo lugar también en otras ciudades. Tales atrocidades seguían resultando imposibles de creer hasta que un hombre que había escapado de una cámara de gas y se había ocultado en un vagón de mercancías hasta llegar a Varsovia le contó a la gente lo que había visto. Aunque la Resistencia había difundido la noticia de Treblinka, algunas personas argumentaban que los nazis no se atreverían a cometer esas atrocidades en una ciudad tan importante como Varsovia.

El 22 de julio de 1942, comenzó en la calle Stawki la liquidación del gueto: 7000 personas fueron conducidas a la estación de tren, cargadas en vagones rojos para el ganado tratados con cloro y depositadas en las cámaras de gas de Majdanek. Para este «reasantamiento en el este» se les permitió empaquetar comida para tres días, todos sus objetos de valor y quince kilos de equipaje personal. Entre julio y septiembre de 1942, los nazis enviaron a 265 000 judíos de Varsovia a Treblinka, dejando tan sólo a 55 000 en el gueto, donde una Organización para la Lucha Judía conocida como ZOB (*Żydowska Organizacja Bojowa*) se había sublevado y estaba lista para el combate. Para que los condenados permanecieran tranquilos el mayor tiempo posible, la estación de tren de Treblinka mostraba la hora de llegada y de salida de los trenes, aunque ningún prisionero salió jamás. «Con una gran precisión, comenzaron a cumplir su demente objetivo —escribió Antonina—. Lo que al principio parecía el instinto sanguinario de un individuo pronto se convirtió en un método perfectamente diseñado para destruir naciones enteras». Otro de sus vecinos, que, como Szymon Tennebaum y el rabino Shapira, escogió quedarse en el gueto aun cuando se le ofreció una forma de escapar, fue el pediatra Henryk Goldszmit (seudónimo: Janusz Korczak), que escribió novelas autobiográficas y libros para padres y profesores con títulos tales como *Cómo hay que amar a un niño* y *El derecho del niño al respeto*. Para asombro de sus amigos, admiradores y discípulos, Korczak abandonó su carrera literaria así como la médica con el fin de fundar un orfanato progresista para niños y niñas de edades comprendidas entre los siete y los catorce años, y lo hizo en el número 92 de la calle Krochmaina.

En 1940, cuando los judíos fueron forzados a mudarse al gueto, el orfanato se trasladó a un club de ejecutivos abandonado en el «distrito de los condenados», tal y como lo describió en un diario escrito en páginas azuladas de papel de arroz que llenaba con detalles de la vida diaria en el orfanato, las imaginativas incursiones, las

contemplaciones filosóficas y el examen introspectivo.^[2] Es el relicario de un objetivo imposible que revela «cómo un hombre espiritual y moral luchó para proteger a los niños inocentes de las atrocidades del mundo adulto durante una de las épocas más oscuras de la historia». Conocido por su timidez y torpe con los adultos, creó una democracia ideal con los huérfanos, quienes le llamaban «Doctor Pan».

Allí, con ingenio, imaginación y buen humor, se dedicó a la «república de los niños», la cual tenía su propio parlamento, periódico y sistema judicial. En lugar de darse puñetazos, los niños aprendieron a gritar: «¡Te voy a demandar!». Todos los sábados por la mañana, cinco niños a quienes esa semana no habían puesto una demanda juzgaban los casos. Cada uno de los fallos se basaba en el «Código de Leyes» de Korczak, en el cual las cien primeras leyes trataban del perdón. Una vez le confesó a un amigo: «Soy médico por mi formación, pedagogo por casualidad, escritor por pasión y psicólogo por necesidad». Por la noche, tumbado en su catre de la enfermería, con restos de vodka y pan negro, escapaba a su planeta privado, Ro, donde un amigo imaginario astrónomo, Zi, había tenido éxito por fin construyendo una máquina que convertía la resplandeciente luz solar en fuerza moral. Al emplearla para conseguir la paz por todo el universo, Zi se quejó de que funcionaba en todas partes menos en «el agitado Planeta Tierra», y debatieron acerca de si Zi debería destruir la sangrienta y bélica Tierra. El Doctor Pan le rogaba que tuviese compasión con los jóvenes del planeta.

Sus páginas azuladas reunían tanto sensaciones como caprichos e ideas que se le pasaban por la cabeza, pero no relataba los siniestros acontecimientos del gueto, como por ejemplo las deportaciones a los campos de la muerte que comenzaron el 22 de julio, el día de su sesenta y cuatro cumpleaños. En lugar de todo el tumulto que hubo aquella jornada, sólo escribió que había «una luna enorme y maravillosa» brillando sobre los desgraciados en «este desafortunado y demente barrio».

Pero, tal como muestran las fotografías, su perilla y su bigote habían encanecido, había bolsas debajo de sus intensos ojos oscuros y aunque con frecuencia soportaba «sínfisis, dolores, hernias y cicatrices», se negó a escapar del gueto dejando atrás a los niños, a pesar de las muchas ofertas que le hicieron sus discípulos de la parte aria.^[3] Le enfurecía escuchar a los niños hambrientos y llenos de sufrimiento comparar sus enfermedades «como si fuesen ancianos en un asilo», escribió en su diario. Necesitaban formas de trascender el dolor, por lo que les animó a rezar cosas como ésta: «Gracias, Señor Misericordioso, por haber dotado a las flores de olor, a los gusanos luminosos de luminosidad y por hacer que brillen las estrellas en el cielo»^[4] Poniéndose como ejemplo, les enseñó el alivio mental de las tareas meditadas, como la lentitud atenta de recoger los cuencos, las cucharas y los platos después de comer:

Cuando yo mismo recojo los platos, puedo ver los que están rotos, las cucharas que están torcidas, los arañazos en los cuencos... Puedo ver cómo despilfarran los descuidados comensales, de forma en parte semiaristocrática y en parte maleducada,

las cucharas, los cuchillos, los saleros y las tazas [...] A veces observo cómo se distribuyen las sobras y quién se sienta al lado de quién. Y se me ocurren algunas ideas. Porque si yo hago algo, nunca lo hago sin pensar.^[5] Se inventaba tanto juegos tontos como otros más profundos, y un día decidió poner en escena un drama inspirado por su afecto hacia las religiones orientales, La oficina de correos, escrita por el autor indio Rabindranath Tagore. La producción ha adquirido ahora un carácter simbólico, pues se estrenó el 18 de julio, tan sólo tres semanas antes de que los niños fueran enviados a Treblinka. En la obra, un niño llamado Amai que está postrado en la cama sufre en una habitación claustrofóbica y sueña con volar a una tierra donde un rey doctor le pueda curar. Al final de la obra aparece el doctor real, le cura y abre de par en par las puertas y las ventanas. Amai contempla el circo de estrellas. Korczak dijo que había escogido esa obra para ayudar a los niños atrapados y aterrorizados a aceptar la muerte de forma más serena.

Consciente de su calamidad y del pavor que sentirían cuando llegase el día de la deportación (6 de agosto de 1942) se unió a ellos a bordo del tren con destino a Treblinka porque, dijo, sabía que su mera presencia les tranquilizaría. «No abandonas a un niño enfermo por la noche, y no abandonas a los niños en momentos como éste». Una fotografía tomada en la Umschlagplatz (Plaza del Traslado) le muestra marchando, sin sombrero, con botas militares, dando la mano a varios niños. Le seguían otros 192 además de diez miembros del personal, y a todos les escoltaban soldados alemanes. Korczak y los niños subieron a los furgones de mercancías rojos, no mucho mayores que un gallinero, y que normalmente albergaban a setenta y cinco adultos en vertical, aunque en este caso todos los niños cabían fácilmente. El testimonio de Joshua Perle en La destrucción del gueto de Varsovia describe así la escena: «Había ocurrido un milagro, doscientas desgraciadas almas condenadas a muerte no lloraban. Ninguno intentó escapar. Ninguno intentó esconderse. Como golondrinas afligidas, se aferraban a su maestro y mentor, a su padre y hermano, Janusz Korczak.» En 1971, los rusos llamaron como él al asteroide que acababan de descubrir, 2163 Korczak, pero quizá le tenían que haber llamado Ro, que era el nombre del planeta con el que soñaba. Los polacos consideran a Korczak un mártir y los israelíes le veneran como uno de los Treinta y seis Hombres Justos, cuyas almas puras hacen que la salvación del mundo sea posible. Según la leyenda judía, estos pocos hombres, a través de su corazón bondadoso y sus buenas obras, evitan que este mundo tan cruel sea destruido.^[6] Gracias a ellos la humanidad se ha salvado. La leyenda cuenta que son gente normal y corriente, ni mucho menos perfecta o mágica, y que la mayoría no son reconocidos a lo largo de sus vidas, en las que escogen perpetuar la bondad incluso en medio del infierno.

Capítulo 21

Tras las grandes deportaciones de julio de 1942, la forma y la naturaleza del gueto pasaron de ser las de una ciudad colapsada de calles atestadas a las de un campo de trabajo lleno de talleres alemanes patrullados por las SS. En el grande y despoblado vecindario del sur, conocido como «el gueto salvaje», un cuerpo especial, la Werterfassung, recuperaba con esmero lo que podían entre las pertenencias abandonadas y remodelaban las casas abandonadas para uso alemán, mientras que los aproximadamente 35 000 judíos que quedaban eran realojados en bloques de viviendas cercanas a las tiendas y escoltados por guardias para ir y volver del trabajo. En realidad, de 20 000 a 30 000 judíos más vivían escondidos en el gueto, manteniéndose fuera de la vista, viajando por un laberinto de túneles subterráneos que iban de edificio en edificio, y sobreviviendo como parte de una economía laberíntica.

El otoño de 1942 también trajo consigo un nuevo grupo de la Resistencia que los Żabiński encontraron inmensamente esperanzador: Zegota, nombre en clave para el Consejo de Ayuda a los Judíos, una célula fundada por Zofia Kossak y Wanda Krahelska-Filipowicz con la misión de ayudar a los judíos ocultos en hogares polacos. Aunque su nombre formal era el comité de Konrad Zegota, no existía tal Konrad Zegota. Zofia Kossak (nombre en clave: «Weronika»), autora notable y conservadora nacionalista, se mezclaba libremente con las clases más altas, especialmente con la aristocracia terrateniente, y tenía amigos íntimos entre el clero católico. Por el contrario, Krahelska-Filipowicz, editora de la revista de arte *Arkady*, era una activista socialista, esposa del anterior embajador de Polonia en Estados Unidos y con amistades dentro de los líderes militares y políticos de la Resistencia. Entre ellas dos, conocían a muchísima gente, y las otras personas que reclutaron también tenían una red amplia de contactos profesionales, políticos y sociales. De eso se trataba, de crear un entramado humano desde todas las esquinas de la sociedad. Aleksander Kaminski, por ejemplo, figuraba en la Asociación Polaca de Scouts antes de la guerra, Henryk Wolinski pertenecía al Colegio de Abogados de Polonia y el miembro del Partido Sionista de izquierdas y psicólogo Adolf Berman dirigía Centos, una organización de asistencia social infantil dentro del gueto. La Unión de Escritores, la Asociación de Periodistas de la Resistencia, el Comité de Doctores Demócratas y los sindicatos de los trabajadores del ferrocarril, el tranvía y el departamento de sanidad pública colaboraban con Zegota. Como señalan Irene Tomaszewski y Tacia Werbowski en *Zegota: el rescate de los judíos en la Polonia de la guerra*. —«La gente de Zegota no era simplemente idealista sino también activista y los activistas son, por naturaleza, gente que conoce gente.»^[1] Zegota reunió un consorcio de grupos polaco-católicos y políticos. Su único propósito era el rescate, no el sabotaje ni la lucha y, debido a esto, se trataba de la única organización de este tipo

en la Europa ocupada de la guerra. Los historiadores le atribuyen haber salvado a 28 000 judíos en Varsovia. Su cuartel general estaba en el número 24 de la calle Zurawia, y lo llevaban Eugenia Wasowska (encuadernadora e impresora) y la abogada Janina Raabe. Había horas de oficina dos veces a la semana y también se podía proporcionar refugio temporal a algunas personas que estuvieran huyendo. En colaboración con la Resistencia polaca, conseguía dinero y documentos falsos para la casa de los Żabiński y rastreaba los pueblos de la periferia en busca de lugares donde también se pudieran esconder los Invitados del zoo. Mantener a una persona con vida requería frecuentemente poner a muchas otras en peligro, por lo que se trataba de una prueba constante, ya que tenían que resistir la propaganda y las amenazas de muerte. No obstante, entre 70 000 y 90 000 personas en Varsovia y su periferia arriesgaron sus vidas para ayudar a sus vecinos a escapar.^[2] Además de los rescatadores y de los miembros de la Resistencia había criadas, carteros, lecheros y muchos otros que no preguntaban nada acerca de las caras nuevas ni de las bocas de más que alimentar.

Cuando Marcelli Lemi-Lebkowski, un conocido abogado y activista, llegó al zoológico con documentos falsos proporcionados por la Resistencia e «importantes misiones clandestinas que cumplir», él y su familia fingieron ser refugiados del este que deseaban alquilar dos habitaciones, una para su esposa enferma y otra para sus dos hijas, Nunia y Ewa. Marcelli tendría que vivir en otra casa y visitarles de vez en cuando, porque un nuevo hombre circulando por la casa podría resultar difícil de explicar, no tanto como una mujer enferma y sus hijas. Su alquiler pagaba el coque para calentar las habitaciones del piso de arriba, lo cual significaba que más gente podría quedarse en la casa, entre ellos Marek y Dzius, dos chicos que formaban parte del Grupo Juvenil de Sabotajes del ejército de la Resistencia. Los chicos habían dejado flores en los lugares que los alemanes empleaban con frecuencia para disparar a los polacos, y habían garabateado en los muros y en las vallas: «¡Hitler va a perder la guerra! ¡Alemania morirá!», ofensas que se castigaban con la pena de muerte.

Aquel invierno, algunos de los inquilinos legales de toda confianza pagaban el alquiler, pero la casa acogía sobre todo a la gente perdida entre los mundos y que huía de la Gestapo. En aquel momento, los Invitados incluían a Irena Mayzel, Kazio y Ludwinia Kramsztyk, el doctor Ludwig Hirszfild (un especialista en enfermedades transmisibles), el doctor Roza Anzelówna del Instituto Nacional de Higiene, la familia Lemi-Lebkowski, la señora Poznariska, la doctora Lonia Tenenbaum, la señora Weiss (mujer de un abogado), la familia Keller, Marysia Aszer, la periodista Maria Aszerówna, Rachela Auerbach, la familia Kenigswein, los doctores Anzelm y Kinszerbaum, Eugenia Genia Sylkes, Magdalena Gross, Maurycy Fraenkel e Irene Sandler entre otros muchos. Según Jan, alrededor de trescientos en total.

Como si corriese una tinta invisible por sus venas, los fugitivos judíos y polacos sólo aparecían dentro de la casa a horas intempestivas en las que los Invitados y los inquilinos se unían en una sola familia. A consecuencia de esto, las tareas diarias de Antonina aumentaron, pero también tenía más ayudantes. Disfrutaba con las dos

jóvenes Lemi-Lebkowska, descubriendo con rapidez lo poco que sabían sobre cómo llevar una casa e introduciéndolas «rigurosamente» en los oficios de las esposas.

Un zoológico sin animales equivalía a una pérdida de tierras para los nazis, que decidieron construir allí una granja de peletería. Las pieles no sólo mantendrían calientes a los soldados alemanes que luchaban en el frente oriental (ya habían confiscado todas las pieles de los judíos del gueto para este propósito), sino que los excedentes podrían venderse para ayudar a financiar la guerra. Por cuestiones de eficacia, pusieron a un polaco al frente de la granja: Witold Wroblewski, un hombre mayor pero soltero, acostumbrado a vivir en soledad con animales de una granja de peletería. Como el paria en Frankenstein de Mary Shelley, observaba con envidia a quienes se encontraban en el interior de esa casa tan cálida y acogedora, «llena de luz y con olor a pan recién hecho», le dijo posteriormente a Antonina. Un día, para sorpresa de Jan y Antonina, llamó a la puerta y sin excusas ni pegas, anunció que se mudaba con ellos.

La suerte favoreció a los Żabiński, quienes pronto descubrieron que el «Hombre Zorro», como acabaron llamándole, era un polaco educado en Alemania que estaba a favor de su misión y era fiable. De lejos el ser humano más excéntrico de la casa, llegó con una gata, Balbina, y con lo que Antonina describió como «varios periquitos inseparables», nada más, ni siquiera posesiones personales. Se trasladó al viejo estudio de Jan, y pagó mediante coque y carbón, combustibles que necesitaban desesperadamente con el fin de calentar la casa. Aunque probablemente afectaba sobremanera a su vida como hombre de negocios, el Hombre Zorro no podía regirse por calendarios ni relojes, nombres de calles o números. A veces dormía en el suelo entre su pupitre y su cama, como si la fatiga le hubiese sorprendido de repente y no hubiese sido capaz de reunir la suficiente energía como para dar unos cuantos pasos más. Cuando sus compañeros de casa supieron que había tocado el piano profesionalmente antes de la guerra, entró en el círculo íntimo de los Żabiński porque, como a Magdalena le gustaba decir: «La Casa de la Buena Estrella respeta, sobre todo, a los artistas». Aunque todo el mundo le daba la lata para que tocara el piano, él se negaba una y otra vez. Entonces un día, exactamente a la una de la mañana, salió de su habitación, rozó silenciosamente el piano y de repente comenzó a tocar sin parar hasta que llegó la mañana. Después de eso, Magdalena organizó recitales de piano con regularidad por las tardes, tras el toque de queda. El Chopin y el Rachmaninoff de Witold fueron un maravilloso cambio frente a los desesperados gritos de «¡Márchate, márchate, márchate a Creta!».

Antonina solía escribir acerca de la gata gris del Hombre Zorro, Balbina, a la cual describía como apropiadamente seductora («siempre casándose, como una gata buena y normal»). Pero cada vez que Balbina tenía gatitos, el Hombre Zorro se los arrebató de la cesta y los sustituía por crías de zorro con el fin de que las amamantase. Antonina no cuenta lo que era de los gatitos, que quizá sirvieron de alimento para los omnívoros perros mapache de la granja de peletería (llamados así

por su parecido con los mapaches). Según los criadores, una zorra sólo debe amamantar a unos pocos cachorros cada vez, para asegurar que todos desarrollen pieles gruesas y saludables; utilizar a Balbina como nodriza para los cachorros que sobraban le pareció una solución ideal, aunque no muy agradable. «El primer día siempre era el más duro para ella —escribió Antonina—, podría jurar que había dado a luz a gatitos, pero al segundo día se daba cuenta de que habría sido su imaginación». Comprensiblemente confundida por su extraño olor y sus gruñidos, la gata descubría que los cachorros de zorro tenían apetitos voraces, y tras mucho chupar y mamar, finalmente terminaban oliendo como ella, a pesar de que sus continuos intentos para enseñarles las artes felinas fallaban en su mayor parte. Maullaba a su alrededor en «un tono de voz bastante distintivo [...] para mostrarles cómo hablaban los gatos normales», pero nunca consiguió que le devolviesen el maullido, y sus ladridos le asustaban continuamente. «En su corazón gatuno, le avergonzaba que ladrasen», meditó Antonina, añadiendo que las crías eran bocazas con «mal humor». Lo que sí que llegaron a dominar fueron los ágiles y felinos saltos sobre las mesas, armarios y estanterías más altas, y los habitantes de la casa se encontraban con frecuencia a un cachorro de zorro acurrucado sobre una sopera bávara, echándose la siesta sobre el piano o la cómoda.

Balbino, prefería la comida fresca, y salía a cazar todos los días para alimentar a su camada. Regresaba arrastrando con diligencia pájaros, conejos, ratones y ratas aunque, como pronto descubrió, debía cazar sin parar si quería calmar el hambre de sus voraces crías. Fuera, ella les guiaba: una pequeña y delgada gata atigrada seguida de una camada que medía tres veces su tamaño, con grandes hocicos y rabos negros y suaves que terminaban en un remate blanco. Les enseñó a perseguir a la presa agazapada como una esfinge, cómo saltar sobre la presa y, si uno se perdía, maullaba muy alto hasta que el joven zorro regresaba trotando obedientemente. Los cachorros de zorro espiaban a un pollo, le perseguían y, agazapándose sobre su estómago, saltaban sobre él con sus dientes afilados para desgarrarlo, gruñendo mientras se lo comían. Balbina les observaba desde la distancia.

Tras «dar a luz» varias carnadas de zorros, agotador y confuso como era, Balbina se acabó acostumbrando a su extraña manera de ser: ellos se volvieron semigatos y ella semizorra. Admirando lo buena ciudadana que era, pues nunca atacaba a las demás criaturas de la casa, Antonina escribió sobre la gata: «Es como si tuviera su propio código moral». Respetaba a los periquitos del Hombre Zorro, incluso cuando él les sacaba de la jaula; el conejo Wicek no le resultaba tentador, ni tampoco el pollito Kuba; no se molestaba en cazar al par de ratones que en ocasiones invadían la casa y si un pájaro perdido entraba en la casa (un mal presagio) le miraba perezosamente. Pero una nueva llegada revivió los instintos salvajes de Balbina.

En la primavera, un vecino llevó a un extraño huérfano para el real zoo de Ryś. Se trataba de una cría regordeta de rata almizclera con una piel marrón brillante, una panza entre amarilla y beige, un rabo largo y escamoso y pequeños ojos negros. Sus

patas frontales, con dedos, les sirven para construir refugios, sostener la comida o cavar madrigueras; cuando nadan, las peludas patas traseras actúan como los fuertes remos de una canoa. Quizá lo más extraño de todo sean los cuatro afilados dientes delanteros, que sobresalen de sus labios para poder comer tallos y raíces, espadañas y totoras mientras está debajo del agua sin tener siquiera que abrir la boca.

Antonina encontró fascinante a la criatura y le puso una gran jaula en el porche, añadiéndole una bandeja de revelado de cristal perteneciente a un antiguo cuarto oscuro a modo de piscina, ya que las ratas almizcleras son nadadoras por naturaleza. Ryś la llamó Szczurcio (Ratita), y ella pronto aprendió su nombre y se adaptó a la vida en la casa. Pasaba los días durmiendo, comiendo o revolcándose. Las ratas almizcleras salvajes no son fáciles de domesticar, pero en unas pocas semanas Szczurcio dejó que Ryś abriera su jaula, le llevase en brazos y le acariciase o rascase el pelaje. Cuando Szczurcio dormía, Balbina daba vueltas alrededor de su jaula como si fuera un puma, buscando una manera de colarse en ella. Cuando estaba despierta, le atormentaba jugando sin parar con la tina y salpicándole, cosa que ella odiaba. Nadie sabía por qué la rata almizclera tentaba tanto a Balbina, pero quien estuviera encargado de dar de comer a Szczurcio o de limpiar su jaula debía después asegurarse de cerrar la puerta de ésta con un alambre enrollado.

Antonina disfrutaba observando las exquisitas abluciones de la rata almizclera cada mañana. Szczurcio hundía su cara en el agua y resoplaba enérgicamente, se sonaba la nariz y se remojaba la cara con sus patas húmedas como un hombre que se está preparando para afeitarse. Se lavaba durante un buen rato, se zambullía en su tina, estiraba su cuerpo dejando ver su panza, luego se daba la vuelta y rodaba sobre el agua unas cuantas veces. Finalmente, dejaba la bañera y se sacudía el pelaje como si fuera un perro, salpicándolo todo. Era extraño, pero con frecuencia subía las paredes de la jaula y se sentaba en la percha como hacía el ocupante anterior de la jaula, Koko, la cacatúa. Allí, empleando sus dedos que previamente humedecía, se peinaba cuidadosamente el pelaje. Los visitantes encontraban un poco extraño que hubiera una rata almizclera posándose sobre una percha y atusándose como si fuera un pájaro, pero la casa albergaba una tripulación muy peculiar incluso en las épocas más tranquilas. Y además, era la mascota favorita de Ryś. Tras las abluciones de la mañana, Szczurcio comía zanahoria, patata, diente de león o cereales, aunque no cabe duda de que echaba de menos las ramas, la corteza y las raíces de los pantanos por las que las ratas almizcleras se vuelven locas.

Cuando se hizo demasiado grande para su pequeña tina, Antonina sustituyó ésta por un enorme tarro que Jan había utilizado una vez en un estudio sobre las cucarachas.^[3] Szczurcio saltó dentro del tarro en cuanto lo depositaron en la jaula y salpicó con tal despreocupación que Antonina trasladó su jaula a la cocina, donde el suelo era de baldosas de cerámica y el agua fresca estaba a mano.

—¿Sabes, madre? —dijo un día Ryś—, Szczurcio está aprendiendo a abrir su jaula, ¡no es estúpida!

—Pues no creo que sea tan lista —replicó Antonina.

Szczurcio pasaba horas jugueteando con el alambre, agarrando los extremos con sus dedos e intentando desenmarañarlo. Tras una noche de concienzudo trabajo, consiguió desenredar el alambre y levantar la puerta corrediza. Se deslizó por la pata de una silla hasta el suelo, escaló la tubería y llegó hasta el fregadero de la cocina, que para ella era como un pantano. Después saltó sobre la estufa, buscó un radiador caliente y se durmió sobre él. Allí le encontró Ryś por la mañana. La devolvió a su jaula, cerró la puerta y ató el alambre mucho más fuerte.

Temprano al día siguiente, Ryś atravesó la casa corriendo hasta llegar a la habitación de Antonina, donde gritó alarmado:

—¡Mamá, mamá! ¿Dónde está Szczurcio? ¡Su jaula está vacía! ¡No puedo encontrarla por ninguna parte! ¿Y si se la ha comido Balbina? Tengo que ir al colegio y papá está trabajando, ¡ayúdame!

Todavía postrada en cama, Antonina no pudo ayudar mucho con esta crisis tan temprana, pero otorgó poderes al Hombre Zorro y al ama de llaves, Pietrasia, para que organizaran una partida de búsqueda. Obedientemente, exploraron todos los armarios, sofás, sillones, esquinas, botas —cualquier agujero donde pudiera esconderse una rata almizclera—, sin éxito.

Puesto que no podía creer que la rata almizclera simplemente se hubiera «evaporado como el alcanfor», sospechó que Balbina o Zarka podrían estar detrás del asunto, y mandó que se las llevaran a su cama para inspeccionarlas con detenimiento. Tocó sus estómagos cuidadosamente en busca de algún bulto sospechoso. Si se hubieran comido un animal tan grande —casi del tamaño de un conejo— sus tripas seguirían a buen seguro hinchadas. No, estaban esbeltas como siempre, por lo que declaró a las detenidas inocentes y las dejó marchar.

De pronto, Pietrasia corrió a su habitación.

—¡Venga, rápido! —gritó— A la cocina. ¡Szczurcio está en la estufa de la chimenea! He hecho un fuego, como todas las mañanas, ¡y de pronto he escuchado un sonido horrible!

Ayudada por su bastón, Antonina se levantó despacio de la cama para ponerse de pie sobre sus piernas hinchadas. Bajó las escaleras con cuidado y cojeó hasta la cocina.

—Szczurcio, Szczurcio —llamó con dulzura.

Se escuchó un gruñido en la pared. Cuando una cabeza llena de hollín asomó por la chimenea, agarró el pescuezo de la fugitiva y la sacó. Tenía los bigotes llenos de mugre y las patas delanteras chamuscadas. Con delicadeza, le lavó una y otra vez con agua caliente y jabón, intentando eliminar el aceite de cocinar de su pelaje. Después le puso una pomada en las quemaduras y le devolvió a su jaula.

Riendo, explicó que una rata almizclera construye su refugio amontonando plantas y barro hasta formar una pila. Posteriormente, excava una madriguera debajo del nivel del mar. Esta rata almizclera quería un refugio y no una jaula, dijo, y ¿quién

podía culparla de intentar reproducir su mundo? Incluso había doblado los quemadores de metal para crear una ruta más fácil hacia la chimenea.

Cuando Ryś volvió del colegio aquella tarde, se sintió muy feliz al encontrar a Szczurcio de vuelta en su jaula. En la cena, mientras la gente llevaba la comida a la mesa, Ryś se recreó contando las aventuras de Szczurcio en el conducto de la estufa. Una niña pequeña se rió tanto que tropezó de camino a la cocina, derramando un cuenco de sopa caliente encima de la cabeza del Hombre Zorro y también sobre Balbina, que estaba sentada en el regazo de éste. El Hombre Zorro se levantó apresurado de su silla y se dirigió a su habitación, seguido de su gata. Cerró la puerta. Ryś corrió tras él, espió a través del ojo de la cerradura e informó a los demás:

—¡Se ha quitado la chaqueta! ¡La está secando con una toalla! ¡Ahora está secando a Balbina! ¡Está secándose la cara! Oh, no, ¡ha abierto la jaula de sus periquitos!

En ese momento, Magdalena ya no podía soportar más la intriga y abrió la puerta de par en par. Allí estaba el Hombre Zorro, el maestro de los conciertos caseros, de pie como una columna en medio de la habitación, con periquitos rodeando su cabeza como si fueran animales de un ti vivo. Unos segundos después se posaron en ella y comenzaron a escarbar entre su pelo, extrayendo y comiéndose los fideos de la sopa. Finalmente, el Hombre Zorro se dio cuenta del gran número de personas que había en su puerta esperando una explicación.

—Sería una pena desperdiciar una comida tan deliciosa —dijo, intentando explicar la extraña escena, como si lo que estuviera haciendo resultase de lo más natural.

Capítulo 22

Invierno, 1942

Normalmente, el tiempo suele deslizarse en un ronroneo incoherente, pero en la casa del zoo siempre cogía velocidad a medida que se iba acercando el toque de queda. Tenía entonces lugar una especie de solsticio: y el sol se detenía en el horizonte del día de Antonina. Los minutos parecían moverse tan lentos como los mimos: uno, una larga pausa, después otro. Debido a que cualquier persona que no regresase a casa para el toque de queda corría el riesgo de ser arrestada, golpeada o asesinada, cada hora se vivía como un misterio pagano. Todo el mundo conocía historias de terror del toque de queda, como aquella del amigo de Magdalena, el pintor y escritor Bruno Schulz, abatido a tiros por un vengativo oficial de la Gestapo en Drohobycz, el 19 de noviembre de 1942. Otro oficial de la Gestapo, Felix Landau, quien admiraba las pinturas macabras y a veces sadomasoquistas de Schulz, le había dado un pase para que pudiese salir del gueto y pintar unos frescos de cuentos de hadas en las paredes de la habitación de su hijo. Un día, Landau mató a un dentista judío que estaba bajo la protección de Günther, otro oficial, y cuando Günther vio a Schulz en el barrio ario después del toque de queda, dirigiéndose a casa con una barra de pan bajo el brazo, le disparó a modo de represalia.

Si todo el mundo llegaba a salvo, Antonina celebraba otro día sin contratiempos, otro día que no había sido dañado por los monstruos de los laberintos de la ciudad. El toque de queda atormentaba a Ryś, por lo que le permitía quedarse levantado y aguardar a que todo el mundo llegase a casa; entonces podía dormirse en paz, pues su mundo estaba intacto. Los años de guerra y de toques de queda no cambiaron el hecho de que todavía aguardase ansiosamente el retorno de su padre, tan imprescindible como la luna. Jan lo respetaba, y lo primero que hacía al llegar a casa es ir directamente a su habitación, quitarse la mochila y sentarse a charlar durante unos minutos acerca del día. Con frecuencia sacaba de su bolsillo algún pequeño tesoro. Una noche, su mochila estaba tan abultada que parecía llevar en ella costillas de hierro.

—¿Qué tienes ahí, papá? —quiso saber Ryś.

—Un tigre —dijo Jan, fingiendo estar muerto de miedo.

—En serio, ¿qué tienes ahí de verdad?

—Ya te lo he dicho, un animal peligroso —respondió su padre solemnemente.

Antonina y Ryś observaron a Jan levantar una jaula de metal que contenía algo peludo con forma de cobaya enana. Era de color castaño, con mejillas blancas y lunares a los lados como un caballo Sioux.

—Si quieres quedártelo, tuyo es —le anunció Jan—. Es el hijo de una pareja de hámsters que tengo en el Instituto de la Higiene... pero si te lo doy, ¿no se lo irás a dar de comer a Balbina, no? —bromeó.

—Papá, ¿por qué me hablas como si fuera un niño pequeño? —preguntó Ryś, ofendido. Había tenido todo tipo de mascotas en el pasado, le recordó, y jamás les había hecho algo tan malvado.

—Lo siento mucho —se disculpó Jan—. Cuídale bien, vigídale, porque es el único superviviente de una camada de siete. Desafortunadamente, la madre mató a los otros antes de que pudiese detenerla.

—¡Qué madre más horrible! ¿Por qué te la sigues quedando?

—Todos los hámsters tienen ese instinto cruel, no sólo su madre —explicó Jan—. Un marido puede matar a su mujer. Las madres pueden echar a las crías de la madriguera sin que les preocupe su suerte. Yo no quería privar a estos bebés de la leche materna tan pronto, pero por desgracia me equivoqué al calcular el mejor momento de hacerlo y sólo pude salvar a éste. No tengo tiempo para cuidar de él en el laboratorio, pero sé que tú harás un magnífico trabajo.

Antonina escribió que Jan y ella encontraban difícil decidir lo que debían contarle a un niño tan pequeño acerca del lado amoral y despiadado de la naturaleza sin asustarle (ya tenía bastantes sustos por culpa de la guerra), pero también pensaban que era importante que conociese el mundo real y aprendiese las verdaderas costumbres de los animales, comprensiblemente viciosos e inexplicablemente amables.

—He leído tantas historias sobre hámsters —dijo el niño, decepcionado— que estaba seguro de que eran animales simpáticos y trabajadores que almacenaban cereales para el invierno...

—Sí, eso es cierto —le aseguró Jan—. Durante el invierno, hibernan, lo mismo que los tejones, pero si se despiertan hambrientos en esa época, pueden comerse los cereales y volver a dormir hasta la primavera.

—Ahora es invierno, ¿por qué éste está despierto?

—Los animales se comportan de forma distinta en libertad. Cuando les capturamos viven sometidos a un horario que es antinatural para ellos, porque así a nosotros nos resulta más fácil cuidarlos, lo cual altera sus ritmos de sueño. Pero incluso si este hámster está despierto, su pulso y su respiración son mucho más lentos de lo que lo serán en verano. Puedes comprobarlo por ti mismo: si cubres su jaula se irá a dormir casi inmediatamente.

Ryś echó una sábana sobre la jaula y el hámster se acurrucó en una esquina, se recostó sobre sus ancas, hundió la cabeza en su pecho, se cubrió la cara con sus patas y se sumió en un profundo sueño. Con el tiempo, Antonina lo describió como un pequeño ser «bastante egocéntrico» y un «ruidoso glotón» que «prefería su propia compañía y una vida fácil». En una familia tan porosa, donde el tiempo animal y el tiempo humano danzaban juntos en espiral, tenía sentido identificar el paso de los meses no por la estación o por el año sino por la estancia de una visita influyente de dos o de cuatro patas. Para Antonina, la llegada del hámster «inauguró una nueva era en nuestra Arca de Noé, la que luego llamamos “La era del hámster”».

Capítulo 23

El Año Nuevo de 1943 llegó con Antonina todavía postrada en cama y, pasados tres meses, la claustrofobia y la falta de ejercicio habían minado su cuerpo y su espíritu. Solía mantener la puerta de su habitación abierta para poder unirse, aunque fuera de lejos, al revuelo de la casa y a la mezcla de olores y sonidos. El 9 de enero, cuando Heinrich Himmler visitó Varsovia, condenó a otros 8000 judíos al «reasantamiento», pero para entonces ya todo el mundo comprendía que «reasantamiento» significaba muerte, y en lugar de formar una fila como se les pedía, muchos se escondían mientras otros tendían emboscadas a los soldados y se escapaban por los tejados, creando la suficiente fricción como para frenar las deportaciones durante varios meses. Resulta sorprendente que el sospechoso servicio telefónico continuase, incluso en algunos búnkeres, aunque es difícil imaginar por qué los alemanes lo permitían, a no ser que pensasen que había electricistas geniales que aun así podrían conectar teléfonos ilegales o que la Resistencia tenía sus propios telefonistas.^[1] Un día, antes de que saliese el sol, los Żabiński despertaron, pero no debido al coro de gibones y guacamayos como solían hacerlo, sino al escuchar el estridente teléfono y, a través de él, a una voz que parecía llegar de la parte más remota de la luna. Maurycy Fraenkel, un amigo abogado que vivía en el moribundo gueto, preguntó si podía «visitarles».

Aunque no habían sabido nada de él durante bastante tiempo, al menos en una ocasión Jan le había visitado en el gueto, y sabían que era el «amigo más querido» de Magdalena, por lo que accedieron rápidamente. Antonina describió las siguientes horas como unas que estuvieron llenas de nervios para Magdalena, cuyos labios estaban azules, y su cara tan pálida que podíamos distinguir muchísimas pecas, normalmente apenas visibles. Sus fuertes y siempre ocupadas manos estaban temblando. El brillo había desaparecido de sus ojos, y sólo podíamos leer un único y doloroso pensamiento en su rostro: «¿Conseguiré escapar y llegar hasta aquí?».

Sí que lo consiguió, pero llegó devastado, torcido como una gárgola del Otro Lado, como la gente a veces llamaba al gueto, un término yiddish, *sitre akhre*, la parte oscura del mundo donde habitan los demonios y los zombis llevan «una cáscara o concha que ha crecido alrededor del brillo sagrado, ocultando su luz».^[2] El peso insoportable de la vida del gueto le había mutilado físicamente. Tenía la cabeza gacha sobre sus hombros curvados, la barbilla apoyada en su pecho y su respiración era pesada. Hinchada y roja por la escarcha, su nariz brillaba en contraste con un rostro pálido y enfermizo. Cuando entró en su nueva habitación, arrastró una butaca que había junto al armario de forma ausente y la colocó en la esquina más oscura de la habitación, donde se sentó encorvado, encogiéndose aún más, como si intentase hacerse invisible.

—¿Estáis de acuerdo en tenerme aquí? —preguntó con suavidad—. Estaréis en peligro... Hay tanto silencio aquí. Puedo entender...

Antonina se preguntó si su sistema nervioso, adaptado al alboroto de la vida en el gueto, encontraba esta repentina inmersión en la calma y el silencio algo enervante. Si minaba más su energía de lo que lo había hecho el angustioso mundo del gueto.

Nacido en Lwow, Maurycy Pawel Fraenkel sentía pasión por la música clásica, era amigo de muchos compositores y directores de orquesta y había organizado con frecuencia pequeños conciertos privados. Cuando era joven había estudiado derecho y se había trasladado a Varsovia, donde conoció a Magdalena Gross, cuyo don admiraba enormemente. Al principio se convirtió en su mecenas, después en un amigo íntimo y finalmente en su novio. Antes de la guerra, ella le había llevado al zoo, que a él le encantó, y había ayudado a los Żabiński a comprar varios furgones de mercancías llenos de cemento para utilizarlo en la renovación del zoológico.

Maurycy se acostumbró pronto a la vida al otro lado del río y del gueto y se fue atreviendo a salir de las esquinas y las sombras. Antonina escribió que su columna parecía haberse puesto más recta, pero nunca lo hizo completamente. Era un hombre sarcástico, aunque nunca se reía a carcajadas, y una sonrisa enorme solía iluminar su cara hasta que sus ojos se arrugaban y parpadeaban detrás de sus gruesas gafas. Antonina le encontraba tranquilo, bondadoso, amable y dulce. No sabía ser agresivo, aterrador ni desagradable ni siquiera un solo segundo. Por ello, en el gueto se mudaba cuando se lo ordenaban, sin pensárselo dos veces. Tras haber experimentado la verdadera tragedia de encontrarse allí, intentó suicidarse. Por suerte, el veneno que utilizó estaba demasiado rancio para que funcionase. Después de eso y sintiendo que no tenía nada que perder, decidió arriesgarse y escapar.

Sin documentos, no podía registrarse en ninguna parte, por lo que oficialmente dejó de existir durante mucho tiempo, viviendo entre amigos con aspecto demacrado y fantasmagórico, uno de los desaparecidos. Había perdido muchas voces: la de abogado, la de promotor y la de amante, por lo que no es de sorprender que encontrase difícil hablar e incluso ser coherente.

Mientras Antonina estuvo enferma, Maurycy se sentaba junto a su cama durante horas, recobrando lentamente su equilibrio espiritual, pensaba Antonina, así como las ganas de volver a hablar. Lo que más le pesaba era el riesgo tan colosal que creaba tan sólo con estar allí, y frecuentemente se refería a la amenaza que el gobernador Frank hizo el 15 de octubre de 1941, cuando decretó que todos los polacos que escondiesen judíos serían condenados a muerte. Todos los judíos que recibían ayuda tenían que lidiar con esta cuestión tan dolorosa, incluyendo la docena escondida en la casa y en el resto de los recintos de los animales. No obstante, Maurycy estaba especialmente obsesionado con la carga que añadía a la vida de los Żabiński. Una cosa era que él se arriesgase, le dijo a Antonina, pero la idea de extender una epidemia de terror por todo el zoo, el centro neurálgico de tantas vidas, acumulaba más culpabilidad de la que podía sobrellevar.

En la habitación de Antonina, las estanterías y los cajones descansaban sobre paredes blancas, y la cama estaba en un rincón bien visible desde el cual destacaba

cual colorido embarcadero. Todos los muebles habían sido confeccionados con madera de abedul plateado, un árbol abundante en Polonia, tan resistente como duradero. La madera era de un color pálido y sus fibras podían variar de las lisas a las que tenían aspecto de llamaradas, con nudos marrones aquí y allá y las ligeras huellas de los insectos que antaño habían atacado el tronco del árbol viviente.

En el sur de la habitación, junto a los grandes ventanales, una puerta de cristal se abría a la terraza cubierta; y en el norte tres puertas blancas conducían al pasillo, al ático y a un armario donde se escondían los Invitados. En lugar de los tiradores que tenían las otras puertas de la casa, el armario tenía una gran cerradura y, aunque no tuviera mucho espacio, un Invitado se podía acurrucar allí entre la suavidad de las telas y el reconfortante perfume de Antonina. Debido a que el armario se abría por ambos lados, como el baúl de un mago, un montón de ropa ocultaba cada puerta, no importaba el punto de mira. Con respecto a las medidas de seguridad, éstas eran adecuadas, pues la puerta del pasillo empezaba a medio metro sobre el suelo, por lo que el armario daba la impresión de ser poco profundo, lo cual se disimulaba fácilmente con una pila de ropa para hacer la colada o una mesita.

Un día, Maurycy, sentado en una butaca junto a la cama de Antonina, oyó al ama de llaves Pietrasia por las escaleras y se escondió en el armario, acurrucado entre los vestidos de lunares. Cuando Pietrasia se fue de la habitación, Maurycy salió en silencio y se volvió a sentar, pero antes de que Antonina pudiera decir una palabra, Pietrasia abrió la puerta y volvió a entrar rápidamente con una pregunta referente a las tareas domésticas que se había olvidado de plantearle antes. Al ver a un extraño, se detuvo en seco, respiró profundamente y se cruzó de brazos.

—Sigue entonces tomando el ácido salicílico —le dijo Maurycy a Antonina en tono de médico. Le cogió delicadamente la muñeca y añadió—: Y ahora voy a tomarte el pulso.

Más tarde, Antonina escribió que su pulso ansioso no debía de ser difícil de tomar, y que el de él hacía que hasta sus dedos latieran.

Pietrasia estudió sus rostros y, viéndoles tan calmados, movió la cabeza confundida. Murmurando que debía de haber tenido algún problema con la vista o algo así como un lapso, abandonó la habitación rascándose la frente y moviendo la cabeza mientras bajaba las escaleras.

Antonina llamó a Ryś y le dijo:

—Por favor, tráeme el abrigo y el sombrero del doctor y déjale salir por la puerta de la cocina para que Pietrasia le vea marcharse. Después de eso, dile que vaya a ver a los pollos, ¿lo comprendes?

Ryś parpadeó, pensó durante un momento y luego una sonrisa cubrió su rostro.

—Le diré que esta mañana se me escapó un pollito por accidente y que lo tenemos que encontrar. Así el doctor puede regresar a través de la puerta del jardín. Eso funcionaría.

—Gracias por ser tan listo —le felicitó Antonina—. ¡Vamos, aprisa!

Desde aquel momento, Maurycy sólo vagaba por la casa durante la noche, cuando el ama de llaves se había marchado y podía merodear por el piso de abajo, como si se tratase de una tundra prohibida. Todas las noches, Antonina le encontraba caminando de un lado a otro del salón, lentamente, de forma reverencial, para «no olvidar cómo se camina», explicaba él. En algún momento se detenía para mirar al hámster, de quien se había hecho amigo, antes de unirse al resto de los Invitados para asistir a un concierto del Hombre Zorro.

Una tarde, entre los preludios de Rachmaninoff, el Hombre Zorro llevó a Maurycy a un lado y le dijo:

—Doctor, se me da fatal el papeleo, y algunos de los documentos están en alemán, un idioma que en absoluto domino. Mi negocio de peletería está creciendo y realmente necesito un secretario... ¿Quizás usted podría ayudarme?

Una vez, Maurycy le había confesado a Antonina que al utilizar un nombre poco familiar mientras permanecía oculto, se sentía como un fantasma. El ofrecimiento del Hombre Zorro significaba que Maurycy volvería a ser real, con papeles, movilidad y, lo mejor de todo, condición de inquilino en la casa, al ser un empleado de la granja de peletería. Volverse real no era moco de pavo, pues la ocupación se basaba en el crecimiento y la disminución de carnets de identidad y de documentos oficiales: permisos de trabajo falsos, partida de nacimiento, pasaporte, tarjeta de registro, cupones y pases. Sus nuevos papeles declaraban que él era Pawel Zielinski, secretario oficial de la granja de zorros, por lo que se unió a la casa como inquilino, lo cual también significaba que no tenía que esconderse en el armario del piso de arriba, un espacio ahora disponible para otro Invitado. Volverse real también conllevó cambios psicológicos. Dormía en un sofá del piso de abajo, en la estrecha habitación del hámster, junto al comedor y entre los ruidos de su mascota favorita. Antonina percibió que los ánimos de Maurycy estaban experimentando un gran cambio.

Maurycy le dijo a Antonina que todas las noches se preparaba la cama lentamente, con una felicidad que no había experimentado desde antes de la ocupación, sintiendo el placer de las acciones cotidianas como doblar con cuidado su único traje, por muy deshilachado que estuviese, y colocarlo sobre una silla junto a su propia estantería, donde se encontraban los pocos libros que había recuperado de su antigua vida. Se encontraba en una casa donde podía dormir sin que nadie le molestase, rodeado de una familia adoptiva cuya presencia reconfortaba su existencia.

Para una gran cantidad de gente, el gueto había acabado con el misticismo sutil de la vida diaria, con los elementos tranquilizadores como la privacidad, la autonomía y sobre todo la fe que le permite a uno acostarse por la noche y dejar que le venza el sueño. Entre la inocencia de los hámsters, Maurycy dormía junto a todos sus libros, con documentos que le otorgaban la condición de ser real y, lo mejor de todo, bajo el mismo techo que su amada Magdalena. El hecho de haber encontrado a su amor todavía en pie, con el espacio suficiente para existir y con su corazón todavía ágil, le

daba esperanza, pensaba Antonina, e incluso «momentos de placer y alegría, sentimientos que había perdido en la vida del gueto».

El 2 de febrero de 1943, el Sexto Ejército Alemán se rindió en Stalingrado en la primera gran derrota de la Wehrmacht, pero sólo tres semanas más tarde, los judíos que trabajaban en las fábricas de armamento de Berlín fueron transportados a Auschwitz y para mediados de marzo se liquidó el gueto de Cracovia. Mientras tanto, la Resistencia continuaba con ataques de varios tipos, 514 desde el 1 de enero. El 18 de enero comenzó la primera resistencia armada del gueto de Varsovia.

Durante esta época de agitación sísmica, más y más habitantes del gueto llegaban a la casa del zoo, curtidos «como almas náufragas», escribió Antonina en su diario. «No sentíamos que nuestra casa fuera un barco ligero y frágil bailando sobre las altas olas, sino el submarino del capitán Nemo planeando por el profundo océano en su búsqueda de un puerto seguro». Mientras tanto, la tormenta de la guerra soplaba de forma muy violenta, asustando a todo el mundo y «ensombreciendo la vida de nuestros Invitados, que huían de las puertas de los crematorios y de los umbrales de las cámaras de gas», con la necesidad de algo más que un refugio. «Necesitaban desesperadamente tener la esperanza de que en alguna parte existía un refugio seguro, de que los horrores de la guerra terminarían algún día», mientras vagaban por la extraña casa a la que incluso sus propios dueños se referían como arca.

Mantener el cuerpo vivo a expensas del espíritu no era del estilo de Antonina. Jan creía en las tácticas y en los subterfugios, y Antonina en vivir lo más felizmente posible dadas las circunstancias, sin dejar nunca por ello de mantenerse alerta. Así que, por una parte, Jan y Antonina tenían consigo una píldora de cianuro en todo momento pero por otra fomentaban el humor, la música y la convivencia. En la medida de lo posible, su vida en la Resistencia era soportable, a veces incluso festiva. A buen seguro que, como respuesta a las inevitables frustraciones que conllevaba el vivir confinados, los Invitados pronunciaban los famosos maleficios yiddish, cuyo espectro abarca desde lo gráfico («Ojalá que mees gusanos verdes» o «Se te debería caer encima un cuartel»)^[3] a lo vistoso:

Deberías ser dueño de mil casas
con mil habitaciones en cada casa
y mil camas en cada habitación.
Y deberías dormir cada noche
en una cama distinta, en una habitación distinta,
en una casa distinta, y levantarte cada mañana
y bajar por una escalera distinta
y meterte en un coche distinto,
conducido por un chófer distinto,
que te debería llevar a un médico distinto
que no supiera lo que te pasa.

No obstante, «tengo que admitir que el ambiente en nuestra casa era bastante agradable —confesó Antonina en su diario—, a veces incluso dichoso». Esto contrastaba agudamente con la textura de la vida y el estado de ánimo dentro de incluso los mejores escondites de la ciudad. Por ejemplo, Antonina y Jan conocían bien a Adolf Berman y es muy probable que leyese la carta que Adolf recibió en noviembre de 1943 de Judit Ringelblum (la mujer de Emanuel), la cual hablaba del estado de ánimo en un bunker apodado «Kryisia»:

Aquí reina una terrible depresión, una condena a prisión indefinida. Terrible desesperanza. Quizá tú nos puedas animar con noticias generales y puede que podamos arreglarlo para que el último de nuestros seres queridos que queda fuera esté con nosotros.^[4]

Al compartir habitación, el hámster y Maurycy parecían haber encontrado diversión el uno en el otro, y Antonina se dio cuenta de lo rápido que se convirtieron en compañeros.

—¿Sabes qué? —dijo Maurycy un día—. Me gusta tanto este animalillo que, como mi nuevo nombre es Pawel [Pablo], creo que el suyo debería ser Piotr [Pedro]. ¡Así podremos ser dos apóstoles!

Cada noche, después de la cena, Maurycy soltaba a Piotr por la mesa pulida, donde el hámster iba de plato en plato engullendo migajas hasta que arrastraba sus gordos carrillos. Entonces, Maurycy le cogía con una mano y le devolvía a su jaula. Con el tiempo, Piotr se fiaba de él lo suficiente como para flotar por la casa sobre la palma abierta de Maurycy. La pareja se hizo inseparable, y los habitantes de la casa comenzaron a referirse a Pawel y a Piotr como «los hámsters».

Capítulo 24

En la primavera de 1943, Heinrich Himmler quería darle a Hitler un regalo de cumpleaños único, uno que le elevase por encima de los otros en los favores del dictador. Himmler, que con frecuencia mantenía conversaciones íntimas con la fotografía de Hitler y luchaba por ser su mejor y más fiel sirviente, habría cogido la luna con un lazo y se la habría envuelto en papel de regalo si hubiera podido. «Por él, yo haría cualquier cosa —le dijo una vez a un amigo—. Créeme, si Hitler me dijese que debo disparar a mi madre, lo haría y estaría orgulloso de su confianza.»^[1] Como regalo, había jurado liquidar a todos los judíos que quedaban en el gueto de Varsovia el 19 de abril, primer día de la Pascua Judía, un día festivo importante que también resultaba ser la víspera del cumpleaños de Hitler.

A las cuatro de la mañana, pequeñas patrullas alemanas y escuadrones de asalto penetraron con cautela en el gueto y cogieron a algunos judíos que iban de camino al trabajo, pero de alguna manera los judíos consiguieron escapar y los alemanes se retiraron. A las siete de la mañana, el comandante general Jürgen Stroop, al mando de una brigada de las SS, regresó con 36 oficiales y 2054 soldados y se dirigió directamente al centro del gueto con tanques y metralletas. Para su sorpresa, se encontró con que los judíos habían montado barricadas y devolvían el fuego con pistolas, varios rifles, una metralleta y muchos «cócteles Molotov», botellas rellenas de gasolina tapadas con trapos ardiendo. Los fineses habían tomado prestada la idea de la botella-granada hacía poco, de los «nacionales» de Franco, quienes la habían improvisado durante la Guerra Civil Española que tuvo lugar entre 1936 y 1939, tiempo en que los cócteles de antes de cenar se pusieron de moda entre las clases adineradas. Cuando Rusia invadió Finlandia, los sarcásticos fineses bautizaron la bomba con el apellido del ministro de Asuntos Exteriores Vyacheslav Mijáilovich Molotov. Aunque les superaban en número y en medios, los judíos consiguieron mantener a los nazis a raya hasta que llegó la noche, y lo mismo sucedió al día siguiente, cuando los soldados reaparecieron con lanzallamas, perros policía y gas venenoso. Desde entonces, alrededor de 1500 guerrillas se defendían siempre que tenían ocasión.

Lo que Himmler pensaba que iba a ser una masacre envuelta en papel de regalo se convirtió en un asedio que duró aproximadamente un mes, hasta que por último los alemanes decidieron quemarlo todo: los edificios, los búnkeres, las alcantarillas y toda la gente que estuviera en el interior de alguno de estos lugares. Muchos murieron en los incendios, algunos se rindieron, otros se suicidaron y unos pocos escaparon para contar y escribir lo que había sido semejante apocalipsis. Los periódicos de la Resistencia apelaron a los cristianos polacos para que ayudasen a los judíos a encontrar cobijo, a lo que se mostraron encantados los Żabiński.

«Cerca, al otro lado del muro, la vida trascurría con normalidad, igual que ayer,

igual que siempre —escribió un superviviente—. La gente, los ciudadanos de la capital, se lo pasaban bien. Veían el humo de los fuegos durante el día y las llamas por la noche. Un tiiovivo daba vueltas y más vueltas junto al gueto, y los niños bailaban en un corro. Era encantador. Estaban felices. Las muchachas del campo que visitaban la capital montaban en la noria, mirando hacia las llamas del gueto»,^[2] riendo, intentando coger la ceniza que flotaba hacia ellas, como si se tratase de un ruidoso carnaval.

Finalmente, el 16 de mayo, el comandante general Strop envi6 a Hitler un orgulloso informe: «El gueto de Varsovia ya no existe». Seg6n el Bolet6n econ6mico de la Resistencia del 16 de mayo de 1943, se incendiaron 100 000 apartamentos, 2000 industrias, 3000 tiendas y decenas de f6bricas. Al final, los alemanes tan s6lo confiscaron 9 rifles, 59 pistolas y varios cientos de bombas caseras de varios tipos. Siete mil jud6os fueron ejecutados all6 mismo, 22 000 fueron enviados a los campos de exterminio de Treblinka o Majdanek, y otros miles m6s fueron a campos de trabajos forzados. Conseguir esto s6lo le cost6 a los alemanes 16 muertos y 85 heridos.

En la casa del zoo, todo el mundo segu6a las noticias del levantamiento del gueto. Antonina describi6 el humor de todos como «electrizados, aturdidos, impotentes, orgullosos». Al principio, oyeron que se hab6an izado banderas polacas y jud6as sobre el gueto. Luego, cuando cada vez hab6a m6s humo y el ruido de la artiller6a era m6s estruendoso, supieron por su amigo Stefan Korbonski, un miembro de alto rango de la Resistencia, que la Organizaci6n para la Lucha Jud6a y el Sindicato para la Lucha Jud6a —tan s6lo 700 hombres y mujeres— estaban luchando heroicamente, pero que «los alemanes han eliminado, asesinado y quemado vivos a decenas de miles de jud6os. De los tres millones de polacos jud6os, no queda m6s que un 10 por ciento».^[3] Entonces, un terrible d6a, cay6 sobre el zoo una lluvia gris, una lluvia lenta pero continua de ceniza soplada por el viento del oeste desde el barrio jud6o hasta el otro lado del r6o. Todo el mundo en la casa ten6a amigos atrapados en aquella etapa de aniquilaci6n final de los 450 000 jud6os de Varsovia.

El 10 de diciembre, justo antes del toque de queda, despu6s de que Jan hubiera llegado a casa otra vez sin problemas y Pietrasia hubiera concluido su jornada, Antonina convoc6 a la familia, al Hombre Zorro, Magdalena, Maurycy, Wanda y los otros a la mesa para tomar la sopa de borscht, un l6quido rojo y brillante de remolacha que refleja la luz de las velas y las charcas como un vino clarete sobre una gran cuchara de plata. A pesar del fr6o que aparec6a en forma de esp6ritu de nieve bajo las farolas de la calle, la casa ten6a el suficiente carb6n para mantener a todo el mundo caliente aquel invierno. En la cocina, despu6s de cenar, mientras Ry6 estaba cambiando el agua de la ba6era de Szczurcio, escuch6 unos golpes ahogados en la puerta. Con cuidado, la abri6 y corri6 nervioso al comedor para contarles a sus padres las noticias:

—Mam6 —anunci6—, ¡la hija de Marta y su familia est6n aqu6!

Perplejo, el Hombre Zorro bajó su periódico. La granja de peletería no criaba martas, un pequeño animal parecido al visón.

—¡Esta casa es una locura! —exclamó—. ¡Usáis nombres de animales para la gente y nombres de gente para los animales! Nunca sé si estáis hablando de personas o de animales. ¿Quién es esta «Marta»? No sé si es un nombre propio o un nombre clave o un nombre de persona o un nombre de animal. ¡Todo es demasiado confuso!

Con exagerada indignación, se levantó y se marchó a su habitación.⁶

Antonina corrió a la cocina para dar la bienvenida a las nuevas martas de la casa: Regina Kenigswein, su marido Samuel y sus dos hijos, Miecio, de cinco años, y Stefccio, de tres. Al más pequeño, Stas, de menos de un año, le habían dejado en un orfanato que llevaba el padre Boduen, porque les preocupaba que sus llantos llamasen la atención. Regina también «llevaba un bebé debajo de su corazón», como dice el refrán, pues estaba embarazada de su cuarto hijo.

En el verano de 1942, durante las deportaciones masivas a los campos de concentración, con los pasadizos de los juzgados sellados y todavía sin trazar las rutas laberínticas por las alcantarillas, Samuel le había pedido a su amigo católico, Zygmunt Piçtak, ayuda para escapar con su familia y encontrar refugio en la parte aria. La mayor parte de las huidas del gueto se valían de una compleja red de amigos y conocidos así como de oportunidades. Esto fue lo que les ocurrió a los Kenigswein. Samuel y su amigo Szapse Rotholc se habían unido a la fuerza policial del gueto y pronto entablaron amistad con los guardias alemanes compasivos o codiciosos y con los contrabandistas polacos. Por la noche, llevando a los niños sedados en sacos, los Kenigswein sobornaron a los guardias y saltaron el muro del gueto. Al principio les alojaron en un apartamento que Piçtak había alquilado para ellos, en donde se escondieron hasta finales de 1943. Durante la mayor parte del tiempo, Piçtak fue su único contacto con el mundo exterior, visitándoles frecuentemente con comida y otras necesidades. Pero cuando se quedaron sin dinero y les desahucieron, Piçtak le preguntó a Jan si podía alojar a la familia mientras la Resistencia les encontraba alojamiento en otra parte.

Antonina conocía a Regina, la hija de un señor Marta (en polaco, Sobol) que había suministrado la fruta para los animales del zoológico antes de la guerra, un hombre amable de andar encorvado que siempre llevaba el mismo viejo chaleco desgastado y cargaba pesadas cestas de frutas y vegetales. A pesar de eso, siempre encontraba hueco en sus bolsillos para delicias y regalos como cerezas dulces para los monos o una manzana amarilla para Ryś. Pero el verdadero punto de unión entre la familia Marta y los Żabiński era a través del hijo del señor Marta, que pertenecía a la mano de obra del gueto y a veces se escapaba de su puesto de trabajo para visitar el zoo, donde los Żabiński le daban patatas y otros vegetales para que se los llevase a casa a escondidas. Un día les explicó que había sido reasignado a otro grupo de trabajo dentro del gueto e imploró a Antonina para que convenciese a su jefe alemán de que le siguiera permitiendo trabajar fuera. Antonina lo hizo, y después lo escribió:

«Tal vez este *Arbeitsführer* fuera un buen hombre, o quizás es que se sorprendió cuando le conté que sin la comida que el muchacho Marta introducía en el gueto su familia moriría de hambre. Empleando un polaco bastante bueno me dijo que debería tener “más cuidado”. Pero al joven Marta le permitieron trabajar fuera del gueto y llevar comida a su familia durante aproximadamente un mes». Los Żabiński no sólo conocían a Regina desde que era niña, sino que habían asistido a su boda y Jan había trabajado con su marido, Samuel, construyendo búnkeres. Famoso boxeador, Samuel Kenigswein solía luchar en los clubes deportivos de Macabeos y Estrellas de Varsovia, y también era un carpintero cualificado que ayudó a la Zegota a crear y remodelar escondites. Durante la guerra, la arquitecta Emilia Hizowa, figura central de la Zegota, inventó las paredes falsas que se abrían al apretar un botón, y los obreros las instalaron en pisos por toda la ciudad en los que los residentes guardaban cuidado de no bloquearlas con muebles. La estratagema funcionó: los despojados pasaron por honestos y no llamaron la atención.

Cuando los Kenigswein llegaron al zoológico, su apremiante situación conmovió profundamente a Antonina: «Les miré con lágrimas en los ojos. Pobres pollitos cuyos grandes ojos rebosantes de miedo y tristeza me devolvían la mirada». Los ojos de Regina le perturbaban especialmente, porque eran «los desolados ojos de una joven madre condenada a la muerte».

Antonina escribió que sentía un dolor por dentro, un tira y afloja entre la compasión y el interés personal y cierta vergüenza ante el hecho de que pudiera hacer tan poco para ayudarles sin poner en peligro a su familia y a ella misma. Y a todo esto, ¿dónde dormirían los Kenigswein? Durante unos cuantos días, se quedaron en la Casa de los Leones. Posteriormente, Regina y los niños se trasladaron a la casa a través del túnel de la Casa de los Faisanes. Antonina encontró un abrigo largo y cálido de piel de borrego y un par de botas para Samuel y, antes de que anocheciese, se escabullía a la Casa de los Faisanes de madera y allí le encerraban. A la mañana siguiente, antes de que llegase el ama de llaves, Regina y los niños subían en silencio a una habitación del segundo piso, donde se quedarían durante dos meses. Cuando Antonina elogió a los niños por no armar alboroto ni hacer un solo ruido, aprendió que una escuela secreta del gueto les había enseñado juegos para espacios muy pequeños, la forma más silenciosa de moverse y cómo tumbarse con agilidad haciendo el menor número de movimientos.

La granja de peletería empleaba a muchos extraños; había niños desconocidos que a veces pasaban por la cocina en busca de unas migajas y la policía también visitaba con frecuencia. Lo que es más, el ama de llaves no era del todo fiable, ni tampoco podían los Żabiński explicarle por qué sus apetitos habían aumentado tanto de pronto. Puesto que no podían robar comida de la cocina sin que ella se diese cuenta, acudían a ella con aspecto hambriento, el plato vacío en la mano, y le pedían repetir, repetir de nuevo, repetir otra vez. Como criada, no era de su incumbencia comentar el gran cambio en sus hábitos alimenticios, pero de vez en cuando Antonina le escuchaba

murmurar: «¡No me puedo creer lo mucho que comen! ¡Nunca he visto nada como esto!». Cuando no miraba, Ryś subía y bajaba a escondidas los platos y cuencos, uno tras otro. A veces, Jan o Antonina le decían: «Hay que dar de comer a los leones» o a los «faisanes», «pavos reales» y así sucesivamente, y Ryś llevaba la comida a los Invitados enjaulados. Pero para estar más seguros, Antonina despidió al ama de llaves y la sustituyó por una mujer llamada Franciszka, la cuñada de un viejo amigo de Jan y por tanto alguien en quien poder confiar, aunque nunca conoció todos los planos de existencia y resistencia en el juego de ajedrez tridimensional de la vida en la casa del zoo.

Capítulo 25

1943

A mediados de diciembre, Jan consiguió a los Kenigswein un alojamiento seguro con el ingeniero y antiguo oficial de carrera Feliks Cywiriski, que había luchado junto a Jan durante la Primera Guerra Mundial y que ahora trabajaba codo con codo con él en la Resistencia. Casado y con dos hijos, Cywiriski escondía a mucha gente en sus apartamentos de los números 19 y 21 de la calle Sapiezyriska, en el piso de su hermana, en el de sus padres y en la tienda de tapicerías de un amigo (quien había cerrado durante una temporada, supuestamente para hacer reformas). Allí llegaba a dar de comer a diecisiete personas, proporcionando ollas y platos separados a quienes desearan hacer una dieta kósher y medicinas y un médico de la Resistencia cuando era necesario. Un «Comité Coordinador de Doctores Demócratas y Socialistas» clandestino, establecido en 1940, incluía alrededor de cincuenta médicos que cuidaban a los enfermos y a los heridos y que también publicaba su revista mensual, en la cual desacreditaba la propaganda nazi acerca de la pureza racial y de las enfermedades. Una vez al mes, Cywiriski trasladaba a los judíos que se escondían con él al zoo o a cualquier otra casa segura para poder invitar a sus vecinos y amigos a la suya, demostrando así que no tenía nada que ocultar. Cuando se acabó su dinero, Feliks se endeudó, vendió su propia casa y empleó los beneficios en alquilar y amueblar cuatro apartamentos más para ocultar judíos. Como en el caso de los Kenigswein, las personas a su cargo solían llegar del zoo y se quedaban tan sólo un día o dos, mientras se les conseguían documentos y otros hogares.

Trasladar a los Kenigswein suponía un nuevo problema para Antonina y Jan: ¿cómo podrían mover a tanta gente sin llamar la atención? Antonina decidió minimizar el riesgo decolorando los cabellos oscuros de toda la familia para que se volviesen rubios, puesto que muchos alemanes, y también bastantes polacos, pensaban que todos los rubios provenían del linaje escandinavo y que todos los judíos eran morenos. Esta falacia perduró incluso cuando circulaban chistes acerca del bigote no ario de Hitler y de su pelo oscuro. A partir de las fotografías y de un comentario dejan, se sabe que en determinado momento Antonina se había decolorado su propio cabello castaño, pero que sólo se dio mechas, no lo transformó de negro como el carbón a cetrino, para lo que consultó a un amigo barbero que le dio botellas de peróxido puro y una receta. Necesitaba una receta porque, como enfatizaba Emanuel Ringelblum: «En la práctica, resulta que las rubias platinas provocaron más sospechas que las morenas». Un día condujo a los Kenigswein al cuarto de baño del piso de arriba, cerró la puerta con llave y colocó a Ryś fuera a modo de vigilante. Utilizó bolas de algodón empapadas con el peróxido diluido, restregó una cabeza detrás de otra consiguiendo rojos cueros cabelludos escaldados y dedos llenos de ampollas y, aun así, sus cabellos no se volvían rubios, por mucho que

reforzase la solución cáustica. Cuando por fin abrió la puerta, sus víctimas salieron con cabelleras pelirrojas como el fuego.

—Mamá, ¿qué has hecho? —preguntó Ryś, alarmado—. ¡Parecen ardillas!

Desde aquel día, el nombre en clave de los Kenigswein fue «Ardillas».

Al llegar la noche, Jan acompañaba a los Kenigswein a través del túnel del sótano hasta la Casa de los Faisanes y de ahí al centro, a la casa de Feliks en la calle Sapiezyriska. Allí, en tiempos de peligro, los refugiados se introducían en un búnker cuya entrada era una abertura camuflada del cuarto de baño que consistía en un hueco detrás de la bañera. Feliks no supo que Regina estaba embarazada hasta que ésta se puso de parto un buen día. Como ya habían dado el toque de queda y era demasiado tarde para llamar a un médico, tuvo que ejercer de partero. «El momento más feliz de mi vida —explicó en una entrevista de la posguerra—, fue cuando un niño nació literalmente en mis manos. Esto sucedió durante la destrucción final del gueto de Varsovia. La atmósfera en la ciudad era muy tensa y el terror se podía mascar en el ambiente. Los gendarmes alemanes y los chantajistas estaban buscando exhaustivamente a los judíos que se habían escapado». Feliks les cuidó hasta el levantamiento de Varsovia en 1944, cuando Samuel Kenigswein, veterano de la Primera Guerra Mundial, encabezó su propio batallón.

En cualquier otra parte de la ciudad, otros rescatadores estaban también recurriendo a artimañas cosméticas para disfrazar a los judíos, habiendo incluso salones de belleza especializados en trucos más elaborados. Por ejemplo, la doctora Mada Walter y su marido abrieron un extraordinario Institut de Beauté en la calle Marszalkowska, donde la señora Walter daba a las mujeres judías lecciones acerca de cómo parecer arias y no llamar la atención.

«Allí vi a una docena más o menos de mujeres desvestidas —atestiguó Wladyslaw Smólski, un autor polaco y miembro de la Zegota—. Algunas estaban sentadas bajo todo tipo de lámparas, otras, con crema en la cara, estaban siendo sometidas a misteriosos tratamientos. Tan pronto como vino la señora Walter, todas se agruparon en torno a ella, cogieron sillas, se sentaron y abrieron sus libros. ¡Comenzaba en ese momento la enseñanza del catecismo!»^[1] Aunque las mujeres tenían rasgos semíticos, cada una de ellas portaba una cruz o un medallón alrededor de su cuello, y la señora Walter les enseñó las oraciones cristianas más importantes además de cómo comportarse en la iglesia y en otros acontecimientos religiosos para pasar desapercibidas. Aprendieron a cocinar y a servir el cerdo, a preparar platos tradicionales polacos y a pedir un vodka casero llamado bimber. Lo normal era que, cuando la policía paraba a los judíos por la calle, mirasen si el hombre estaba circuncidado y obligasen a las mujeres a recitar el Padrenuestro y el Ave María.

El más mínimo detalle podía delatarles, por lo que la señora Walter dirigía una especie de escuela de protocolo. Protocolo para no ser detectados y que exigía la combinación adecuada de maquillaje a la moda, gestos contenidos y costumbres tradicionales polacas. Esto significaba evitar todas las expresiones judías tales como

preguntar «¿De qué calle eres?», en lugar de «¿De qué barrio eres?». Prestaban especial atención a lo cotidiano y a lo común —la forma en que caminaban, gesticulaban y actuaban en público—, a los hombres se les recordaba que se quitasen los sombreros en la iglesia (en un templo se los hubieran dejado puestos) y todo el mundo aprendió el nombre de su patrón para celebrar su día, al igual que el de sus amigos y familia.

El cabello debía estar apartado de la frente, recogido o cepillado en un estilo más ario, mientras que el flequillo, los rizos o el encrespado podían levantar sospechas. El pelo oscuro necesitaba decoloración para matar un poco su brillo, pero tampoco debía volverse muy pálido. A la hora de escoger ropa, la señora Walter aconsejaba lo siguiente: «Evitad el rojo, amarillo, verde o incluso negro. El mejor color es el gris, o una combinación de varios colores discretos. Debéis evitar gafas con la forma que se ha puesto ahora de moda, porque enfatizan los rasgos semíticos de vuestras narices». Algunas narices semíticas demasiado obvias exigían una «intervención quirúrgica». Por fortuna, la señora Walter trabajaba con cirujanos polacos (como por ejemplo el eminente doctor Andrzej Trojanowski y sus colegas) que dieron una nueva forma a las narices judías y operaron a los hombres judíos para restaurar el prepucio, una operación controvertida, a causa de antiguas tradiciones, que debía mantenerse en el mayor de los secretos.^[2] A lo largo de la historia, «volver a poner la piel», como lo llamaban los romanos, ha salvado a muchos judíos perseguidos de ser descubiertos, y la Biblia informa que esta práctica se remonta al año 168 a. C., durante el reino de Antioco IV, cuando la moda grecorromana de acontecimientos deportivos nudistas y baños públicos surgió en Judea. Los hombres judíos que deseaban disfrazar su linaje tenían sólo dos opciones: intentar evitar las escenas de desnudez, o revestir su pene mediante un peso especial conocido como *Pondus Judaeus* que estiraba el prepucio hasta que éste cubría de nuevo el glande. El estiramiento agrietaba un poco la piel, pero se formaban nuevas células para solucionar esto. No cabe duda de que esto llevaba su tiempo, dolía y no siempre era fácil de esconder pese a que las ropas de la época eran muy sueltas. Durante la Segunda Guerra Mundial, el mismo efecto podía conseguirse mediante cirugía, aunque, por supuesto, la literatura médica de la época nazi no detalla el procedimiento.

En los círculos dentro de los círculos de la vida de la Resistencia, seguro que Jan conocía a los Walter; la decoloración y la receta que utilizaba Antonina pudo perfectamente provenir de su salón. La señora Walter y su anciano marido escondieron a los judíos de cinco en cinco en su propia casa y, a lo largo de la guerra, ofrecían en el Institut de Beauté «una cadena interminable» de ejemplos de «buen aspecto». En los años posteriores, la señora Walter escribió que «el hecho accidental de que ninguno de los habitantes de nuestro nido de los tiempos de guerra fuera víctima de un desastre dio lugar a una leyenda supersticiosa que aumentaba continuamente el flujo de invitados». De hecho, explicó, sus acciones eran un simple vudú de compasión: «El sufrimiento se aferró a mí como un encantamiento que

elimina todas las diferencias entre amigos y extraños.»^[3]

Capítulo 26

La primavera se acercaba furtivamente y la naturaleza quedaba suspendida entre las estaciones. La nieve se derretía y un paisaje urbano verde y lleno de plantas surgía durante el día, pero por la noche la tierra se volvía a congelar y la luz de la luna iluminaba los paseos convirtiéndolos en caminos plateados. Los animales que hibernaban todavía se encontraban acurrucados bajo la tierra, esperando con incertidumbre. La gente de la casa y los animales percibían cómo se alargaba el periodo de luz, y cuando se colaba en el interior una ráfaga de aire, llevaba en ella el dulce olor musgoso que emana de la tierra viva. La fina capa rosa de la copa de los árboles prometía capullos ondulados, señal inequívoca de que estaba llegando la primavera, justo a tiempo. El mundo animal se estaba preparando para su fiesta de cortejo y emparejamiento, duelos y bailes, amamantar y excavar, disfraces y cobertizos. En definitiva, el destartalado retorno de la vida confusa, burbujeante y alborotadora.

Pero la primavera que flotaba en el exterior llegaba cuando la guerra se había vuelto aún más violenta. Para la gente en consonancia con la naturaleza y las cambiantes estaciones, especialmente para los granjeros o los cuidadores de animales, la guerra enganchaba el tiempo en un alambre de espino y les forzaba a vivir en simple cronicidad en lugar de regidos por el tiempo verdadero, el del trigo, el lobo y la nutria.

Confinada en la mullida prisión de su cama, Antonina se levantaba en ocasiones para atravesar cojeando el breve espacio que le separaba de su balcón, desde el cual tenía una vista amplia y podía incluso oír el poderoso sonido del hielo que se rompe sobre el río Vístula, un timbal que avisaba del final del invierno. Postrada en la cama, el mundo se había ralentizado dándole tiempo a escribir sus memorias y brindándole nuevas perspectivas acerca de algunas cosas, mientras otras estaban fuera del alcance o la eludían. Ryś pasaba más tiempo sin supervisión, pero ella le consideraba «más capaz y responsable de lo que cualquier niño de su edad debería ser».

Los chicos más mayores, de los grupos juveniles que ayudaban a la Resistencia, habían comenzado a llegar inesperadamente, y ni Antonina ni Ryś sabían quién iba a aparecer ni en qué momento; aunque Jan tuviera un aviso, solía estar fuera trabajando cuando entraban flotando como nubes o se desvanecían de la misma forma. Solían quedarse en la Casa de los Faisanes por un día o dos para luego volverse a confundir con los jóvenes varsovianos, con Zbyszek, un muchacho que se encontraba en los primeros puestos de la lista de más buscados de la Gestapo y que se quedaba en la casa durante semanas. Al ser el menos llamativo de los habitantes de la casa, era responsabilidad de Ryś llevarles las comidas.

Antonina y Jan nunca hablaban de las proezas de los jóvenes exploradores delante de Ryś, aunque algunos aparecían como un animal en peligro de extinción, desapareciendo misteriosamente después. Para sorpresa de Antonina, a Ryś no

parecían interesarle mucho, a pesar de su curiosidad habitual. ¿Habría creado en su cabeza una historia acerca de ellos? Deseando conocerla, le preguntó qué opinaba sobre los jóvenes visitantes, por ejemplo sobre Zbyszek.

—Oh, mamá —dijo Ryś en el tono de sufrimiento que reservan los niños para los padres ignorantes—, ¡ya lo sé todo sobre eso! Un hombre puede comprender perfectamente esas cosas. Nunca te he preguntado nada porque podía ver que Zbyszek y tú tenéis secretos que no queríais compartir conmigo. ¡Pero no me importa Zbyszek! Ahora tengo mi propio amigo. De todas formas, si quieres saber lo que opino de Zbyszek, es que es un chico estúpido.

Con esas palabras, Ryś salió corriendo de la habitación.

A Antonina no le sorprendían sus celos, eran normales en cualquier chico de su edad, pero le preocupaba el hecho de que Ryś parecía haberse vuelto más reservado últimamente, pensaba ella, y mucho menos hablador. Se dio cuenta de que algo había captado su atención y se preguntó de qué se trataba. La única respuesta que le vino a la mente tenía que ver con su nuevo amigo, Jerzyk Topo, el hijo de un carpintero cuya familia se había mudado recientemente a un apartamento para el personal en el terreno del zoo. Antonina encontró que Jerzyk era educado y amable, unos pocos años mayor que Ryś, mañoso con las herramientas, un chico que aprendía el oficio de su padre. Ryś admiraba su habilidad con la madera, los dos compartían un interés en construir cosas y, puesto que vivían al lado, jugaban juntos todos los días. Desde su torreón del segundo piso, Antonina les veía a veces construyendo formas secretas y hablando constantemente. Le alegraba que su hijo hubiese encontrado un compañero de juegos.

Entonces, un día, cuando los chicos se habían marchado al colegio, la madre de Jerzyk apareció por la casa y preguntó nerviosa a Antonina si podía hablar con ella en privado. Antonina la guió hasta su habitación y cerró la puerta. Según el relato de Antonina, la señora Topo explicó:

—Los chicos no saben que estoy aquí, ¡no se lo digas! La verdad es que no sé por dónde empezar...

Antonina comenzó a preocuparse: ¿qué había hecho su hijo?

Entonces, la señora Topo dijo atropelladamente:

—Les estuve escuchando a hurtadillas, estoy segura de que ellos no me vieron. Sé que es una cosa terrible de hacer, pero no pude evitar seguir una vez que comprendí lo que estaban planeando. Tenía que saberlo todo. Así que les escuché en silencio, y me quedé muy sorprendida. No sabía si reír o llorar. Cuando se marcharon desconocía cómo actuar, así que pensé que lo mejor sería venir aquí a hablar con usted. Tal vez las dos juntas podremos llegar a alguna conclusión.

Antonina se alarmó. ¿Podría la señora Topo estar reaccionando exageradamente ante una travesura de los niños? Con la esperanza de que así fuera, dijo:

—Tu hijo es un chico tan bueno. Estoy segura de que no haría nada para hacerte daño. Y Ryś es todavía tan pequeño... De acuerdo, le vigilaré con más detenimiento;

pero ¿qué es exactamente lo que han hecho nuestros chicos?

—No han hecho nada malo... todavía, pero están planeando algo grande.

Antonina escribió que «se me cayó el alma a los pies» cuando la señora Topo le explicó que había escuchado a los chicos comprometiéndose a expulsar a los alemanes, cosa que consideraban un deber patriótico. Primero iban a poner una bomba en un almiar que había junto a un almacén alemán de armas cerca de la valla del zoo.

—Y debajo del colchón de Jerzyk —prosiguió la señora Topo—, he encontrado una de sus toallas, con grandes letras que rezan «¡Hitler kaput!». Quieren colgar esta toalla en la puerta principal del zoológico, porque hay tantos alemanes pasando por aquí todo el tiempo que de ese modo podrán leerla. ¿Qué podemos hacer? Quizá su marido puede hablar con ellos y explicarles que son muy jóvenes para luchar, y que si continúan con su plan nos pondrán a todos en peligro... Pero ¿qué crees que deberíamos hacer?

Antonina escuchó en silencio, intentando asimilar y posteriormente analizar las preocupantes noticias que encontraba nobles y al mismo tiempo absurdas. Suponía que Ryś habría ideado el plan cuando escuchaba a escondidas a los exploradores, puesto que éstos planeaban sabotajes similares. Hasta ahora, no llamar la atención con respecto al ajeteo del zoo se había convertido en todo un arte, como si estuvieran durmiendo sobre una bomba. Lo último que necesitaban era unos niños colgando una bandera roja.

También se preguntó cómo pudo haberse escapado este plan de Ryś, cómo había calculado tan mal su capacidad para comprender el mundo adulto de las consecuencias, cuando pensaba que podía contar con la absoluta discreción de su hijo y con su propia capacidad para calibrar su madurez. Su enfado con él y consigo misma se convirtió rápidamente en tristeza cuando se dio cuenta de que en lugar de alabar su valentía y decirle que se había hecho sentir muy orgullosa, tendría que castigarle y contarle a su padre que había robado algunos explosivos, quizás incluso debía avergonzarle delante de su amigo. Sabía que Jan se pondría furioso.

—Sí —le dijo a la señora Topo—, pediré a Jan que hable con los niños. Mientras tanto, es mejor quemar la toalla cuanto antes.

Aquella tarde escuchó a sus hombres, padre e hijo, hablar con tranquilidad en un tono casi militar:

—Espero que sepas ver que no te estoy tratando como un niño, sino como un soldado —le dijo Jan, apelando al deseo natural de su hijo de que le tomasen en serio, como harían con un adulto—. Yo soy un oficial en esta casa, soy tu líder. En el campo de acción militar, debes hacer únicamente lo que yo te ordene y nada por tu cuenta. Si quieres continuar teniendo esta relación conmigo, tienes que jurar que no harás nada sin que yo lo sepa. Esta acción que has planeado con Jerzyk entra dentro de la categoría de «anarquía» y «arbitrariedad» y debes ser castigado por ello, del mismo modo que lo serías en el ejército real.

Pero ¿qué tipo de castigo debía imponer un padre en el papel de líder militar a un pequeño hijo en el papel de soldado? El riesgo no se ve de la misma forma a los ojos de un niño, ni éste puede considerar tan a largo plazo las consecuencias de un acontecimiento. El castigo funciona sólo si las dos partes lo encuentran justo, siendo la justicia la regla de oro de la infancia. Por ello, Jan añadió:

—Tal vez desees sugerir tú la forma en que debería castigarte.

Ryś lo pensó seriamente.

—... Puedes azotarme —propuso al fin.

Y se supone que así lo hizo Jan, porque Antonina, al rememorar la escena en su diario, la remató escribiendo simplemente: «Y, con esta pequeña conclusión, nuestra propia Resistencia familiar privada dejó de existir».

Capítulo 27

En la primavera de 1943, Antonina se levantó por fin de la cama, en consonancia con las marmotas, los murciélagos, los erizos, las mofetas y los lirones que habían estado hibernando. Antes de la guerra, le había encantado el murmullo del zoo en la primavera, con sus ruidosas idas y venidas y sus aleluyas, especialmente por la noche, en la ciudad silenciosa, cuando los sonidos asilvestrados se escapan del zoo como si éste fuera una máquina de discos gigante. La colisión del tiempo animal con el tiempo de la ciudad producía un ritmo poco convencional del que ella disfrutaba y acerca del cual escribía frecuentemente, como en esta ensoñación de su cuento infantil sobre los lince, Rysie:

Cuando la noche primaveral envuelve Varsovia en un abrigo oscuro, y los carteles deslumbrantes y luminosos siembran las oscuras calles con reflejos alegres, cuando el silencio de la ciudad durmiente es interrumpido por la bocina de un coche noctámbulo, en la orilla derecha del Vístula, entre los sauces llorones y los álamos, se escuchan los sonidos secretos de lo salvaje y el ruido penetrante de la jungla. Se puede oír una marcha compuesta por lobos, hienas, chacales y dingos. El rugido de un león que se despereza aterroriza a la vecina población de monos. Los asustados pájaros que pían muertos de miedo sobre los estanques mientras que, en su jaula, Tofi y Tufa [crías de linco] entonan una serenata de añoranza. Su maullido de notas agudas y penetrantes se alza sobre otros sonidos nocturnos del zoológico. Lejos de los lugares vírgenes del mundo, pensamos en el reinado de la Madre Naturaleza y en los secretos que aún esperan ser descubiertos, mientras compartimos el planeta con nuestros compañeros los animales.

Mientras todavía el frío se aferraba al aire y sentía los músculos ateridos por el desuso, vivía en un mundo de ropa interior de lana, gruesos jerséis y medias calientes. Tambaleándose por la casa con un bastón, debía aprender a caminar de nuevo. Sus rodillas temblaban y las cosas se escapaban de entre sus dedos. De nuevo un bebé que gatea después de todos esos años, se sentía encorsetada por Magdalena y los otros, quienes le permitían ser una niña enfermiza que protestaba acerca de su familia, pero también que se enojaba consigo misma y se «sentía tan avergonzada e inútil». Durante tres meses, otras personas habían hecho su trabajo, le habían atendido y cuidado, e incluso ahora, ansiosa por recuperar su papel en las tareas de la casa, no podía manejarlas. «¿Qué clase de mujer soy?», se reprendía a sí misma. Siempre que le escuchaban decir algo por el estilo, Magdalena, Nunia o Maurycy contraatacaban:

—¡Ya es suficiente! Te estamos ayudando por puro egoísmo. ¿Qué demonios haríamos sin ti? Tu única tarea ahora es ponerte fuerte. ¡Y darnos órdenes! Hemos echado de menos tu energía, tu ingenio y, de acuerdo, a veces incluso tu comportamiento atolondrado. ¡Diviértenos de nuevo!

Entonces Antonina se reía, se animaba, y poco a poco daba cuerda a la

maquinaria de la peculiar casa, como si ésta fuese un reloj antiguo. Escribió que la vigilaban constantemente: «no permitían que me fatigase, que tuviese hambre, frío o me preocupase», y a cambio ella les dio las gracias por «malcriarme como nadie nunca lo había hecho». Esas palabras son lo máximo que ha escrito jamás acerca de ser huérfana. Siempre presentes en su ausencia, sus padres muertos pertenecían a los acontecimientos que no se mencionaban, a una pena anterior a las palabras, cuando tan sólo tenía nueve años, un final en manos de los bolcheviques demasiado terrible para que una niña se recree en él. Pudieron haber atormentado sus recuerdos, pero nunca los menciona en sus memorias.

Los amigos de Antonina la abrigan y animaban a curarse mediante reposo. Sintiendo querida en ese círculo tan íntimo, cada día se encontraba mejor y a veces «incluso me olvidaba de la ocupación» y de su «tremendo deseo de que la guerra acabase pronto».

Jan continuaba marchándose temprano de casa y regresando poco antes del toque de queda y, aunque los habitantes de la casa nunca le veían en el trabajo, en casa le encontraban de mal genio e intranquilo. Para que su vida fuera vivible, Jan revisaba y volvía a revisar cada ritual y cada rutina, responsabilidad esta muy importante, puesto que el menor caos, olvido o impulso les podría descubrir. No es de sorprender, pues, que el enorme esfuerzo le hiciera volverse más estricto y comenzase a dirigirse a ellos como sus «soldados» y a Antonina como su «ayudante».

Jan mandaba en la casa y los Invitados no podían desobedecerle, pero la atmósfera comenzó a agriarse porque, como dictador volátil, aparentemente Jan creaba tensión en la vida diaria ya que gritaba frecuentemente a Antonina, a pesar de los esfuerzos de ésta para agraderle. En su diario, Antonina escribió que «él estaba siempre alerta, cargaba en sus hombros todas las responsabilidades y nos protegía de los terribles acontecimientos revisándolo todo concienzudamente. A veces nos hablaba como si fuéramos sus soldados [...] Era frío y esperaba más de mí que del resto de la gente de nuestra casa [...] El alegre ambiente familiar había desaparecido».

Antonina añadía que nada de lo que hacía parecía lo suficientemente bueno para Jan, nada le hacía sentirse orgulloso de ella. Decepcionarle constantemente le hacía desdichada. Con el tiempo, sus leales y enfadados Invitados dejaron de hablar a Jan o de establecer contacto visual con él. Odiaban cómo la trataba pero, no queriendo enfrentarse a él, le borraban del mapa. A Jan le enfurecía su protesta silenciosa y se quejaba de la desobediencia civil en el hogar y, de todas formas, ¿por qué le culpaban y le excluían a él?

—¡Oídmelos todos! Me ignoráis tan sólo porque critico un poco a Punia —dijo, utilizando uno de sus apodos carinosos para ella (Pequeña Gata Salvaje o Gatito de los Matorrales)—. ¡No me lo merezco! ¿Pensáis que no tengo voz y voto en esta casa? ¡Punia no siempre tiene razón!

—Estás fuera todo el día —le contestó Maurycy calmadamente—. Soy consciente

de que tu vida fuera de esta casa está llena de todo tipo de peligros y trampas. Pero eso también la hace interesante. La situación de Tola es distinta —añadió utilizando otro de los apodos de Antonina—. Me recuerda a un soldado que está siempre de servicio en el campo de batalla. Tiene que estar alerta todo el tiempo. ¿Cómo puedes no entender esto y reñirle porque de vez en cuando es un poco despistada?

Una tarde de marzo, el ama de llaves gritó desde la cocina:

—¡Dios mío! ¡Fuego! ¡Fuego!

Antonina miró por la ventana y pudo ver un enorme champiñón de humo y llamas, un incendio que estaba devorando la zona del zoo donde se encontraba el almacén alemán. Una ráfaga de viento extendía el fuego como si fuera miel por el tejado del cuartel. Antonina cogió su abrigo de piel y corrió afuera para examinar los edificios del zoo y la granja de peletería, que estaba muy cerca de las llamas.

Un soldado alemán pedaleaba con rapidez hacia la casa. Desmontó y dijo enfadado:

—¿Has provocado tú este incendio? ¿Quién vive aquí?

Antonina miró su duro rostro y sonrió.

—¿No lo sabe? —preguntó amablemente—. Aquí vive el director del antiguo Zoo de Varsovia. Yo soy su mujer. Y somos demasiado responsables como para gastar una broma del estilo de provocar un incendio.

Es difícil mantener la ira cuando te responden con educación, por lo que el soldado se calmó.

—De acuerdo, pero los edificios esos de allí...

—Sí. Nuestros antiguos empleados ocupan dos pequeños apartamentos. Son gente agradable que conozco y en quien confío. Estoy segura de que ellos no lo han hecho. ¿Por qué iban a arriesgar sus vidas para quemar un estúpido almiar?

—Bueno, algo lo ha provocado —respondió él—. No ha sido un rayo caído del cielo. ¡Alguien ha tenido que provocar este incendio!

Antonina le miró con una expresión inocente.

—¿No lo sabe? Estoy casi segura de saber quién ha provocado el incendio —comentó.

El asombrado alemán aguardó a que aclarase el misterio.

Antonina continuó en un tono amistoso y tranquilo. Palabras en alemán que rara vez utilizaba surgían de lo más profundo de su memoria.

—Los soldados llevan a sus novias a aquel lugar todo el tiempo. Los días siguen siendo muy fríos, y resulta acogedor sentarse en el heno. Lo más probable es que hubiese una pareja aquí hoy, se fumasen un cigarrillo y dejaran la colilla allí... el resto ya se lo puede imaginar por lo que está viendo.

A pesar de su escaso alemán, él la entendió perfectamente bien y se echó a reír.

Dirigiéndose a la casa, hablaron de otras cosas.

—¿Qué les ocurrió a los animales del zoo? —quiso saber el hombre—. Teníais el decimosegundo elefante nacido en cautividad. Lo leí en el periódico. ¿Dónde está

ahora?

Antonina le explicó que Tuzinka sobrevivió a los primeros días de bombardeos, por lo que Lutz Heck se la había llevado a Königsberg junto con otros animales. Cuando se estaban acercando al porche, vieron a dos policías alemanes llegar con una moto que tenía un sidecar. El soldado les contó toda la historia, tras lo cual los hombres se rieron a mandíbula batiente. Luego entraron todos a escribir un informe.

Poco después sonó el teléfono y escuchó una severa voz alemana.

—Le llamo de la Gestapo. —Después habló demasiado rápido para que ella lo comprendiese, pero entendió las palabras «¿fuego?» y «¿con quién estoy hablando?».

—El almiar se ha incendiado —dijo lo mejor que pudo—. Se ha quemado un edificio. Vino un camión de bomberos y ahora todo está bien. La policía alemana ya ha estado aquí y ha escrito un informe.

—¿Dice que ya han investigado? ¿Todo está bien? De acuerdo. *Danke schön*.

Su mano temblaba tanto que le resultó difícil colgar el auricular. Empezó a asimilar todos los acontecimientos de la última hora y los revivió dentro de su cabeza para asegurarse de que había hecho y dicho lo correcto. Cuando no había moros en la costa, los Invitados salieron de su escondite y la abrazaron, alabando su valentía. En su diario, escribió que se «moría de ganas por contárselo ajan».

Durante la cena, Jan escuchó toda la historia, pero en lugar de la deseada aprobación, se quedó silencioso y pensativo.

—Todos sabemos que nuestra Punia es un prodigio —dijo—. Pero me sorprende que todos estéis tan entusiasmados con este acontecimiento. Ella ha actuado exactamente como espero que lo haga. Ahora dejadme que os explique lo que quiero decir desde el punto de vista psicológico. Todos sabéis por nuestras historias del zoo de antes de la guerra que siempre que yo tenía un problema serio con un animal, bien porque estaba enfermo, no comía o era demasiado salvaje, le adjudicaba ese animal a Punia. Y hacía bien, porque nadie les trata como ella. ¿Por qué os estoy contando esto? No es para vendérsela, ni para demostrar lo maravillosa que es o lo enamorado que estoy de ella, o para hacerle sentir bien. Todos sabemos que, incluso de niña, Punia vivía rodeada de muchos animales y se identificaba con ellos. Es como si fuera porosa. Casi es capaz de leer sus mentes. Le resulta facilísimo averiguar lo que preocupa a sus amigos animales. Quizá sea porque les trata como personas. Pero ya la habéis visto. Sin previo aviso, ¡puede perder su naturaleza de *Homo sapiens* y transformarse en una pantera, un tejón o una rata almizclera!

—Bueno, como artista que trabaja con animales —dijo Magdalena, riendo—, tengo un ojo que no falla para estas cosas, y siempre he dicho que Antonina es una joven leona.

Jan prosiguió:

—Posee un don muy meticuloso y especial, una forma de observar y comprender a los animales que no es frecuente y que, a buen seguro, no es normal en una naturalista sin formación. Se trata de algo único, de un sexto sentido.

Antonina escuchó con orgullo el sorprendente discurso de su marido, un festín de halagos tan extenso e infrecuente que inmediatamente después lo reflejó palabra por palabra en su diario, añadiendo: «Hablabas de mis talentos, me alababas delante de otras personas. ¡Esto nunca había sucedido antes! [...] ¿Lo decía en serio!? Me has llamado “boba” tantas veces que ya pensaba que era mi segundo nombre». —Digo todas estas cosas —prosiguió Jan— para explicaros un poco cómo reaccionan los animales en las distintas situaciones. Sabemos cuán cautelosos pueden llegar a ser los animales salvajes, lo rápido que se asustan si su instinto les avisa de que han de defenderse. Cuando perciben a un extraño en su territorio, se vuelven agresivos para protegerse a sí mismos. No obstante, en el caso de Punia, es como si este instinto estuviera ausente, impidiendo que se asuste de otros animales, tengan éstos dos o cuatro patas. Tampoco transmite miedo. Esa combinación puede convencer a la gente o a los animales que tenga alrededor de que no la ataquen. Especialmente a los animales, que son mejores telépatas que los seres humanos y pueden leer las ondas mentales de los otros. Cuando nuestra Punia irradia un calmado y amistoso interés por sus animales... funciona como una especie de pararrayos de su miedo, lo absorbe, lo neutraliza. A través de su reconfortante tono de voz, de sus dulces movimientos, de la forma en que su mirada les hace sentirse seguros, transmite confianza en su capacidad para protegerlos, curarlos, alimentarlos y todo lo demás. Espero que comprendáis lo que quiero decir: Punia es capaz de transmitir ondas de calma y de comprensión. Los seres humanos no somos tan sensibles como los animales en este sentido, pero todo el mundo puede sacar partido de estas ondas invisibles en mayor o menor medida, dependiendo de la sensibilidad de su sistema nervioso. Creo que a algunas personas se les da mejor captar esas señales, y opino que esto no tiene ninguna conexión con la capacidad intelectual. Puede que incluso sean más receptivos los organismos más primitivos. Si utilizamos nomenclatura científica, podremos preguntar: ¿qué clase de transmisor psíquico es Punia y qué tipo de mensaje está enviando?

Jan parece haber estado influido por Friedrich Bernhaed Marby (1882-1966), un ocultista, astrólogo y antinazi que combinaba la tradición oculta de las runas nórdicas con los principios científicos de su época:

El hombre es un receptor sensible y un transmisor de ondas y rayos cósmicos, los cuales estimularon la totalidad del universo y cuya naturaleza específica, así como su efecto, dependen de influencias planetarias, magnetismo terrestre y la forma física del paisaje.^[1]

Si Jan viviese hoy en día, conocería el papel de las «neuronas espejo» en el cerebro, unas células especiales que se encuentran en la corteza parietal y que se activan justo antes de que una persona mueva la mano para coger una piedra, de un paso adelante o empiece a sonreír. Sorprendentemente, las mismas neuronas se activan cuando hacemos algo o vemos a alguien haciendo eso mismo, provocando en

ambos casos sentimientos similares. Aprender de nuestros errores no es tan seguro como aprender de los de otro, lo cual nos ayuda a descifrar el mundo de las intenciones y hace posible nuestra vida social. El cerebro ha desarrollado formas inteligentes de espiar o de escuchar a hurtadillas en momentos de riesgo, de descifrar la alegría o el dolor de otro rápidamente, y todo esto en forma de sensaciones detalladas, sin necesidad de recurrir a las palabras. Sentimos lo que vemos, experimentamos a los otros como si fueran parte de nosotros.

—Es gracioso —continuó Jan—, no es una niña, no es tonta, pero su relación con las demás personas tiende a ser muy ingenua; cree que todo el mundo es sincero y bondadoso. Punia sabe que también hay gente malvada a su alrededor y los reconoce desde lejos. Pero no cree de verdad que puedan hacerle daño. Otra característica de Punia es su modo de observar lo que hay a su alrededor y darse cuenta de cada pequeño detalle. Vio a los soldados llevar a sus chicas a aquel almiar, y sabiendo lo soez que es el sentido del humor alemán, lo empleó en esta situación concreta. No se preocupó por su escaso conocimiento del idioma, porque su voz y su discurso son muy musicales y tranquilizadores. Su instinto y su intuición le dijeron lo que tenía que hacer exactamente. Y, por supuesto, su aspecto fue una buena baza. Es alta, delgada, rubia: la mujer alemana ideal, el tipo nórdico. Estoy seguro de que eso fue un gran punto a su favor. Pero si queréis saber lo que pienso del resultado de esta tragicomedia, considero que los alemanes encontraron la explicación de Punia acerca de lo que había destruido sus edificios muy conveniente. Les proporcionó una excusa para no investigar todos los robos que han tenido lugar allí. El fuego fue una forma fácil de ocultar un crimen. Si realmente hubieran querido castigar a alguien, Punia no lo hubiera tenido tan fácil. No quiero criticar a vuestra heroína. Punia ha hecho un trabajo magnífico. Actuó de forma muy inteligente y me alegro de poder confiar en ella, pero prefiero mirar las cosas desde un punto de vista más cínico.

Jan hizo que la pesadilla de Antonina sonase relativamente poco importante y que su reacción pareciera fría y calculadora, tal vez como imaginaba que hubiera sido la suya propia. Por muy dotada y competente que fuera Antonina, ésta reverenciaba y se sometía a Jan, muchas veces se sentía inútil y estaba perpetuamente intentando encontrarse a la altura de las expectativas de su marido y ganar su aprobación. En ocasiones Ryś, siguiendo el ejemplo de su padre, decía gruñendo que, al ser un hombre, incluso él podía comprender las cosas mejor que una atolondrada mujer. No obstante, Antonina se muestra en su diario como alguien que se sentía profundamente querida por Jan, Ryś y sus Invitados y como un complemento fundamental de su marido, a quien ella consideraba estricto con todo el mundo, consigo mismo más que con nadie. También estaba de acuerdo con él acerca de los modos sutiles en que todos los animales se comunican. Tras el pequeño discurso de Jan con respecto a sus procesos mentales, encontró difícil conciliar el sueño. ¡Tantos halagos delante de sus amigos! Era algo tan infrecuente como una luz en el invierno polaco.

«Jan tiene razón, la reacción de los soldados alemanes a mis ondas telepáticas fue

similar a la de los animales del zoo», reflexionó Antonina en su diario. Contaba con gran cantidad de episodios místicos en su pasado, cuando estaba segura de que podía construir un vínculo invisible con los animales, hacerles escuchar sus peticiones, poner freno a sus temores, confiar en ella. Según Antonina, su primera experiencia de este tipo tuvo lugar cuando era niña y pasaba todo su tiempo libre en los establos, con los briosos caballos purasangre, y desde que podía recordar los animales siempre se habían tranquilizado en su presencia. Quizá su inusual grado de empatía y sus sentidos siempre alerta formaban parte de una sensibilidad animal que heredan algunas personas, y que, en este caso, las experiencias de su infancia habían alimentado. También es importante tener en cuenta que los niños cuyos vínculos con sus padres no son fuertes, como le sucedió a Antonina en su niñez, a veces establecen vínculos con la naturaleza.

Aquella noche, se mantuvo despierta meditando acerca del delgado velo entre las personas y los animales, una frontera casi inexistente pero que la gente veía como «una Muralla China simbólica», una que ella, por otra parte, consideraba trémula, casi invisible. «Si no, ¿por qué humanizamos a los animales y animalizamos a los seres humanos?». Durante horas, Antonina pensó en la gente y en los animales, y en lo poco que había evolucionado la psicología animal en comparación con otras ciencias como la química y la física. «Todavía caminamos con los ojos cerrados por el laberinto del enigma psicológico —pensó—. Pero, quién sabe, quizás un día descubramos los secretos del comportamiento animal, quizás un día podamos dominar nuestros instintos más sombríos». Mientras tanto, Antonina y Jan condujeron su propio estudio informal a lo largo de la guerra, viviendo en cercanía con mamíferos, reptiles, insectos, pájaros y una galería de personas. ¿Por qué, se preguntaba a sí misma, «los animales pueden en ocasiones atenuar sus formas violentas en sólo unos pocos meses mientras que los humanos, a pesar de que llevan refinándose durante siglos, son capaces de volverse rápidamente más salvajes que cualquier bestia»?

Capítulo 28

1943

A medida que la seguridad fluía y refluía durante la guerra, incluso un comentario de lo más inofensivo podía provocar problemas impensables. A Antonina y a Jan les llegó el rumor de que uno de los guardas del zoo había visto a Magdalena y estaba hablando por ahí de la famosa escultora que se escondía en la casa. Pese a que Antonina pensaba que el guarda era «decente, incluso bondadoso, después de todo, no había llamado a la Gestapo», se preocupaba de que una conversación descuidada llegase a los oídos equivocados y el castillo de naipes de la casa del zoo se viniera abajo. «¿Lo sabía ya la Gestapo? —Se preguntaba a sí misma—. ¿Era cuestión de días?». El chantaje mayor o menor, abundante en Varsovia, también suponía una amenaza paralizante. Gracias en parte a la popularidad del mercado negro antes de la guerra y a la facilidad que la gente tenía para allanarse el camino con pequeñas propinas y sobornos, Varsovia se había convertido rápidamente en una ciudad repleta de depredadores y de presas de todos los tamaños, incluidos los decentes y los sobornables, los indecentemente insobornables, el elemento criminal más duro, los visitantes oportunistas, la gente sometida por el miedo, los simpatizantes de los nazis y los que corrían riesgos que ponían en peligro sus vidas y las de otros como si fueran antorchas encendidas. De modo que, por el momento, parecía más conveniente esconder a los Invitados en otra parte. La señora Dewitzowa, quien había ejercido de maestra con Jan antes de la guerra, ofreció un sitio a Magdalena y a Maurycy en su casa de las afueras, pero tras unas pocas semanas, asustada, los devolvió asegurando que unos extraños celosos habían empezado a vigilar su casa. «¿Podrían las afueras ser más peligrosas que Varsovia?», se preguntaba. Quizá lo fueran, pero sospechaba de algo más sutil que eso, un síntoma de cómo vive la gente con miedo e inseguridad.

Emanuel Ringelblum escribió acerca de la «psicosis del miedo» que mucha gente sentía cuando escapaba a la parte aria:

Son los riesgos imaginarios, [la] supuesta vigilancia por parte del vecino, portero, jefe o viandante, los que constituyen los mayores peligros, puesto que el judío [...] se delata a sí mismo al mirar en todas las direcciones para ver si alguien le está vigilando, por la expresión nerviosa de su rostro, por la asustada mirada de animal cazado, oliendo peligro de cualquier tipo en todas partes.^[1]

Incluso si para otros daba Antonina la impresión de que estaba tranquila, sus escritos muestran a una mujer asaltada con frecuencia por la preocupación y golpeada por el miedo. Era consciente de que se había creado la imagen de pilar de la casa, e insistía en que el ambiente «cálido, amistoso, casi terapéutico» que reinaba allí inspiraba una seguridad que sólo era imaginaria. Ciertamente, la casa del zoo proporcionaba un entorno espacioso para los Invitados, que no estaban forzados a

vivir confinados entre muros o hacinados en algún húmedo escondite subterráneo. Pero a medida que los nazis estrechaban cada vez más el cerco, el juego de mirar a otro lado y burlar a la muerte se convertía en el arte de hacer que las posibilidades se materializaran y las señales fueran constantemente vigiladas. Según la sabiduría popular polaca:

Un cuadro que se cae de la pared, los ruidos detrás de una ventana, una escoba que se cae sin causa alguna, el sonido de un reloj donde no hay ninguno. Una mesa que suena como si se fuera a romper, una puerta que se abre sola: todas estas cosas presagian una muerte próxima.^[2]

Conseguir estar seguros conllevaba muchas molestias, tales como tener que comprar con frecuencia y en pequeñas cantidades para no llamar demasiado la atención, o secar parte de la ropa dentro de casa, puesto que nadie se atrevía a tender fuera una colada que no podía pertenecer a nadie de la casa. Inevitablemente, el miedo invadía el estado de ánimo de todo el mundo. Pero como guardas de zoológico, los Żabiński comprendían la vigilancia y a los depredadores; en un pantano de víboras, uno calcula cada paso que da. Moldeados como estaban todos por la gravedad de la guerra, no siempre estaba claro quién podía considerarse, fuera o dentro, leal o chaquetero, depredador o presa.

Al principio, nadie conocía el secreto del escondite en el zoo, por lo que tenían que conseguir alimentos suficientes e improvisar las huidas por sí mismos. Por fortuna, descubrieron que una vieja amiga, Janina Buchholtz, era un miembro importante de la Żegota. Durante la ocupación, Janina trabajó oficialmente como traductora registrada para la notaría pública, la oficina donde Antonina se había detenido para conocer las últimas noticias tras visitar el zoológico bombardeado en 1939. Debido a que manejaba multitud de documentos, solicitudes y peticiones, los papeles se caían de las mesas, se apilaban en las estanterías, se alzaban como precarias estalagmitas en el suelo y daban la impresión de estar por todas partes. La pesadilla de un burócrata, el revoltijo camuflaba la verdadera existencia de la oficina como centro neurálgico de la Resistencia donde se falsificaban documentos arios, se buscaban apartamentos seguros, se enviaban mensajeros, se distribuía dinero, se planificaban sabotajes y se enviaban cartas a personas de otros guetos. Los contactos recibían sus instrucciones y archivaban los informes en su oficina, lo cual significaba que por allí pasaba mucha gente, pero, como en el caso de los Żabiński, Janina perfeccionó el arte de ocultar cosas a simple vista, en este caso entre el suficiente caos como para hacer que los nazis fisgones se lo pensarán dos veces, reacios a escudriñar entre las polvorientas pilas de documentos. Como recordaba un superviviente, los nazis «pretendían conseguir paso a paso, por medio de decretos entrelazados, la creación de un sistema de informes y documentación que volviese imposible cualquier tipo de complot y que localizara a cada uno de los habitantes de la ciudad con la precisión adecuada». Esto exigía la elaboración de identidades,

documentos y procedencias falsas para las personas en la clandestinidad, porque los polacos católicos, quienes en su mayoría vivían en edificios de apartamentos, podían obtener documentos eclesiásticos o municipales de antes de la guerra, incluyendo los certificados de nacimiento, bautizo, matrimonio, impuestos, defunción y herencias. Los documentos nuevos a veces implicaban papeles «sólidos», que pudiesen resistir a las investigaciones de la Gestapo y otras veces, unos que fueran frágiles (llamados lipne, derivado de la palabra para «tilo» y que más tarde derivó en la expresión «mentiras piadosas»), pues no se verían sometidos a un escrutinio tan minucioso. Gunnar Paulsson explica el proceso de la siguiente forma:

Convertirte en un homo novus no sólo requería la creación de una nueva identidad sino que uno debía cortar todo vínculo con la contaminada identidad previa. Por tanto, tenías que mudarte. Era entonces cuando podía desaparecer tu yo anterior, mientras que el nuevo se registraba del modo habitual en el nuevo alojamiento [...] Debías des-registrarte en el registro del barrio antiguo, recibiendo a cambio un cupón. Posteriormente, te registrabas con el administrador del edificio del lugar nuevo y recibías otro cupón. Había que llevar los dos cupones al registro local dentro de un determinado periodo de gracia, como prueba de que estabas registrado [...] Para romper la cadena de evidencia era necesario haber falsificado un cupón de des-registro, el cual debía estar documentado en los archivos de la oficina de registro.

Afortunadamente, Janina trabajaba en la oficina de registro, donde podía crear identidades e infiltrar informes que las respaldasen. Algunas personas decían haber nacido en la Unión Soviética, o ser hijos de musulmanes polacos, o haber perdido sus documentos en el incendio de una iglesia acontecido antes de 1939; otros asumían la identidad de un ciudadano que vivía en el extranjero o que había muerto. Todo esto exigía falsificación y sutileza, así como generar, infiltrar y alterar los informes en largas cadenas de evidencia, de ahí las elevadas montañas de papel de su oficina. En 1941, cuando Hans Frank decretó que se emitiesen carnets de identidad (Kennkarte) con un número de serie y la huella dactilar, los funcionarios se las arreglaron para mantener el proceso paralizado hasta 1943, aprovechando entonces para hacer carnets de identidad falsos. Multitud de personas parecían haber perdido de repente sus informes. Tanto los oportunistas codiciosos como los especialistas de la Resistencia confeccionaron tantos pasaportes y demás documentos que para el verano de 1943 incluso la oficina de Ziegler estimaba que el 15 por ciento de los carnets de identidad y el 25 por ciento de los permisos de trabajo eran falsos. Una única célula de la Zegota se atribuía el haber emitido de cincuenta a cien documentos diarios, papeles que abarcaban un amplio espectro, desde certificados de nacimiento y defunción hasta carnets de identidad de oficiales de rango inferior de las SS y la Gestapo. Janina describía a sus clientes como gente que «caminaba por arenas movedizas».^[3] — Tengo suerte... puedo hacer maravillas —le comentó orgullosa a su amiga y colega Barbara Basia Temkin-Berman, mientras sonreía y daba golpecitos con su dedo

torcido sobre la mesa de café a modo de protección contra la mala suerte.^[4] Alta, corpulenta y anciana, Janina siempre llevaba faldas negras que se asemejaban a la toga de una priora, un peculiar sombrero con velo atado bajo su barbilla y un manguito. Las gafas se deslizaban por su nariz alargada y estrecha, sobre unos ojos que rebosaban tal calidez que la gente solía referirse a ella como «la persona más bondadosa que he conocido nunca» o «la protectora perpetua de los desamparados».

^[5] En la doble conspiración consistente en luchar contra los alemanes y proteger a los judíos, Janina trabajaba mano a mano con Basia, quien antes de la guerra había sido psicóloga y que físicamente era todo lo contrario a ella: una mujer pequeña, esbelta, nerviosa y volátil que siempre llevaba un viejo abrigo color vino, una boina negra y un velo para ocultar sus rasgos semíticos.

Janina y Basia se veían todos los días en la oficina de la calle Miodowa o en el café seguro para los gatos del número 24 de la misma calle, y juntas fraguaban contactos con las monjas y los curas, los trabajadores ferroviarios, profesores, dueños de puestos en el mercado, tenderos, criadas, conductores de tranvía, granjeros, esteticistas, ingenieros, funcionarios y secretarias (que estuviesen dispuestos a eliminar a gente de los archivos públicos o a emitir certificados falsos). Y, por supuesto, con el director del zoológico y su esposa. Un día Janina habló con los líderes de la Resistencia acerca del riesgo que corría Magdalena en el zoo y su decisión, aunque inquietante, tenía sentido para Antonina y Jan. Maurycy permanecería en la casa del zoo y Magdalena se alojaría con un ingeniero amigo de Janina que vivía en Saska Kępa, la parte oriental del río, en una zona encantadora que contaba con un parque lleno de estatuas: La bailarina, Ritmo y la desnuda y voluptuosa Bañista. Era un barrio de edificios públicos neoclásicos, viviendas modernistas recién construidas y rodeadas de arbustos y casas vanguardistas hechas de cemento y cristal en el periodo de entreguerras.

Al principio, el zoo tan sólo había sido un refugio temporal, una estación rápida en la elaborada línea de ferrocarril de la Resistencia. Jan y Antonina escondían únicamente a amigos y conocidos pero posteriormente, cuando empezaron a trabajar con Janina, «las cosas se volvieron más organizadas», como Jan lo definía con su modesta forma de explicar las cosas. Lo que quería decir realmente es que, con la ayuda de la Resistencia, aumentó sus esfuerzos y comenzó a correr riesgos enormes.

De todos los Invitados que se fueron de la casa del zoo, a quien más echaba de menos Antonina era a «la vivaz Magdalena, rebotante de energía y risas». Las dos tenían una extraordinaria amistad, como si fueran al mismo tiempo dos niñas y dos adultas maduras, compartiendo tanto lo más íntimo como lo profesional. Tanto Jan como Antonina admiraban a Magdalena como artista, pero también la consideraban una amiga optimista, divertida y generosa. Según Antonina, perder a Magdalena fue físicamente doloroso, incluso cuando su partida significó la posibilidad de acoger a otro Invitado, de salvar otra vida. Jan y Antonina prometieron visitar a Magdalena en Saska Kępa tanto como les fuera posible, y Maurycy, que no podía circular de forma

segura por la ciudad, se preguntó si su despedida se contaría por meses, años o para siempre y «le resultó especialmente dura».

A finales de junio de 1943, Jan y Antonina supusieron que nadie les había delatado a la Gestapo y, con precaución, volvieron a aceptar Invitados. Janina les envió a una joven amiga suya, Aniela Dobrucka, quien tenía «buen aspecto», manera de describir a alguien con fuertes rasgos arios. En su caso, esta característica le había permitido pasar un tiempo vendiendo pan y cruasanes en las calles, mientras que por las noches se alojaba con una anciana excéntrica. A Antonina le gustó esta joven y valiente mujer de cabellos oscuros, ojos azul marino y una personalidad «al mismo tiempo dulce y traviesa». Llegada a Varsovia proveniente de un pueblo de granjeros, Aniela había luchado para costearse sus estudios en la Universidad de Lwow. Su verdadero nombre era Rachela Auerbach, pero éste quedó enterrado por la Resistencia, en la cual las identidades se desvanecían y uno adoptaba nuevos nombres, apariencias y tareas, tal y como se exigía.

La emigrante polaca Eva Hoffman describe de forma conmovedora el terremoto psíquico que supuso despojarse de su nombre: «No han pasado muchas cosas, excepto un pequeño y sísmico cambio. La tergiversación de nuestros nombres les aleja un poco de nosotros, pero supone un espacio por el que se cuele el duende infinito de la abstracción». De pronto ni su nombre ni el de su hermana existían, aunque «eran tan nuestros como nuestros ojos y manos». Los nuevos nombres eran «etiquetas identificativas, señales incorpóreas que mostraban objetos, los cuales resultábamos ser mi hermana y yo. Caminamos hacia nuestros asientos en una habitación llena de rostros desconocidos, con nombres que nos hacen desconocidas para nosotras mismas».

Aniela tuvo la suerte de abandonar el gueto antes de que llegasen peores tiempos. Dedicó su vida a intentar conseguir comida para las personas hambrientas y a su trabajo en el hospital y en la biblioteca. Fue una de las pocas personas que conocían el secreto de las lecheras. En la sección del gueto dedicada a los talleres, la carpintería de la OBW (Ostdeutsche Bauwerkstätte) estaba administrada por alemanes que obligaban a los verdaderos dueños judíos a seguir manteniéndola en funcionamiento. Uno de los hermanos que la llevaban, Alexander Landau, pertenecía a la Resistencia y contrataba a muchos de sus miembros, supuestamente como artesanos formados, aunque su carencia de conocimientos en carpintería no resultaba siempre fácil de ocultar. La carpintería Halmann, en el número 68 de la calle Nowolipki, empleaba a otros supuestos carpinteros, y las casas que se les asignaban acabaron siendo el centro de la Organización para la Lucha Judía. Al emplear a tantas personas, estos dos talleres evitaron su deportación, alojaron a otras en situación de clandestinidad y se convirtieron en sedes para escuelas y en el centro de gran cantidad de actividad de la Resistencia.

Tan sólo un mes después de que los alemanes ocupasen Polonia, el historiador Ringelblum concibió la idea de un archivo, pues se dio cuenta de que lo que estaba

sucediendo no tenía precedente en la historia de la humanidad y de que alguien debería informar detalladamente de los hechos y dar fe del indescriptible sufrimiento y de la crueldad. Aniela ayudó a Ringelblum con los archivos, aunque Janina leía los documentos primero y los ocultaba durante un tiempo bajo la tapicería del gran sofá de su oficina. Posteriormente, este grupo clandestino de archiveros, cuyo nombre en clave era Oneg Shabat (ya que se reunían los sábados),⁷ ocultaba los documentos en cajas y en lecheras del taller de Halmann. En 1946, los supervivientes que peinaban las ruinas del gueto encontraron todas las lecheras salvo una, repletas de descripciones minuciosas escritas en yiddish, polaco o hebreo y que ahora se encuentran en el Instituto Judío de Varsovia.

Pasado un tiempo, Aniela llevó a la casa del zoo a su amiga Genia (Eugenia Sylkes), que había organizado las escuelas secretas del gueto, luchado en el ejército de la Resistencia y ayudado a planificar el levantamiento del gueto. Finalmente capturada y forzada a subir a un tren con rumbo a Treblinka, su marido y ella saltaron de éste cerca de Otwock cuando estaba aminorando su marcha en una vía muerta para permitir el paso de otro tren (algunos vagones tenían ventanas cubiertas con alambre de espino que se podía cortar o puertas que se podían forzar). En una entrevista después de la guerra con el White Eagle-Mermaid de Londres, Genia recordó que tras el salto me encontraba agotada y muerta de hambre, pero tenía demasiado miedo para acercarme a los edificios [...] No encontraba a mi marido y lentamente, yendo por carreteras secundarias, llegué a Lublin. Después de un par de días decidí regresar a Varsovia. Viajé con obreros y alcancé el Casco Antiguo por la mañana temprano. Mi prima, mujer de un polaco, se ocultaba con una tal señora Kowalska. Me dirigí allí y me recibieron como si fuese un fantasma que llegaba del otro mundo. Cené, tomé un baño y me fui a la cama. Unos pocos días después, cuando finalmente pude ponerme en pie, me dieron ropa y me dirigí al número 1 de la calle Miodowa para ver a Janina Buchholtz de la Zegota. Allí obtuve documentos y dinero. Posteriormente, el marido de mi prima me consiguió una habitación en la calle Chtodna, en el apartamento de un policía polaco. Sólo puedo hablar de todas estas personas que me ayudaron con la mayor admiración y con un enorme cariño.

Cuando el apartamento del policía se volvió inseguro, Janina la envió al zoológico, donde, oficialmente, fue la modista de Antonina, la que cosía la ropa y la que posteriormente, cuando Antonina estaba embarazada, confeccionaba los pañales y la ropa de bebé. Alta y de aspecto ario, con una pequeña nariz respingona, podría haber pasado desapercibida fácilmente, pero no hablaba bien polaco, por lo que en público fingía ser muda o a veces estonia, como declaraban sus documentos. Su mutismo fingido le hacía pertenecer a la cuadrilla de personas con acentos no polacos que flotaba por la ciudad, silenciada por lo innombrable.

Capítulo 29

Poco después de que las campanillas se marchitasen con la primavera, comenzaron a crecer montones de ajos de oso bajo la húmeda sombra de los árboles. De sus pequeñas flores blancas emanaba un dulce aroma que penetraba por las ventanas abiertas al atardecer y sus hojas llegaban a medir más de medio metro en su lucha por conseguir luz. Algunos granjeros llevaban a sus ovejas a pastar en campos de ajos de oso para aromatizar su carne, y otros maldecían a sus vacas si los comían y contaminaban su leche. La gente de la localidad empleaba el ajo de oso en pociones rejuvenecedoras y en cataplasmas para disminuir la fiebre alta, atenuar el ardor, secar el acné, poner a punto el corazón o calmar la tos ferina. Pelaban los bulbos para cocinar y preparaban una sopa de ajo de oso.

«El zoo se vio inmerso en una cálida noche de mayo —escribió Antonina, bosquejando la escena en su diario—: los árboles y arbustos, la casa y la terraza, estaban inundados por un color aguamarina pálido, por una luz de luna serena e impasible. Las ramas de los arbustos de lilas se doblaban por el peso de las flores marchitas. Los angulosos y geométricos contornos de las aceras estaban realzados por largas sombras negras. Los ruiseñores piaban sus melodías primaverales una y otra vez, ebrios de sus propias voces». Los habitantes de la casa del zoo estaban sentados, escuchando un concierto de piano del Hombre Zorro, perdidos el tiempo y la realidad en un mundo compuesto de sombras a la luz de las velas y de constelaciones de notas que quedaban suspendidas en la oscuridad. «La silenciosa y romántica noche era realizada por los impetuosos acordes del Estudio en Do Menor de Chopin. La música nos hablaba de la tristeza, el temor y el terror a medida que flotaba por la habitación y se escapaba por la ventana», recordaba Antonina.

De repente, escuchó un suave y misterioso crujido que venía del macizo de altos malvones que se encontraba al otro lado de la ventana, un ruido que ella misma pareció descodificar de entre las notas. Cuando un búho ululó, intentando echar a algo o a alguien de su nido de crías, Antonina captó la señal y se lo comentó a Jan discretamente. Este salió a investigar. Al poco tiempo reapareció en el umbral, haciéndole un gesto a su mujer para que se acercase a él.

—Necesito la llave de la Casa de los Faisanes —susurró. Como ama de casa, ella guardaba las llaves, y había muchas de ellas: algunas eran de las puertas de la casa, otras de los edificios del zoo, otras de puertas que ya no existían y otras que no valían para mucho pero que había que conservar. La llave que pedía Jan estaría a mano, pues la empleaban frecuentemente: abrir la Casa de los Faisanes significaba que había un nuevo Invitado.

Interrogándole en silencio con los ojos, Antonina le entregó a Jan la llave y ambos salieron al exterior, donde vieron a dos muchachos que se intentaban ocultar detrás de los matorrales. Jan susurró que aquellos miembros de una célula de sabotajes de la Resistencia habían prendido fuego a unos depósitos de gasolina

alemanes y necesitaban esconderse urgentemente. Les habían dicho que corriesen al zoo y, aunque Antonina no lo sabía, Jan les había estado esperando toda la tarde, cada vez más preocupado. Al reconocer a los anfitriones, los chicos salieron de su escondite.

—Nos hemos escondido durante horas entre los arbustos que hay cerca de la casa, porque podíamos oír a gente que hablaba alemán —dijo uno de los dos.

Jan les explicó que el buen tiempo atraía a la policía militar que visitaba el zoo para dar largos paseos. Varios de ellos se habían marchado hacía tan sólo veinte minutos. Ahora que no había moros en la costa, debían darse prisa en meterse en la Casa de los Faisanes. Puesto que los faisanes eran verdaderos manjares, una Casa de los Faisanes sonaba estupendo a oídos de los chicos, y uno bromeó:

—Fingiremos que somos especies exóticas, ¿verdad, señor teniente?

—No esperes nada especial —le advirtió Jan—. De ninguna manera se trata de un alojamiento de lujo. Ahora sólo los conejos viven en el edificio. Está cerca de nuestra casa, así os podremos echar un vistazo y llevaros comida. Pero recordad: ¡debéis estar tan silenciosos como una tumba desde el amanecer! —ordenó con firmeza.

No habléis ni fuméis. No quiero escuchar un solo ruido que provenga de allí, ¿me habéis entendido?

—¡Sí, señor! —Respondieron.

Reinaba el silencio, un manto de silencio con el que uno se encuentra a veces en una noche calmada y sin luna. El único sonido que escuchó Antonina fue el de una llave introduciéndose en la cerradura escondida tras la parra salvaje de la Casa de los Faisanes.

A la mañana siguiente, cuando Ryś sacó a Wicek al jardín y se dirigió al aviario, Antonina le vio detenerse para acariciar las largas orejas de Wicek y decirle:

—Prepárate, viejo. Vamos a la Casa de los Faisanes, así que recuerda, ¡no puedes hacer ruido! —Se puso un dedo en la boca. Juntos emprendieron el camino hacia el pequeño edificio de madera, Wicek a los pies de Ryś.

Dentro, Ryś encontró a dos muchachos durmiendo sobre camas de heno y rodeados de conejos de todos los tamaños que, como si fueran trois, vigilaban y olisqueaban a los humanos durmientes. Ryś cerró la puerta tras él, dejó sin hacer ruido una cesta de asclepias en el suelo y comenzó a lanzar puñados de vainas y tallos para que los conejos comiesen. Posteriormente sacó un puchero de leche con fideos, un gran trozo de pan y dos cucharas.

Estudiarles mientras dormían resultaba irresistible para un chico que sentía tanta curiosidad hacia los animales y las personas, por lo que acercó su rostro a los de ellos y se preguntó cuál sería la mejor manera de despertarlos, puesto que no debía pisar el suelo con fuerza, dar palmadas o gritar. De cuclillas, tiró de la manga de uno de los muchachos, lo cual no inmutó al exhausto dormilón. Entonces, tiró más y más fuerte, pero el chico seguía durmiendo. Como la técnica no funcionaba, intentó algo más sutil: llenó los pulmones de aire y sopló a la cara del chico hasta que por fin éste

levantó la mano para aplastar a un insecto imaginario y abrió los ojos.

Semiconsciente y sorprendido, el chico parecía asustado, por lo que Ryś decidió que era el momento de presentarse. Se acercó aún más y susurró:

—Me llamo Ryś.

—Encantado de conocerte —respondió en otro susurro el muchacho. Luego añadió tajantemente—: ¡Soy Faisán!

Esta confusión era comprensible, puesto que Ryś es la palabra para «lince» y la gente oculta en el zoo tenía el nombre del animal que una vez vivió en el escondite donde se encontraban.

—Sí, pero yo estoy diciendo la verdad —insistió Ryś—, de veras que me llamo Ryś, no es broma. Quiero decir, Ryś el chico, no Ryś con pequeñas crestas en las orejas y el rabo de un fox terrier.

—Sí, ya veo —dijo el chico—. Yo hoy sólo soy un faisán. De todas formas, si fueras un verdadero lince y yo tuviera plumas, me estarías comiendo ahora mismo, ¿no?

—Puede que no —dijo Ryś seriamente—. Por favor, no te burles de mí... He traído vuestro desayuno y un lápiz y... —De repente escucharon pasos en una acera cercana y al menos dos voces alemanas. Ryś y el chico permanecieron sentados sin moverse ni un milímetro.

Cuando las voces hubieron desaparecido, Ryś le dijo:

—Puede que sólo sea la gente que va a sus parcelas.

El segundo conspirador se despertó, se estiró y masajéó sus entumecidas y doloridas piernas mientras su camarada le mostraba el puchero de sopa y le tendía una cuchara. Todavía de cuclillas, Ryś les observó comer, aguardando hasta que terminasen, y les dijo en voz muy baja:

—Adiós. No os aburráis. Os traeré la cena y algo para leer... Recibiréis un poco de la luz del día a través de la pequeña claraboya.

Mientras se marchaba, Ryś escuchó que un muchacho le decía al otro:

—Qué chico tan simpático, ¿verdad? Y me resulta tan gracioso eso del lince que cuida a los faisanes, ¡sería un cuento de hadas genial!

Ryś regresó a casa y le contó a Antonina todo sobre sus aventuras con los chicos. Estos se escondieron en la Casa de los Faisanes durante tres semanas mientras Ryś les cuidaba como si fueran sus protegidos. Se marcharon cuando los alemanes dejaron de buscarles, consiguieron documentos falsos y se les procuró un nuevo escondite. Una mañana Ryś sólo encontró conejos en la Casa de los Faisanes y se dio cuenta de que los chicos se habían trasladado, lo cual se tomó de forma personal, como si unos amigos le hubiesen abandonado.

—Mamá, ¿dónde están? —preguntó—. ¿Por qué se han ido? ¿Es que no les gustaba estar aquí?

Ella le explicó que habían tenido que marcharse, que la guerra no era un juego y que llegarían otros Invitados para ocupar su espacio.

—Todavía puedes cuidar de tus animales —le dijo, intentando consolarle.

—Prefiero a los faisanes —se quejó él—. No lo comprendes, ¿era diferente! Incluso me llamaban «amigo», y no pensaban en mí como un chico, sino como su guardián.

Antonina acarició su cabello rubio.

—Tienes razón —le dijo—. Esta vez has sido un chico mayor y has ayudado de una forma muy importante. Comprendes que es un secreto y que no debes contárselo a nadie, ¿verdad?

Vio la ira en los ojos de su hijo.

—Lo sé mejor que tú —dijo bruscamente—. Estas cosas no son para las mujeres —añadió con desprecio. Luego, silbó para llamar a Wicek.

Todo lo que Antonina pudo hacer fue observar con tristeza mientras los dos desaparecían entre los arbustos, consciente de que Ryś tenía que superar otro abandono y otro secreto que nunca podría contar. «Si guardo silencio sobre mi secreto, éste es mi prisionero», escribió en otro tiempo el filósofo Arthur Schopenhauer, nacido en Gdansk, pero «si dejas que se escape de mi boca, yo soy su prisionero».^[1] El hecho de reflejar sus días en un diario permitía a Antonina lidiar con los secretos, sustancia que, como el agua, asumía distintas formas.

Capítulo 30

1943

Durante el verano, el carnaval de la mosca negra, nubes de insectos atormentaban el zoológico como era habitual y cualquier persona que saliese durante el día debía llevar manga larga y pantalones hasta los tobillos pese al calor. Dentro de la casa, el conejo Wicek, merodeando en busca de comida, escuchó un sonido chirriante y se dirigió a la cocina dando brincos, en donde se encontró con el pollo Kuba comiendo. Durante la cena, Kuba a veces se paseaba por encima de la mesa, picoteando las migas mientras Wicek le observaba desde la distancia hasta que de un salto aparecía de repente junto a un pedazo de pan o un cuenco de patatas y empezaba a engullir. El pollo se llevaba un buen susto y todo el mundo se reía.

Siempre que Ryś esperaba despierto a que su padre llegara tras el toque de queda, el conejo y el pollo se posaban sobre su edredón para aguardar con él. Según Antonina, cuando sonaba el timbre los tres se ponían nerviosos e intentaban escuchar el sonido de los pasos de Jan subiendo las escaleras. Estos retumbaban, porque los escalones eran de madera y estaban sobre otros que llevaban de la cocina al sótano, por lo que el espacio resonaba como un tambor.

Ryś buscaba en el rostro de su padre el cansancio o la preocupación, y a veces las manos heladas de Jan le mostraban comida que había comprado con los vales, regresaba con una historia emocionante o sacaba otro animal de su mochila mágica. Cuando Ryś se quedaba dormido, Jan bajaba las escaleras sin hacer ruido, el conejo saltaba de la cama, el pollo salía de su edredón y ambos animales le seguían a la mesa del comedor para tomar su cena. Según Antonina, era inevitable que el conejo saltase al regazo de Jan y el pollo se le subiera por el brazo y escalase hasta su cuello, donde se acurrucaba en el cuello de la chaqueta hasta quedarse dormido. Ni siquiera cuando Antonina quitaba los platos de Jan y los sustituía por papeles y libros accedían los animales a abandonar la calidez del regazo y del cuello.

Varsovia vivió un invierno brutalmente frío en 1943. Ryś cogió un fuerte resfriado que se agravó hasta volverse neumonía, por lo que estuvo en el hospital varias semanas, recuperándose sin la ayuda de antibióticos. La penicilina no se descubrió hasta 1939 en una Inglaterra en guerra, por lo que los científicos no pudieron en ese momento conseguir el hongo más fecundo para probarla en seres humanos. Pero el 9 de junio de 1941, Howard Florey y Norman Heatley volaron a Estados Unidos en un avión de ventanillas oscuras, llevando una pequeña y valiosa caja de penicilina. Se unieron a un laboratorio de Peoria, Illinois, donde estudiaron exuberantes hongos provenientes de todas partes del mundo, para descubrir al final la penicilina procedente de un melón podrido del mercado de Peoria. Cuando sumergieron éste en una tinaja profunda y lo dejaron fermentar, produjo diez veces

más penicilina que los otros hongos con los que competía. Las pruebas finales demostraron el valor del medicamento como mejor agente antibacteriano de su tiempo, pero los soldados heridos no comenzaron a recibirla hasta el día D (6 de junio de 1944), y los civiles y los animales no hasta el final de la guerra.

Cuando finalmente Ryś volvió a casa, el hielo y la nieve ya habían comenzado a derretirse y pudo ayudar a escardar, hacer agujeros y plantar junto con Wicek (cuyo pelaje había cambiado de negro a gris plata durante el invierno), el cual daba brincos detrás de él, caminando a zancadas como un perro bien entrenado. El pollo, casi emplumado, picoteaba la tierra fresca, sacando gusanos gordos y rosados, y Antonina se dio cuenta de que los pollos verdaderos, los que cacareaban en el gallinero, trataban a Kuba como si fuera un intruso, picoteándole con fiereza. Sin embargo, Wicek permitía que el pollo se subiese a su espalda y se sujetase con fuerza, y Antonina les veía con frecuencia brincando juntos alrededor del jardín, jinete y corcel.

Antes de la guerra, el zoológico había pasado de un paisaje a otro —montañas, valles, estanques, lagos, charcos y bosques— dependiendo de las necesidades de los animales y de las decisiones de Jan como director del zoo. Pero ahora que el lugar estaba bajo la jurisdicción del Departamento de Parques y Jardines de Varsovia, Jan obedecía las órdenes de un burócrata que imaginaba un continuo verdor en el que todas las parcelas, los setos y los obeliscos se parecieran unos a otros, según su deseo. Para ello necesitaba el parque Praski y, sobre todo, las grandes explanadas de césped del zoo y su arboleda.

En primavera, Müller, el director del Zoo de Königsberg, habiendo oído que el Zoo de Varsovia había sido destruido, se ofreció para comprar todas las jaulas utilizables. Su zoológico, aunque considerablemente más pequeño que el de Jan, estaba emplazado en una ciudad fortificada fundada por caballeros teutónicos y considerada inexpugnable. Más avanzada la guerra, Churchill elegiría Königsberg para una de las controvertidas «incursiones del terror» de la RAF, destruyendo la mayor parte de la ciudad (incluyendo el zoológico), que finalmente se rindió ante el Ejército Rojo el 9 de abril de 1945. Desde entonces se la conoce como Kaliningrado.

Pero en 1943, coronado a sí mismo «padre de Varsovia», Danglu Leist, el presidente alemán, no quería que su ciudad fuese eclipsada por otra más pequeña, por lo que decidió que Varsovia volvería a tener su zoológico. Antonina describió a Jan como «extático» cuando Leist le invitó a presentar un presupuesto para recuperar el zoo, añadiendo que incluso sin animales, con los edificios destrozados y el equipamiento deteriorado, éste todavía prosperaba en el corazón y en la imaginación de Jan. Por fin, pensó, el zoo, la carrera de su marido y su pasión por ese oficio podrían volver a renacer, «como si se tratara de un fénix;» y su trabajo en la Resistencia sólo podría sacar beneficios del bullicio de la vida cotidiana de un zoológico abierto, con su mosaico en movimiento de visitantes, animales y trabajadores entre los cuales los fugitivos de la casa podrían confundirse. Un zoo

restaurado revitalizaría cada aspecto de su vida; era perfecto. Demasiado perfecto, pensaba Jan. Comenzó inmediatamente a analizar el plan para encontrar posibles defectos; el más destacado era el hecho de que los polacos estaban «boicoteando todas las actividades de entretenimiento creadas por el enemigo». Normalmente, el zoológico ofrecía un fondo para la investigación y diversos programas, pero, por temor a los intelectuales polacos, los nazis sólo permitían que estuviesen abiertos los colegios de primaria; todos los institutos y universidades estaban prohibidos. Habiendo sido suprimido el papel educativo del zoológico, éste sólo podía ofrecer una pequeña galería de animales, y con la escasez de alimentos y los mercados de la ciudad vacíos, ¿cómo podía el zoo justificar el estar alimentando a los animales? Es más, un zoológico podría hacer daño a la economía de la ciudad, razonó Jan, o ponerle en peligro si no lo dirigía según los dictámenes alemanes. A pesar de que esos problemas parecían insuperables, Antonina admiraba el sacrificio de Jan, pues pensaba que mostraba «temperamento, valentía y una mente realista».

—Es difícil decidir lo que es mejor para la ciudad o para el zoo —le dijo Jan a Julian Kulski, el vicepresidente polaco de Varsovia—. ¿Y si dentro de cincuenta o cien años alguien lee la historia del Zoo de Varsovia, recreado por los alemanes para su propio placer, pese a que empobreció la ciudad? ¿Te gustaría tener esa nota al pie en tu biografía?

—Vivo este tipo de dilema todos los días —se quejó Kulski—. Te juro que nunca hubiese aceptado este puesto si toda la gente de Varsovia hubiese muerto en 1939 y los alemanes hubieran repoblado la ciudad con gente de fuera. Si estoy aquí es para servir a mi gente.

Durante los dos días siguientes, Jan compuso cuidadosamente una carta para Leist en la cual alababa su decisión de reabrir el zoo y adjuntaba un presupuesto colosal para el equipamiento básico que necesitaría el zoológico. Leist no se molestó ni en responder, tal y como esperaba Jan. Lo que no se esperaba es lo que ocurrió después.

De algún modo, el director de Parques y Jardines se enteró de la reapertura del zoo propuesta, la cual hubiera destruido su proyecto de los parques unificados, por lo que para acabar con Jan envió un mensaje a los alemanes de que los servicios del doctor Żabiński ya no eran requeridos y por tanto su contrato debía ser rescindido.

Antonina no consideró esto una muestra de «antipatía o venganza», sino el producto de la idea fija de dejar su huella en los parques de Varsovia. Sea como fuera, amenazaba a Jan y a su familia, pues cualquier persona que «no fuera necesitada» por los alemanes perdía su permiso de trabajo, lo cual le hacía apto para su deportación a Alemania para hacer trabajos forzados en las fábricas de municiones. Puesto que la casa pertenecía al zoológico, los Żabiński podrían perder fácilmente su hogar, muchas melinas y el pequeño sueldo de Jan. ¿Y qué pasaría con los Invitados?

Kulski amañó la queja contra Jan antes de que los alemanes la pudiesen leer, por lo que en lugar de perder su trabajo, Jan fue traspasado al Museo Pedagógico de la calle Jezuicka, un tranquilo y pequeño enclave con tan sólo un anciano director, una

secretaria y unos cuantos guardias y donde los alemanes apenas se entrometían. Jan contó que su trabajo consistía principalmente en desempolvar el viejo equipamiento de educación física y en conservar los carteles zoológicos y botánicos que se prestaban a las escuelas antes de la guerra. Esto le dejaba más tiempo para confabular con la Resistencia y enseñar biología en la «universidad voladora». También tenía un trabajo a tiempo parcial en el Departamento Sanitario, por lo que por una cosa y por otra, Antonina y Ryś sabían que Jan desaparecía por las mañanas para enfrentarse a quién sabe qué peligros y reaparecía en la oscura tierra de nadie anterior al toque de queda. Aunque Antonina no era del todo consciente de lo que se traía entre manos, su imagen mental de Jan tenía una aureola de peligro y pérdida potencial, e intentaba borrar de su mente los temores naturales con respecto a que le capturasen o matasen. «Pero me preocupaba por su seguridad durante todo el día», confesó.

Además de construir bombas, descarrilar trenes y envenenar los bocadillos de cerdo destinados a las cantinas alemanas, Jan continuó trabajando con un equipo de obreros construyendo búnkeres y guaridas. La Zegota también tenía cinco pisos alquilados que se destinaban a los refugiados, a quienes había que abastecer de provisiones con regularidad y trasladar de una casa segura a otra.

Oficialmente, Antonina conocía pocas de las actividades de Jan. El no solía contarle a ella nada al respecto, y ella rara vez le preguntaba para confirmar sus sospechas. Antonina consideraba fundamental no saber demasiado acerca de sus actividades bélicas, de sus camaradas o de sus planes. De otro modo, la preocupación contaminaría su estado de ánimo durante todo el día e interferiría en sus actividades, que eran igualmente importantes. Debido a que tanta gente confiaba en ella para su sustento y cordura, «jugaba a una especie de juego del escondite» con ella misma, escribió, fingiendo que no sabía, mientras la vida a la sombra de Jan flotaba en la frontera de su conciencia. «Cuando la gente está constantemente en el límite entre la vida y la muerte, es mejor saber lo menos posible», se decía a sí misma. Pero, sin desearlo exactamente, uno tiende a imaginar escenarios terroríficos, patetismo o salvación, como si el trauma se soportase mejor si antes de que ocurriese pudiésemos inocularnos pequeñas dosis de horror que fueran más manejables. ¿Existen los grados de angustia homeopáticos? Jugando con su mente, Antonina se medio engañaba a sí misma lo suficiente como para soportar años de horror y de trastornos, pero hay una diferencia entre no saber y elegir no saber lo que uno sabe pero a lo cual preferiría no enfrentarse. Tanto Jan como ella continuaban llevando una pequeña dosis de cianuro a todas partes.

Cuando la oficina del gobernador telefoneó un día para convocar a Jan a una reunión, los habitantes de la casa del zoo supusieron que le arrestarían. Mientras el pánico invadía la casa, le aconsejaron que huyese mientras pudiera.

—Pero entonces ¿quién cuidaría y mantendría a todo el mundo? —preguntó a Antonina, a sabiendas de que les estaría condenando a muerte.

A la mañana siguiente, cuando Jan se disponía a marcharse a la oficina del

gobernador y tras haberse despedido, Antonina le susurró a su marido lo indecible:

—¿Llevas el cianuro contigo?

Su reunión era a las nueve de la mañana. Antonina podría haber jurado que llevaba un reloj en su interior marcando cada segundo mientras hacía las tareas de la casa. Por la tarde, estaba poniendo unas patatas peladas en un cazo cuando escuchó una voz que susurró: «Punia». Alzó la vista con el pulso latiendo a cien por hora y allí estaba Jan, justo delante de ella, detrás de la ventana de la cocina, sonriendo.

—¿Sabes lo que querían? —preguntó—. No te lo vas a creer. Cuando llegué a la oficina del gobernador me llevaron en coche a Konstancin, la residencia privada del gobernador Fischer. Por lo visto, sus guardias descubrieron serpientes cerca de la casa y en el bosque que hay cerca, y temían que miembros de la Resistencia hubiesen lanzado un montón de serpientes venenosas para acabar con el gobierno alemán. Leist les dijo que se pusiesen en contacto conmigo, pues dice que soy la única persona que conoce a las serpientes. Le demostré que no eran serpientes venenosas cogiéndolas con la mano. —Después, Jan añadió sombrío—: Por fortuna, esta vez no he necesitado el cianuro.

Antes de marcharse al trabajo una tarde, Jan introdujo dos pistolas en su mochila y las cubrió con un conejo recién sacrificado. Cuando salió del tranvía en la parada de la Plaza de los Veteranos, se encontró de pronto con dos soldados alemanes, uno de los cuales le gritó «¡Manos arriba!» y le ordenó que abriese su mochila para inspeccionarla.

«Estoy perdido», pensó Jan. Con una naturalidad convincente, sonrió y dijo:

—¿Cómo puedo abrir mi mochila si tengo las manos arriba? Lo mejor será que lo haga usted mismo.

Un soldado la revisó unos instantes y vio el animal muerto.

—¡Vaya, un conejo! ¿La cena de mañana?

—Sí. Algo tendremos que comer —respondió Jan, todavía sonriendo.

El alemán le dijo que podía bajar las manos y con un «¡Also, gehen Sie nach Hause!» le dijo que siguiera su camino.

Antonina escribió que mientras escuchaba el relato de Jan sobre lo cerca que había estado de ser sorprendido, las venas de su cabeza le latían tan fuerte que podía sentir cómo se movía su cuero cabelludo. El hecho de que a Jan pareciera hacerle tanta gracia la historia, bromeando «con lo que podía haber sido una tragedia, me disgustó aún más».

Años después, Jan le confesó a un periodista que había encontrado encanto en esos riesgos, le habían resultado emocionantes y había sentido orgullo de soldado al librarse del miedo y tener reflejos rápidos en situaciones comprometidas. «Frío» es como Antonina le describía, todo un cumplido. Esta parte de su personalidad, tan distinta a la de ella, su mujer la encontraba admirable, extraterrestre y también un poco humillante, pues ella no podía igualar sus valerosas proezas. Ella también había estado a punto de ser descubierta, pero mientras que calificaba la actitud de Jan como

heroica, de ella misma sólo decía que había tenido suerte.

En el invierno de 1944, por ejemplo, cuando los depósitos de gas de la ciudad no funcionaban bien y el baño del segundo piso no tenía agua caliente, la embarazada Antonina ansiaba la lujuria carnal de un baño humeante. En un arrebató, telefoneó a los primos dejan, Marysia y Mikolaj Gutowski, quienes vivían en el barrio de Zoliborz, al norte del centro de la ciudad. Se trataba de un bonito vecindario a la orilla izquierda del Vístula que una vez había pertenecido a unos monjes, quienes le habían llamado Jolie Bord (Hermoso Dique). A la mención del agua caliente, tal como había esperado, su primo le dijo que tenían mucha y le invitó a pasar la noche. No era habitual que Antonina saliese sola de la casa, ni siquiera para ir al carnicero, al mercado o a otras tiendas, pero esta rareza sibarita le atormentaba, por lo que «después de que Jan me diera permiso» se aventuró por la profunda nieve, los vientos de febrero y los soldados alemanes y llegó a casa de sus primos temprano una noche.

Tras un largo baño, se unió a sus primos en el comedor «decorado tan bonito, con muebles y cosas tan elegantes». Le llamó la atención una luz que destellaba: se trataba de una colección de cucharillas de plata que estaba enmarcada en una de las paredes, cada una con el emblema de una ciudad alemana diferente. Eran souvenirs baratos que Gutowski había coleccionado en sus viajes anteriores a la guerra. Después de la cena, se marchó a la habitación de invitados y se durmió pero a las cuatro de la madrugada se despertó con el rugido de los motores de unos camiones justo delante de la casa. Oyó que Marysia y Mikolaj corrían a la ventana de la parte delantera. Les siguió y se quedó en la oscuridad mirando los camiones con techos de lona aparcados en la plaza Tucholski, rodeados de una gran multitud y de policía alemana. Llegaban más camiones. Antonina escribió que mientras los soldados cargaban a sus víctimas con destino a los campos deseaba con fervor que no le cogiesen a ella también. Para no verse involucrados, sus primos y ella decidieron regresar a la cama, pero pronto llamaron con firmeza a la puerta. Mikolaj bajó las escaleras, todavía en pijama, y Antonina se preocupó por lo que haría su familia sin su ayuda. De pronto, los soldados alemanes estaban en el vestíbulo pidiéndole sus documentos.

Señalando a Antonina, un soldado le preguntó a Mikolaj:

—¿Por qué no está esta mujer registrada aquí?

—Es mi sobrina, la mujer del guarda del zoológico —explicó él en un alemán muy fluido—. Simplemente está pasando la noche aquí porque su cuarto de baño está roto; ha venido a tomar un baño y a pasar la noche, eso es todo. Afuera está oscuro y resbaladizo, no es conveniente que una mujer embarazada ande sola por la calle.

Los soldados continuaron inspeccionando la casa, yendo lentamente de una elegante habitación a otra e intercambiando sonrisas de placer.

—*So gemütlich* —dijo uno, empleando una palabra que transmitía placer y alegría—. En casa las bombas han destruido nuestros hogares.

Antonina escribió más tarde que podía comprender bien su tristeza. En marzo, los

bombarderos americanos habían lanzado 2000 toneladas de bombas sobre Berlín y en abril miles de aviones habían combatido sobre ciudades alemanas que antaño habían sido realmente bellas. Los soldados tenían mucho *gemütlichkeit* que añorar, aunque todavía les esperaba lo peor. Cuando la guerra llegó a su fin, los Aliados habían bombardeado la práctica totalidad de las ciudades alemanas, incluyendo Dresde, cuna histórica del humanismo y del esplendor arquitectónico.^[1] Antonina permaneció a un lado y observó en silencio mientras entraban en el comedor, donde un soldado se puso a examinar la colección de cucharillas conmemorativas de la pared. Se detuvo, las miró más detenidamente y su cara se iluminó por la sorpresa mientras llamaba la atención de su amigo para que viese él también las filas de cucharillas perfectamente ordenadas, cada una celebrando una ciudad diferente. El soldado dijo educadamente:

—Gracias, todo está bien aquí, hemos terminado nuestra inspección, ¡adiós! Y se marcharon.

Pensando en estos acontecimientos más tarde, Antonina supuso que lo único que le había salvado fueron los recuerdos sentimentales y la idea de que alguien en la casa tenía raíces alemanas. El capricho de Marysia de comprar souvenirs alemanes y exhibirlos de esa forma tan folclórica les había evitado el arresto, el interrogatorio y tal vez la muerte. A pesar de todo lo que prefería no ver, Antonina ocultaba valiosos secretos (gente, lugares, contactos), lo mismo que Mikolaj, un ingeniero católico que, con la ayuda de la Zegota, a veces escondía judíos.

Finalmente, todos se fueron a la cama. Al día siguiente, Antonina regresó a casa, donde los invitados le aseguraron que si Jan y ella podían escapar por los pelos con tanta frecuencia debía de ser porque estaban «bajo la influencia de una estrella de la suerte», no simplemente una loca estrella.

Cuando llegó la primavera, el zoo que hibernaba volvió a agitarse con la vida, los árboles desplegaron nuevas hojas, el suelo se ablandó y muchos habitantes de la ciudad llegaron con sus herramientas para el jardín con el fin de trabajar en sus parcelas. Los Żabiński refugiaban cada vez a más Invitados desesperados que se unían a la casa del zoo, en el sótano o en los armarios, o escondidos en pequeños cobertizos o jaulas. Su falta de comodidades, fotografías y reliquias familiares entristecía enormemente a Antonina, quien les describía como «personas a las que lo único que no les han arrebatado es la vida».

En junio, Antonina confirmó el implacable optimismo de la vida dando a luz a una pequeña niña a la que llamaron Teresa y que acaparó el centro de atención a pesar de la numerosa competencia. Ryś estaba fascinado con la recién nacida y Antonina escribió que se creía de vuelta en un cuento de hadas que trataba sobre una princesa bebé (la princesa Teresa de Jablonowski había nacido en 1910) para la que llegaban regalos todos los días. Una brillante y dorada cuna de mimbre, una manta de bebé hecha a mano, sombreros, jerséis y calcetines tejidos a mano cuando la lana era tan difícil de encontrar, todos parecían «tesoros muy valiosos cargados de hechizos mágicos para su protección». Una amiga muy pobre incluso le bordó pañales de tela

con pequeños diseños perlados. Antonina adoraba los regalos, los sacaba de su papel de seda, los tocaba, los admiraba y los distribuía sobre su edredón como si fueran iconos. Dadas las incertidumbres de la vida, las parejas estaban intentando no tener hijos durante la guerra, y este bebé saludable resultó un buen augurio en una de las culturas más supersticiosas, especialmente en cuanto a tener hijos.^[2] Según el folclore polaco, por ejemplo, una mujer embarazada no debía mirar a un lisiado o su bebé podría nacer así también. Mirar a un fuego mientras se estaba embarazada supuestamente causaba marcas de nacimiento rojas y espiar por el ojo de una cerradura condenaba al bebé a ser bizco. Si una futura mamá pisaba una cuerda en el suelo o debajo de un tendedero, el cordón umbilical podía enredarse durante el parto. Las mujeres en estado de buena esperanza sólo debían admirar vistas, objetos y gente hermosos, y podían conseguir que su bebé fuese alegre y social si le cantaban y le hablaban mucho. Si se tenía antojo de comidas amargas, sería niño, y si se tenía antojo de comidas dulces, entonces sería niña. Si era posible, una debía intentar dar a luz en un día afortunado de la semana a una hora afortunada con el fin de garantizar buena suerte para toda la vida, pues un día siniestro podía reportar maleficios. Aunque la Virgen María bendijo los sábados, día en que un recién nacido automáticamente evitaba el mal, los domingos los niños podían volverse místicos y videntes. Los rituales supersticiosos acompañaban la conservación y el secado del cordón umbilical, el primer baño, el primer corte de pelo, la primera toma del pecho y así sucesivamente. Puesto que marcaba el final de la infancia, el destete cobraba un significado especial:

Las mujeres campesinas elegían días concretos en los que pensaban que debía darse el destete. Primero, no se hacía cuando los pájaros se estaban marchando para pasar el invierno en otro lugar por miedo a que el niño se convirtiese en un salvaje y se fuese a las selvas y a los bosques. Si el destete tenía lugar cuando estaban cayendo las hojas de los árboles, el niño se quedaría calvo muy pronto. Un bebé no debía ser destetado durante la época de la cosecha, cuando las semillas se escondían cuidadosamente, o se convertiría en una persona con muchos secretos.

Costumbres, tradiciones y folclore polacos.

Del mismo modo, el embarazo debía ocultarse el mayor tiempo posible y no divulgarlo, ni siquiera al marido, no fuera que un vecino celoso le echase mal de ojo al bebé. En tiempos de Antonina el mal de ojo, nacido de la envidia para amargar la buena fortuna, preocupaba a muchos polacos, quienes creían que un acontecimiento feliz invitaba al mal y que decirle cosas bonitas a un recién nacido podía conllevar un hechizo maligno. «Qué bebé tan lindo» se convirtió en una frase tan venenosa que, como antídoto, la madre tenía que responder: «Oh, es un bebé feo», y luego escupir para mostrar su disgusto. Siguiendo la misma lógica, cuando una niña tenía su primera regla era costumbre que su madre le diese una bofetada. El deshechizar era principalmente responsabilidad de las madres, quienes salvaban a sus criaturas privándose de las muestras de felicidad y orgullo, sacrificando así lo que apreciaban

tanto por lo que valoraban más que nada en este mundo, porque en el momento en que uno amaba, se convertía en un candidato apto para la pérdida. Mientras que, para los católicos, Satán y sus acólitos siempre estaban presentes, los judíos también tenían su ración diaria de demonios, de los cuales el más conocido quizá sea el *dybbuk*, parecido a un zombi y que consiste en el espíritu de alguien que ha muerto y regresa para poseer el cuerpo de una persona viva.

El 10 de julio, Antonina salió por fin de la cama para celebrar el nacimiento de Teresa con un pequeño bautizo. Tradicionalmente, se servía pan trenzado y queso en tales ocasiones, para alejar a las fuerzas malignas. Sacaron conservas de carne rellenas de beicon, hechas con los cuervos que los alemanes habían disparado el invierno anterior. El Hombre Zorro cocinó gofres y Maurycy hizo un licor tradicional compuesto de vodka y miel llamado *pępkowa* (ombligo). Por supuesto, a ojos de Maurycy, la ocasión exigía la presencia de su hámster, por lo que Piotr se unió a la mesa y comenzó a recoger migas como era habitual, revisando cuidadosamente cada plato y taza, subiendo la cabeza, olisqueando, removiendo sus bigotes y descubriendo por fin la fuente del nuevo aroma, que emanaba con dulzura de los vasos vacíos de licor. Levantando un vaso que olía a miel con sus pequeñas patas, lo lamió con placer y lo mismo hizo con los demás vasos, bebiendo hasta que se emborrachó mientras todos reían. Pagó cara su juerga: a la mañana siguiente, Maurycy encontró a su compañero yaciendo sin vida en el suelo de su jaula.

Capítulo 31

1944

Nada había cambiado en la lista de rutinas de la casa del zoo, pero Antonina pensaba que un nuevo malestar flotaba en el aire mientras todos hacían sus tareas con una sonrisa amistosa, intentando esconder los nervios a flor de piel. La gente parecía «distráida» y las «conversaciones tropezaban, las frases se rompían en medio de una palabra». El 20 de julio, una bomba puesta por el conde Von Stauffenberg estalló en los cuarteles generales Wolf schanze (Guarida del Lobo) de Hitler, en los bosques de Prusia, aunque Hitler escapó con heridas leves. Después de eso, el pánico invadió a la población alemana y columnas de soldados en retirada comenzaron a atravesar Varsovia, volando edificios mientras se dirigían al oeste. Los miembros de la Gestapo quemaban sus archivos, vaciaban sus almacenes y enviaban sus objetos personales de vuelta a Alemania. El gobernador alemán, el alcalde y otros administradores huyeron en cualquier camión o carro que tuviesen a mano, dejando tras ellos tan sólo a una guarnición de 2000 soldados. Mientras los alemanes salían apresuradamente, creando un vacío, muchos polacos entraban desde los pueblos cercanos, temerosos de que los soldados que iban a pasar por sus casas o granjas les saqueasen.

Convencido de que el levantamiento iba a tener lugar de un día para otro, Jan estaba seguro de que era cuestión de días a lo sumo que los 350 000 hombres de la Guardia Popular derrotasen a los alemanes que quedaban. En teoría, una vez los polacos tomasen los puentes, los batallones de ambos lados del río Vístula podrían unir filas y crear un único y poderoso ejército que liberase la ciudad.

El 27 de julio, cuando las tropas rusas alcanzaron el Vístula a cien kilómetros al sur de Varsovia (Antonina dijo que podía oír el fuego de la artillería), el gobernador alemán Hans Frank reunió a 100 000 hombres polacos de edades comprendidas entre los diecisiete y los sesenta y cinco para trabajar nueve horas al día construyendo fortalezas por toda la ciudad si no querían morir de un disparo. La Guardia Popular instaba a todo el mundo a ignorar la orden de Frank y a comenzar a prepararse para la batalla, una llamada a las armas repetida al día siguiente por los rusos, cada vez más cerca, diciendo en polaco por los altavoces: «¡La hora de la acción ha llegado!». El 3 de agosto, cuando el Ejército Rojo acampaba a dieciséis kilómetros del barrio de la orilla derecha del río, el cual incluía el zoológico, la vida en éste se hizo cada vez más tensa y la gente no paraba de preguntar: «¿Cuándo comenzará el levantamiento?»^[1] Los personajes del zoo habían cambiado repentinamente. La mayoría de los Invitados se habían marchado ya para unirse al ejército o escapar a melinas más seguras: el Hombre Zorro tenía planeado mudarse a una granja cercana a Grójec; Maurycy se reunió con Magdalena en Saska Kepa, y aunque el abogado y su esposa huyeron al otro lado de Varsovia, sus dos hijas, Nunia y Ewa, decidieron quedarse en la casa porque si algo le sucediese a Antonina, insistieron, la recién nacida Teresa, Ryś, la

madre de setenta años de Jan y el ama de llaves tendrían que arreglárselas solos, y eso era inadmisibile. Aunque los soldados comenzaron a evacuar a los civiles de las tierras cercanas al río, Jan esperaba que su familia pudiese permanecer en el zoo, pues los soldados polacos iban a ganar el levantamiento pronto y el esfuerzo del viaje podría matar al bebé o a la enferma madre de Jan. En su testimonio al Instituto Judío, recordaba que a las siete de la mañana del 1 de agosto, una niña entró para llamarle a las armas. Sería alguien como la mensajera de la Guardia Popular Halina Dobrowolska (durante la guerra, Halina Korabiowska), a quien conocí una tarde soleada de verano en Varsovia. Ahora es una vivaracha mujer de más de ochenta años. Durante la guerra era una adolescente y recuerda el día en que fue enviada en bicicleta y tranvía para recorrer un camino largo y peligroso hacia la periferia con el fin de convocar a los soldados y avisar a las familias de que el levantamiento estaba a punto de empezar. Necesitaba coger un tranvía y finalmente encontró uno, aunque el conductor estaba marchándose, pues la mayoría de los varsovianos habían abandonado ya su trabajo y se apresuraban a sus casas para prepararse para la batalla. Anticipando un problema como éste, la Resistencia había provisto a Halina de dólares americanos, los cuales el conductor aceptó, y nervioso la llevó a su destino.

Jan subió las escaleras corriendo y llegó hasta donde Antonina dormía con Teresa para contarle las noticias.

—¡La información que tenías ayer era distinta! —exclamó ansiosa.

—Yo tampoco entiendo lo que está pasando, pero tengo que ir a descubrirlo.

Su amigo Stefan Korbonski, que también se sorprendió por el momento del levantamiento y por no haber sido advertido, captura parte del fervor y de la precipitación que reinaban en las calles del centro aquel día:

Los tranvías estaban repletos de jóvenes [...] en las aceras, mujeres en grupos de dos y tres caminaban con brío, con obvia prisa, llevando pesadas bolsas y fardos. «Transportan armas a los puntos de encuentro», me dije a mí mismo. Multitud de ciclistas pedaleaban por la carretera. Muchachos con botas altas y forros polares pedaleaban todo lo fuerte que les permitían sus piernas [...] Aquí y allá había un uniforme alemán, o una patrulla alemana, siguiendo su camino sin ver nada, sin saber lo que estaba sucediendo a su alrededor.

[...] Pasé por delante de varios hombres que corrían, solemnes y decididos, en todas direcciones, intercambiando conmigo miradas llenas de tácito entendimiento.^[2]

Cuatro horas después, Jan regresó a casa para despedirse de Antonina y de su madre, explicando que el levantamiento comenzaría en cualquier momento. Tendió a Antonina una tartrera de metal y le dijo:

—Aquí hay un revólver cargado, sólo en caso de que aparezcan por aquí soldados alemanes...

Antonina se quedó de piedra. «Me quedé paralizada allí mismo», escribió. Le dijo a Jan:

—¿Soldados alemanes? ¿Eso piensas? ¿Se te ha olvidado lo que creíamos hace tan sólo unos días, eso de que el ejército de la Resistencia iba a ganar?... ¡Ya no lo crees así!

Jan respondió con gravedad:

—Mira, hace una semana teníamos muchas posibilidades de ganar esta batalla. Ahora es demasiado tarde. No es buen momento para el levantamiento. Deberíamos esperar. Hace veinticuatro horas, nuestros líderes pensaban lo mismo. Pero anoche cambiaron repentinamente de opinión. Este tipo de indecisión puede traer muy malas consecuencias.

Jan no sabía que los rusos, supuestos aliados, tenían su propia agenda voraz y que Stalin, a quien se le había prometido parte de Polonia después de la guerra, quería que tanto los alemanes como los polacos fueran derrotados. Mientras tanto, se negaba a permitir que los aviones de los aliados que se dirigían a Polonia aterrizasen en campos de aviación rusos.

«Abracé fuerte a Jan, mi cara apretada contra su mejilla —recordaba Antonina—. Besó mis cabellos, miró al bebé y bajó las escaleras corriendo. Mi corazón latía desbocado». Escondió la lata con el revólver bajo la cama y fue a ver qué tal estaba la madre de Jan, a quien encontró sentada en una butaca, rezando el rosario, «su cara empapada por las lágrimas».

La madre de Jan habría seguido la costumbre de trazar una rápida cruz en su frente mientras rogaba a María que bendijese el viaje de Jan. Nuestra Señora de la Guardia Popular (la Virgen María) era la santa patrona de los soldados durante el levantamiento, cuando uno se encontraba con altares confeccionados rápidamente y dedicados a ella en medio de la ciudad y santuarios a ambos lados de las carreteras (Polonia todavía cuenta con muchos de ellos hoy día). Los soldados y sus familias también rezaban a Jesucristo, y frecuentemente llevaban en su cartera un pequeño retrato de Cristo con la inscripción *Jezu, ufam tobie* (en Jesús confiamos).

No sabemos lo que hizo Antonina para calmar las tenazas de la incertidumbre, pero Jan una vez informó a un periodista que ella había sido educada como una católica estricta, y puesto que había bautizado a sus dos hijos y siempre llevaba un medallón en el cuello, lo más probable es que rezase. Durante la guerra, cuando toda esperanza se había desvanecido y sólo restaban los milagros, incluso la gente que no era religiosa se puso a rezar. Algunos de los Invitados hacían uso de la videncia para ayudarles a subir la moral, pero como alguien que se autoproclamaba hombre de razón e hijo de un padre completamente ateo, a Jan no le gustaban ni las supersticiones ni las religiones, lo cual significa que Antonina y la madre de Jan, católica devota, habrían compartido algunos secretos domésticos.

A medida que los aviones volaban bajo ametrallando la ciudad, Antonina intentaba averiguar lo que estaba sucediendo al otro lado del Vístula. Finalmente, subió a la terraza, desde donde podía ver el brillante chisporroteo de la artillería a través del río, interpretando cada explosión como una pista. Los disparos sonaban

«dispersos, personales», escribió, no como los ecos continuos de una gran batalla militar.

Se dio cuenta de que el liderazgo del pequeño feudo del zoológico había recaído sobre ella, lo cual incluía a Ryś, a Teresa, de cuatro semanas, a las niñas Nunia y Ewa, a su suegra, al ama de llaves, al Hombre Zorro y a los dos ayudantes de éste. El «pesado lastre de ser responsable de las vidas de otros» inundó su cuerpo y se metió en su mente en forma de obsesión:

La seriedad de la situación no me permitía relajarme un solo momento. No importaba que quisiera o no, tenía que tomar el control de nuestra casa [...] estar alerta todo el rato como me enseñaron en mis años de Exploradora. Y sabía que Jan tenía deberes mucho más difíciles. Tenía el poderoso sentimiento de ser responsable de cuidar de todo en casa; arrastraba esos pensamientos obsesivamente [...] simplemente sabía que tenía que hacerlo.

El sueño capituló ante la guerra, y durante veintitrés noches se forzó a mantenerse despierta, aterrorizada por si se adormilaba y no oía un ruido, por pequeño que fuera, que advirtiese del peligro. De algún modo, este espíritu guardián no era nuevo para Antonina, quien recordaba cómo, durante los obuses de 1939, había protegido a su pequeño hijo con su cuerpo. Surgía de la fiereza de la maternidad, decidió, del instinto de luchar si era necesario para proteger a su familia.

Aunque el campo de batalla estaba al otro lado del río, podía oler la muerte, el azufre, la putrefacción que traía la brisa del oeste. También escuchaba el implacable sonido metálico de las pistolas, de los obuses y de las bombas. Sin noticias ni contacto con el resto de la ciudad, Antonina se imaginaba que su casa se había transformado «de un arca en una pequeña embarcación que flota en el vasto océano, desesperadamente a la deriva sin brújula ni timón», y esperaba que les cayese una bomba en cualquier momento.

Situados en la terraza, Ryś y ella estiraban el cuello para poder ver el fuego al otro lado del río y adivinar lo que estaba pasando. Por la noche, veían las brillantes chispas de la artillería —disparos sueltos, no los ecos rápidos de una batalla— y los aviones que pasaban silbando por el cielo hasta que llegaban las primeras horas de la mañana.

—Papá está luchando en la peor parte de la ciudad —repetía una y otra vez Ryś señalando el Casco Antiguo. Durante horas estuvo vigilando como un centinela, observando la batalla a través de unos binoculares, buscando la forma de su padre, agachándose cada vez que escuchaba una bomba rugiendo hacia él.

Junto a la puerta de la habitación de Antonina había una escalera de metal que llevaba al tejado plano, y Ryś subía allí con frecuencia, binoculares en mano. Los alemanes estacionados en el parque Praski se habían apoderado del pequeño parque de atracciones cercano al puente que incluía una torre para tirarse en paracaídas desde la cual vieron a Ryś subido en el tejado, espiándoles. Un día, un soldado se acercó

por allí para amenazar a Antonina de que si le volvía a ver subido allí le dispararía.

A pesar de las nerviosas noches sin dormir y de las alarmas diarias, Antonina confesó sentir «escalofríos de emoción» acerca del levantamiento, «habiendo imaginado este día durante los largos y espantosos momentos de la ocupación», aunque no sabía aun lo que podía pasar. Al otro lado del río, en el corazón de la ciudad, la comida y el agua escaseaban, pero había muchos terrones de azúcar y gran cantidad de vodka (birlados de las provisiones alemanas) para estimular a la Guardia Popular mientras construían barricadas antitanques a partir de adoquines. De los 38 000 soldados (4000 eran mujeres), tan sólo uno de cada quince tenía las armas adecuadas; el resto usaba palos, rifles de caza, cuchillos y espadas, con la esperanza de confiscar las armas de los enemigos.

Debido a que los alemanes todavía mantenían intercambios telefónicos, un cuerpo de valientes niñas llevaba mensajes por toda la ciudad, tal y como lo habían estado haciendo durante toda la ocupación. Cuando Halina Korabiowska regresó a Varsovia, se dirigió al centro de la ciudad para ayudar a interpretar los mensajes, montar cocinas de campo y hospitales y abastecer a los soldados.

«Había barricadas por todas partes —me contó Halina con la voz teñida de emoción—. Al principio todo el mundo estaba contento. A las cinco de la mañana comenzó el levantamiento y nos pusimos brazaletes rojos y negros [...] En las primeras semanas del levantamiento, sobrevivimos con una comida al día de carne de caballo y sopa, pero al final sólo comíamos guisantes secos, perros, gatos y pájaros. Vi a mi amiga de quince años llevando un extremo de una camilla con un soldado herido en ella. Un avión voló por encima y ella pudo ver el miedo en los ojos del soldado y se tumbó sobre él, resultando gravemente herida en el cuello. Otro día, durante mi misión de mensajera, me encontré con dos mujeres que sacaban bolsas muy pesadas de un edificio. Me detuve para preguntarles si necesitaban ayuda y dijeron que habían encontrado un alijo de medicinas alemanas y también un enorme saco de caramelos, de los cuales me ofrecieron. Llené los bolsillos de mi chaqueta y mis mangas de caramelos y fui hacia los soldados poniendo los brazos un poco en alto para que no se me cayesen. Siempre que me encontraba con soldados les decía que pusieran sus dos manos juntas y extendía mis brazos para dejar que cayeran caramelos sobre ellas». Con los alemanes en retirada, todo el mundo podía moverse y hablar libremente por primera vez en años. Los judíos podían salir de sus escondites, ya que las leyes racistas habían desaparecido. La gente izaba la bandera polaca en sus casas, cantaba canciones patrióticas y llevaba brazaletes rojos y blancos. Feliks Cywiriski lideraba una brigada de soldados que incluía a Samuel Kenigswein, quien a su vez lideraba su propio batallón. La largamente silenciada vida cultural varsovia volvíó a florecer, los cines reabrieron, las revistas literarias volvieron a editarse repentinamente y los conciertos destellaron en salones elegantemente amueblados. Un servicio postal gratuito emitía sellos. Lo llevaban los Exploradores y ellos mismos repartían las cartas. Una fotografía de archivo muestra un buzón de metal decorado

con un águila y un lirio para mostrar que los Exploradores más jóvenes arriesgaban sus vidas repartiendo las cartas.

Cuando las noticias del levantamiento llegaron a Hitler, éste ordenó a Himmler enviar las tropas más duras, matar a todos los polacos y pulverizar toda la ciudad bloque por bloque, bombardearla, incendiarla, derribarla hasta que no tuviese arreglo, como advertencia al resto de la Europa ocupada. Para el trabajo, Himmler escogió las unidades más salvajes de las SS, compuestas de criminales, policías y exprisioneros de guerra. En el quinto día del levantamiento, que se acabó conociendo como el «Sábado Negro», las SS y los soldados de la Wehrmacht que había enviado Himmler entraron en Varsovia y asesinaron a 30 000 hombres, mujeres y niños. Al día siguiente, mientras los Stukas bombardeaban en picada —en las películas de archivo se oye el zumbido como si se tratase de mosquitos gigantes— los mal equipados y poco entrenados polacos lucharon como fieras, contactaron por radio con Londres para que lanzasen comida y provisiones y rogaron a los rusos que atacasen de inmediato.

Antonina escribió en su diario que dos hombres de las SS abrieron la puerta, les apuntaron con la pistola y gritaron: «Alles rrausü». Aterrorizados, salieron de la casa y aguardaron en el jardín, sin saber lo que iba a suceder pero esperando lo peor.

—¡Las manos en alto! —Ordenaron. Antonina advirtió que los hombres estaban apretando el gatillo de sus armas.

Sosteniendo el bebé en sus brazos, sólo podía levantar una mano y su cerebro tenía problemas para «registrar las vulgares y brutales frases» mientras gritaban:

—Pagarás por las muertes de nuestros heroicos soldados alemanes, quienes han sido asesinados por tu marido y tus hijos. Tus niños —señaló a Ryś y a Teresa— maman el odio por los alemanes junto con la leche de su madre. Hasta ahora os hemos dejado comportaros de esta manera, pero ya es suficiente. A partir de ahora, mil polacos serán asesinados por cada alemán muerto.

«A buen seguro que esto es el fin», pensó Antonina. Abrazando con fuerza a su bebé, su mente trabajaba en busca de un plan y sentía que su corazón estaba atrapado en sus costillas y sus piernas se habían vuelto demasiado pesadas para poder moverlas. No era la primera vez que se había quedado paralizada por el miedo. En esta ocasión, aunque no podía moverse, sabía que tenía que decir algo, cualquier cosa, y mantener la calma, hablarles de la misma forma en que solía calmar a los animales furiosos y ganar su confianza. Su boca se llenó de palabras alemanas que no sabía que conocía y comenzó a hablar de tribus legendarias y de la grandeza de la cultura alemana. Mientras abrazaba a su bebé con fuerza, las palabras brotaban de sus labios y, en otra alcoba de su mente, se concentraba y repetía una y otra vez la siguiente orden: «¡Calmaos! ¡Bajad las pistolas! ¡Calmaos! ¡Bajad las pistolas! ¡Calmaos! ¡Bajad las pistolas!». Los alemanes continuaron gritando, cosa que ella no oía, y nunca bajaron las pistolas, pero ella no podía dejar de verter sus pensamientos en forma de palabras mientras repetía esas órdenes silenciosas.

De repente, uno de los soldados miró al ayudante de quince años del Hombre Zorro y le dijo que fuese detrás del cobertizo del jardín. El muchacho comenzó a andar, seguido de un hombre de las SS que sacó un revólver de su bolsillo mientras desaparecían de la vista. Se oyó un solo disparo.

El otro alemán le dijo a Ryś:

—¡Tú eres el siguiente!

Antonina vio cómo el temor invadía el rostro de su hijo, la sangre lo abandonaba y sus labios se volvían morados. Ella no podía moverse y arriesgarse a que la matasen a ella y a Teresa también. Ryś alzó sus brazos y comenzó a caminar lentamente, como un robot, «como si la vida ya hubiese abandonado su pequeño cuerpecito», recordaría ella más tarde. Vigilándole hasta que desapareció de su vista, continuó siguiéndole con el ojo se su mente: «Ahora estará cerca de los malvones —pensaba—, ahora estará cerca de la ventana del estudio». Un segundo disparo. Lo sintió como si «una bayoneta se clavase en mi corazón... y escuchamos un tercer disparo... no podía ver nada: la vista se me quedó en blanco, después oscura. Me sentía tan débil, estaba a punto de desmayarme».

—Siéntate en el banco —le dijo un soldado alemán—. Es difícil mantenerse de pie con un niño en los brazos.

Un momento después, el mismo hombre gritó:

—¡Eh, chicos! ¡Traedme ese gallo! ¡Cogedlo de entre los matorrales!

Los dos chicos salieron de los arbustos, temblando de pavor. Ryś sujetaba a su pollo muerto, Kuba, por el ala y Antonina se quedó mirando obnubilada la sangre que manaba de la herida de bala de Kuba.

—¡Os hemos gastado una broma tan graciosa! —dijo un soldado. Antonina vio sus rostros de mármol descomponerse en risas mientras abandonaban el jardín llevándose el pollo muerto, y observó a Ryś encogerse intentando no llorar, hasta que vio que no podía evitarlo y las lágrimas invadieron su cara. ¿Qué podía hacer una madre para consolar a su hijo después de lo que había vivido?

Caminé hacia él y le susurré al oído: «Eres mi héroe, has sido tan valiente, hijo mío. ¿Me puedes ayudar a entrar? Me siento tan débil». Quizás esa responsabilidad podía ayudar a calmar algunas de sus emociones. Sabía lo difícil que resultaba para él mostrar sus sentimientos. De todas formas, necesitaba que me estabilizase a mí y al bebé, pues las piernas me temblaban terriblemente por el *shock*.

Más tarde, cuando se hubo calmado, intentó analizar el comportamiento de los soldados de las SS: ¿pensaron alguna vez en dispararles, o fue un juego enfermo de poder y miedo? Estaba claro que no sabían nada de Kuba, por lo que tuvieron que ir improvisando a cada momento. No podía comprender su repentina compasión al pedirle que se sentase. ¿Les preocupaba de veras que se desmayase con el bebé en brazos? «Si fuera así —pensó—, tal vez sus monstruosos corazones contengan algo de sentimiento humano; y si eso es así, entonces la pura maldad no existe». Había

estado tan segura de que los disparos habían matado a los dos niños, de que Ryś yacía en el suelo con una bala en su cabeza. El sistema nervioso de una madre se descarrila en ese momento, e incluso aunque todos habían sobrevivido, se encontró a sí misma hundiéndose en una depresión salvaje, por la cual se reprendía a sí misma en su diario: «Mi propia debilidad me avergüenza», justo en el momento en que «debo ser la líder de mi pequeño grupo».

En los días que siguieron, también sufrió de dolores de cabeza por el ruido infernal del ejército alemán que estaba acumulando hileras de lanzadores de cohetes, morteros y artillería pesada cerca del zoo. A esto le siguió el alboroto sísmico de las bombas, con obuses de todo calibre y forma causando su propio y desalmado estruendo: silbidos, explosiones, crujidos, golpes, choques, arañazos, truenos. Después llegaron las mimis gritonas, jerga del ejército (inspirada en las chicas francesas llamadas Mimi) para llamar a un tipo de obús alemán que suena como una persona chillando cuando vuela. El término se extendió posteriormente a la fatiga en la batalla causada por la constante exposición al fuego enemigo.

Los alemanes también disparaban unos lanzaminas conocidos como «vacas que mugen», y que parecían como si llorasen seis veces seguidas mientras seis minas se colocaban en posición con una manivela antes de una serie de seis explosiones.

«Nunca olvidaré ese sonido hasta el final de mis días —escribió Jacek Fedorowicz, que tenía siete años en el levantamiento de Varsovia—. Después del sonido de la manivela ya no había nada que se pudiera hacer. Si uno escuchaba la explosión, significaba que no había sido asesinado [...] Yo tenía buen oído para discernir los sonidos de la muerte.»^[3] Consiguió escapar con los «restos de mi fortuna familiar... cosidos dentro de mi osito de peluche en forma de “cerditos” o monedas de oro de cinco rublos. Además del osito, la única cosa que conseguí salvar después del levantamiento fueron un vaso y una copia de Dr. Dolittle».⁹ Los aviones bombardeaban a quienes luchaban en el Casco Antiguo; los soldados ametrallaban a los civiles polacos por las calles; grupos de demolición incendiaban y bombardeaban edificios enormes. El aire estaba lleno de polvo, fuego y azufre. Cuando oscureció, Antonina escuchó un estruendo aún más terrorífico que venía del puente Kierbedz, era el rugido de una máquina gigante. Algunos decían que los alemanes habían construido un crematorio para quemar los cuerpos de los muertos y proteger Varsovia de las plagas, mientras que otros pensaban que los alemanes habían lanzado una enorme arma nuclear. El agua del río reflejaba una pálida luz verde fluorescente tan brillante que Antonina podía ver a la gente de pie en sus ventanas al otro lado del río. Tras la puesta de sol, al rugido ultramundano se unieron coros de soldados borrachos que cantaron hasta avanzada la noche.

Según Antonina, se mantuvo despierta toda la noche, asustada, consciente de los pequeños pelos que se le erizaban en la nuca. Al final, resultó que la extraña luz era algo mucho menos sofisticado de lo que se había imaginado: en el parque Praski los alemanes habían instalado un generador que daba energía a unas colosales lámparas

reflectoras que tenían el propósito de deslumbrar al enemigo.

Incluso cuando la batalla se alejó del distrito del zoo, los soldados lo invadían para merodear por él y saquearlo. Un día, un grupo de rusos llegaron con la «mirada salvaje» y comenzaron a buscar por los armarios, las paredes y los suelos cualquier cosa que pudieran robar, incluyendo marcos y moquetas. Cuando se acercó a ellos y se puso delante en silencio, notó a los carroñeros revoloteando a su alrededor «como si fueran hienas». «Si se dan cuenta de mi miedo, me devorarán», pensó. Su líder, un hombre con rasgos asiáticos y mirada heladora se acercó a ella y la miró fijamente mientras Teresa dormía cerca, en una pequeña cuna de mimbre. Antonina decidió no mirar a otro lado ni moverse. De repente, el ruso cogió el pequeño medallón de oro que ella siempre llevaba alrededor de su cuello «y mostró sus dientes blancos». Lenta y amablemente, ella señaló al bebé y después, recuperando el poco ruso que recordaba de su infancia, le ordenó con voz alta y firme:

—¡No puedes! ¡Tu madre! ¡Tu mujer! ¡Tú hermana! ¿Comprendes?

Cuando le puso la mano en el hombro, él pareció sorprenderse y ella se dio cuenta de que la furia maniaca que había en sus ojos estaba desapareciendo, su boca se relajaba como si hubiese alisado la tela de su cara con una plancha caliente. Sus susurros mentales habían vuelto a funcionar, pensó. Después, el soldado metió la mano en el bolsillo trasero de sus pantalones y por un instante horrible Antonina recordó al soldado alemán con su revólver apuntando a Ryś. Pero el ruso sacó la mano y la abrió para mostrar varios caramelos rosas, sucios y duros.

—¡Para el bebé! —dijo, señalando a la cuna. Cuando Antonina le tendió la mano para darle las gracias, él sonrió con admiración. Miró sus manos sin anillos, puso una expresión lastimera, se sacó un anillo de su propio dedo y se lo ofreció.

—Es para ti —le dijo—. ¡Cógelo, pónelo en tu dedo!

Su dedo temblaba mientras se deslizaba el anillo, porque llevaba un águila dorada, el emblema polaco, lo cual significaba que probablemente se lo había arrancado del dedo a un soldado polaco muerto. «¿De quién sería el anillo?», se preguntó.

Entonces, convocando a gritos a sus soldados, les ordenó:

—Dejad todo lo que habéis cogido. ¡Os mataré como a los perros si no me obedecéis!

Sorprendidos, sus hombres dejaron todos los muebles y el botín que habían recolectado y sacaron pequeños artículos de sus bolsillos.

—Venga, vámonos. ¡No toquéis nada! —dijo.

Y así, observó a los hombres «encogiéndose de tamaño a medida que se alejaban uno a uno, como perros con bozal».

Cuando se hubieron marchado, se sentó en la mesa y volvió a mirar el anillo con el águila dorada, pensando: «Si palabras sentidas como “madre”, “esposa” o “hermana” tienen el poder de cambiar el espíritu de un bastardo y conquistar sus instintos asesinos, quizá después de todo haya algo de esperanza para el futuro de la

humanidad». De vez en cuando otros soldados visitaron el zoológico sin que hubiera ningún incidente, hasta que un día llegó un coche con varios funcionarios alemanes que llevaban granjas de peletería en el Tercer Reich y conocían al Hombre Zorro de sus días en Grójec. El Hombre Zorro les informó que los animales todavía vivían y que su pelaje era excelente, por lo que le dieron permiso para trasladar tanto a los animales como a los empleados a Alemania. Embalar tantos animales llevaría su tiempo, lo cual significaba que todos podían quedarse en la casa durante más tiempo, posiblemente incluso hasta que el levantamiento triunfara y los alemanes abandonaran Varsovia. Entonces, nadie tendría que dejar el zoo.

Mientras tanto, para intentar debilitar a la Resistencia, los aviones alemanes siguieron lanzando notas que urgían a los civiles de Varsovia a abandonar la ciudad antes de que fuera destruida. Poco después, el ejército alemán llevó aún más artillería al parque Praski, escondiéndola entre los árboles y los matorrales que había cerca del río. Situados tan cerca, los alemanes se detenían frecuentemente para pedir un vaso de agua, una taza de sopa o algunas patatas cocinadas. Una tarde, un joven y alto oficial expresó su preocupación acerca de los civiles que vivían tan cerca de los campos de batalla y Antonina le explicó que ella y los otros llevaban una granja de peletería de la Wehrmacht que era muy importante y la cual no podían abandonar, puesto que era una época inoportuna para los perros mapache, quienes desarrollaban sus suaves y densos abrigos mudando su piel en verano y volviendo a dejar crecer su pelaje invernal en septiembre, octubre y noviembre. Interferiría en su horario embalándolos, estresándolos y enviándolos a otro clima, advirtió, y sus valiosos abrigos invernales no crecerían este año. Esto pareció satisfacer al oficial.

Los truenos nunca le habían asustado antes, escribió —«Después de todo, se trata tan sólo del sonido que rellena el vacío creado por los rayos»—, pero la artillería atacaba sin tregua, el aire no se humedecía como preludio de una tormenta, no caía la lluvia y el trueno seco hacía que sus nervios resonasen. Una tarde, la artillería se detuvo de pronto, y durante aquella extraña pausa las mujeres de la casa se tumbaron a descansar, recreándose en el silencio. La madre de Jan, Nunia y Ewa se echaron la siesta en sus habitaciones y Antonina daba el pecho a Teresa en la parte de abajo, en un día sofocante, con todas las puertas y ventanas abiertas. De repente la puerta de la cocina chirrió y un oficial alemán entró en la habitación. Se detuvo un momento cuando la vio con el bebé y a medida que se acercaba más Antonina pudo oler el alcohol. Fisgoneando sospechosamente, paseó por el estudio de Jan.

—Vaya, ¡un piano! ¡Partituras! ¿Tocas? —le preguntó con emoción.

—Un poco —respondió.

Hojeando unas partituras de Bach, se paró y comenzó a silbar una fuga con habilidad melodiosa. Supuso que se trataba de un músico profesional.

—Parece usted tener un oído perfecto para la música —le alabó.

Cuando él le pidió que tocara, ella se sentó en el piano, pero algo no parecía ir bien. Tentada de coger a Teresa y salir corriendo, temió que la disparara si lo hacía,

por lo que en su lugar comenzó a tocar «Ständchen», una canción romántica de Schubert, confiando en que este clásico alemán le calmase con melancólicos recuerdos.

—¡No, no, eso no! —gritó él—. ¿Por qué estás tocando eso?

Los dedos de Antonina se apartaron de las teclas. Su elección había sido claramente incorrecta, pero ¿por qué? Había escuchado y tocado esa serenata alemana con tanta frecuencia. Mientras él se dirigía a la estantería a buscar una partitura, ella miró hacia abajo y leyó la letra de «Ständchen»:

Lentamente, a través de la noche, mis canciones te imploran.
Baja a la silenciosa arboleda conmigo, amada;
Las esbeltas copas de los árboles crujen y susurran a la luz de la luna.
No temas, mi dulce niña, la maliciosa escucha del traidor.
¿Oyes cómo llaman los ruseñores?
Ah, te están implorando,
Con la dulce música de sus notas te imploran en mi lugar.
Comprenden el anhelo del pecho, saben de las punzadas del amor.
Pueden tocar cada tierno corazón con sus tonos plateados.
También pueden conmover tu corazón, amada, ¡escúchame!
Temblando, te aguardo, ven, ¡dame felicidad!

Un corazón roto, eso podría destrozar a cualquiera, pensó. De pronto, el rostro del oficial se iluminó mientras abría una colección de himnos nacionales, en la que buscó algo, ansioso, hasta que finalmente lo encontró.

Poniendo el libro abierto sobre el piano, dijo:

—Por favor, toca esto para mí.

Cuando Antonina empezó a tocar, el oficial cantó, pronunciando las palabras inglesas con un fuerte acento, y ella se preguntó qué pensarían los soldados del parque Praski al escuchar a alguien que cantaba a grito pelado el «Star-Spangled Banner». En ocasiones, miraba a sus ojos medio cerrados. Cuando terminó con una floritura, el soldado alemán la saludó y abandonó rápidamente la casa.

¿Quién era ese oficial con tantos conocimientos de música, se preguntó, y por qué había cantado el himno de Estados Unidos? «A lo mejor estaba de broma con otro alemán que le aguardaba cerca de la casa —pensó—. Seguro que alguien vendrá a interrogarme acerca de la música. Ahora tendré que preocuparme por haber provocado a las SS.». Más tarde, decidió que lo único que había pretendido era aterrorizarla y, si había sido así, desde luego había funcionado, porque la melodía se había quedado retenida en su cabeza y no paró de repetirla hasta que el fuego de la artillería rompió la noche.

Mientras los alemanes intensificaban su ataque en el Casco Antiguo, Antonina todavía tenía esperanzas de que ganase el ejército de la Resistencia, pero los rumores

de que Hitler había dado la orden de demoler la ciudad se iban filtrando. Pronto escuchó que París había sido liberado por las Fuerzas Francesas Libres, los estadounidenses y las fuerzas británicas; luego llegó Aachen, la primera ciudad alemana en caer, devastada por 10 000 toneladas de bombas.

No sabía nada sobre Jan, cuyo destino había sido el Casco Antiguo, donde la Guardia Popular, forzada a un espacio reducido, luchó de edificio en edificio, incluso habitación por habitación en las casas y en las iglesias. Muchos testigos cuentan que el frente irrumpía de pronto en un edificio y se arrastraba por el suelo, mientras que los que estaban fuera se enfrentaban a una lluvia continua de bombas y balas. Todo lo que podían hacer Antonina y Ryś era observar la pesada artillería que rebotaba por el Casco Antiguo e imaginar a Jan y a sus amigos moviéndose por las calles de adoquines que ella conocía de memoria.

En una fotografía de archivo tomada por el reportero Sylwester Kris Braun el 14 de agosto, unos soldados polacos exhiben orgullosos un transporte de personal blindado alemán que acaban de capturar. Jan no está en la fotografía, pero no puede ser simple coincidencia que, como dice el pie de foto, apodasen al elefantino vehículo «Jás», el mismo nombre que tenía el elefante macho del Zoo de Varsovia, asesinado al principio de la guerra.

Capítulo 32

Para septiembre, 5000 soldados del Casco Antiguo habían escapado a través de las tuberías, a pesar de que los alemanes lanzasen granadas y gasolina ardiendo por sus aberturas. En cualquier otra parte, los Aliados avanzaban por todos los frentes: tras liberar Francia y Bélgica, Estados Unidos y Gran Bretaña estaban entrando en Alemania por los Países Bajos, Renania y Alsacia; por otra parte, aunque el Ejército Rojo estaba parado en Varsovia, ya había capturado Bulgaria y Rumania y estaba preparado para tomar Belgrado y Budapest. También planeaba atacar al Reich desde el Báltico. Estados Unidos había aterrizado en Okinawa y recorría el Pacífico Sur.

Un oficial alemán había asegurado al Hombre Zorro que, pasara lo que pasase en el terreno militar, el Tercer Reich necesitaba sus valiosas granjas de peletería, por lo que debía preparar a sus animales en jaulas bien ventiladas y trasladarlos a un pequeño pueblo de las afueras para más seguridad. Cuando los obuses comenzaron a caer cada vez más cerca del zoológico, Antonina también se preparó para trasladar a su familia, y el cercano pueblo de Lowicz, adonde se dirigía el Hombre Zorro, parecía un refugio fuera del alcance de la batalla, pero todavía cercano a la ciudad. Antonina, Ryś, la madre dejan, las dos niñas, el Hombre Zorro y sus ayudantes pensaban viajar juntos con la esperanza de que todos pasasen por trabajadores de la granja de peletería. Escoger qué mascotas dejarían atrás les atormentaba (¿la rata almizclera, Wicek, otros conejos, el perro, el gato, el águila?), pero al final decidieron arriesgarse a llevar sólo a Wicek y a liberar a los otros para que se las arreglasen por sí mismos en la naturaleza.

Aunque podían llevar todos los objetos de la casa que desearan, parecía prudente viajar ligeros, por lo que hicieron un fardo con tan sólo colchones, edredones, almohadas, abrigos de invierno, contenedores de agua, ollas, palas y otros artículos prácticos. Cualquier cosa de valor debía esconderse lejos de las bombas y de los soldados merodeadores; cargaron los abrigos de piel, la plata, la máquina de escribir, la máquina de coser, los documentos, las fotografías, las reliquias y otros tesoros en grandes cajas. El Hombre Zorro y sus chicos las colocaron rápidamente en el pasillo subterráneo que llevaba de allí a la Casa de los Faisanes y posteriormente cubrieron de ladrillo la entrada al túnel.

El 23 de agosto, día de su partida, Ryś observó cómo aterrizaba un enorme obús a unos cuarenta y cinco metros de la casa. Quedó enterrado pero no explotó; poco después una brigada antibombas apareció por allí con un oficial que juró y perjuró que si esa tarde quedaba alguien en la casa le dispararía. Ryś corrió a la Casa de los Faisanes, dio de comer por última vez a los conejos sus hojas de diente de león y luego los dejó en libertad. Confundidos, los conejos se negaban a marcharse, por lo que Ryś los cogió de las largas orejas, uno a uno, y los llevó al césped.

No había depredadores al acecho entre la maleza, ni en los estanques o el cielo, y las últimas mascotas de la casa —el águila y la rata almizclera— habían sido

liberadas el día anterior.

—¡Marchaos, bobos conejos, vamos! —les dijo Ryś, intentando espantarles—. ¡Sois libres!

Antonina observó las bolas de pelo de todos los tamaños que brincaban por la hierba lentamente. De pronto, Balbina apareció por entre los matorrales y corrió hacia Ryś moviendo el rabo y ronroneando. El olor del gato hizo que los conejos huyeran a toda prisa. Ryś cogió a Balbina en sus brazos:

—¿Qué ocurre? Balbina, ¿quieres venir con nosotros? —Llevándola con él, caminó hacia la casa, pero la gata se retorció hasta soltarse—. ¿No quieres venir con nosotros? Peor para ti —dijo. Luego, añadió con amargura—: Pero tienes suerte. Al menos tú puedes quedarte aquí.

La gata se coló por entre los matorrales.

Al observar esta escena desde el porche, Antonina sintió un poderoso deseo de quedarse en casa también, junto con el deseo igualmente fuerte de que llegase el camión que les iba a llevar a la estación de tren. Miraba su reloj una y otra vez aunque «las manecillas del reloj se movían sin piedad». El impulso de meterse en un escondite de Varsovia se le pasó por la mente, pero ¿adónde podrían ir? Le preocupaba su suegra, que cojeaba y «no podía andar ni medio kilómetro», y también la posibilidad de que los alemanes les cogiesen, pues había oído que estaban arrestando a todos los polacos que podían encontrar y enviándolos a un campo de exterminio cerca de Pruszków. Tal como estaban las cosas, viajar hacia el oeste con los animales de la granja de peletería parecía la opción más razonable.

Por fin, a las 11.30 de la mañana, el viejo camión del Hombre Zorro llegó a la casa traqueteando. Guardaron rápidamente su equipaje. Dejaron el zoológico atrás, circulando en zigzag por calles secundarias hasta que alcanzaron la estación de tren donde les aguardaba un vagón de mercancías cargado ya de zorros, visones, nutrias, perros mapache y Wicek. Antonina y los otros subieron al tren, que pronto estaba cruzando el río. Pararon en un par de estaciones para recoger más pasajeros. En Lowicz les dijeron que descargarán las cajas y esperasen la llegada de más animales para la granja de peletería provenientes de otros lugares de Polonia. Posteriormente, los reunirían a todos y viajarían a una granja más grande de Alemania. Antonina pasó el día paseando por el pueblo, sorprendida por su libertad y por el trascendental silencio de un pueblo que no mostraba signos de guerra. Al día siguiente salió en busca de ayuda y se enteró de que Andrzej Grabski, hijo del antiguo primer ministro polaco, estaba en el comité de la compañía alemana de peletería. Le explicó que tenía miedo de llevarse a sus pequeños hijos a Alemania, por lo que Grabski encontró un refugio temporal para ellos en el pueblo. Seis días más tarde se despidió del Hombre Zorro (que debía quedarse en Lowicz con los animales), alquiló un carro de caballos y se dirigió al pueblo de Marywil, a tan sólo seis kilómetros y medio de allí y sin embargo «un largo y lento viaje que pareció durar eternamente».

Cuando por fin llegaron a una pequeña escuela en una vieja finca, una mujer les

ofreció un aula para que durmiesen allí. Las paredes de madera estaban manchadas de mugre y el suelo lleno de barro y paja. Había telarañas colgando del techo, los cristales de todas las ventanas estaban rotos y montones de colillas se apilaban por el suelo. Dejaron la jaula de Wicek junto a un horno de arcilla. Antonina escribió que sus intentos de salir creaban el único ruido en esa cripta de silencio que resultaba tan extraña después de semanas de explosiones y ametralladoras. No era un silencio relajante, sino vacío, antinatural, inquietante, «una molestia para nuestros oídos».

—El silencio es espeluznante —comentó Ryś, poniendo los brazos alrededor del cuello de su madre y abrazándola fuerte. Aunque ella no deseaba que su hijo estuviese asustado ni sufriese, escribió que se sintió muy bien de que él necesitase que ella le calmase. Durante los inciertos y violentos días de agosto, le había observado intentar actuar como si fuera fuerte, como si fuera un adulto, pero ahora, para su alivio, «al menos podía permitirse ser un niño»—. Mamá, sé que no vamos a volver a casa —añadió el muchacho, con lágrimas en los ojos.

Al mudarse de una vieja y antigua ciudad a una pacífica aldea donde no tenía sentido asentarse para lo que anticipaban que sería una corta estancia, habían perdido el contacto con sus amigos, su familia y la Resistencia, pero también habían perdido el miedo a la artillería. Obsesionada por los distantes fundamentos de su mundo, Antonina describió que se sentía «azotada por un desastre que [yo] no podía nombrar y en el que no podía influir... irreal y flotante» la mayor parte del tiempo, aunque se prometió mantener a flote el estado de ánimo de Ryś.

En busca de una escoba, trapos y un cubo, llamaron a la puerta de una habitación donde vivían la señora Kokot, profesora local, su marido el herrero y sus dos hijos. Una mujer bajita y compacta, con hoyuelos y manos curtidas por el trabajo les saludó.

—Lo siento —se disculpó la señora Kokot—. No tuvimos tiempo para limpiar el aula antes de que os mudaseis. Mi marido se pasará por allí mañana y os instalará una estufa adecuada. No os preocupéis, todo saldrá bien. Os adaptareis enseguida a la vida de aquí y os sentiréis como en casa.

Durante los siguientes días, la señora Kokot les proporcionó pan y mantequilla, les llevó una pequeña bañera de madera para Teresa y también agua caliente. Pronto la vida no parecía tan dura, pero Antonina se preocupaba por Ryś, quien había «perdido todo lo que conocía [...] como una brizna de hierba desarraigada por un fuerte viento y llevada lejos de su jardín». Con el «terremoto de dejar Varsovia, la preocupación por su padre», de quien no sabían nada, «y todas las incertidumbres y la pobreza», no le sorprendía que a veces su hijo estuviera deprimido o de mal humor.

Pero a medida que pasaban los días, Ryś se sintió más cercano a la familia Kokot, cuyas rutinas diarias conllevaban el orden y la predictibilidad que él ansiaba. A Antonina le preocupaba que, habiéndose comportado más como un adulto que como un niño durante la guerra, Ryś hubiese llegado al punto de «negarse rotundamente a aceptar la infancia, y quienquiera que le tratase como un niño recibía una

contestación antipática». Pero los mundanos acontecimientos de la familia Kokot, en la cual los niños iban al colegio y jugaban sin miedo, resultaron tonificantes. A medida que observaba sus vidas, Antonina se dio cuenta de que su hijo admiraba lo bien que funcionaban juntos como familia. También eran personas muy caritativas: la señora Kokot iba en bicicleta al pueblo a ponerle una inyección a una persona enferma o incluso a la ciudad para buscar un doctor, y su esposo arreglaba los motores, las máquinas de coser, las ruedas de caucho, los relojes, las lámparas o cualquier otro objeto de sus vecinos que estuviese «enfermo».

«A Ryś nunca le interesaron los intelectuales —meditaba Antonina—, estar absorto en ideas abstractas siempre le pareció estúpido. Admiraba a la gente práctica que sabía hacer cosas, por lo que respetaba profundamente a los Kokot por su talento, su sentido común y su trabajo duro». A la sombra del señor Kokot durante todo el día, ayudó a reemplazar las lunas rotas de las ventanas, rellenó las grietas en los marcos de madera de las ventanas que tenían musgo y paja y tapó los agujeros de las paredes utilizando masilla o una mezcla de aceite de lámpara y arena.

Entonces, Ryś hizo algo sorprendente. Como muestra definitiva de amistad, regaló su querido conejo Wicek a los hijos de los Kokot, Jçdrek y Zbyszek. Este extraordinario gesto no alteró mucho las condiciones de vida de Wicek, puesto que los chicos jugaban juntos todo el rato, pero el privilegio de dar de comer a Wicek y de gobernar su futuro pasó a otras manos. Al principio, escribió Antonina, Wicek no comprendía lo que estaba pasando. Más tarde, escuchó a Ryś darle una seria y detallada explicación acerca de quiénes eran sus nuevos dueños y de dónde dormiría; después de eso, Wicek intentaba volver a colarse en la habitación de Ryś, siendo rechazado en la puerta:

—¡Ahora vives en el apartamento de Jçdrek y Zbyszek, tonto! —le regañó Ryś—. ¿Por qué te niegas a entender una cosa tan simple?

Antonina observaba al conejo escuchando a Ryś, moviendo sus orejas y mirando a Ryś «como si le estuviera entendiendo perfectamente», pero en el momento en que Ryś le llevaba al pasillo que había entre los dos apartamentos, le ponía en el suelo y cerraba la puerta detrás de él, Wicek comenzaba a arañarla.

La depresión invadió a Antonina una vez más, hecho que registró de forma casual en su diario, sin hacer una montaña de un grano de arena, como si se tratase simplemente de una variación del tiempo. El viaje le había mermado tanto que «como una persona en trance», se forzaba a sí misma a conseguir comida y ayuda para su pequeña tribu de mujeres y niños. De alguna manera conseguía patatas, azúcar, harina y trigo de una mujer del pueblo, turba para utilizarla de combustible de un hombre que vivía bajando por la carretera y medio litro de leche al día gracias al condado.

El fogoso levantamiento de Varsovia llegó a su fin tras sesenta y tres días de lucha feroz por las calles, con la mayor parte de la ciudad hecha escombros, cuando lo que quedaba de la Guardia Popular de Varsovia se rindió bajo la promesa de que recibirían el tratamiento humano de los prisioneros de guerra en lugar de ser tratados

como partisanos. (No obstante, la mayoría de los supervivientes fueron enviados a campos de trabajos forzados). Se prendió fuego a los hospitales, que estaban a rebosar, aun cuando todavía había pacientes en ellos, y ataron a mujeres y niños a los tanques para prevenir emboscadas de francotiradores. Hitler lo celebró ordenando que las iglesias alemanas repicasen sus campanas durante una semana entera.

Las carreteras estaban repletas de refugiados que buscaban cobijo en los vecindarios de Lowicz y Marywil, pues esa parte del campo tenía fincas feudales junto con fincas menores, pequeñas granjas pobres, aldeas que los terratenientes ayudaban a mantener y muchos vecinos empleados en las fincas. Día tras día, más gente llegó a la región hasta que los granjeros, sobrepasados por la masa de hambrientos, ahuyentaban a la gente que dormía en sus campos o en la puerta de su casa, rogando a los administradores locales que les trasladasen a otra parte.

Cuando Antonina y su familia llegaron a la escuela, intentaron pasar desapercibidos, en caso de que la Gestapo les estuviera persiguiendo, pero a medida que los días pasaban con tranquilidad comenzaron a relajarse y, semanas después de estar en Marywil tras la capitulación, empezaron a ansiar las noticias de su familia y sus amigos. Antonina esperaba oír algo de Jan, convencida de que aparecería un día como por arte de magia, «habiendo removido cielo y tierra» para encontrarla, como había hecho con ayuda del doctor Müller en 1939. No sabía nada de la extraña suerte que Jan había corrido durante los primeros días del levantamiento, cuando una bala le atravesó el cuello y le llevaron al hospital de la calle Chmielna, a morir, pensaba todo el mundo, puesto que es prácticamente imposible que una bala atravesase el cuello de alguien sin dar en el esófago, en la columna vertebral, en las venas o en las arterias. Años después, Antonina conoció al doctor que le había tratado. «Si le hubiese anestesiado —recordaba el doctor Kenig, admirado—, y hubiese intentado recrear el camino de esa bala, no lo habría podido hacer». Cuando los alemanes tomaron el hospital, le enviaron a un campamento de prisioneros de guerra para oficiales, donde se curó de la herida de bala tan sólo para luchar contra el hambre y el cansancio.

Antonina envió una carta a un amigo de la familia, quien se mostró de acuerdo en transmitir sus mensajes, y Nunia, que en lugar de reunirse con sus propios padres se había quedado con Antonina y Ryś para ayudar en lo que pudiese y actuar de mensajera, se levantó antes del amanecer una mañana, esperó durante horas para coger el caballo y el carro que hacían las veces de «autobús» y viajó a Varsovia tomando el camino de Lowicz. Por todas partes distribuyó pequeños trozos de papel preguntando por Jan Żabiński y dando la dirección de Antonina; los colgaba en árboles, postes de electricidad, muros, edificios y paredes de las estaciones de trenes. Este método se convirtió en una forma popular de buscar a los seres queridos. Stefan Korbonski recuerda que en las vallas de todas las estaciones había cientos de carteles y las direcciones de maridos que buscaban a sus esposas, padres que buscaban a sus hijos y gente en general anunciando dónde estaba. Una gran cantidad de gente se reunía delante de estas «oficinas de correos», desde la mañana hasta la noche.^[1]

Antonina pronto comenzó a recibir cartas que aportaban algunas pistas: de la enfermera del hospital donde trataron a Jan de su herida de bala, de un cartero de la Plaza Warecki y de un guarda del Museo Zoológico de la calle Wilcza. Todos ellos escribían para hablar de Jan y darle esperanza. Cuando se enteró de que le habían enviado a un campo alemán de prisioneros de guerra, Nunia y ella escribieron docenas de cartas a todos los campos que encarcelaban a oficiales en busca de su paradero.

Capítulo 33

Diciembre, 1944

Con el invierno, los charcos de barro se congelan y la tierra se vuelve una vez más firme y fibrosa bajo la capa de blanco. Antonina preparaba una Navidad cruelmente distinta a aquellas de antes de la guerra. En Nochebuena, los polacos sirven tradicionalmente una comida sin carne compuesta de doce platos antes de intercambiar los regalos. En el zoo, la Nochevieja solía incluir un premio especial. Antonina recordaba cómo «un carro circulaba por el zoo lleno de árboles de Navidad que no se habían vendido; se trataba de un regalo para los animales del zoo: a los cuervos, osos, zorros y a muchos otros animales les gustaba masticar o picotear la corteza aromática o las agujas de estos árboles de hoja perenne. Los abetos de Navidad se colocaban en los distintos aviarios, jaulas o unidades de animales, y la época de celebración comenzaba oficialmente en el Zoo de Varsovia».

Durante toda la noche los faroles lucían como cometas: un hombre vigilaba con diligencia la sección de los animales exóticos, comprobando la temperatura en los edificios y añadiendo carbón a las calderas; varios hombres llevaban heno a los establos y abrían los cobertizos; otros metían más paja en los aviarios donde se acurrucaban los pájaros tropicales para mantenerse calientes. Había sido siempre una escena de refugiados y luces bailarinas.

En la Nochebuena de 1944, Ryś se dispuso a ir al campo con Zbyszek. Antes de marcharse, le dijo a Antonina que los niños «debían divertirse un poco». Más tarde, los muchachos regresaron con dos pequeños abetos.

Siguiendo la costumbre rural, decoraron los árboles durante la luz del día y los encendieron cuando apareció el primer planeta (en honor de la Estrella de Belén). Posteriormente, se servía la cena dejando sitios vacíos para los miembros de la familia que se encontraban ausentes. Antonina describió cómo dispusieron el pequeño abeto sobre un taburete, una fuente inagotable de placer para la pequeña Teresa, que daba palmadas y balbuceaba mientras la familia decoraba las brillantes ramas con «tres manzanas pequeñas, unas cuantas galletas de jengibre, seis velas y varios adornos de ojo de pavo real que ha hecho Ryś».

Durante las vacaciones, Genia sorprendió a Antonina con una visita; arriesgándose a ser arrestada debido a sus actividades en la Resistencia, tomó el tren y caminó a través del viento helado durante seis kilómetros y medio para llevarle dinero, comida y mensajes de los amigos. Antonina y Ryś todavía no habían oído una palabra de Jan. Un día, la señora Kokot pedaleó a la oficina de correos como solía hacer y después la observaron regresar, su pequeña figura haciéndose cada vez más grande y más definida a medida que se acercaba. Esta vez tenía una carta en la mano. Ryś corrió a recibirla en mangas de camisa, le arrebató la carta y se metió corriendo en el apartamento seguido de la señora Kokot, quien sonreía.

—Por fin —fue lo único que dijo.

Una vez Antonina y Ryś hubieron leído la carta varias veces, Ryś corrió a contarle las noticias al señor Kokot; según Antonina, Ryś rara vez hablaba de su padre fantasma, pero ahora por fin podía arriesgarse a mencionarle.

En el archivo moderno del Zoo de Varsovia, junto con las fotografías donadas por la familia, hay una maravillosa rareza: se trata de una postal que Jan envió desde el campamento de prisioneros de guerra y en la que no hay nada escrito salvo la dirección. En la parte de atrás hay una buena caricatura de Jan llevando un uniforme holgado con dos estrellas en cada hombrera y una bufanda oscura anudada en su cuello que le llega hasta pasada la cintura. Se ha retratado a sí mismo con barba de tres días, ojeras y largas pestañas, la frente muy arrugada, tres mechones de pelo saliendo de su calva coronada y la colilla de un cigarrillo colgando de su boca, con una mirada de aburrimiento y desdén en su cara. Nada escrito, nada incriminatorio, es simplemente una caricatura que se sitúa en alguna parte entre el patetismo y el humor y la cual le refleja exhausto, pero no derrotado.

El Ejército Rojo entró finalmente en Varsovia el 17 de enero, mucho después de la capitulación de la ciudad y cuando ya era demasiado tarde para ayudar. En teoría, se suponía que los rusos debían echar a los alemanes, pero por estrategia política y por motivos prácticos (entre ellos haber perdido a 123 000 hombres por el camino) habían acampado en la parte oriental del río Vístula y habían observado con satisfacción el derramamiento de sangre durante dos meses enteros, mientras miles de polacos eran masacrados, otros miles enviados a los campos y la ciudad destruida.

Halina y su prima hermana, Irena Nawrocka (campeona olímpica de esgrima que había viajado en numerosas ocasiones antes de la guerra), así como otras tres niñas-mensajeras, fueron arrestadas por los alemanes y obligadas a desfilas con una multitud de guardias y prisioneros desaliñados desde Varsovia hasta un campamento de trabajos forzados en Ozarów. Corriendo por los campos, los granjeros entregaron a las chicas ropas de trabajo para camuflarse y herramientas para que las acarreasen y las sacaron del grupo por entre las plantas de lino antes de que los exhaustos guardias se diesen cuenta. Confundiéndose con granjeras, las niñas consiguieron escapar a Zakopane (en las montañas Tatra), donde se escondieron durante meses, hasta que acabó la guerra.

Capítulo 34

1945

Bandadas de cuervos daban vueltas por el cielo antes de aterrizar en los campos cubiertos de nieve en una de esas cálidas mañanas de enero, cuando las oscuras ramas de los árboles brillan a través de la niebla y respirar es como inhalar algodón. La mañana rebosaba señales. Antonina escuchó el estruendo de los camiones llenos de armas, el zumbido de los aviones y las explosiones distantes. Entonces, la gente empezó a gritar: «¡Los alemanes están huyendo!». Pronto aparecieron los ejércitos polaco y soviético caminando juntos, y a medida que una larga procesión de tanques soviéticos se adentraba los vecinos rápidamente alzaron banderas rojas para dar la bienvenida a los libertadores. De pronto, una enorme bandada de palomas blancas voló por el cielo y planeó por encima de los soldados, como si fuera una única nube cada vez más alta. «El momento fue perfecto —escribió Antonina—. Seguro que algún director de cine preparó esta escena tan simbólica». Aunque tenía esperanzas de que liberasen ajan, decidió pasar el resto del invierno en Marywil, porque viajar a Varsovia con niños pequeños parecía arriesgado. No obstante, los niños de la vecindad debían volver al colegio, por lo que tendría que encontrar otro refugio temporal. Cuando se quedó sin dinero para comprar comida y necesitaba comprar leche para el bebé, la finca grande sintió compasión de ella y le envió provisiones. Por fortuna, había ahorrado unos cuantos «cerditos» de oro (rublos) para comprar sus billetes de vuelta a Varsovia, un viaje que sabía que podría ser caro. Una vez más, los refugiados inundaban las carreteras, esta vez desesperados por volver a casa, aunque habían oído que sus apartamentos estaban en ruinas. Nunia fue a investigar y regresó con noticias de que todavía había amigos viviendo en la zona del zoo con quienes se podían quedar. Informó que la casa del zoo, aunque bombardeada y saqueada, seguía en pie.

Necesitaban un gran camión, cosa difícil de conseguir. Antonina convenció a un grupo de soldados que viajaban al este con un cargamento de patatas para que llevaran a su grupo durante parte del camino. El día del viaje hacía cero grados y tan sólo el bebé, envuelto en su pequeña manta, no temblaba mientras el camión se arrastraba, deteniéndose con frecuencia para ser revisado por los soldados de patrulla. Les dejaron en Wlochy, donde consiguieron que un piloto ruso les llevara en su camión abierto, dentro del cual se apiñaron.

Cuando por fin entraron en los límites de la ciudad de Varsovia, una oleada de nieve sucia y de arena salpicó los extremos del camión. La nieve hedía, la arena irritaba sus ojos y se juntaron más para mantener el calor. Lo que vio le «aturdió y produjo náuseas», escribió Antonina, porque, a pesar de los rumores, advertencias e informes de testigos, no estaba preparada para una ciudad destrozada.

Las fotografías y las películas de archivo muestran ventanas carbonizadas y

marcos de puertas en pie como si fuesen portales del cielo, altos edificios de oficinas reducidos a un panal de celdas abiertas, fincas de apartamentos e iglesias partiéndose como si fueran glaciares, todos los árboles arrancados, los parques inundados de escombros y calles surrealistas compuestas de fachadas tan delgadas como lápidas. En algunas fotografías, un pálido y enfermizo sol de invierno rezuma por entre las grietas de los edificios agujereados, sobre los cables de metal pelados, las tuberías extrañamente torcidas y el hierro. El ochenta y cinco por ciento de los edificios fue destruido. La que una vez fue una vistosa ciudad parecía ahora una colosal montaña de basura y un cementerio, todo había sido reducido a sus moléculas integrantes, todos los palacios, las plazas, los museos, los barrios y los lugares históricos habían sido reducidos a vulgares escombros. Las notas al pie rezan: «ciudad muerta», «una selva de ruinas», «montañas de escombros».^[1] Tan frío como era el día, Antonina escribió que de pronto comenzó a sudar y que aquella noche, devastada por el *shock* y el cansancio, se quedó con los amigos de Nunia.

A la mañana siguiente, tras el desayuno, Antonina y Ryś se apresuraron a ir al zoo. Ryś corrió delante de ella y volvió a toda velocidad, las mejillas rosadas por el frío.

—¡Mamá, nuestra casa ha sobrevivido! —dijo nervioso—. La gente que nos dijo que estaba destrozada nos ha mentado. Está dañada, no hay puertas ni suelos y se han llevado todas nuestras pertenencias, ¡pero hay un techo y paredes! ¡Mamá! ¡Y escaleras!

Una capa de nieve ocultaba el suelo y la mayoría de los árboles habían sido arrancados por los obuses, pero algunas delicadas ramas negras desafiaban al cielo azul, lo mismo que la Casa de los Monos, su propia casa y las ruinas de varios otros edificios. Una de las habitaciones del piso de arriba de la casa se había esfumado totalmente y había partes de madera del primer piso que habían desaparecido por completo —puertas, armarios, marcos de ventanas, suelos—, por lo que Antonina supuso que los habían utilizado para mantenerse calientes durante el invierno. El pasadizo subterráneo que comunicaba el sótano con la Casa de los Faisanes, en donde habían guardado sus objetos más valiosos, no sólo había sido descubierto, sino que se había desmaterializado (y no existen informes de nadie que lo haya descubierto después de la guerra). Una gruesa capa de papeles húmedos y páginas de libros cubría el suelo. No podían evitar caminar sobre ella y machacarla aún más. Juntos rebuscaron entre la masa informe, recogiendo pedazos de documentos sucios y fotografías amarillentas que Antonina guardó con cuidado en su bolso.

A pesar del frío, inspeccionaron el jardín, agujereado por las bombas y los obuses y miraron por el suelo, un espectáculo de barricadas, profundos diques antitanques, pedazos de hierro, alambre de espino y obuses sin explotar. No se atrevió a caminar más por miedo a las minas antipersonas.

El aspecto y el olor eran los de «un lugar donde la guerra acaba de marcharse». Mientras planeaba la restauración, Ryś «comprobó su memoria» de la casa en la que

había crecido en contraste con la tierra estéril que ahora se encontraba. Antonina examinó el lugar donde habían plantado vegetales el año anterior y en un pequeño espacio donde el viento había hecho volar una capa de nieve, pudo ver un pequeño arbusto de fresas. «Un augurio de nueva vida», pensó. Justo en ese momento algo se movió en la ventana del sótano.

—¿Una rata? —sugirió Ryś.

—Demasiado grande para una rata —respondió Antonina.

—¡Un gato! —gritó Ryś—. Ha corrido hacia los arbustos y nos está vigilando.

Un gato delgado y gris se agazapó con recelo en una esquina. Antonina se preguntó si le habían intentado capturar para hacer estofado.

—¿Balbino? ¡Vieja gata, querida gata! ¡Balbina, ven aquí! —La llamó Ryś a medida que se acercaba, repitiendo su nombre una y otra vez hasta que se calmó y pareció reconocerle de pronto, volando hacia él como una flecha y saltando a sus brazos abiertos—. Mamá, nos la tenemos que llevar a la casa de la calle Stalowa —suplicó el niño—. No la podemos dejar aquí, ¡por favor!

Cuando Ryś se dirigía a la puerta, la gata se retorció y escapó de sus brazos.

—Igual que en verano —se enfurruñó Ryś—. ¡Se escapa!

—Déjala ir —le recomendó suavemente Antonina—. Debe de tener una razón importante para quedarse, una que nosotros no podemos comprender.

Ryś la soltó y la gata se adentró en los matorrales, se detuvo y miró hacia atrás con su semblante esquelético y hambriento. Maulló, y Ryś lo tradujo como «Yo me voy a casa. ¿Y tú?».

Para Antonina no había vuelta atrás a su vida previa. Ya no estaban los gansos gorjeantes, los graznidos de los cormoranes, los quejidos de las gaviotas, los pavos reales moviendo sus tornasoladas colas mientras pasean por la luz del sol, los fieros rugidos de los leones y de los tigres que derrumbarían hasta la gran muralla de Jericó, los vibrantes monos columpiándose en las lianas, los osos polares chapoteando en su piscina, las rosas y los jazmines esplendorosos y las «dos simpáticas nutrias que se hicieron amigas de nuestros lince y que en lugar de dormir en su propia cesta [...] se echaban la siesta sobre el suave pelaje de los lince mientras les lamían las orejas». Se habían ido los días en que las crías de lince, las nutrias y los cachorritos vivían dentro de la casa y jugaban juntos en el jardín a perseguirse. Ryś y ella llevaron a cabo un ritual privado: prometieron formalmente a todos los objetos rotos y abandonados que «no se olvidarían de ellos y volverían pronto a ayudarles».

Capítulo 35

Después

Todavía en la clandestinidad, Magdalena Gross se casó con Maurycy Fraenkel (Pawel Zielinski). Tras el levantamiento de Varsovia se mudaron a la ciudad de Lublin, donde los artistas e intelectuales se reunían en el Café Paleta. Allí conoció el mundo del arte vanguardista de la ciudad, que incluía mucho teatro sin palabras: teatro musical, teatro de baile, teatro de dibujos, teatro de sombras y representaciones protagonizadas por muñecas de papel, trapos o pequeños fuegos. La larga tradición del teatro de títeres subversivo de Polonia se había disuelto durante la guerra, pero en Lublin Magdalena se unió a los entusiastas que soñaban con el primer teatro de títeres de la nueva Polonia y que le invitaron a crear las cabezas de los títeres. En lugar de confeccionarlas con los rasgos tradicionales y osados del papel maché, decidió crear rostros con expresiones faciales reales y adornar las marionetas con seda, perlas y cuentas de colores. La primera representación tuvo lugar el 14 de diciembre de 1944.

En marzo de 1943, Magdalena y Maurycy regresaron a la recién liberada Varsovia, que no tenía electricidad, gas ni transporte y donde las pocas casas que quedaban en pie se inclinaban a un lado, sin ventanas. Deseosa de esculpir animales otra vez, Magdalena le preguntó a Antonina lastimeramente:

—¿Volverás a tener animales? ¡Tengo que esculpir! ¡He perdido demasiado tiempo!

Ante la ausencia de flamencos, marabúes y otras aves exóticas que se contaban entre sus favoritas, comenzó a esculpir el único modelo disponible, un patito. Como era una artista lenta, tuvo que revisar la pieza varias veces a medida que el patito se convertía en un pájaro adulto. Aun así, fue su primera escultura después de la guerra, y ello en sí era causa de celebración.

La Varsovia que conocieron antes de la guerra tenía un millón y medio de personas; a principios de la primavera de 1946, otro visitante, el doctor Joseph Tenenbaum, informó que habría «medio millón a lo sumo.^[1] Aun así, no había viviendas ni para la décima parte de ellos. Muchos todavía vivían en criptas, cavernas, sótanos y refugios subterráneos», pero le había impresionado gratamente su moral:

En ninguna parte del mundo la gente es tan arriesgada como en Varsovia. En Varsovia hay una vitalidad increíble y una osadía contagiosa. El pulso de la vida late a un ritmo increíblemente rápido. Puede que la gente vaya desharrapada, con la expresión cansada y obviamente desnutrida, pero no está desanimada. La vida es tensa, no obstante son impasibles e incluso alegres. La gente camina a empujones por la calle, cantan y ríen con el semblante altivo...

En todo hay ritmo y romanticismo, y la gente es tan presuntuosa que te quita el

aliento [...] La ciudad es como una colmena. Toda ella funciona: derriban las ruinas y construyen nuevas casas, destruyen y crean, vacían y rellenan. Varsovia empezó a resurgir de sus ruinas en el mismo momento en que el último nazi abandonó su periferia. Ha estado en ello desde entonces, construyendo, remodelando y restaurando sin esperar la planificación, el dinero o los materiales.

Por toda la ciudad, escuchó un aria de A. Harris, la no oficial Canción de Varsovia silbada, cantada y gritada a través de altavoces en las plazas centrales mientras la gente trabajaba. Los versos del amante prometían: «Varsovia, mi amada, eres el objeto de mis sueños y de mis anhelos [...] Sé que no eres lo que solías ser [...] que has pasado por días sanguinarios [...] pero voy reconstruirte para que vuelvas a alcanzar tu grandeza». Jan regresó de su campo de internamiento en la primavera de 1946 y en 1947 comenzó con la limpieza y las reparaciones, después levantó los nuevos edificios y recintos para el zoo renacido, uno que tuviese tan sólo trescientos animales, todos ellos especies nativas donadas por la gente de Varsovia. Algunos de los animales perdidos del zoo fueron encontrados, incluso el tejón, el cual había escapado por un túnel desde su jaula durante los bombardeos y atravesado el Vístula a nado (los soldados polacos lo devolvieron en un gran barril de pepinillos). Magdalena esculpió Gallo, Conejo I, Conejo II, paró un poco debido a su delicada salud («dañada por la guerra», opinaba Antonina) y murió el 17 de junio de 1948, el mismo día que terminó Conejo II. Su sueño siempre había sido crear grandes esculturas para el zoológico y Antonina y Jan hubiesen querido que tuviera esa oportunidad, especialmente siendo el zoo el emplazamiento ideal para piezas de arte de gran tamaño. En el zoo actual, las verjas principales saludan a los visitantes con una cebra a tamaño real cuyas rayas son al mismo tiempo los barrotes de la puerta. Algunas de las esculturas de Magdalena se encuentran en la oficina del director del zoo y otras en el Museo de Bellas Artes de Varsovia, tal y como Jan y Antonina habían querido.

El día antes del 21 de julio de 1949, la reapertura del Zoo de Varsovia, Jan y Antonina pusieron las esculturas de Gross, Pato y Gallo, cerca de los escalones que llevaban a una gran fuente por la que seguro que pasarían todos los visitantes. Ese año, el 21 de julio cayó en jueves. Quizá quisieron evitar abrir el viernes día 22 porque la gente todavía asociaba esa desafortunada fecha con la liquidación del Gueto de Varsovia en 1942.

Dos años más tarde, Jan se retiró repentinamente de su trabajo en el zoo, aunque tan sólo tenía cincuenta y cuatro años. La Varsovia de la posguerra, bajo mando soviético, no era muy favorable con la gente que había luchado en la Resistencia, por lo que, en desacuerdo con los oficiales del gobierno, puede que se sintiese obligado a retirarse. Norman Davies describe el estado de ánimo de aquella época:

Cualquiera que se atreviese a alabar la independencia anterior a la guerra o a aquellos que habían luchado durante el levantamiento para recuperarla, se

consideraba que estaba diciendo tonterías peligrosas y sediciosas. Los informantes de la policía estaban por todas partes. A los chicos se les enseñaba en escuelas de estilo soviético que denunciar a sus amigos y padres era considerado algo admirable.^[2]

Necesitado todavía del apoyo de su familia y devoto de la zoología, Jan se centró en su escritura, publicando cincuenta libros que iluminaban las vidas de los animales y abogaban por su conservación. Emitía también un popular programa de radio acerca de los mismos temas y continuó aunando sus esfuerzos con la Sociedad Internacional para la Conservación del Bisonte Europeo, que atesoraba un pequeño rebaño de bisontes en el bosque de Bialowieża.

Lo extraño es que, en parte, esos animales sobrevivieron gracias a los esfuerzos de Lutz Heck, quien, durante la guerra, devolvió muchos de los treinta bisontes que había robado para Alemania, junto con los uros y los tarpanes, con el fin de liberarlos en Bialowieża, el idílico lugar donde se imaginaba al círculo íntimo de Hitler cazando después de la guerra. Posteriormente, cuando los Aliados bombardearon Alemania, las madres de las manadas murieron, dejando todas las esperanzas de su especie depositadas en los que estaban en Bialowieża.

En 1946, en la primera reunión de la posguerra de la Asociación Internacional de Directores de Zoológicos, en Rotterdam, la responsabilidad de reactivar el Libro Genealógico del Bisonte Europeo recayó en Jan, quien comenzó a investigar el linaje de todos los bisontes que sobrevivieron a la guerra, incluyendo aquellos de los experimentos alemanes. Su investigación documentó las líneas de descendencia de antes, durante y después de la guerra y devolvió el programa y la vigilancia del linaje a los polacos.

Mientras que Jan escribía para adultos, Antonina creaba cuentos infantiles, criaba a dos hijos y se mantenía en contacto con la extensa familia de Invitados, quienes habían viajado a distintas tierras. De entre aquellos que Jan sacó personalmente del gueto (a través del edificio de la Agencia de Empleo) estaban Kazio y Ludwinia Kramsztyk (primos del renombrado pintor Roman Kramsztyk), el doctor Hirszfeld (especialista en enfermedades infecciosas), la doctora Roza Anzelówna y su madre, quienes se quedaron en la casa del zoo durante poco tiempo y luego se mudaron a un albergue de la calle Widok que les habían recomendado unos amigos de los Żabiński. Pero a los pocos meses fueron arrestadas por la Gestapo y asesinadas, siendo las únicas Invitadas de la casa del zoo que no sobrevivieron a la guerra.

Los Kenigswein sobrevivieron a la ocupación y sacaron a su hijo pequeño del orfanato, pero en 1946 Samuel murió de un ataque al corazón, tras lo cual Regina y los niños emigraron a Israel, donde ella se volvió a casar y trabajó en un kibutz.¹⁰ Nunca olvidó su época en el zoo: «El hogar de los Żabiński era el Arca de Noé —le dijo Regina a un periódico israelí veinte años después de la guerra—, con tanta gente y tantos animales escondidos allí». Rachela Aniela Auerbach también se mudó a Israel, tras viajar primero a Londres, donde entregó el informe de Jan acerca de la

supervivencia del bisonte europeo a Julian Huxley (director del Zoo de Londres antes de la guerra). Irena Mayzel se reasentó en Israel y alojó allí a los Żabiński después de la guerra, cuando fueron a conocer el país. Genia Sylkes se mudó a Londres y posteriormente a Nueva York, donde trabajó durante muchos años en la Librería del Instituto Científico Yiddish.

Capturada por la Gestapo y brutalmente torturada, Irena Sendler (quien sacaba a niños fuera del gueto) escapó gracias a los amigos que tenía en la Resistencia y pasó el resto de la guerra en la clandestinidad. A pesar de sus piernas y sus pies rotos, actuó en Polonia como trabajadora social y como defensora de los minusválidos. Durante la guerra, Wanda Englert se tuvo que mudar muchas veces; su marido, Adam, fue arrestado en 1943 y encerrado en la cárcel de Pawiak, en Auschwitz y en Buchenwald. Increíblemente, sobrevivió a la prisión y a los campos de concentración y se reunió con su mujer. Juntos se mudaron a Londres.

Halina e Irena, las niñas-mensajeras, todavía viven en Varsovia y siguen en contacto. Han sido buenas amigas durante alrededor de ochenta y dos años. En la pared del apartamento de Irena, junto a sus medallas de esgrima, hay fotografías de Halina y ella de jóvenes: recién salidas de la peluquería, glamurosas, con todo el futuro por delante. Son fotografías de estudio tomadas durante la guerra por un vecino.

Sentada con Halina en el restaurante al aire libre del Hotel Bristol, entre las mesas repletas de turistas y personas haciendo negocios y con un bufet lleno de manjares sobre largas mesas justo al entrar al edificio, observé su rostro mientras cambiaba las diferentes emisoras de la radio de su memoria. Después, cantó en voz muy baja una canción que había escuchado hacía aproximadamente sesenta años, una que un joven y apuesto soldado le había cantado cuando pasó por delante de él:

Tyjeszcze o tym nie wiesz dziewczyno,
Ze od nicdawna jestes przyczyng,
Mych snów, pięknych snów,
Ja móglbym tylko wziasc cie na ręce,
I jeszcze więcej niz dzis,
Kochac cię.

Aún no sabes esto, mi niña,
Que últimamente has sido la causa
De mis sueños, de mis hermosos sueños.
Si tan sólo pudiera alzarte en mis brazos,
E incluso más que hoy,
Amarte.

Halina enrojció un poco con el recuerdo, almacenado entre imágenes más

trágicas, como frecuentemente son las memorias de la guerra. Poseen su propio sistema de archivado, su propia ecología. Si otros comensales lo oyeron, nadie dio fe de ello, y mientras miré alrededor del archipiélago de mesas, me di cuenta que de las aproximadamente cincuenta que estábamos allí, ella era la única lo suficientemente anciana como para recordar la guerra.

Ryś, ingeniero civil y padre, vive en el centro de Varsovia, en un octavo piso sin ascensor, sin mascotas.

—¡Un perro no podría subir las escaleras! —Me explica mientras vamos dando tumbos de planta en planta. Alto y esbelto, con más de setenta años, parece en forma de tanto subir y bajar escaleras y es amistoso y hospitalario, pero también un poco cauteloso, lo cual no es de sorprender dadas las lecciones de la guerra arraigadas desde una edad tan temprana. «Vivíamos de momento en momento», me cuenta Ryś, sentado en su salón y amparado por las fotografías de sus padres, muchos de sus libros, un dibujo enmarcado de un bisonte europeo y un boceto de su padre. La vida en el zoo a él no le resultaba rara porque «era todo lo que conocía». Me habló del día en que vio caer una bomba junto a la casa y se dio cuenta de que había estado lo suficientemente cerca para haber muerto si hubiese estallado. Recordaba haber posado para Magdalena Gross, sentado durante horas mientras ella modelaba la arcilla, o mejor dicho existía en ella, y él disfrutaba de sus divertidas atenciones. Gracias a él supe que a su madre le gustaba llenar la terraza del piso de arriba de la casa del zoo de enormes macetas llenas de flores durante el verano, que sus flores favoritas eran los pensamientos y que prefería la música de Chopin, Mozart y Rossini. No cabe duda de que Ryś encontró extrañas algunas de mis preguntas: yo deseaba saber acerca del perfume de su madre, cómo caminaba, sus gestos, su tono de voz, cómo solía llevar el pelo. A tales preguntas, él respondía que «como todo el mundo» o «normal», y pronto me di cuenta de que aquéllos eran recuerdos que bien no deseaba visitar o bien no quería compartir con nadie. Su hermana Teresa, nacida al final de la guerra, se casó y vive en Escandinavia. Invité al Ryszard adulto a visitar la casa del zoo conmigo y accedió amablemente. Mientras explorábamos su hogar de la infancia, pisando cuidadosamente al atravesar las puertas con umbrales decorativos en forma de yunque, me sorprende por lo mucho que comprueba su memoria, comparando lo que fue con lo que es, tal como hacía Antonina cuando regresaron al zoo bombardeado al acabar la guerra.

En uno de esos giros del destino del pimentero de la historia, el Zoo de Berlín fue seriamente bombardeado, lo mismo que había ocurrido con el de Varsovia. Lutz Heck se vio asediado por muchas de las preocupaciones y penalidades que él mismo había impuesto a los Żabiński. En su autobiografía, *Mis aventuras con los animales*, escribe conmovedoramente acerca de su fatalmente herido zoológico. Al contrario que los Żabiński, él conocía con exactitud qué devastación podía esperar, pues lo había visto de primera mano en Varsovia, en ese bombardeo que nunca menciona. Sus animales de safari, su gran colección de fotografías y sus numerosos diarios se desvanecieron

al final de la guerra. Cuando el ejército soviético avanzaba, Lutz se marchó de Berlín para evitar ser arrestado por saquear los zoológicos ucranianos. Pasó el resto de su vida en Wiesbaden y yendo de caza al extranjero. Lutz murió en 1982, un año después que su hermano Heinz. El hijo de Lutz, Heinz, emigró a las Catskills¹¹ en 1959, donde dirigió un pequeño zoo famoso por su manada de caballos Przywalski, descendientes de aquellos que crió Heinz Heck durante la guerra. En cierto momento, el Zoo de Múnich reunió la manada más grande de caballos Przywalski fuera de Mongolia (algunos fueron robados al Zoo de Varsovia).

Con todo, alrededor de trescientas personas pasaron por el Zoo de Varsovia, de paso hacia el resto de sus nómadas vidas. Jan siempre sintió, y lo dijo públicamente, que la verdadera heroína de esta saga era su mujer, Antonina. «Ella temía las posibles consecuencias —le dijo a Noah Kliger, quien le entrevistó para el periódico israelí Yediot Aharonot—, le aterrorizaba que los nazis quisiesen vengarse con nosotros y con nuestro pequeño hijo, le aterrorizaba la muerte. No obstante, se lo guardaba para sí misma, me ayudaba [en mis actividades de la Resistencia] y nunca jamás me pidió que lo dejara». «Antonina era ama de casa —le explicó a Danka Narnish, de otro periódico israelí—, no estaba involucrada en política ni en la guerra. También era tímida. A pesar de todo eso, jugó un papel fundamental a la hora de salvar la vida de los demás y jamás se quejó del peligro». «Su confianza podía desarmar incluso al más hostil», le contó a un reportero anónimo. Añadió que su fuerza surgía de su amor por los animales. «No es simplemente que se identificase con ellos —explicó—, sino que de vez en cuando parecía despojarse de sus rasgos humanos y convertirse en una pantera o en una hiena. Entonces, capaz de adoptar su instinto de lucha, se alzaba como defensora impávida de los suyos». Al reportero Yaron Becker, le dijo: «Tuvo una educación católica que no le supuso ningún freno. Al contrario, favoreció su determinación de ser fiel a ella misma, de seguir a su corazón, aunque esto significase soportar muchos sacrificios». Intrigados por la personalidad de los rescatadores, Malka Drucker y Gay Block entrevistaron alrededor de cien de ellos y encontraron que compartían ciertos rasgos del carácter bastante importantes. Tendían a ser decididos, de reflejos rápidos, arriesgados, independientes, aventureros, sinceros, rebeldes y excepcionalmente flexibles: capaces de cambiar planes, abandonar hábitos o cambiar rutinas enraizadas de un momento a otro. Tendían a ser inconformistas y, aunque muchos rescatadores mantenían solemnes principios acerca de aquello por lo que merecía la pena morir, no se consideraban a sí mismos héroes. Lo normal es que uno dijera, como hizo Jan: «Sólo cumplí con mi deber: si puedes salvar la vida de alguien, es tu deber intentarlo». O: «Lo hicimos porque era lo que había que hacer.»^[3]

Capítulo 36

I

Bialowieża, 2005

En la frontera de un bosque virgen en el noreste de Polonia, el tiempo parece evaporarse mientras dos docenas de caballos pastan en la hierba del pantano, detrás de los colosales pinos y bajo el deslumbrante cielo azul. En las mañanas heladas buscan entre las burbujas de vapor y dejan una esencia dulce y coriácea detrás de ellos cuando se marchan. La niebla que rodea sus cuerpos viaja con ellos, pero su olor puede permanecer durante horas como nubes invisibles sobre las huellas entremezcladas de las pezuñas. A veces, en un camino de grava o en un sendero lleno de hojas, donde no hay pezuñas que los delaten, uno entra en un reducto de aire denso y se ve de pronto rodeado por la esencia del caballo salvaje.

Desde la primavera hasta el invierno, los caballos viven sin ayuda de los seres humanos, metiendo el hocico en los estanques y pastando de los arbustos, las ramas de los árboles, las algas y la hierba. Nieva a mediados de octubre y así permanece hasta mayo. En invierno, piafan hambrientos sobre la nieve para encontrar tan sólo hierba seca o manzanas podridas. Los guardabosques de la Policía Montada a veces le llevan heno y sal. Bendecidos con músculos para correr y saltar, cuentan con poca grasa para aislarles en los días fríos, por lo que se dejan crecer abrigo peludos que también hacen las veces de colchón. Es entonces cuando la mayoría de ellos se asemeja a los caballos pintados en las cuevas prehistóricas del valle del Loira.

Es asombroso despojarse del aquí y del ahora para observar lo que podrían ser caballos legendarios husmeando los pastos del extremo del bosque tal y como hicieron los seres humanos hace milenios. Son criaturas excepcionalmente bellas: de color pardo, con una franja negra en el lomo y una crin oscura (a veces el potro nace con la cara negra, espolones y una o dos patas rayadas como las de las cebras). Aunque tienen grandes orejas y cuellos largos y gruesos, son ligeros y veloces. A diferencia de los caballos domésticos, se vuelven blancos en invierno, tal y como hacen los armiños y las liebres árticas, confundiendo así con el paisaje. Entonces el hielo se coagula como si fuera mármol sobre las ásperas crines y las gruesas colas, y mientras pisotean con sus pezuñas forman plataformas de nieve. No obstante, las duras condiciones climatológicas y la mala alimentación les hacen más fuertes, y aunque los sementales luchan con fiereza, mostrando los dientes y golpeando con el cuello, se curan tan rápido como si estuviesen bajo el influjo de un chamán. «Se mueven en un mundo más antiguo y completo que el nuestro —escribe Henry Beston acerca de los animales salvajes en *The Outermost House*—, dotados con extensiones de los sentidos que nosotros hemos perdido o nunca hemos conseguido, voces vivientes que nosotros nunca escucharemos». En Bialowieża, podemos encontrar

también los uros recreados, los animales de caza favoritos de Julio César, quien les describía ante unos amigos de Roma como toros negros salvajes «un poco más pequeños que un elefante», fuertes y rápidos. «No sienten compasión ni por el hombre ni por la bestia —escribió—. No se les puede enseñar a soportar la visión de los hombres, ni se les puede domesticar, ni siquiera cuando son capturados jóvenes». Supuestamente, los hombres de la Selva Negra se entrenaban con rigor para cazar a los uros (las vacas se dejaban para que criasen) y «aquellos que han matado gran cantidad de ellos —los cuernos se exhiben en público como prueba— obtienen un gran honor. Los cuernos [...] son muy requeridos; tras haber sido adornados con plata [...] se emplean como vasijas para beber en los grandes festejos». Algunos de estos cuernos adornados con plata permanecen en museos. Pero en 1627, el último uro verdadero había muerto.

Sin embargo, aparentemente pacen por aquí tarpanes, bisontes y uros, vagando por la fuertemente custodiada reserva natural de la frontera entre Polonia y Bielorrusia, favorita de los reyes desde el siglo xv, un reino de magia y monstruos que inspiró muchos cuentos de hadas y mitos europeos. El rey Casimiro IV lo encontró tan encantador que pasó siete años (1485-1492) viviendo en una simple cabaña del guarda forestal, manejando los asuntos de Estado desde su hogar verde.

¿Qué es lo que maravilla tanto de este paisaje que ha podido encandilar a gentes de muchas culturas y épocas, incluyendo Lutz Heck, Göring y Hitler? Para empezar, alberga robles de quinientos años, además de abundantes pinos, píceas y olmos que se alzan como ciudadelas a lo largo de cientos de metros. En su interior hay 12 000 especies de animales, desde los protozoos de una sola célula a mamíferos tan grandes como el jabalí, el linco, el lobo y el alce; y, por supuesto, hay manadas de intentos de uros, tarpanes y bisontes. Los castores, las martas, las comadreja, los tejones y los armiños se deslizan por los pantanos y los estanques, mientras que las águilas pomeranias comparten el cielo con murciélagos, azores, autillos y cigüeñas negras. Un día cualquiera, uno puede encontrarse más alces que seres humanos. El aire huele a bálsamo y agujas de pino, musgo esfagnáceo, brezos, bayas y champiñones, prados pantanosos y turberas. No es de sorprender que Polonia haya escogido la reserva como el único monumento nacional natural y que también tenga el honor de ser Patrimonio Internacional.

Debido a que la reserva está cerrada para cazadores, leñadores y vehículos motorizados de cualquier tipo, es el único refugio con flora y fauna únicas y por ese motivo los guardabosques guían pequeños grupos de excursionistas por las rutas designadas, en las cuales está prohibido tirar basura, fumar o hablar en voz más alta que un suspiro. No se puede coger nada, ni siquiera una hoja o una piedra como souvenir. Se desaconsejan todas las huellas de humanidad, especialmente el ruido. Si un guardabosques necesita llevar algo al interior del parque lo transporta en un carro tirado por caballos y si debe mover un árbol caído ha de utilizar una sierra y unos cuantos caballos.

En lo que se conoce como «una reserva estricta», se ven muchos árboles caídos, muertos o en decadencia, los cuales, aunque resulte extraño, constituyen la columna y la gran fuerza del bosque, motivo por el cual los activistas defienden con vigor su madera muerta. Los árboles derribados por el viento, que se han caído por causas naturales y que se van pudriendo, proporcionan hogar a multitud de criaturas: 3000 especies de hongos, 250 especies de musgo, 350 especies de liquen, 8791 especies de insectos, mamíferos y pájaros. Las guías y un musco con dioramas enseñan la ecología y la historia del parque, pero pocos visitantes son conscientes de la forma en que les atraía tanto a los racistas nazis como a los románticos.

A medida que desciende el crepúsculo sobre los pantanos de Bialowieża, cientos de estorninos vuelan al mismo tiempo creando un gran embudo. Después, la bandada desciende para encontrar refugio nocturno en la hierba del pantano. Recuerdo el amor de Antonina por los estorninos y también me acuerdo de Magdalena la Estornino, y de Lutz Heck, que ambicionaba «un estornino brillante, verde, tornasolado y pequeño [que] trine su pequeña canción con el pico bien abierto, su pequeño cuerpo temblando por la fuerza de las notas».^[1] La eugenesia y los experimentos reproductivos prosperaban gracias a la ambición de Heck, el ansia de juego de Göring y la filosofía nazi, pero al final, irónicamente, ayudó a salvar gran cantidad de plantas y animales en peligro de extinción.

Comprensiblemente reacios a los vínculos nazis de Heck y a sus verdaderos motivos, algunos patriotas polacos sostenían (y sostienen) que estos animales podrán parecerse a sus legendarios ancestros pero que no obstante son, técnicamente, falsos. La clonación no estaba disponible en los tiempos de los hermanos Heck, que la hubieran dominado por completo. Algunos zoólogos, que prefieren llamarles «semi-tarpanes» o «semi-uros», los asocian con motivos políticos. Los caballos, «aunque verdaderamente no son animales salvajes, son criaturas enormes y exóticas que tienen una historia teñida por el drama, la dedicación y las artimañas», declaran el biólogo Piotr Daszkiewicz y el periodista Jean Aikhenbaum en *Aurochs, le retour... d'une supercherie nazie* (1999). Presentan a los Heck como estafadores que representaron una colosal mentira nazi por medio de la creación de una nueva especie, no la resurrección de otra extinta. Herman Reichenbach, en una crítica de este libro para *International Zoo News*, dice por el contrario que al trabajo de Daszkiewicz y Aikhenbaum le faltan datos y que es esencialmente «lo que los franceses llaman polémique [...] y los americanos una calumnia [...] pero quizá los Heck lo merezcan; después de la guerra fueron todo menos sinceros con respecto a su relación con la dictadura nazi [...] La recreación del entorno germánico antiguo (dentro de las fronteras del parque) respondía tanto a la ideología nazi como a la recuperación de Alsacia».^[2] No obstante, Reichenbach prevé un papel importante para las creaciones de Heck: «Todavía pueden ayudar a conservar el entorno natural que mezcla el bosque y los pantanos [...] Y como un tipo de ganado salvaje, los uros pueden ayudar a realzar el acervo genético de un animal doméstico que se haya empobrecido

genéticamente durante las últimas décadas. El intento de recuperar los uros puede haber sido un disparate, pero no fue un crimen». El profesor Z. Pucek, de la Reserva Natural de Bialowieża, denuncia el ganado de Heck como «la mayor estafa científica del siglo xx». Y así, la controversia continúa, debatida en revistas y en Internet, frecuentemente citando un pasaje del americano C. William Beebe. En su *The Bird: Its Form and Function* (1906), Beebe escribe: «La belleza y el genio de una obra de arte puede volver a concebirse, aunque su primera expresión material quede destruida; una armonía desvanecida puede volver a inspirar al compositor; pero cuando el último individuo de una raza de seres vivos ya no respira, tienen que pasar todo un cielo y toda una tierra para que se pueda volver a dar». Hay muchos modos de obsesionarse, algunos diabólicos, otros fortuitos. Paseando por el amasijo de vida que es Bialowieża, uno nunca adivinaría el papel que jugó para las ambiciones de Lutz Heck, el destino del Zoo de Varsovia y el oportunismo altruista de Jan y Antonina, quienes aprovecharon la obsesión de los nazis por los animales prehistóricos y por un bosque virgen para rescatar a cientos de vecinos y amigos en peligro de extinción.

II

Varsovia es hoy en día una ciudad verde y espaciosa con kilómetros de cielo. Las avenidas ribeteadas con árboles llegan hasta el río, las ruinas se mezclan con las nuevas tendencias y por todas partes los viejos árboles ofrecen aroma y sombra. En el distrito del zoo, en el parque Praski, todavía abundan los empalagosamente dulces tilos y, en verano, las abejas que van en busca de miel; al otro lado del río, donde una vez se alzó el gueto judío, un parque lleno de castaños rodea una plaza y un monumento sombrío. Tras la derrota del comunismo en 1989, con el humor que les caracteriza los polacos convirtieron los antiguos cuarteles generales de la Gestapo en el Ministerio de Educación, los antiguos cuarteles generales de la KGB en el Ministerio de Justicia, los cuarteles generales del Partido Comunista en el edificio de la Bolsa, y así sucesivamente. Pero la arquitectura del Casco Antiguo es un himno visual. Reconstruido después de la guerra en gótico Vístula, se basó en viejas ilustraciones y pinturas del veneciano del siglo xvii Bernardo Bellotto. Esta proeza fue organizada por Emilia Hizowa (quien inventó las paredes que se deslizaban al pulsar un botón de la Zegota). Algunos edificios muestran escombros de la ciudad bombardeada que han sido reciclados e incrustados en las fachadas. Docenas de estatuas y monumentos inundan las calles de Varsovia, porque Polonia es un país medio sumergido en su pasado invadido, alimentado por el progreso, pero siempre parcialmente de luto.

Volviendo sobre los pasos de Antonina desde el apartamento del centro de la ciudad donde se quedó con unos parientes durante el asedio de Varsovia, tomé la calle Miodowa, crucé el viejo foso y me deslicé a través de las viejas paredes de ladrillo que rodean el Casco Antiguo. Cuando uno entra en un mundo de casas en hilera

apretadas una contra otra, los zapatos se deslizan por los adoquines y el cuerpo continuamente se equilibra en pequeños incrementos hasta que las piedras se hacen más grandes, suavizadas por siglos de pisadas. Al reconstruir la ciudad después de la guerra, los urbanistas emplearon el máximo de piedras originales que les fue posible, y en La calle de los cocodrilos el contemporáneo de Antonina, Bruno Schulz, describe el mismo mosaico colorido bajo sus pies que existe hoy: «algunos rosa pálido como la piel humana, otros dorados, otros entre azul y gris, todos planos, calientes y aterciopelados bajo el sol, como relojes de arena pisoteados hasta que se vuelven invisibles y desaparecen en la bendita nada».^[3] En tales calles estrechas, las farolas eléctricas (que una vez fueron de gas) brotan de los rincones y las ventanas con doble marco permanecen abiertas como si se tratase de un calendario de Adviento. Los negros conductos de las estufas hacen que los tejados de terracota destaquen aún más y algunas paredes de estuco se han desconchado para mostrar los cimientos de ladrillo rojo que hay debajo.

Giro por Ulica Piekarska (Calle de los Panaderos) a medida que los adoquines se agrandan y se arremolinan como un riachuelo petrificado, luego tuerzo a la izquierda hacia la calle Piwna (Cerveza), paso un santuario en el segundo piso de una casa que da a la calle, compuesto de un santo de madera rodeado de ofrendas florales. Después paso por Karola Beyera, el club de coleccionistas de monedas y por tres pequeñas puertas de madera que dan a patios. Giro a la izquierda en la pared piramidal de un edificio que hace esquina y finalmente entro en la gran Plaza del Mercado, que está abierta. En los primeros días de la guerra, cuando Antonina compraba aquí, pocos vendedores se arriesgaban a montar sus puestos, las tiendas de ámbar y antigüedades no abrían, las casas patricias cerraban sus puertas con llaves y el loro que pronosticaba tu futuro en los años treinta había desaparecido.

Abandonando la plaza, paseo hacia las viejas fortificaciones para visitar el pozo más cercano, seguido de un muro de ladrillos ennegrecidos que rodea las torres medievales con sus puestos de vigías y las estrechas hendiduras donde antaño se escondían los arqueros. En verano, las celindas que hay por este paseo rebosan de flores blancas que visitan las urracas blancas y negras. Flotando por encima del muro, los manzanos silvestres forman toldos que se estiran todo lo que pueden para conseguir unos rayos de sol. En la calle Rycerka (Caballero), alcanzo una pequeña plaza con una columna negra adornada con una sirena que blande una espada: es el símbolo de Varsovia, una quimera con la que creo que Antonina se hubiera identificado: una defensora mitad mujer, mitad animal. A ambos lados de la columna, un dios barbudo derrama agua de su boca. Es fácil imaginarse a Antonina dejando su cesta en el suelo, colocando una jarra bajo el caño y aguardando a que la vida gorgotease desde el interior de la tierra.



DIANE ACKERMAN (nacida. 7 de octubre de 1948 en Waukegan, Illinois) es una ensayista, poeta y naturalista estadounidense. Su estilo literario, que le ha reportado un gran éxito editorial, se caracteriza por la sencillez, aunando la poesía, la autobiografía y la divulgación científica...

Estudió filosofía en la Universidad Cornell, donde se doctoró en 1978. Ha sido profesora en la Universidad de Columbia y la Universidad Cornell, y escribe regularmente en la prensa. Ha recibido varios premios y reconocimientos, como el premio Lavan de poesía y el Literary Lion de la biblioteca pública de Nueva York. Una molécula lleva su nombre (la dianeackerone). Sus ensayos sobre la naturaleza humana han aparecido en periódicos y revistas de gran tirada, como The New Yorker, The New York Times, Parade, National Geographic, entre otros. También fue responsable de una serie de televisión en la cadena PBS de cinco horas sobre una Historia Natural de los Sentidos. Está casada con el también novelista Paul West, con quien vive en Ithaca, Nueva York.

En castellano ha alcanzado notoriedad gracias a la traducción de tres libros: Una Historia Natural de los Sentidos (trad. en 2000), Una Historia Natural del Amor (trad. en 1994) y Magia y Misterio de la Mente, la Maravillosa Alquimia del Cerebro (trad. 2005). El primero es un recorrido por los diversos aspectos (fisiológicos, antropológicos y culturales) de los cinco sentidos. El segundo, es un análisis del concepto de amor desde la antigüedad hasta nuestros días, su reflejo en la literatura y el arte y su significado histórico y cultural. El tercero es un recorrido divulgativo sobre el funcionamiento del cerebro humano.

Notas

[1] Pocos años antes, los ladrones entraron en el aviario del Zoo de Varsovia y robaron varios búhos, un cuervo y un cóndor. Los oficiales pensaron que habían cogido los búhos y el cuervo para despistar, pero que su verdadero objetivo había sido el cóndor, cuyo valor en el mercado negro se había disparado. En otra ocasión robaron una cría de pingüino. Los raptos en los zoos ocurren en todas partes. Normalmente los encargan criadores o laboratorios, pero a veces se trata de coleccionistas individuales. Es famoso el caso de la cacatúa robada en el Zoo de Duisburgo y que fue más tarde hallada, muerta y disecada, en el apartamento de una pareja que la había recibido como regalo de aniversario. <<

[2] Los bastones de Pogo, de moda en los años veinte, fueron patentados por el americano George Hansburg. <<

[3] Los flamencos dan la impresión de tener las rodillas al revés, pero en realidad se trata de sus tobillos. Las rodillas están más arriba, ocultas por las plumas. <<

[1] Muchos de estos detalles provienen de Helena Boguszewska, dueña de una propiedad aledaña. <<

[1] El recuerdo de Antonina coincide con aquel de Wiktor Okulicz-Kozaryn, un ingeniero retirado que fue testigo de la misma escena de niño y recuerda «aviones alemanes volando bajo por encima de la gente, disparando y asesinando a muchas personas... [y] dos aviones polacos atacando un bombardero alemán sobre el campo, el avión en llamas y un paracaidista flotando cerca de algunos árboles». <<

[2] Friedrich Nietzsche, *El crepúsculo de los dioses* (1899). <<

[1] Las gramolas fueron inventadas en los años treinta para proporcionar música a los jooks (criollo de Carolina para denominar los antros que combinaban prostíbulo con local de apuestas y discoteca) que había a un lado de la carretera. <<

[1] Stefan Starzynski, citado en *Warsaw and Ghetto* (B. M. Potyralsey, Varsovia, 1964). <<

[2] Rommel citado en Israel Gutman, *Resistance: The Warsaw Ghetto Uprising* (Houghton Mifflin, Nueva York, 1994), p. 12. <<

[3] *Proceedings of the Trials of the Major War Criminals Before the International Military Tribunal*, Núremberg, vol. 290, ND 2233-PS; citado en Anthony Read, *The Devil's Disciplines: Hitlers Inner Circle* (W. W. Norton, Nueva York, 2004), p. 3. <<

[4] Adam Zamoyski, *The Polish War: A Thousand Year History of the Poles and Their Culture* (Hippocrene Books, Nueva York, 1994), p. 358. <<

[5] Jan Żabiński, citado en un periódico yiddish, en Israel, en la ocasión en que los Żabiński fueron distinguidos por Yad Vashem como «Justos entre las Naciones». Artículo de periódico proporcionado por Ryszard Żabiński. <<

[1] Heinz Heck fue nombrado director del Zoo Hellabrunn en Munich en 1928, puesto que conservó hasta 1969. <<

[2] El esperanto fue inventado en 1887 en Bialystok por el doctor Ludovic Lazar Zamenhof, un oculista que eligió el seudónimo de «Doktoro Esperanto» (doctor Esperanza). Inmerso en el mundo políglota de Bialistok, se dio cuenta de que la desconfianza y los malentendidos entre los grupos étnicos surgían de las barreras idiomáticas, por lo que concibió una lengua franca neutral. <<

[1] Lutz Heck, *Animals My Adventure*, trad. E. W. Dickies (Methuen, Londres, 1954), p. 60. <<

[2] Aunque el científico polaco Tadeusz Vetulani ya había intentado el mismo proyecto de recuperación de especies años antes sin éxito, Heck robó la investigación de Vetulani así como treinta animales, los cuales envió a Alemania e instaló posteriormente en Rominten y, finalmente, en Bialowieza. <<

[3] Por mucho que Hitler abogase públicamente por una raza aria vigorosa y saludable, Goebbels tenía un pie deforme, Göring era obeso y adicto a la morfina y el propio Hitler parece haber sufrido de una sífilis en la tercera fase al final de la guerra, así como adicción a los estimulantes y a los calmantes y probablemente Parkinson. El médico de Hitler, Theo Morell, un conocido especialista en sífilis, le acompañaba a todas partes con la jeringuilla y las vitaminas envueltas en hojas de oro siempre listas. Las películas de archivo muestran que Hitler empleaba su firme mano derecha para dar la mano a una fila de muchachos mientras que la izquierda, escondida tras su espalda, muestra el característico temblor del Parkinson.

¿En qué consistía lo que él llamaba sus vitaminas? Según el criminólogo Wolf Kemper (*Nazis on Speed: Drogen im 3. Reich* [20 021]), la Wehrmacht encargaba una selección de drogas que aumentase la atención, la resistencia y la propensión a correr riesgos al mismo tiempo que redujese el dolor, el hambre y el cansancio. Entre abril y julio de 1940, las tropas recibieron más de 35 millones de dosis de 3 miligramos de anfetaminas Pervitin e Isophan, las cuales crean adicción y afectan el estado de ánimo.

En una carta fechada el 20 de mayo de 1940, Heinrich Boll, de veintidós años y entonces destinado en la Polonia ocupada, a pesar de su «inconquistable (y aún no conquistada) aversión a los nazis», escribió a su madre a Colonia para que le enviase cuanto antes más dosis de Pervitin, que los alemanes podían comprar sin receta para su propio uso. (Leonard L. Heston y Renate Heston, *The Medical Casebook of Adolf Hitler* [William Kimber, Londres, 1979], pp. 127-129.) <<

[4] Josef Mengele nació en una familia de empresarios bávaros y declaró que su religión era la católica en formularios oficiales (en lugar de definirse como «creyente en Dios», que era lo que prefería el nazismo). Las anormalidades genéticas le fascinaban, y como «Doctor Auschwitz», sobrenombre por el que se le conoció, tenía una amplia gama de niños con los que hacer experimentos que el tribunal de Fráncfort denunciaría posteriormente como «crímenes atroces» cometidos «intencionadamente y con sed de sangre» y que frecuentemente incluían la vivisección o el asesinato. «Era brutal de manera caballeramente depravada», informó un prisionero. Otros le describen como «bromista» y «estilo Rodolfo Valentino», siempre oliendo a colonia. (Citado en Robert Jay Lifton, *The Nazi Doctors: Medical Killing and the Psychology of Genocide* [Basic Books, Nueva York, 1986], p. 343). «Al seleccionar para su muerte o al matar a gente él mismo, la esencia de Mengele era de una extravagante indiferencia —se podría decir que incluso de desinterés— y de eficacia», concluye Lifton (p. 347). <<

[5] A medida que iban llegando nuevos prisioneros, los guardias marchaban arriba y abajo gritando «¡Zwillinge, zwillinge!», y mientras tanto cogían a gemelos para que Mengele experimentase con ellos de formas repugnantes. El cambio del color de los ojos se convirtió en su línea de investigación favorita. En una pared de su oficina desplegaba una selección de ojos que había ido sacando a la gente, clavados como si se tratara de una colección de mariposas. <<

[6] Lorenz citado en *Ute Deichmann, Biologists Under Hitler*, trad. Thomas Dunlap (Harvard University Press, Cambridge, Mass., 1996), p. 187.

Konrad Lorenz, «Durch Domestikation verursachte Störungen artewigen Verhaltens», *Zeitschrift für angewandte Psychologie und Charakterkunde*, vol. 59 (1940), p. 69. <<

[7] Como parte del círculo íntimo de Hitler, ascendió pronto de categoría a ministro del Aire así como «Maestro de la Caza Alemana» y «Maestro de los Bosques Germanos». Más que simplemente un ávido cazador —una vez mandó que le enviaran un ciervo desde Francia para poder perseguirlo y dispararle—, Göring identificaba la caza con su vida en el castillo de su infancia y soñaba con devolver a Alemania su grandeza perdida («¡Nuestro tiempo llegará de nuevo!» proclamaba). Pasaba los fines de semana en los bosques y aprovechaba cualquier excusa para combinar la política y la caza, combinando ésta con la alta cocina. Hitler no cazaba, aunque con frecuencia vestía como un cazador, especialmente en su casa de los Alpes; cualquiera hubiese dicho que de un momento a otro soltaría un halcón o montaría en su caballo para perseguir un ciervo.

Fascinado por la caza del jabalí, Göring atesoraba una lanza hecha por encargo que medía 127 cm. Estaba hecha de pie de jabalí. La hoja era de acero azul y tenía un mango de caoba oscura y acero del cual pendían dos esferas huecas que sonaban para asustar a la presa y sacarla de la maleza.

Göring celebró docenas de excursiones de caza con amigos, mandatarios extranjeros y miembros de los altos mandos alemanes desde mediados de los años treinta hasta finales de 1943, y hay documentos que demuestran que, incluso en enero y febrero de 1943, mientras Alemania estaba perdiendo en el frente ruso, Göring estaba en su castillo, cazando jabalíes y ciervos. (Durante el mismo periodo también introdujo clases de baile de salón para los oficiales de la Luftwaffe.) <<

[1] Se han escrito muchos y excelentes libros sobre la vida cotidiana en el gueto, las redadas contra los judíos y el horror de la muerte en los campos de exterminio, y no me extenderé sobre ellos. Un relato particularmente vivido de la Rebelión es *A Fragment of the Diary of the Rubbish Men*, de Leon Najberg, que peleó entre las ruinas del gueto hasta finales de septiembre. Actualmente se continúa publicando, aunque sólo en Polonia. No se guarda información del linaje del bisonte salvaje. Los guardas forestales simplemente los vigilan y los van contando. Para un buen análisis del tema, véase Piotr Daszkiewicz y Jean Aikhenbaum, *Aurochs, le retour... d'une supercherie nazie* (HSTES, París, 1999) y Frank Fox, «Zagrozone gatunki: Zydzi i zubry». (Especies en peligro de extinción: judíos y búfalos), *Zwoje*, 29 de enero, 2002. <<

[2] Heck, Animals, p. 89. <<

[1] Esta maldición de las especies con vínculos muy estrechos puede aplicarse también a nuestras vacas, ahora casi clones unas de otras; una enfermedad que mata a una puede matarlas a todas. <<

[2] «The Matrilineal Ancestry of Ashkenazi Jewry: Portrait of a Recent Founder Event»: Doron M. Behar, Ene Metspalu, Toomas Kivisild, Alessandro Achilli, Yarin Hadid, Shay Tzur, Luisa Pereira, Antonio Amorim, Lluís Quintana-Murci, Kari Majamaa, Corinna Herrnstadt, Neil Howell, Oleg Balanovsky, Ildus Kutuev, Andrey Pshenichnov, David Gurwitz, Batsheva Bonne-Tamir, Antonio Torroni, Richard Villems y Karl Skorecki. *The American Journal of Human Genetics*, marzo, 2006. <<

[3] Esa persona no estaba completamente sola en el planeta; simplemente no sobrevivió la descendencia de nadie más. <<

[4] Pierre Lecomte du Noüy, *La dignité humaine* (1944). <<

[5] Norman Davies, *Rising 44: The Battle for Warsaw* (Pan Books, Londres, 2003), p. 183. <<

[1] De una transcripción leída en los juicios de Núremberg y de la que se informó en «The Fallen Eagles», *Time*, 3 de diciembre, 1945. <<

[2] De su población anterior a la guerra, 36 millones, Polonia perdió el 22 por ciento, más que cualquier otro país europeo. Después de la guerra, Yad Vashem, el Tribunal del Estado de Israel, en Jerusalén, detalló parte del calvario de los cristianos polacos y cómo, además de los 6 millones de judíos asesinados, murieron 3 millones de católicos, «y lo que es peor, perdió a sus clases formadas, a la juventud y cualquier otro elemento que pudiera en el futuro oponerse a uno u otro de los dos regímenes totalitaristas siguientes [...] Según el plan alemán, los polacos debían convertirse en gente sin educación, en esclavos de los amos alemanes». <<

[1] Michal Grynberh, ed., *Words To Outlive Us: Eyewitness Accounts from the Warsaw Ghetto*, trad. Philip Boehm (Granta Books, Londres, 2003), p. 46. <<

[2] En cierto momento, Himmler invitó a Werner Heisenberg a establecer un instituto para estudiar las estrellas de hielo porque, según la cosmología de Welteislehre, basada en las observaciones del austriaco Hanns Hörbiger (autor de la *Glazial-Kosmogonie* [1913]), la mayoría de los cuerpos del Sistema Solar, incluida nuestra Luna, son icebergs gigantes. Ingeniero experto en refrigeración, Hörbiger fue convencido por lo brillantes que parecían la luna y los planetas por la noche, así como por la mitología nórdica, según la cual el Sistema Solar surgió de una colisión gigante entre el fuego y el hielo en la que triunfó el hielo. Hörbiger murió en 1931, pero su teoría se hizo muy popular entre los científicos nazis. Hitler juró que los inusuales inviernos heladores de los años cuarenta probaban la veracidad de Welteislehre. La obra *The Occult Roots of Nazism* de Nicholas Goodrick-Clarke explora la influencia de lunáticos tan carismáticos como Karl Maria Wiligut, «el mago privado de Heinrich Himmler», cuyas doctrinas influyeron la ideología de las SS, los emblemas, las ceremonias y la imagen de sus miembros como modernos caballeros templarios y futuros padres de la utopía aria. Con este fin, Himmler fundó Ahnenerbe, un instituto para el estudio de la prehistoria alemana, su arqueología y raza, cuyo personal llevaba el uniforme de las SS. Himmler también adquirió el castillo de Wewelsburgo en Westfalia para educar allí de inmediato a las SS, celebrar ceremonias seudorreligiosas y reconvertirlo en un emplazamiento futuro más ambicioso, «la creación de un vaticano de las SS a gran escala como centro del milenario gran Reich Germano».

Michael Mazor, *The Vanished City: Everyday Life in the Warsaw Ghetto*, trad. David Jacobson (Marsilio Publishers, Nueva York, 1993), p. 19. <<

[3] Grynberg, *Words to Outlive Us*, pp. 46-47 <<

[1] After Karski, p. 267, citado en Davies, *Rising 44*, p. 185.46-47 <<

[1] El «presidente» de Varsovia es el equivalente al alcalde de una ciudad. <<

[2] Véase Rostal, «In the Cage of the Pheasant». <<

[3] Milton Cross, *Encyclopedia of the Great Composers and Their Music*, Doubleday, 1962, pp. 560-561. <<

[4] Los trabajadores que eran deportados a Alemania por el Arbeitsamt debían llevar en la manga una letra P de color morado. No se les dejaba ir a la iglesia, tener aspiraciones culturales ni viajar en transporte público. Las relaciones sexuales con un alemán se castigaban con la muerte. (Davies, *Rising 44*, p. 106). <<

[5] *Polacy z pomocą Żydom* (Los polacos que ayudaron a los polacos). (Wydawnictwo Znak, Cracovia, 1969), 2.^a ed., pp. 39-45. <<

[6] Philip Boehm, introducción a Grynberg, *Words to Outlive Us*, p. 3. <<

[7] Jack Klajman y Ed Klajman, *Out of the Ghetto* (Valentine Mitchell, Londres, 2000), pp. 21, 22. <<

[1] Lonia Tenenbaum, en *Polacy z pomocą Żydom* (Los polacos que ayudaron a los polacos). <<

[2] Jan E. Rostal, «In the Cage of the Pheasant», *Nowiny i Courier*, 1 de octubre de 1965. <<

[1] Karl Friederichs citado en Deichmann, *Biologists Under Hitler*, p. 160. <<

[2] Friedrich Prinzing, *Epidemics Resulting from Wars* (Clarendon Press, Oxford, 1916). <<

[3] Discurso a oficiales de las SS, 24 de abril de 1943, Jarkov, Ucrania; reimpresso para *United States Office of Chief of Counsel for the Prosecution of Axis Criminality, Nazi Conspiracy and Aggression* (United States Government Printing Office, Washington, D. C., 1946), vol. 4. pp. 572-578, 574. <<

[4] Hannah Krall, *Shielding the Flame: An Intimate Conversation with Dr. Marek Edelman, the Last Surviving Leader of the Warsaw Ghetto Uprising* (Henry Holt, Nueva York, 1977), p. 15. <<

[5] Informe de Ludwig Fischer citado en Gutman, *Resistance*, p. 89. <<

[6] Stefan Ernest citado en Grynberg, *Words to Outlive Us*, p. 45. <<

[7] Alexander Susskind, citado en Daniel C. Matt, ed., *The Essential Kabbalah: The Heart of Jewish Mysticism* (HarperCollins, San Francisco, 1995; trad. Dov Baer, Maggid Devarac l'Ya'aquov), p. 71. <<

[8] Nehemia Polen, *The Holy Fire: The Teachings of Rabbi Kalonymus Kaiman Shapira, the Rebbe of the Warsaw Ghetto* (Rowman & Littlefield, Lanham, Md., 1994), p. 163. <<

[9] Marek Edelman en Krall, *Shielding the Flame*. Después de la guerra, Edelman se convirtió en cardiólogo, comentando que «cuando uno ha conocido tan bien a la muerte, tiene más responsabilidades con la vida». <<

[1] Entrevista después de la guerra por Danka Harnish en Israel, traducida al inglés del hebreo por Haviva Lapkin de la Comisión para la Educación Judía Lorraine and Jack N. Friedman, West Palm Beach, Florida, abril de 2006. <<

[2] Gunnar S. Paulsson, *Secret City: The Hidden Jews of Warsaw, 1940-1945* (Yale University Press, New Haven, Conn., 2002), p. 5. <<

[3] Alicja Kaczynska, *Obokpiekla* (Marpres, Gdansk 1993), p. 48; citado en Paulsson, *Secret City*, pp. 109-110. <<

[1] Ruta Sakowska, ed., *Listy o Zeglądzie* (Cartas sobre el exterminio). (PWN, Varsovia, 1997). Jenny Robertson, *Don't Go to Uncle's Wedding: Voices from the Warsaw Ghetto* (Azure, Londres, 2000). <<

[2] Janusz Korczak, *Ghetto Diary* (Yale University Press, New Haven, Conn., 2003), p. x. <<

[3] *Ghetto Diary*, p. 9. <<

[4] *Ghetto Diary*, p. 8. <<

[5] *Ghetto Diary*, p. 107. <<

[6] Betty Jean Lifton, introducción a *Ghetto Diary*, p. VII. <<

[1] Irene Tomaszewski y Tacia Wcrbowski, *Zegota: The Rescue of Jews in Wartime Poland* (Price-Patterson Ltd., Montreal, 1994). <<

[2] De Gunnar S. Paulsson, *Secret City; The Hidden Jews of Warsaw, 1940-1945* (Yale University Press, New Haven, Conn., 2002), p. 163. <<

[3] Jan Żabiński, «The Growth of Blackbeetles and of Cockroaches on Artificial and on Incomplete Diets», *Journal of Experimental Biology* (Company of Biologists, Cambridge, UK), vol. 6 (1929), pp. 360-386. <<

[1] Emanuel Ringelblum, *Polish-Jewish Relations During the Second World War* (I lo
ward Festig, Nueva York, 1976), pp. 89-91. <<

[2] Michael Wex, *Born to Kvetch: Yiddish Language and Culture in All of Its Moods* (St. Martin's Press, Nueva York, 2005), p. 93. <<

[3] Wex, *Born to Kvetch*, pp. 117, 132,137. <<

[4] Judit Ringelblum, *Beit Lohamei ha-Getaot* (Archivos Berman, Haifa, Israel); citado en Paulsson, *Secret City*, p. 121. <<

[1] Otto Strasser, *Mein Kampf* (Heinrich Heine Verlag, Francfort, 1969), p. 35. <<

[2] Cywia Lubetkin, *Extermination and Uprising* (Instituto Histórico Judío, Varsovia, 1999); citado en Robertson, *Don't Go to Uncle's Wedding*, p. 93. <<

[3] Stefan Korbonski, *Fighting Warsaw: The Story of the Polish Underground State, 1939-1945* (Hippocrene Books, Nueva York, 2004), p. 261. <<

[1] Del testimonio de Wladyslaw Smólski en *Righteous Among Nations: How Poles Helped the Jews, 1939-1945*, editado por Wladyslaw Barloszewski y Zofia Lewin (Earls court Publications Ltd., Londres, 1969), pp. 255-259. <<

[2] Schultheiss, Dirk, M. D., et al., «Uncircumcision: A Historical Review of Preputial Restoration», *Plastic and Reconstructive Surgery*, vol. 101, n.º. 7 (junio de 1998), pp. 1990-1998. <<

[3] Recuerdo personal depositado en el Instituto Histórico Judío después de la Segunda Guerra Mundial y publicado en Righteous Among Nations, p. 258. <<

[1] Goodrick-Clarke, *The Occult Roots of Nazism*, p. 161. <<

[1] Ringelblum, *Polish-Jewish Relations*, p. 101. <<

[2] Sophie Hodorowicz Knab, *Polish Customs, Traditions and Folklore* (Hippocrene Books, Nueva York, 1996), p. 259. <<

[3] Janina en *Righteous Among Nations*, p. 502. <<

[4] Rachela Aniela Auerbach, testimonio de la posguerra en *Righteous Among Nations*, p. 491. <<

[5] Basia en *Righteous Among Nations*, p. 498. <<

[1] Arthur Schopenhauer, *Parerga and Paralipomena*, trad. E. F. J. Payne (Oxford University Press, Nueva York, 2000), vol. 1, p. 466 (capítulo 5, «Counsels and Maxims»). <<

[1] En la subsiguiente tormenta de fuego, contar las víctimas resultó imposible, aunque hoy en día se estima que 35 000 personas perdieron la vida en Dresde. Los escasos manuscritos del compositor italiano del siglo XVIII Tomaso Albinoni, cuyo Adagio en sol menor se ha convertido en sinónimo de luto, también fueron engullidos por las llamas. <<

[2] Muchos polacos creían en las señales y en la brujería. Antaño era normal que los polacos leyese su destino en una baraja de cartas normales (no del tarot) o predijese el futuro, especialmente el matrimonio, derritiendo cera en una cuchara y vertiéndola lentamente en un cuenco de agua fría. Supuestamente, la forma que adoptaba la cera revelaba el destino de una persona, así como si una muchacha se casaría con un herrero o un soldado. Si la cera recordaba a un armario o cualquier otra clase de mueble, se casaría con un carpintero; si se asemejaba más al trigo o a un carro, se casaría con un granjero. Un violín o una trompeta querían decir que la persona se convertiría en músico.

Según la tradición popular polaca, la Muerte se le aparece a los seres humanos en forma de vieja mujer cubierta con una serpenteante sábana blanca y portando una guadaña. Los perros tienen facilidad para verla, por lo que a veces la podemos descubrir «pisando el rabo de un perro o mirando entre sus orejas». <<

[1] Los soldados rusos de mirada salvaje, conocidos como «Wlasowcy», eran soldados del regimiento del general ruso Wlasow, quien colaboraba con el Tercer Reich. <<

[2] Stefan Korbonksi, *Fighting Warsaw: The Story of the Polish Underground State, 1939-1945*, trad. F. B. Czarnomski (Hippocrene Books, Nueva York, 2004), p. 352.

<<

[3] Jacek Fedorowicz citado en Davies, *Rising 44*, pp. 360-361. <<

[1] Korbonski, *Fighting Warsaw*, p. 406. <<

[1] Fotografías de archivo reproducidas en Davies, *Rising 44*. <<

[1] Joseph Tenenbaum, *In Search of a Lost People: The Old and New Poland* (Beechurst Press, Nueva York, 1948), pp. 297-298. <<

[2] Davies, *Rising 44*, p. 511. <<

[3] Rostal, «In the Cage of the Pheasant». <<

[1] Heck, *Animals*, p. 61. <<

[2] Herman Reichenbach, *International Zoo News*, vol. 50/ 6, n.º. 327 (septiembre de 2003). <<

[3] Bruno Schulz, *The Street of Crocodiles*, trad. Celina Wieniewska (Penguin Books, Nueva York, 1977), pp. 27-28. <<